

Un diamante ruso

Secretos de alcoba 2

CHRISTINE CROSS
ANNE MARIE CROSS

Selecta



Un diamante ruso
Trilogía Secretos de Alcoba 2

Christine Cross
Anne Marie Cross

Selecta

Prólogo

Gran Ducado de Hesse y el Rin. Julio de 1843

María Aleksándrovna acarició su prominente barriga y sonrió. Apenas en un par de meses sería madre de nuevo. Cerró los ojos y se recostó contra el respaldo del sofá mientras agradecía el silencio que se respiraba en la salita.

La vida en la corte le resultaba en extremo difícil de sobrellevar, sobre todo si tenía detrás a cada noble vigilando sus pasos y, en especial, a su suegra, la emperatriz Alexandra Fiodorovna, quien no había dado su aprobación al matrimonio con su hijo. Según su opinión, y la del resto de la aristocracia rusa, María era demasiado sencilla, sin encanto y carente de temas de conversación como para convertirse en la próxima Emperatriz consorte de Todas las Rusias, título que le correspondería en el momento en que su esposo, Alejandro Nikoláievich, asumiese el trono.

Lo cierto era que tampoco ella deseaba ese título ni las responsabilidades que conllevaba. Tenía diecinueve años, llevaba casada dos y ya había dado a luz una hija, Aleksandra, que pronto contaría con un hermano. Había conocido a su esposo en 1838, cuando Alejandro había viajado por Europa en busca de consorte. Tras su visita al Gran Ducado de Hesse, le había confesado que se había enamorado de ella y deseaba convertirla en su esposa. En ese entonces, María solo contaba catorce años, por lo que habían tenido que esperar a que ella cumpliera los diecisiete para casarse. Era demasiado joven, y nada la había preparado para las intrigas palaciegas.

Suspiró al tiempo que desviaba la vista desde los grandes ventanales de la sala hasta el libro que sostenía en sus manos. Le gustaba mucho leer, especialmente aquellos libros provenientes de autores ingleses, pero en la corte no tenía demasiado tiempo para permitirse ese lujo. Por eso, aprovechaba cada visita que hacía a su tierra natal.

No se avergonzaba de cambiar la fría San Petersburgo por Darmstadt, la capital del Gran Ducado, sobre todo cuando sabía que su esposo no la echaba de menos mientras se hallaba en brazos de alguna de sus amantes. Una tristeza amarga reposó en su corazón. Alejandro la amaba, a su manera, pero ella hubiera deseado que también le fuese fiel. Supuso que se trataba de un deseo poco realista. Clavó su mirada en las letras del libro, sin verlas, mientras pensaba en su padre, el Gran Duque Luis II, y en su madre, la princesa Guillermina de Baden, que había fallecido siete años atrás. Según sabía, ella, al igual que sus hermanos Alexander e Isabel, no eran hijos de Luis, sino de un amante de su madre.

La puerta de la sala se abrió, y María abandonó sus cavilaciones. Se giró para mirar al recién llegado.

—Buenos días, hermana. ¿Qué tal te encuentras hoy?

María dirigió una sonrisa agradecida a Alexander y aceptó su beso en la mejilla. Su hermano le había servido de escolta desde San Petersburgo, donde, siguiendo la tradición marcial de su familia, se hallaba sirviendo al ejército ruso.

—Muy bien, gracias. Esta noche me ha dejado descansar —respondió, mirando hacia su abultado vientre.

Alexander percibió la ternura en sus ojos oscuros.

—¿Eres feliz? —María y él se llevaban tan solo un año de diferencia, por eso se sentía más cercano a ella y a Isabel que a sus dos hermanos mayores, que tenían catorce y dieciséis años más que él—. ¿Te trata bien tu esposo?

—Por supuesto que sí. No debes preocuparte por eso. Soy feliz, aunque os echo mucho de menos.

Desde luego, no iba a compartir con su hermano las intimidades de su matrimonio. «Feliz» no era una palabra que la definiese, pero tampoco se consideraba desgraciada. Su esposo la trataba bien, tenía una hija maravillosa y otro que venía en camino, y, algún día, se convertiría en emperatriz.

Él tomó asiento a su lado y se quedó pensativo.

—Yo no sé si podría casarme con una mujer que me fuera impuesta —le confesó.

La preocupación nubló el rostro de María. Sabía por Alejandro que el zar Nicolás había considerado a su hermano como un posible esposo para su sobrina, y aunque se trataba de una joven hermosa y educada, también conocía las ideas románticas de Alexander, que deseaba casarse por amor. Y, por lo que había visto, mucho se temía que su hermano ya había entregado su corazón.

Aunque era menor que él, a veces se comportaba como si fuera su madre, sobre todo cuando creía que necesitaba un consejo.

—¿Hay alguna joven que te interese de manera especial?

Alexander suspiró y se pasó la mano por el cabello, alborotándose.

—Ya sabes que sí, la condesa Julia.

—¿Julia de Hauke? —preguntó, sorprendida. La joven tenía apenas dieciocho años. Había quedado huérfana a la edad de cinco, por lo que, junto a su hermano Maurice, fueron puestos bajo la tutela del zar—. ¿Mi dama de compañía?

—Sí. Ya sé que es joven, ambos lo somos, pero, con el tiempo...

María salió de su estado de estupefacción.

—No se trata de eso, Sasha —lo interrumpió, usando el diminutivo cariñoso con el que siempre lo llamaba. No quería que lo que iba a decirle sonara como un mandato—. Tú eres príncipe y ella solo una condesa, no puedes pensar en casarte con ella.

A pesar de haber usado un tono dulce y suave, su hermano la miró como si lo hubiese abofeteado.

—¿Cómo puedes decirme eso, María? —repuso, dolido—. Creí que tú me comprenderías.

—Pero el Almanaque de Gotha deja claro que una unión así es imposible.

—Imposible. —Su tono elevado la sobresaltó tanto como la forma intempestiva en que se puso de pie—. ¿Acaso pide el corazón permiso para amar a alguien? ¿Qué importa lo que diga un miserable papel? No es palabra de Dios, solo de hombres.

Pero ese documento que se publicaba anualmente en Europa —y que compendia con todo detalle datos de las casas reales, la alta nobleza y la aristocracia europeas, así como datos del mundo diplomático—, podía destruir la vida y la carrera de su hermano, pensó María. Si Alexander se empeñaba en seguir con aquella locura lo exiliarían, ya que era inconcebible que un miembro cercano de la familia imperial se desposase con una simple condesa.

—Piensa en las consecuencias, Sasha.

—¿Y qué importan las consecuencias, María, si estás al lado de quien amas? Hablas así porque nunca has estado enamorada. —Apenas terminó de pronunciar las palabras, se arrepintió. Su hermana no había hecho sino cumplir con su deber al casarse con Alejandro; no había tenido ninguna otra posibilidad. Se arrodilló ante ella y la tomó de las manos—. Lo siento. No quería decir...

Ella acunó su mejilla en un gesto tranquilizador.

—Lo sé. Sabes que te apoyaré decidas lo que decidas. Solo deseo que estés seguro del paso que vas a dar.

Su hermano asintió despacio.

—No tenemos prisa, como te he dicho, ambos somos demasiado jóvenes. —La besó en la mejilla—. Tengo que irme, nuestro hermano, Luis, quiere hablar conmigo. Supongo que también querrá sermonearme.

El intento de bromear no consiguió alejar el punzante dolor que sus anteriores palabras habían provocado en ella. Su relación con Alejandro había sido impuesta por las circunstancias, ambos eran nobles y príncipes, y su matrimonio era bueno para las relaciones entre los dos países. Le tenía cariño, pero no lo amaba. Sin embargo, no era cierto que nunca había estado enamorada.

—Ve con él —lo animó—, o se quejará ante padre, y ya sabes lo que eso significa.

Alexander suspiró y se puso de pie.

—Mantendré contento a nuestro hermano. Que tengas un buen día.

Lo vio salir de la sala y se recostó contra los suaves cojines mientras su mirada se perdía, a través de los grandes ventanales, en el lejano cielo azul de Darmstadt.

Sonaron unos golpes en la puerta y esta se abrió. Una doncella entró en la sala.

—Alteza, tiene visita. El conde de Bellesford.

El corazón de María experimentó un estremecimiento. No, no era cierto que nunca hubiese estado enamorada, el problema era que el amor la había encontrado demasiado tarde.

—Hazlo pasar, por favor, Hanna.

Se acomodó en el sofá, extendiendo la ampulosa falda sobre el tapizado, y esperó, con el corazón latiéndole a una velocidad imposible. El rubor coloreó sus mejillas cuando la puerta se abrió de nuevo y entró el joven conde.

Lord Bellesford tenía veintitrés años, cuatro más que ella. Se habían conocido al inicio del verano, cuando ella había llegado a la residencia de sus padres para pasar las vacaciones y él asistía a una recepción en el palacio real. Aunque se encontraba realizando el Grand Tour por Europa, después de conocerla había decidido detenerse un tiempo más allí.

Sus ojos se demoraron en su figura. Era apuesto, con un cabello del color del trigo y unos ojos tan azules como el cielo de Darmstadt. Vestía unos ajustados pantalones negros y una chaqueta del mismo color sobre un chaleco azul plateado.

—Buenos días, alteza. —Se acercó a ella y tomó su mano, depositando sobre el dorso un beso cálido que se demoró más de lo que exigían las normas sociales—. Cada día que pasa la encuentro más hermosa.

María sonrió, nerviosa.

—Es usted muy galante, milord. —Retiró su mano con un movimiento delicado, aunque le hubiese gustado seguir sintiendo la calidez de su piel.

—No digo más que la verdad. —Se quedó unos instantes en silencio, antes de añadir—: He venido a despedirme. Tengo que regresar a Inglaterra.

Ella lo miró y apretó los puños con fuerza. Quiso gritarle que no se fuera, pero se tragó las palabras. No tenía derecho a pedirle que se quedara. Entre ellos no podía haber nada fuera de aquellos maravillosos días que habían pasado juntos, de las miradas llenas de anhelos prohibidos, de los roces casuales, de los paseos a solas, de las conversaciones y las sonrisas íntimas.

—¿A Inglaterra? Creía... creía que después de Darmstadt ibas a ir a Italia.

—Mi padre ha enfermado de gravedad y mi madre me ha pedido que regrese a casa —explicó. Se sentó a su lado en el sofá y tomó sus manos—. Sabes que mientras estuvieses aquí no me habría alejado de tu lado, María. Entiendo que lo nuestro es imposible, pero no puedo prohibirle a mi corazón amarte —le dijo con un tono de profunda tristeza que provocó que sus ojos se llenasen de lágrimas—, aunque sea en silencio. Y lo seguiré haciendo toda mi vida.

Ella negó con la cabeza.

—Tienes derecho a ser feliz, Paul.

—¿Aunque tú no lo seas?

—Yo tendré a mis hijos. —Apoyó una mano en su mejilla, y él le besó la palma con devoción—. Mereces encontrar el amor.

—Ya lo he encontrado.

María volvió a negar. Había sido testigo del modo en que la infidelidad de su madre había destrozado la convivencia entre sus padres. Ella nunca haría nada parecido, no deseaba que sus hijos sufrieran.

—Volverás a enamorarte, con el tiempo; y a nosotros nos quedarán los recuerdos hermosos

que compartimos.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que él retiró, con el pulgar, las lágrimas de su mejilla.

—Ven conmigo a Inglaterra. —Conocía la respuesta antes incluso de que la pronunciaran los labios femeninos, pero había querido intentarlo una vez más.

—Sabes que no puedo.

El silencio se extendió entre ellos, hasta que él soltó sus manos y ella sintió el vacío clavándose en su pecho como un afilado cuchillo.

—Entonces, esto es una despedida.

—Así debe ser. —Su voz brotó en un susurro suave, casi agónico. Deseaba que él la comprendiera.

—Odio tu sentido del deber, pero no podría quererte menos por ello. Eres una mujer admirable, María; y de lo único que me arrepiento es de no haberte conocido antes. Siempre te amaré. No importa el tiempo que pase. —Antes de levantarse, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un pequeño estuche de terciopelo y un sobre que depositó en el sofá junto a ella—. Parto en una hora. Si alguna vez decides ir a Inglaterra, te estaré esperando.

—Ya te has llevado mi corazón.

Paul se agachó y bebió de sus labios las amargas lágrimas de la despedida. Fue un beso que les rompió el corazón a ambos. Después él se alejó, deteniéndose solo cuando había llegado a la puerta.

—Adiós, María.

—Adiós, Paul.

Cuando la puerta se cerró tras él, María comprendió que era para siempre. Nuevas lágrimas corrieron por sus mejillas mientras rememoraba en su mente cada uno de los momentos pasados juntos en los que habían sido los días más felices de su vida.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando dejó que la realidad la envolviera de nuevo. Bajó la mirada hacia el estuche de terciopelo y lo tomó. Dentro reposaba un exquisito anillo de oro con un diamante engarzado en forma de corazón. Cogió el sobre y lo abrió para leer la carta que contenía.

Mi amor,

Si estás leyendo estas letras es porque ya no me queda la esperanza de que envejezcamos juntos. Por eso, te dejo mi corazón. Es tuyo desde el primer instante en que te vi y lo será siempre.

Este anillo ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Mi madre me lo dio para que yo se lo entregara a la dama que conquistase mi corazón y a quien desease convertir en mi esposa. Esa eres tú, y nunca habrá otra. Hasta el día en que me muera, te llevaré en mi pensamiento, y no perderé la esperanza de que pueda volver a tenerte entre mis brazos otra vez.

Tuyo para siempre,

Paul

Creía que ya no le quedaban lágrimas, pero no fue así. Acunó el anillo contra su pecho, donde el corazón le latía dolorosamente, convertido en diminutos pedazos, y lloró. Lloró por

Paul y por ella.

Ningún imperio merecía el sacrificio del amor.

Capítulo 1

San Petersburgo. Finales de abril de 1857

Lady Mary Branson cortó una rosa más y la depositó en la cesta que llevaba colgada del brazo, junto al resto de las flores que ya había recogido. Metió, también, en el interior las tijeras y elevó el rostro hacia el cielo para recibir la caricia de los tibios rayos de sol del mes de abril.

El silencio que reinaba en la mansión la asfixiaba. Echaba muchísimo de menos a su hermano. Misha —diminutivo de Mikhaíl— se había casado hacía una semana y había partido con su esposa en un viaje por Europa.

La guerra en Crimea por el control de los territorios otomanos había terminado apenas un año atrás, el 30 de marzo de 1856, con el Tratado de París. Las fronteras se habían abierto, aunque con ciertas restricciones. El zar Nicolás I había muerto casi un año antes del tratado, y el nuevo zar, Alejandro II, no había quedado muy contento por la forma en que se habían resuelto las cosas. Rusia había perdido mucho en aquella guerra.

Mary se retiró un mechón de cabello de la frente y avanzó hacia el siguiente rosal. Se alegraba mucho por el matrimonio de Misha, por supuesto; su esposa era una joven maravillosa y lo haría feliz, de eso estaba segura. Pero no podía evitar compadecerse un poco por sí misma. Tenía veintidós años y, tras la boda de su hermano, se quedaba sola en el mundo. Ella viviría en la mansión que siempre había pertenecido a sus padres, mientras que Misha, como nuevo marqués de Mansbourg, pasaría la mitad del tiempo en San Petersburgo y la otra en Londres, cumpliendo sus obligaciones en la Cámara de los Lores.

—Quizá debería irme a vivir a Inglaterra —reflexionó en voz alta, al tiempo que cortaba uno de los tallos de la rosaeda.

Suspiró. A pesar de todo, sabía por qué le costaba tanto tomar esa decisión. No solo porque las tumbas de sus padres se hallaban en el cementerio de Novodévichi y sería duro para ella dejarlos atrás —aunque ellos ya no estuviesen realmente allí, según rezaba la fe ortodoxa en la que la habían criado, como a cualquier buen ciudadano ruso—, sino también porque en Londres estaba James... y su esposa. El marqués de Hallbrook había sido su primer y gran amor, y aunque con el paso del tiempo había comprendido que él siempre la había visto como a una hermana, aún le dolía haberlo perdido.

Su mente le trajo recuerdos de aquellos días en que viajaron a Londres para la presentación en sociedad de Sophia, la hermana de James y de Alex, y la suya propia. Él había estado demasiado ocupado, ayudando a la que en esos momentos era su esposa, lady Elisabeth, como para dedicarles tiempo a Sophia y a ella. Ni siquiera la acompañó de vuelta a Rusia, sino que

tuvo que soportar en el viaje al insufrible, arrogante e imposible duque de Ainsworth.

—Milady.

La llamada de una de las doncellas apartó sus pensamientos de unos ojos azul medianoche que todavía, después de tres años, aparecían de vez en cuando en sus sueños.

Se volvió hacia el camino de piedrecillas por el que venía la joven.

—¿Qué sucede, Sonya? —La inquietó el nerviosismo que dejaban traslucir el pecoso rostro y los ojos oscuros de la muchacha.

—Tiene visita, milady.

Frunció el ceño. Era demasiado temprano para recibir visitas, y aunque a veces atendía a algunas de sus amistades a esas horas, desde luego su presencia no suscitaba ese estado de nervios en Sonya.

—¿De quién se trata?

—Del general Timashev. —Tragó saliva, como si le costase pronunciar el nombre, y Mary tuvo que hacer acopio de fuerzas para no dejarse contagiar por su miedo, aunque no pudo evitar que su corazón golpease con ímpetu en el interior de su pecho, como si desease escapar.

—¿Le has dicho que Misha no se encuentra?

Sonya asintió con vehemencia.

—Así es, milady, pero me ha dicho que era con vos con quien deseaba hablar.

—Muy bien. —Respiró hondo y trató de imprimir valor a sus palabras—. Dile que lo recibiré enseguida. Acompáñalo a la salita azul y pídele a Catalina que se reúna conmigo, por favor.

La doncella se marchó por el sendero que atravesaba los jardines, y Mary la siguió más despacio. No se percató de la fuerza con que aferraba el asa de la cesta hasta que no sintió el dolor del mimbre al clavársele en la piel. Se obligó a respirar con calma y a serenar los latidos de su corazón.

Entró en la mansión por una de las puertas destinadas al servicio y se dirigió a sus aposentos. Catalina ya se encontraba allí.

—¿Qué sucede, querida? —le preguntó en cuanto la vio entrar.

Era una mujer corpulenta, de voz profunda y mirada severa en sus ojos oscuros, pero la conocía desde hacía muchos años, porque había sido dama de compañía de su madre antes de serlo de ella. Le infundía seguridad.

—El general Timashev ha venido a verme y quiero que me acompañes mientras esté con él.

—¿Qué viene a hacer un demonio como él a esta casa? —preguntó con tono ofendido. Y, sin embargo, Mary pudo percibir la nota de pánico que se filtró en la forma en que pronunció sus palabras.

—No lo sé —respondió mientras Catalina la ayudaba a cambiarse el viejo vestido que solía usar cuando trabajaba en el jardín—, pero tendremos que hablar con él para averiguarlo.

—No me gusta ese hombre.

Mary no dijo nada, aunque estuvo de acuerdo con ella. El general Alexander Egorovich

Timashev era el jefe de la Sección Tercera de la Cancillería de Su Majestad Imperial, una especie de policía secreta establecida por el zar Nicolás I. Su cometido era actuar como el «guardián político y moral» de Rusia, lo que les permitía perseguir a cualquiera que considerasen traidor a la causa del zar, sin importar si era campesino, burgués o aristócrata. De hecho, se rumoreaba que habían vigilado, incluso, al Gran Duque Konstantin Nikolaievich, jefe de la Armada de Rusia y segundo hijo de Nicolás.

Volvió a preguntarse qué motivo habría podido traer a un hombre así a la puerta de su casa. No lo conocía demasiado, excepto por haber coincidido en alguna de las imponentes fiestas de la aristocracia, aunque era un hombre demasiado mayor para que ella se hubiera fijado en él.

Cuando el espejo le devolvió un aspecto presentable, tomó aire y abandonó la estancia, seguida de Catalina. Al entrar en la sala azul, se lo encontró de espaldas, contemplando la calle que asomaba por los grandes ventanales, que se veían parcialmente cubiertos por sus anchas espaldas. Vestía de uniforme: chaqueta negra de doble botonadura con charreteras en los hombros, pantalones azules con una franja roja en el lateral, y botas altas. Se giró hacia ella en cuanto escuchó la puerta.

—Su Alteza Serenísima —la saludó con un taconeo de sus botas e inclinándose en una reverencia.

Mary ocultó una mueca al escuchar el título que le correspondía por herencia materna. Su madre, Ana de Bragation-Mukhraneli, provenía de la familia real de una de las dinastías más antiguas de lo que había constituido el reino de Georgia, anexo después al Imperio ruso. Sin embargo, tras casarse con el marqués de Mansbourg, había preferido el tratamiento de lady que el que le correspondía por derecho de nacimiento.

Ella, al igual que su madre, prefería también el título inglés, a pesar de que no resultaba conveniente usarlo cuando las hostilidades contra Inglaterra se mantenían tan recientes.

—Bienvenido, general Timashev. Le presento a la condesa Pashkov, mi dama de compañía. Espero que me disculpe por hacerlo esperar.

—La espera no supone ningún problema, tratándose de una mujer hermosa como usted —respondió mientras sus ojos, de un gris como el acero de los sables rusos, recorrían su cuerpo con demasiado descaro, provocándole incomodidad.

—Creo que ya le han informado de que mi hermano Mikhaíl se encuentra de viaje.

Con un gesto lo invitó a tomar asiento. Mientras acomodaba su falda, lo observó de reojo.

—No necesitaba que me informasen al respecto, ya conocía ese dato. —Su boca se curvó en una sonrisa cínica.

—Supongo que sí, al fin y al cabo, es parte de su trabajo.

—De todas formas, es a usted a quien busco —contestó él, sin prestar atención al tono despectivo que había usado. Era un hecho que la policía secreta no gozaba de buena reputación, pero eso no le importaba; al contrario, cuanto más los temiesen, mejor—. He venido a hacerle una proposición, a solas.

Mary se removió con inquietud sobre el sofá y apretó las manos con fuerza. Desde luego, las palabras no le habían sonado nada bien, y no tenía ninguna intención de quedarse a solas con ese hombre. Debía rondar los cuarenta años, y aunque podía resultar apuesto con su espeso cabello negro, sus ojos claros, la mandíbula firme, su bigote recortado y un cuerpo musculoso, bien entrenado, había algo en él que le provocaba escalofríos. Quizá la seguridad que emanaba, como si pudiese conseguir sin problema todo lo que se propusiera.

—Puede hacerla en presencia de la condesa, general, entre ella y yo no hay secretos.

Timashev esbozó una sonrisa burlona y clavó sobre ella una mirada, entre acerada y ardiente, que exacerbó su nerviosismo. Aunque lo que terminó por alterarla fueron sus siguientes palabras.

—Tengo entendido que las propuestas de matrimonio es costumbre realizarlas en un ambiente más íntimo, solo entre los interesados.

—¿Matrimonio? —Su voz sonó como un graznido. Se aclaró la garganta y desvió la mirada hacia Catalina. Su dama de compañía tenía los ojos abiertos como un cachorro asustado, lo que no la tranquilizó en absoluto.

El general siguió la dirección de su mirada.

—Condesa, ¿le importaría dejarnos unos minutos a solas?

Mary negó con la cabeza, pero no sirvió de nada. Catalina se levantó de inmediato ante el tono autoritario de la voz masculina.

—Estaré en la sala de al lado por si me necesitan —musitó, al tiempo que se escabullía con rapidez por la puerta lateral, dejándolos solos.

Mary se sintió como una presa a la que acabaran de acorralar. No tenía escapatoria.

Timashev clavó en ella su mirada fría y calculadora, como si fuera un objeto del que estuviera a punto de apropiarse. Sus ojos reflejaban una superioridad que nada tenía que ver con la que se observaría en un enamorado temeroso ante la posibilidad de la negativa de su amada. Aquel hombre no solo le inspiraba miedo, sino también desprecio.

Desvió la vista hacia los grandes ventanales, incapaz de sostenerle la mirada sin que se apreciaran en su rostro sus verdaderos sentimientos hacia él, y la detuvo en los intrincados adornos dorados de las cortinas azules, a juego con los del sofá sobre el que se hallaba sentada. Los hilos de oro le parecieron retorcidas raíces que estrangulaban las diminutas florecillas plateadas, que intentaban en vano destacar en el complicado bordado. Por unos instantes, sintió que su vida se asemejaba a esas flores y que tanto el matrimonio de James como el de Misha, unido a la ausencia de sus padres, habían terminado por llenar su vida de vacío y ahogar sus esperanzas de felicidad. Y, en aquel momento, se sentaba frente a ella un hombre casi desconocido que la miraba como si fuera una posesión sin dueño ofrecida al mejor postor.

«No», se dijo a sí misma, ella era lady Mary Branson. No se dejaría intimidar por ningún hombre y mucho menos se casaría sin amor. Anhelaba el tipo de matrimonio del que habían gozado sus padres.

El general Timashev carraspeó para llamar su atención, y ella giró la cabeza de nuevo para

hacer frente a su mirada.

—Como bien sabrá —comenzó a hablar con voz profunda—, siempre he sentido una gran admiración por usted.

Mary le dedicó una mirada cargada de escepticismo. La palabra «admiración» no era, exactamente, la que ella habría utilizado, pero decidió no interrumpir al general; sería mucho mejor dejarlo hablar hasta que hubiese dicho todo lo que había ido a decir, y rechazarlo después.

—Su indudable belleza —continuó él, alentado por el silencio de Mary—, herencia sin duda de su difunta madre, hace de usted una de las damas más deseadas de toda Rusia.

Por fin había brotado la auténtica palabra que, estaba segura, movía la decisión de Timashev, pensó. El deseo.

Se removió con incomodidad en el sofá. No merecía la pena gastar saliva con un hombre como el general, porque cualquier tipo de razonamiento con él habría caído en saco roto. Sin embargo, tampoco pudo permanecer callada.

—Conozco muy bien mis defectos, señor; además, estoy segura de que la belleza no es algo que escasee entre las damas de este país.

Él esbozó una sonrisa socarrona ante aquella sutil corrección.

—Tal vez no lo sepa, pero soy hombre de pocas palabras y no me gusta dar rodeos ni malgastar adulaciones en quienes no son merecedoras de ellas. Usted, mi querida Mary, merece todo esto y mucho más. —Ella elevó las cejas, ¿en qué momento le había dado permiso para llamarla por su nombre de pila?, se preguntó, disgustada—. Juntos formaríamos la pareja perfecta: usted aportaría su belleza y su posición social; yo, por mi parte, le conferiría la fuerza, la autoridad y el apoyo de un hombre a su lado para ser alguien.

Mary se puso de pie, indignada, y apretó los puños con fuerza, sin poder soportar más las groseras palabras de aquel hombre.

—Con todos mis respetos, general Timashev, yo ya soy alguien.

—Por supuesto —condescendió. Hizo un ademán con la mano, restándole importancia al tono de orgullo herido de Mary, y se levantó con una desagradable sonrisa pintada en su rostro—. Usted, querida, es una mujer que languidece entre las paredes vacías de esta gran mansión y que necesita un esposo cuanto antes. Me necesita. Y yo le estoy proponiendo en este momento el mejor acuerdo al que puede llegar.

Mary alzó una ceja y lo miró de frente. El corazón le latía con fuerza por la irritación que le provocaba aquel individuo. Era muy consciente de que tenía que elegir con sumo cuidado las palabras que iba a pronunciar. El general era un hombre peligroso que podía hacerles la vida imposible incluso a los más altos cargos de la sociedad rusa, gracias al poder otorgado por el zar Nicolás I al crear la Sección Tercera de la Cancillería de Su Majestad Imperial.

—Cualquier tipo de propuesta que tenga que hacerme —le dijo, después de coger aire y dejarlo escapar lentamente, a fin de serenarse—, será mejor que la haga cuando regrese mi hermano de su viaje por Europa.

—No creo que su hermano tenga nada que decir al respecto. —Se atusó el bigote, en un gesto que repetía casi como una costumbre y que irritó sobremanera a Mary—. Esto es algo que debemos decidir nosotros. ¿Se casará conmigo?

Se le paralizó el corazón cuando escuchó las palabras. Más que una petición de matrimonio aquello había sonado como una amenaza y, desde luego, era la proposición más carente de romanticismo que había recibido en la vida. Decididamente, aquel hombre jamás sería su esposo.

Se concedió a sí misma un momento, con la intención de no ser demasiado brusca en su negativa. Entonces, descubrió la mirada lasciva del general, recorriendo su cuerpo de arriba abajo, y la sacudió un escalofrío. Aunque no quiso reconocerlo, aquel hombre la intimidaba más que ninguna otra persona que hubiera conocido jamás.

Ciertamente, su rostro no resultaba del todo desagradable a ojos de las damas, y eso, unido a que mantenía su cuerpo en forma, lo ayudaba a no aparentar la edad que debía tener. Por ello, Mary estaba convencida de que más de una mujer desearía ocupar su lugar en ese mismo momento. Sin embargo, ella no. Ella jamás se habría fijado en él de esa forma. Cuando lo miraba, solo veía un hombre demasiado mayor y prepotente, carente de encanto y con una educación lejos de ser mínimamente aceptable.

No, cuando ella se uniera a un hombre lo haría por amor. Quería un esposo amable y que la amase por encima de cualquier otra cosa; además, tendría que ser divertido y hacerla reír. Educado, apuesto, encantador... ¿Pedía demasiado? Solo deseaba a alguien como su padre.

Un rostro se fue dibujando poco a poco en su mente sin que ella pudiera evitarlo: Valentin Blackwell.

—¿Y bien? —La voz de Timashev la devolvió a la realidad—. ¿Qué me dice?

—Siento decirle que... —deseó con todas sus fuerzas pronunciar un sencillo y contundente «no», pero se contuvo, temiendo la reacción del general—, que reitero mis palabras anteriores. Tendrá que esperar a que regrese Mikhaíl, ahora él es el cabeza de familia y es responsabilidad suya...

—¡No diga estupideces, mujer!

El grito la tomó por sorpresa, sobresaltándola y haciéndola retroceder un paso. Por un momento pensó en pedirle a Catalina que entrase en la sala para apoyarla, con ella se sentiría un poco más segura. Sin embargo, no quería propiciar una situación violenta que pusiera al general en contra de su familia, si podía evitarlo. A pesar de todo, intentó mostrarse firme.

—Lo siento, general Timashev —le dijo, conteniendo la ira que su insistencia había empezado a despertar en ella—, pero es mi última palabra.

Se giró hacia la ventana con la intención de dar por terminada la conversación y que el general se marchara de allí de una vez por todas, pero Timashev no pensaba dejar escapar una ocasión como esa. Llevaba demasiado tiempo deseando a esa mujer, viéndola en los salones coquetear con los caballeros mientras a él lo ignoraba, y, en ese momento, la tenía a su merced.

Mary sintió la mano del hombre asirla del brazo de forma violenta antes de que pudiera dar

un solo paso. Se volvió hacia él con una mirada cargada de furia. Ningún hombre le pondría una mano encima sin su consentimiento.

El general esbozó una sonrisa lobuna. Las mejillas arreboladas de la joven supusieron un estímulo para él. Sin aflojar el agarre de su presa, la atrajo hacia sí y rodeó su cintura con fuerza. Mary apoyó la mano que aún tenía libre sobre el pecho masculino para apartarlo de ella, al tiempo que abría su boca para llamar a la condesa. Sin embargo, no tuvo tiempo de pronunciar ni una sola palabra, porque él selló sus labios con un repugnante beso.

Un sentimiento de aversión la inundó, haciéndole sentir una opresión en el pecho por falta de aire. Con todas sus fuerzas, intentó en vano deshacerse de aquel hombre, cuyo cuerpo se había pegado al suyo de forma repulsiva.

El general abandonó su boca con brusquedad y clavó en ella una mirada fría y arrogante. Mary leyó en sus ojos un deseo posesivo y enfermizo que la asustó.

—Serás mía, mujer —le aseguró mientras la apretaba con fuerza contra él—. No importa lo que me cueste conseguirlo, pero juro por mi vida que nadie más que yo te poseerá.

Después de sus palabras, Timashev la soltó como si fuera un juguete del que se había cansado, y se dirigió con tranquilidad hacia la puerta.

—No soy un hombre que se dé por vencido —declaró, justo antes de abandonar la salita azul—, debería saberlo. Siempre, se lo aseguro, consigo lo que me propongo. Y le aconsejo, por el bien de la poca familia que le queda, que no me haga enfadar y satisfaga mis deseos. Volveré pronto a por su respuesta.

Sus últimas palabras hicieron que Mary se estremeciera. Permaneció inmóvil, en medio de la salita azul, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Se hallaba sumida en la neblina del dolor y el asco que le producía el hecho de que la hubieran tratado de forma tan despreciable, como si fuera un objeto y no una persona con derecho a tomar sus propias decisiones. Rememorar lo sucedido le provocó una punzada de odio que le atravesó el pecho. Sintió la ausencia de su hermano, que no habría permitido que aquello ocurriera. Pero él no se encontraba allí y tampoco podía enterarse de lo que había pasado, con toda seguridad se enfrentaría al general, y eso lo pondría en peligro.

No, por el momento no contaría a nadie lo sucedido, pero debía encontrar una solución, porque estaba claro que ese hombre no se iba a dar por vencido hasta que ella no fuera su esposa, y solo el hecho de pensarlo le provocaba náuseas.

El odio fue inundando su cuerpo y dándole las fuerzas que necesitaba. Tampoco ella se daría por vencida, saldría de esa situación. Aunque aún no sabía bien cómo.

La primera decisión que tomó fue abandonar la casa, necesitaba tomar aire y alejarse de aquel lugar para poder pensar con claridad. Ordenó que le preparasen una montura de inmediato y llamó a Yakov para que la acompañara. Con él se sentiría a salvo.

Capítulo 2

María cerró los ojos y apretó la carta contra su pecho. En aquel momento, la Emperatriz de Todas las Rusias no era sino una simple mujer con el corazón destrozado. Las palabras que había leído aún resonaban en su cabeza, ejerciendo de crueles verdugos sobre sus ilusiones juveniles.

Había sido una tonta al conservar aquellas esperanzas, sobre todo cuando ella misma no podía alentarlas; pero saber que Paul iba a casarse le había provocado un dolor indescriptible.

Recordó con añoranza el día en que él se despidió de ella para volver a Inglaterra. «Siempre te amaré. No importa el tiempo que pase». Esas habían sido sus palabras antes de entregarle el anillo que había pertenecido a su familia por generaciones y que ella había conservado con tanto cuidado. Era el símbolo del profundo amor que los dos se profesaban y que habían alimentado a base de cartas íntimas, intercambiadas a lo largo de todo ese tiempo, menos durante la guerra.

Llevaba dieciséis años de matrimonio con Alejandro; dieciséis largos años en los que su esposo había gozado de la compañía de numerosas amantes, dejándola sola, excepto para darle hijos. Hasta aquel momento, le había dado seis, aunque Aleksandra, su primogénita, había muerto a la edad de seis. El último, un nuevo varón, había nacido a principios de ese mismo mes de mayo. A pesar de todo, nunca había perdido la esperanza de viajar alguna vez a Inglaterra y quedarse allí. Para siempre.

Abrió de nuevo los ojos y trató de leer las palabras de la carta, que las lágrimas volvían borrosas. Paul se casaba. No por amor, sino porque necesitaba un heredero. Aunque ella podía comprender muy bien lo que concernía al deber —al fin y al cabo, lo había cumplido de forma cabal desde su niñez—, no dejaba de doler. Sobre todo porque Paul le rogaba que le enviase el anillo familiar, que debería lucir en el dedo de la novia el día de los esponsales.

María inspiró hondo y se esforzó por controlar el temblor de sus manos. Se comportaría como Paul esperaba que lo hiciera, destruiría las cartas que habían sido su consuelo durante aquellos años, tal como él le había pedido, y enviaría el anillo a Londres con alguien de su total confianza. Las relaciones entre Rusia e Inglaterra todavía gravitaban sobre un abismo de recelo y tensiones contenidas. Debía ser muy cuidadosa al respecto. Había demasiadas personas a las que les gustaría ver rodar la cabeza de la zarina.

Dobló la carta y la guardó junto a su pecho; luego, hizo sonar la campanilla. Al instante, entró en la estancia una de sus doncellas personales.

—Katya, dile a Irina que necesito hablar con ella ahora mismo.

La joven se inclinó en una profunda reverencia.

—Como ordene Su Majestad.

Cuando la doncella salió, María se recostó contra el respaldo del sofá. Se sentía débil y cansada a causa de su reciente alumbramiento, y la misiva procedente de Inglaterra había terminado por mermar las pocas fuerzas que poseía. Tendría que proseguir su vida sin él, sin Paul. Cerró los ojos y contuvo las nuevas lágrimas que la amenazaban. Ni siquiera los abrió cuando escuchó el sonido de la puerta.

—¿Se encuentra bien, Majestad?

La voz suave y dulce de Irina la tranquilizó. La mujer tenía alrededor de cincuenta años, y no era solo su doncella principal, sino también su confidente y su amiga, quizá la única que tenía en ese laberíntico mundo de envidias y celos que era la corte rusa. Llevaba junto a ella quince años, justo uno después de su matrimonio con Alejandro, y sabía que sería capaz de dar la vida por su emperatriz, si fuese necesario.

—Siéntate a mi lado, Irina —le pidió, al tiempo que abría los ojos y la miraba. Vio la preocupación en los suyos, tan oscuros como la noche siberiana, y se apresuró a explicarle la situación—. Necesito tu ayuda y consejo.

—¿Es por la carta del lord inglés?

—Así es. —Irina nunca llamaba a Paul por su nombre, por si acaso había oídos indiscretos alrededor, aunque María esperaba que al menos sus aposentos estuviesen libres de la vigilancia de la Tercera Sección—. Necesito a una persona de total confianza y lealtad probada para que viaje a Inglaterra en mi nombre.

—Ay, por nuestro santo patrono san Andrés, no irá a cometer ninguna tontería, ¿verdad?

María negó con la cabeza.

—No, todo ha terminado —le aseguró. Tragó saliva antes de continuar—. Paul se casa y me ha pedido que le envíe el anillo que me dejó en prenda.

Irina le palmeó la mano con ternura en un intento por otorgarle un poco de conforto.

—Es lo mejor, Majestad. Todas esas ilusiones eran vanas.

Ella movió la cabeza, consciente de que la doncella tenía razón. «Pero, si en el amor no podemos aferrarnos a las ilusiones y a las esperanzas, ¿cómo soportar la realidad?», se preguntó. Fuese cual fuese la respuesta, la descubriría a partir de ese momento.

—¿A quién podemos recurrir, Irina?

La mujer frunció los labios en un esfuerzo de concentración. Los tentáculos de la Tercera Sección llegaban lejos, y muchos eran los que temían su largo brazo. Además, había algunas personas que deseaban contemplar la caída en desgracia de la zarina, especialmente, algunas de las amantes de su esposo, deseosas de ocupar el lugar de la emperatriz.

—Necesitamos a alguien que pase desapercibido —musitó para sí mientras asentía—, y creo que sé quién podría ser.

—¿En quién estás pensando?

—En la joven lady Mary Branson. Creo que Su Majestad conoció a sus padres, el marqués de Mansbourg y su Alteza Serenísimas Ana de Bragation-Mukhraneli.

La emperatriz asintió. Recordaba a aquel inglés apuesto con ojos de un azul extraño, casi violáceo.

—¿No tenían un hijo también? —preguntó, tratando de recordar.

—Sí, Mikhaíl. Tengo entendido que acaba de contraer matrimonio con la princesa Paulina, de la casa real de Biron, y que se encuentra de viaje —le explicó—. Pero la joven tiene contactos en Inglaterra, y no resultará extraño que desee visitar a sus amigos y parientes.

María le dedicó una mirada poco convencida.

—Pero... una mujer.

—Créame, Majestad, es la persona indicada. Cuando una mujer se propone algo, no desiste hasta conseguirlo, sin importar los medios que tenga que utilizar para ello. Esta joven tiene un ingenio agudo —le aseguró en su afán por tranquilizarla—, seguro que podrá cumplir a la perfección con su encargo.

—Muy bien. Hazla venir de inmediato, Irina. El viaje a Londres llevará mucho tiempo. —Se detuvo un instante, pensativa, y un velo de tristeza cubrió su mirada. Luego se levantó y atravesó la sala hasta el hermoso secreter de madera labrada. Abrió unos cajones ocultos y extrajo un paquete de cartas atadas con un lazo rojo que le entregó a la doncella—. Quémalas por mí, por favor. No creo que tenga fuerzas para hacerlo.

Los ojos negros de Irina reflejaron tristeza, sabía cuánto debía costarle a la emperatriz aquella petición.

—¿No desea conservar alguna?

María inspiró con fuerza y alzó la cabeza con orgullo. En aquel momento, Irina dejó de ver a la mujer para contemplar a la zarina, la emperatriz que cumplía con su deber, costara lo que costase.

—El pasado debe quedar atrás —respondió con voz firme—. A partir de ahora, miremos solo hacia el futuro.

—Me encargaré de inmediato de cumplir con sus deseos, Majestad. —Ocultó las cartas entre sus ropas y, tras una cuidada reverencia, abandonó la estancia.

Mary frenó su montura y dejó que Yakov la alcanzase. Estaba segura de que le había dejado ganar la carrera, otra vez. Al fin y al cabo, nadie cabalgaba mejor que los cosacos.

Yakov había nacido a orillas del río Don, en el pueblo cosaco allí asentado. El marqués de Mansbourg le había salvado la vida en una ocasión y, desde aquel momento, a pesar de ser un hombre libre, se había puesto a su servicio como pago de su deuda. A la muerte del marqués, Yakov se había convertido en su guardián y escolta, algo que Mary agradecía de corazón, en especial en la situación en la que se hallaba en esos momentos. Aunque hacía una semana que el general Timashev le había hecho su despreciable proposición y no había vuelto a tener noticias suyas, sabía que no se encontraba a salvo de él.

—¿Aún no has decidido qué vas a hacer? —le preguntó el hombre cuando se colocó a su costado. Conocía bien su forma de pensar y lo que le preocupaba.

Ella lo miró y negó con la cabeza.

—No creo que al general le baste con un «no» por mi parte —respondió con evidente fastidio, lo que hizo sonreír a Yakov. Le gustaba el temple de la muchacha. Lástima que fuese inglesa y no cosaca, se dijo—. Tengo miedo por Misha.

—Tu hermano sabe cuidarse solo, yo le enseñé. Y a ti también.

Mary le sonrió, agradecida. Desde su regreso a Rusia, tras la boda de James, Yakov se había tomado como un reto personal que aprendiese a defenderse con el *kinzhal*, el cuchillo caucásico, o con el látigo, y a montar a caballo como un auténtico cosaco.

—Y por eso, para que no me sienta mal, me has dejado ganar, ¿verdad? —lo reprendió, medio en broma, medio en serio.

Los labios masculinos se estiraron en una sonrisa perezosa, pero no respondió. Se detuvieron a la entrada de la mansión, y él se ocupó de las monturas.

Mary entró en la casa, sacudiendo el polvo de su vestido, y se encontró con la mirada de desaprobación de la condesa Pashkov.

—No me mires así, Catalina.

—Un día se va a matar solo por tratar de ganarle a ese bárbaro —refunfuñó.

—Yakov no es un bárbaro y, además, sabes que con él estoy a salvo. Daría su vida por mí.

La condesa sacudió la cabeza.

—Eso espero, porque esta mañana ha venido un mensajero del palacio y te ha dejado esto. — Le entregó una carta lacrada y Mary la tomó, con mano temblorosa.

No le gustaba sentirse así, tan asustada. Inspiró hondo y rompió el sello bajo la atenta mirada de Catalina.

—Es de la emperatriz —le dijo, sorprendida—. Quiere verme dentro de dos horas en el palacio. Corre, dile a Sonya que me escoja un vestido adecuado y avisa en la cocina para que me preparen un baño.

Una hora y media más tarde, el carruaje atravesaba las calles de San Petersburgo en dirección al Palacio de Invierno.

Mary pasó la mayor parte del camino pensando qué podría querer de ella la emperatriz. Recordaba cómo su madre le había contado, más de mil veces, el día en que su padre y ella la conocieron, cuando la zarina era poco más que una niña cuyo matrimonio la había llevado a la más alta posición en la corte rusa. En ese momento, ella la envidió, hasta que más tarde comprendió que el precio de ser emperatriz era demasiado alto. Las infidelidades del zar Alejandro II eran de dominio público, y María Aleksándrovna no podía hacer nada al respecto, solo aceptarlo y aparentar ser la mejor de las esposas. Desde luego, ella jamás podría soportar lo que vivía la joven zarina, se dijo.

Cuando, finalmente, el carruaje se detuvo, bajó de este y se dirigió hacia la entrada del palacio.

Contempló aquella obra grandiosa que reflejaba en su imponente tamaño el esplendor y el

poder de Rusia. La fachada, en verde y blanco, estaba salpicada por más de un centenar de ventanas que la observaban como a una intrusa que exploraba tierras desconocidas. El sol que bañaba el rostro de Mary dejó de calentar la suavidad de su piel cuando atravesó la soberbia entrada principal.

Una vez en el interior, un mayordomo situado a los pies de la escalera de mármol blanco la recibió con una gran reverencia y le pidió que lo acompañara. Atravesaron largos corredores de techos recubiertos con molduras doradas que relucían con la tenue luz que penetraba por los grandes ventanales. Mary caminaba despacio, admirando la suntuosidad y riqueza que la rodeaba.

Atravesaron un corredor, flanqueado por columnas blancas, pasando después por una sala en la que las centelleantes lámparas de araña brillaban como diamantes. Finalmente, llegaron a una puerta, y el hombre que la había acompañado hasta allí la invitó a entrar después de anunciarla y de que la emperatriz diese su consentimiento para que se adentrara en la intimidad de su tocador.

Mary tragó saliva, pensando cuál podría ser el motivo por el que la zarina deseaba verla y, por un momento, se le ocurrió que podía estar relacionado con la visita que le había hecho el general Timashev. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, haciendo que se le erizase el cabello de la nuca.

Si la emperatriz iba a pedirle que aceptara la petición del general, iba a necesitar mucha diplomacia para negarse a ello. Porque lo que estaba claro era que no pensaba contraer matrimonio con ese hombre ni aunque se lo pidiera la mismísima esposa del zar Alejandro II.

Atravesó el umbral de la puerta, y sus ojos quedaron sobrecogidos por los intrincados dibujos del empapelado de las paredes, que hacían juego con el tapizado de las butacas repartidas por toda la sala. El azul y el dorado eran los colores dominantes en aquel lugar que, para el gusto de Mary, lucía exageradamente ornamentado.

La emperatriz la esperaba sentada en un sofá, con la mirada perdida y un extraño brillo en los ojos.

—Majestad. —Mary se inclinó en una perfecta reverencia.

—Acércate, por favor. —La voz débil de la zarina la sorprendió; había dado a luz ese mismo mes y aún parecía frágil—. He pedido que nos preparen un té al estilo inglés en tu honor.

Mary sonrió con sinceridad y agradeció con cortesía el detalle de la emperatriz. Esta, con un ligero ademán, la invitó a tomar asiento frente a ella. Cuando se aproximó, pudo observar la palidez de su rostro. La zarina no debía de ser mucho mayor que ella. Sin embargo, sus ojos estaban teñidos de preocupación, y sus hombros se inclinaban levemente como quien soportaba una gran carga.

—Supongo que te preguntarás el motivo de que te haya hecho venir —comentó, decidida a confiar en el buen criterio de Irina y no perder tiempo—, sobre todo teniendo en cuenta que no formas parte de las damas que frecuentan la corte.

Mary se limitó a inclinar la cabeza a modo de asentimiento. Temía que de la boca de la

emperatriz brotara el nombre del general y ella no pudiese contener su ira.

—Bien —continuó María—, lo cierto es que necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —De todas las peticiones que podría haber escuchado de la boca de la zarina, esa era la última que se le habría pasado por la cabeza—. No sé cómo podría prestar yo ayuda a Su Majestad.

Los labios de María dibujaron una sonrisa triste. Resultaba tan fácil pensar que la posición social y el dinero otorgaban la felicidad de quienes lo tenían, que a nadie se le pasaba por la cabeza que esas personas precisaran de algún tipo de ayuda.

—Se trata de un asunto personal, algo que no puedo encargar a nadie más que a ti.

Mary se tensó. ¿Qué podía desear la emperatriz de ella? Convertirse en una de las camareras de la zarina sería casi tan malo como obligarla a casarse con el general, pensó, nerviosa.

—Estoy convencida —dijo, en un intento por salir del aprieto al que se veía abocada—, de que su alteza tendrá a su alrededor gente mucho más capacitada que yo para cualquier labor que precise.

—Puede ser. —Sonrió con sinceridad. Le gustaba que no hubiese doblez en la joven, ni servilismo—. Sin embargo, estoy segura de que ninguna será tan discreta como tú. Y tan eficaz, según me han informado.

Mary entornó los ojos, intrigada.

—Tengo entendido —continuó la emperatriz—, que posees amigos en Inglaterra.

Un nudo se atravesó en la garganta de María Aleksándrovna. Lo que estaba a punto de pedirle a aquella hermosa joven que la miraba con sus ojos azul violáceo era que pusiera en riesgo su vida y, aunque ella era la zarina de Rusia, no tenía derecho a disponer así de la muchacha.

—Sí, así es, Majestad. Tengo algunos buenos amigos que me ayudarían en caso de necesitarlo.

Sus palabras la animaron a continuar.

—La verdad es que necesito deshacerme de un objeto que, en caso de que saliera a la luz, podría comprometerme. Y, por supuesto, es necesaria una total discreción, ¿comprendes?

—Por supuesto, Majestad —le aseguró, aun sin comprender para qué iba a necesitar a sus amigos de Londres en un tarea tan sencilla—, yo misma puedo encargarme de destruirlo.

—La cuestión —añadió la emperatriz, que apretaba sus manos con nerviosismo— es que no debe ser destruido, sino entregado a una persona que vive en Londres.

—Oh, ya veo. —Lo cierto es que Mary no veía nada claro. ¿Acaso el correo ruso no podía encargarse de aquello aun cuando las relaciones con Inglaterra fueran todavía muy delicadas? Una valija diplomática sería suficiente—. En ese caso, yo misma puedo enviarlo a uno de mis amigos y que ellos se encarguen de entregársela a...

—No. —María se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación. Sabía que, si quería que la joven cumpliera bien aquella misión, tenía que ser sincera con ella—. Verás,

nadie debe saber que ese objeto ha salido de este palacio.

—Discúlpeme, Majestad, pero...

Se había levantado por cortesía hacia la emperatriz, y esta la miraba ahora de frente. En sus ojos se leía la preocupación y la duda.

—Querida. —La emperatriz se aproximó a ella y tomó sus manos en un gesto de cariño—. Tengo en mi poder un objeto que un hombre me entregó hace años. Lo he guardado todo este tiempo, pero ahora me ha rogado que se lo devuelva porque va a contraer matrimonio y debe entregárselo a su futura esposa. Nadie debe saber que ha estado en mi poder todos estos años, o de lo contrario...

María leyó la confusión en su rostro. Alejándose de su lado, se dirigió hacia un pequeño mueble del que extrajo un estuche de terciopelo. Cuando se acercó de nuevo a ella, lo abrió.

Un exquisito anillo de oro, con un diamante engarzado en forma de corazón, brilló bajo la mirada atónita de Mary. Miró a su emperatriz y descubrió ante ella una mujer enamorada y rota por el dolor.

—¿Comprendes ahora por qué nadie debe saber de la existencia de este objeto? —Mary asintió. Si alguien se enteraba, la emperatriz podía ser acusada de traición al zar—. ¿Y comprendes la gravedad de lo que te estoy pidiendo?

—Por supuesto —admitió Mary. Aquel anillo de compromiso representaba una promesa de amor prohibida—. Yo misma viajaré a Londres y entregaré en persona este anillo a su dueño.

—El viaje será largo, y puede que peligroso. Las relaciones entre Rusia e Inglaterra pasan por un momento muy delicado. No debes permitir que nadie sepa cuál es tu verdadero cometido en Londres.

—No se preocupe, Majestad, puede confiar en mi lealtad.

La zarina percibió la firmeza de sus palabras y supo que Irina estaba en lo cierto. Aquella joven era de confianza, y su sólida determinación le infundió esperanza.

—Estaré siempre en deuda contigo, Mary.

—No, Majestad, soy yo quien debe agradecerlos la confianza que habéis depositado en mí. Le aseguro que no la defraudaré.

—Estoy convencida de ello. —Le ofreció su mano, que la joven besó con reverencia antes de abandonar la estancia. Sabía que le había pedido demasiado y, aun así, ella había aceptado ayudarla—. Que Dios te guarde.

Acompañada por el mayordomo, Mary recorrió de nuevo los corredores del suntuoso palacio, aunque, en esta ocasión, se sentía rebosante de alegría. La emperatriz le había proporcionado la excusa perfecta para alejarse de Timashev y, también, para volver a ver a James. Le pediría que la escoltase en ese viaje, ya que no podía contar con su hermano. El marqués la acompañaría hasta Londres.

Cuando abandonó la residencia, le pareció que el sol calentaba más, y que aquel estuche de terciopelo era la llave que le abriría la puerta a la libertad.

Capítulo 3

El carruaje se bamboleó cuando subió en él. Cerró la portezuela y echó una mirada a Yakov. Con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, ofrecía una estampa imponente.

—Ya era hora —gruñó.

Mary sonrió y le dio unas ligeras palmaditas en el hombro.

—No ha sido para tanto.

Sabía cuánto disgustaba a su amigo estar encerrado entre cuatro paredes, y aún más si se trataba de un espacio tan estrecho como el interior de un coche. Era un hombre libre y amaba la libertad. A pesar de ello, se había ofrecido a acompañarla al Palacio de Invierno por si acaso aparecía el general. Y Mary no podía menos que agradecersele, pues así se sentía más segura.

El coche se puso en marcha, y Yakov suspiró, aliviado.

—¿Algún problema? —le preguntó.

Mary sacudió la cabeza.

—Todo ha ido bien. Su Alteza me ha invitado a tomar el té y hemos conversado durante un rato. Ha sido una visita agradable.

—¿Una visita agradable? —repitió el cosaco, entrecerrando sus ojos de gato en un gesto de sospecha—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de dos horas ahí dentro?

—Eso es todo lo que puedo decir.

Él la miró pensativo, pero no añadió nada más. Conocía bien a la joven, y sabía que si había algo que quisiera decirle, tarde o temprano se lo diría. Para los cosacos, el corazón de una persona era un santuario privado cuya puerta nadie podía forzar; para conocer lo que encerraba en su interior era menester un lazo de confianza, como el que se forjaba en la amistad o en el amor, y mucha paciencia.

El carruaje recorrió la avenida Nevski, repleta de paseantes y gente que regresaba del trabajo. A Mary le hubiera encantado bajar y unirse a ellos, en un agradable paseo hasta su casa, contemplando las imponentes mansiones de los nobles que se alineaban a lo largo de la concurrida calle y los edificios comerciales.

Pedro I el Grande había mandado construir la avenida Nevski hacia 1718 en honor de Alejandro Jaroslávich, príncipe de Nóvgorod y de Vladimir, que había destacado en su juventud por sus grandes proezas militares y había sido canonizado por la iglesia ortodoxa rusa después de su muerte, convirtiéndose en un símbolo de la resistencia rusa frente al poder germánico. La avenida transcurría desde el Palacio de Invierno de los zares hasta el monasterio de Alejandro

Nevski como la arteria principal de San Petersburgo.

Mary atisbó por la ventanilla la gran columnata de la catedral de Kazán, de estilo neoclásico. Todo allí era tan diferente de Londres, pensó. No solo las construcciones y la gente, sino la vida misma. Ella se había criado en Rusia y amaba su país, pero, a pesar de ello, sabía que si lo abandonaba sería para no volver. La decisión que había tomado de escribir a James pidiéndole ayuda iba mucho más allá de realizar un servicio para su emperatriz.

—Voy a marcharme a Londres —dijo de pronto.

Yakov, que se había entretenido mirando a través de la ventanilla a los viandantes, se enderezó en su asiento.

—¿Es por culpa de ese malnacido?

—El general tiene algo que ver, en parte —respondió con cautela. Sabía que si le revelaba el secreto de la zarina a su amigo, este se lo llevaría a la tumba consigo, pero no quería alimentar los prejuicios que los de su raza tenían, ya de por sí, contra la aristocracia.

—Sabes que si te casaras terminarías con ese problema y no necesitarías abandonar Rusia.

Ella se volvió hacia él y lo miró con escepticismo.

—¿Tú crees? El nombre del general Timashev hace temblar a todos los nobles —replicó, con la voz endurecida por el odio—; tiene demasiado poder. Necesitaría un hombre fuerte y decidido que no se amedrentara ante sus amenazas. ¿Te gustaría casarte conmigo, Yakov? —le preguntó tras una breve pausa.

—Me honras, *mladshaya sestra*, pero soy tigre viejo para enfrentarme a un cachorro como tú. —A Mary le encantaba cuando él la llamaba su «pequeña hermana», pero, en esta ocasión, no sonrió al escuchar el apelativo, sino que su atención se dirigió al resto de la frase—. Lo que tú necesitas es un lobo, un líder de la manada, y no un tigre solitario.

—No soy ningún cachorro y, desde luego, tú no eres tan viejo. —Yakov sonrió para sí ante la vehemente defensa de la joven—. Contigo sé a qué atenerme y, además, me siento segura.

—¿Y qué hay del amor y de la pasión?

Mary notó el rubor que cubrió su rostro, aun así, no apartó su mirada de él. Lo cierto era que no había pensado mucho en esa parte de la ecuación, aunque le resultaba imposible pensar en Yakov en esos términos.

—Bueno, supongo que eso puede venir después.

Lo vio sacudir la cabeza, al tiempo que una sonrisa estiraba sus labios por debajo del cuidado bigote que lucía y cruzaba su rostro moreno, de pómulos afilados.

—El amor tal vez puede llegar con los años y el trato frecuente, pero la pasión, no. Es una mecha que se enciende en un instante, con una mirada o un simple roce. O se da, o no se da —le explicó con una calma que lo hacía asemejar a un maestro de escuela—. Los hombres somos mucho más pasionales, nos parecemos a la pólvora. Las mujeres son más como el fuego, cálidas y ardientes. Acerca el fuego a la pólvora y todo estallará, pero si el fuego no se enciende... —Se encogió de hombros con descuido, dejando que ella sacase sus propias conclusiones.

Mary no estaba segura de poder conjeturar nada de aquellas palabras. Su mente había conjurado un recuerdo que había enterrado en lo profundo de su mente, el de su primer beso, aquel que le había robado el duque de Ainsworth en una pequeña sala de visitas. El roce suave de los labios masculinos le había provocado una sensación extraña en todo el cuerpo, como si la lava de un volcán corriese por sus venas. Sin embargo, le bastó recordar su comportamiento descarado y grosero en su viaje hacia Rusia, acompañada por él, para que su ardor se enfriase.

—Creo que prefiero quedarme soltera —declaró con firmeza—. Me dedicaré a la cría de caballos.

—Y yo creo que cambiarás de opinión cuando encuentres al hombre que sepa inflamar tu pasión y hacer saltar chispas —la contradijo Yakov—. Eres una mujer muy apasionada, *mladshaya sestra*, no estás hecha para la soledad.

Observó su cabello negro como ala de cuervo, su piel cremosa y suave, sus labios rosados y esos ojos de pupilas brillantes con el color de las violetas. Estaba convencido de que el maldito Timashev había visto en ella lo que él mismo veía, esa pasión que dormía en el interior de Mary, esperando la mano acariciadora que supiera despertarla. Se dejaría arrancar el alma antes que permitir que ese desgraciado le pusiese una mano encima.

Mary no pudo responder a la insólita afirmación de su amigo, pues el carruaje se detuvo. Yakov fue el primero en bajar, con tanta prisa que ella no pudo menos que echarse a reír.

—Anda, ve con tus amados caballos —lo instó.

—¿No me necesitas? —Escudriñó el rostro de la muchacha con atención, a la espera de su respuesta.

—Te llamaré después. Tengo mucho en lo que pensar.

Era cierto, se dijo mientras contemplaba la figura de Yakov alejándose hacia las caballerizas, necesitaba pensar bien las cosas. El encargo de la emperatriz le brindaba una oportunidad para alejarse del general, pero ¿cuándo debía partir? ¿Cuánto tiempo tendría que pasar lejos de su amada Rusia?

Agradeció el suave aroma floral que la recibió en el interior de la mansión y que le resultaba familiar y tranquilizador. Se quitó los guantes y el sombrero y se los entregó al sirviente.

—Milady, la condesa me pidió que la avisara de que deseaba verla en cuanto llegase. Se encuentra en la biblioteca.

—Muchas gracias, Iván. Iré enseguida.

Debería haber pasado antes a asearse un poco, pero la preocupación hacía que su corazón latiese de una forma errática. Conocía bien a su dama de compañía, y si deseaba hablar con ella de inmediato, solo podía significar que algo grave había sucedido.

—Catalina, ¿qué ocurre? —le preguntó apenas traspasó el umbral de la biblioteca.

La condesa se puso de pie con prisas y se acercó a ella.

—Ay, mi niña. Un mensajero ha traído esto y no me parece nada bueno. —Sacudió la cabeza con pesar, y Mary pudo leer en sus ojos agrandados el temor por ella. Le entregó una nota y un

pequeño estuche forrado—. Dime que solo soy una vieja agorera.

Extendió una mano temblorosa y tomó el papel. Leyó con rapidez la breve misiva y perdió el aliento. Luego cogió el estuche y lo abrió. En el acolchado fondo de terciopelo descansaba una pulsera de diamantes y esmeraldas. Le hubiera parecido hermosa si no proviniese de un hombre al que detestaba con toda su alma.

—Es... del general.

—¿Acaso cree que puede comprar tu «sí» con una joya? —le preguntó Catalina, y su tono de indignación le arrancó una amarga carcajada que sonó extraña incluso a sus oídos.

—Ojalá se tratara de eso. —Apretó los dientes con rabia—. Más bien, cree que ya soy suya. Toma, lee. Me llama «su prometida», sin darme derecho a opinar sobre si deseo o no aceptar semejante... honor.

La condesa se santiguó al terminar de leer la nota.

—¡Por san Andrés! Ese hombre no está en sus cabales.

—Al contrario, sabe muy bien lo que quiere y no cejará en su empeño hasta conseguirlo. —De eso estaba segura, así que tenía que actuar con rapidez.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a demostrarle que soy una mujer que toma sus propias decisiones. —La miró con un brillo de determinación en la mirada—. Timashev dice que estará ocupado durante dos meses con unos asuntos. No te preocupes, Catalina, aprovecharé bien ese tiempo para alejarme lo más posible de él.

—Pero ¿a dónde vas a ir? —Una luz de comprensión se abrió paso en su mente—. ¿No pensarás ir...?

—... a Inglaterra.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Catalina, asustada—, no según están las relaciones entre nuestro país e Inglaterra en este momento. Sería poner tu vida en peligro.

Mary tomó las manos de la condesa entre las suyas, le pesaba enormemente provocar tal preocupación en ella, pero, sobre todo, sentía no poder contarle el verdadero motivo por el que debía hacer ese viaje. Sin embargo, cuanto menos supiese su dama de compañía y mejor amiga, menos peligro correría su vida.

—Estaré bien —afirmó con más convicción de la que sentía—. Además, Yakov me acompañará.

—Sé que confías en él, y estoy segura de que moriría por ti si fuera necesario, pero recuerda que solo es un hombre. Un cosaco nunca utiliza las armas de la diplomacia cuando las cosas se ponen feas. Ellos usan... otros métodos.

Mary sabía que Catalina tenía razón y que aquel viaje podía convertirse en un infierno para ella si algo salía mal. En caso de que la apresaran, la libertad que tanto ansiaba alcanzar desaparecería y, a cambio, solo tendría una gruesa cadena que, o bien la llevaría a prisión o, peor aún, la convertiría en la esposa del general Timashev.

—Es cierto, Catalina, pero también contaré con la ayuda de uno de mis amigos de Inglaterra —afirmó con seguridad—. Ahora mismo redactaré una misiva para el marqués de Hallbrook, él me ayudará.

La mujer la miró recelosa, sabía que Mary había amado a James durante años y que, finalmente, este se había casado con una hermosa joven inglesa, rompiendo así el corazón de su niña. Y, aunque ella parecía haberse recuperado de aquella herida, temía que el volver a verlo renovara el dolor que, según indicaba todo, había desaparecido.

Sin embargo, la condesa también era consciente de que cuando a Mary se le metía una idea en la cabeza, no había quien la hiciera cambiar de opinión. Por lo que, después de dejarle claro que ella no veía aquel viaje con buenos ojos, la dejó sola para que pudiera redactar la carta que ella misma se encargaría de llevar al correo.

Querido James,

Hace tres años que dejé Londres y aún me parece que fue ayer. Durante este tiempo, mi hermano Mikhaíl y yo hemos añorado cada uno de los momentos que pasamos juntos y hemos sentido el vacío de no tenerte a nuestro lado aquí, en Rusia.

Recordamos con cariño a tu hermano Alex y, por supuesto, a mi querida Sophia, nunca encontraré en este mundo un alma tan pura como la suya.

Debo reconocer, sin embargo, que el motivo de esta carta no es únicamente saludaros y mandaros mi afecto, sino una cuestión de mayor urgencia.

Necesito tu ayuda.

Sería para mí crucial que me acompañaras en un viaje en secreto a Inglaterra.

Me es del todo imposible revelarte el motivo de este, pero confío en tu discreción y en que, por el cariño que nos une, responderás con tu apoyo a esta necesidad que te presento.

Te agradezco de antemano tu ayuda y, por favor, no olvides dar un beso de mi parte a tu querida esposa, Elisabeth.

Sinceramente tuya, Mary

Cuando terminó de releer la carta que acababa de escribir, se dio cuenta de que en ella estaba implícito el cariño sincero que sentía por James, pero no había nada del fuego del que había hablado Yakov. Y se preguntó si había estado alguna vez enamorada de él o si tal vez solo lo había imaginado porque, en realidad, no sabía lo que era el amor.

Sacudió su cabeza en un afán por espantar esos pensamientos que no la llevaban a ninguna parte. Tenía preocupaciones mucho mayores que la de descubrir qué significaba estar enamorada. Además, como había asegurado Yakov, cuando eso sucediera, lo sabría.

Sveta se deslizó por el pasillo del palacio como una sombra. La criada había aprendido bien su oficio. Se movía en silencio sin llamar la atención, lo que le había servido para averiguar tal cantidad de secretos que habían hecho de ella un tesoro para Timashev.

La muchacha, demasiado joven y demasiado ambiciosa, abandonó el palacio por la puerta de servicio y salió a la concurrida calle. Nadie reparó en ella, como solía ser habitual en una mujer de su condición. Al acercarse al lugar acordado con el general, lo vio oculto tras la esquina de siempre, y el corazón se le desbocó. Sabía que aquella vez la recompensa iba a ser mayor por la información que le iba a facilitar.

Últimamente, la vida en el palacio había dado poco que hablar y, cada vez que tenía una cita con Timashev, este se marchaba malhumorado, insinuando que le había hecho perder el tiempo.

Y, aunque ella estaba convencida de que aquel hombre la amaba y que los cotilleos de palacio no eran sino una excusa para poder verla, también era consciente de que el general precisaba información y que su carácter se suavizaba cuando ella le revelaba alguna jugosa noticia.

En esta ocasión, el secreto le quemaba la garganta. Sabía que la obsesión por lady Mary Branson nutría a Timashev. Sveta pensaba que era porque siempre había aborrecido al hijo del marqués, Mikhaíl, e incluso había sospechado de él, pero como no había encontrado con qué acusarlo, la mejor manera de hacerlo sufrir era a través de su adorada hermana. Puesto que el joven se encontraba fuera del país, era el momento adecuado para acusar a la mujer y encarcelarla de por vida. Sveta odiaba cómo brillaban los ojos del general cuando hablaba de ella, y se alegraría enormemente cuando desapareciera de sus vidas.

—Te echaba de menos —le aseguró en cuanto llegó a su lado, rozando sus labios con los del hombre—, hace días que esperaba tu llamada.

—He estado ocupado. —Su tono no sonó a disculpa, por lo que la criada hizo un mohín, molesta—. No me sobra el tiempo.

—Entonces puede que no debas quedarte a escuchar lo que tengo que decirte —señaló, mientras se giraba dando la espalda a Timashev como si fuera a marcharse de allí—, y prefieras irte a cumplir con tus obligaciones.

Él la sujetó del brazo con fuerza, y ella se dio la vuelta para mirarlo de frente. Aquel hombre encendía en su cuerpo una intensa pasión que no podía controlar. Sus ojos, grises como el acero, y aquella mirada llena de seguridad la volvían loca.

—¿Vas a detenerme? —lo interrogó con voz seductora—. ¿Me llevarás a una celda y me pondrás unas cadenas para tenerme a tu servicio?

El general sabía, por experiencia, que conseguía mucho más de Sveta cuando seguía su juego, por ello, representó el papel que se esperaba de él.

—Si te resistes —la atrajo hacia sí y situó su rostro a apenas un par de centímetros del de ella—, no me dejarás otra opción que hacerlo.

Sveta sonrió complacida.

—Entonces, para librarme, tendré que darte algo a cambio, algo como... —pegó su cuerpo al del general— información.

Timashev se tensó. Obtener información era para él una de las mayores satisfacciones de este mundo, porque, si había algo que confería más poder que cualquier título, era poseer conocimientos sobre los secretos de las personas, en especial de la alta sociedad.

—Tú dámela, y veré si te concedo la libertad —gruñó.

Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo de la mujer. No deseaba ser libre, sino entregarse por completo a ese hombre y permanecer a su lado para el resto de su vida. Él era su libertad. La llave para escapar de una vida de servidumbre. Y puede que ese fuese, por fin, el día en que lo consiguiera, pensó con satisfacción.

—Lady Mary Branson ha venido al palacio esta mañana. —Un brillo de interés se dibujó en

los ojos de Timashev al oír el nombre—. La zarina quería hablar con ella personalmente.

—¿De qué? —preguntó, soltando a la muchacha.

—No lo sé. —Arrugó sus labios en un mohín de fastidio, al sentir que se esfumaba su mejor baza—. La he visto justo cuando abandonaba el palacio. Nadie sabía de la visita de la dama.

—No me sirve un hecho que no me revela nada interesante.

El general se giró, dispuesto a marcharse; sabía que aquello extraería cualquier detalle que Sveta pudiera haber retenido en su memoria.

—Espera —le rogó, ansiosa, sujetando su fuerte brazo—, solo sé que todo se ha mantenido en el máximo secreto y que la zarina ha estado recluida en su tocador toda la mañana. Puedo conseguirte más información, te lo aseguro.

—Está bien —aceptó, consciente de que debía dar un incentivo a la muchacha si quería seguir sirviéndose de ella—, has sido una buena chica.

Sveta suspiró, aliviada, y volvió a acercarse al general.

—¿Y me darás un premio?

Él pasó un brazo por su cintura y la atrajo hacia sí con brusquedad, arrancándole un gemido de placer. Después, selló sus labios con los de ella en un beso lascivo que nada tenía que ver con la ternura y el cariño de un verdadero enamorado.

—Sigue así, y pronto tendrás mucho más de lo que has soñado —mintió Timashev—. Lo juro.

El corazón de Sveta latía a una velocidad vertiginosa, y esas últimas palabras despertaron en ella la esperanza de que sus sueños iban a volverse realidad. Pronto sería la esposa del general y su vida cambiaría para siempre.

El hombre la vio alejarse. Todavía podía sacar de Sveta algo más que información, antes de deshacerse de ella para siempre.

Capítulo 4

Londres. Mayo de 1857

Valentin Blackwell, duque de Ainsworth, espía de la Corona, no se arredraba ante ningún peligro.

Era capaz de actuar con metódica frialdad cuando las circunstancias lo exigían, y su agudeza mental lo había librado de muchas situaciones difíciles que habrían acabado con su vida. Disfrutaba con el riesgo tanto como un adicto con el opio.

Las mujeres lo encontraban apuesto y encantador, y tanto viudas como casadas, o solteras, deseaban ocupar su lecho, al menos una vez en la vida, para saber si era cierto lo que se comentaba sobre sus dotes amatorias. Los hombres envidiaban su complexión física, digna de un dios del Olimpo, su destreza en el manejo de cualquier tipo de arma, su pericia con los caballos y su habilidad con las finanzas, que mantenía sus arcas llenas.

Valentin repitió todo esto para sí mismo, una y otra vez, mientras clavaba su mirada azul en el único hombre que era capaz de arrancarle un estremecimiento de pavor y hacer que se sonrojara como un adolescente pillado en falta: lord Edmund Danbridge, marqués de Wroxford. Su tío abuelo.

—¿Y bien, muchacho? —insistió este, acomodado sobre su silla de ruedas y mirándolo con unos ojos azules similares a los suyos, herencia materna—. ¿Tienes algo que decir?

—He estado muy ocupado, señor. No he tenido tiempo de ponerme a ello.

Las blancas y espesas cejas del anciano se fruncieron. Su rostro arrugado adquirió un gesto borrascoso que presagiaba tormenta.

—¿No has tenido tiempo? —Valentin se encogió interiormente ante el estallido del marqués. Sabía que aquellas palabras no eran una buena excusa, pero no tenía otra—. ¡Maldita sea, muchacho! ¡Has tenido treinta años para eso!

Compuso una mueca al escuchar la palmada que su tío abuelo propinó al reposabrazos de su silla y deseó que no se hubiera quebrado ningún hueso al hacerlo. Amaba al anciano —la única familia que tenía—, a pesar de su mal genio y de su empeño en dirigir su vida, aunque ya tenía edad suficiente como para hacerlo él solito, sin ayuda de nadie.

El marqués parecía esperar una respuesta a su última réplica. Valentin se abstuvo de decirle que, a la edad de seis años, un niño no pensaba en buscar esposa. Ni a los veinticinco, ya puestos. En su caso, ni siquiera le parecía que hubiese una edad adecuada para ello. Casarse no entraba en sus planes, aunque era consciente de que debía hacerlo si quería obtener un heredero para el título, y esto era, precisamente, lo que tenía tan alterado al anciano.

—No resulta fácil encontrar a la mujer adecuada para convertirla en duquesa, señor. Como siempre, lord Wroxford encontró la réplica adecuada.

—Cualquier dama te serviría —repuso en tono agrio—. Escoge una, cástate con ella y déjala preñada. Luego podrás seguir con tu vida como quieras.

Valentin apretó los labios con fuerza para no responder como le hubiera gustado. Su tío abuelo había sido educado en los cánones tradicionales, al igual que lo fueron su propio abuelo y su padre, y ninguno de ellos tuvo un matrimonio feliz. Aún recordaba la indiferencia con que se trataban sus padres, una exquisita cortesía que era capaz de cortar de raíz cualquier sentimiento con la precisión de un escalpelo. Y esa frialdad lo había arropado cada día de su infeliz infancia. No. No deseaba casarse de esa manera, y mucho menos traer hijos infelices al mundo.

—Lo siento, señor, pero soy demasiado refinado en mis gustos como para conformarme con cualquier dama —declaró con cierto sarcasmo, sin importarle si avivaba la cólera del anciano.

—¡Demonio de muchacho!

El marqués se atragantó y comenzó a toser de forma espasmódica. Su delgado cuerpo se sacudió como una hoja al viento y su rostro apergaminado tomó un alarmante tinte rojizo.

Valentin, que había permanecido de pie durante toda la conversación, puesto que su tío abuelo no lo había invitado a tomar asiento, se acercó al armario donde se hallaba el decantador y sirvió un poco de brandy en una copa que le entregó al anciano.

—Beba despacio —le aconsejó.

—No me digas cómo tengo que beber —refunfuñó el hombre después de dar un buen trago—. Llevo haciéndolo desde que tengo uso de razón.

Cuando se terminó la copa, Valentin se la retiró de la temblorosa mano y la devolvió al mueble, aprovechando para tomar él mismo un trago. La situación era peliaguda y necesitaba valor para capearla.

—¿Cuáles son tus gustos? —le preguntó el marqués cuando regresó a su lado.

—¿Cómo dice?

—En mujeres —le aclaró, con un deje de impaciencia—. Has dicho que no te conformarías con cualquier dama. ¿Cómo las prefieres?

«¡Por Dios bendito!». ¿Acaso su tío abuelo pensaba buscarle él mismo una esposa?, se preguntó. Nunca se había enfrentado al marqués, porque lo respetaba, pero todo hombre tenía un límite, y el suyo estaba a punto de ser traspasado.

—Con todo respeto, señor, no creo que eso sea de su incumbencia, ni creo que deba encargarse usted de hacer algo para lo que yo me encuentro perfectamente capacitado y que, además, me atañe solo a mí.

—¿Capacitado? —se burló el anciano—. Todo el mundo sabe que saltas de cama en cama, como las abejas, de flor en flor. Y por supuesto que este asunto me atañe. —A pesar de su avanzada edad, su tono de voz era fuerte y vital—. Eres mi único heredero, y no estoy dispuesto a que toda esa herencia termine en manos de cualquier inútil trepador solo porque tú tienes

miedo de casarte.

Todo su cuerpo se tensó cuando escuchó esas palabras que hirieron su orgullo. Él no era ningún cobarde, pero tampoco un loco sin sesera.

—No necesito ni quiero su maldita herencia —espetó con furia contenida, como si escupiera cada palabra—, y yo decidiré cuándo y con quién me caso, señor.

Lord Wroxford no pareció muy impresionado por su enfrentamiento. Se recostó contra su silla y esbozó una sonrisa maliciosa que provocó un escalofrío en Valentin.

—La herencia te corresponde por derecho, ya que así fue dictado por la Corona cuando se creó el título, y a Su Majestad le interesa que quede en buenas manos, manos leales —le explicó, con tal satisfacción en el rostro que supo que tramaba algo—. Te concedo dos meses para que busques esposa. Si transcurrido ese tiempo no me presentas una prometida, dejaré el asunto en manos de la mismísima Victoria. Estoy seguro de que nuestra monarca estará encantada de hacer de casamentera.

Valentin reculó un paso, como si una mano invisible lo hubiese abofeteado. Sin embargo, sabía que su tío abuelo era capaz de eso y de mucho más con tal de obtener lo que deseaba.

—¡Maldita sea, Edmund! —gruñó, usando el trato familiar que le dispensaba en contadas ocasiones—. No puedes hacerme esto.

—Puedo y lo haré, cachorro. No pienso irme a la tumba sin verte sentar cabeza.

Los ojos del marqués mostraban una determinación que Valentin conocía muy bien porque, en el fondo, los dos eran muy parecidos.

—Creo que será mejor que dejemos esta conversación aquí —le dijo mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la puerta.

—Dos meses —vociferó el anciano—, o será Victoria la que decida.

Valentin no se dignó responder, y el marqués vio cómo abandonaba la estancia con porte rígido. Cerró los ojos y reclinó la cabeza contra el respaldo de la silla. Su secretario personal, que se había mantenido silencioso en una esquina hasta ese momento, se acercó a él.

—¿Se encuentra bien, milord?

—Cansado, Benson. Ya no tengo energía para discutir con mi nieto, ni quiero hacerlo —respondió. Su cuerpo, antes erguido y lleno de vitalidad, pareció disminuir por momentos, y su rostro mostró surcos de dolor que no habían sido visibles hacía apenas unos instantes—. Quiero ver feliz al muchacho, pero no me queda mucho tiempo. Menos de un año, me han dicho esos malditos galenos. Y si tengo que chantajearlo para que consiga una buena mujer, ¡por todos los diablos que lo haré!

El secretario asintió. Comprendía al anciano, aunque no compartía su punto de vista. Él creía que hubiera sido mejor decirle la verdad al duque; al fin y al cabo, el joven amaba a su tío abuelo, y habría hecho lo necesario para complacerlo. En cambio, así, no estaba muy seguro de si la cosa terminaría bien para alguno de los dos.

Valentin desfogó toda su ira en una poderosa cabalgada por Hyde Park, a pesar de lo cual,

cuando llegó a su casa todavía le quedaban algunos resquicios de mal humor.

Entregó al lacayo el sombrero y los guantes, y se dirigió de inmediato a su despacho, su santuario, en el que pensaba encerrarse en soledad y dedicarse a la bebida hasta que se olvidara de la reciente conversación con su tío abuelo. No tuvo suerte, pues antes de que lograra llegar a la puerta, lo alcanzó su mayordomo.

—¡Milord! ¿Me permite un momento?

Cerró los ojos ante la llamada y se tragó un juramento. Podía decirle que no a Witkinson, pero, por lo general, el hombre no solía interrumpirlo a menos que se tratase de algo importante. Se volvió hacia él, cuidando de no exteriorizar su estado de ánimo, ya que su mayordomo se había revelado como un hombre bastante susceptible. Quizá era algo que se acentuaba con la edad, pensó; aunque, si así era, su tío abuelo, el marqués, no seguía aquella regla, gruñó para sí.

Apartó esos pensamientos y se centró en el hombre que tenía delante y que aguardaba con paciencia.

—Por supuesto, Witkinson, ¿qué sucede?

—Esta mañana ha llegado un mensajero de Hallbrook House, milord —comentó, al tiempo que le tendía un pliego de papel—. El marqués ha pedido que se le entregase esta nota en cuanto llegase.

Valentin la abrió y leyó el contenido. James lo requería con urgencia en la mansión, aunque no especificaba los motivos. Suspiró, un tanto frustrado, y se frotó un punto sobre la ceja izquierda, donde comenzaba a dolerle la cabeza. Se guardó el papel en el bolsillo interior de la chaqueta y asintió.

—Haga el favor de pedir que preparen el carruaje, Witkinson.

—Enseguida, milord.

«Al menos, no tendré que beber solo», se dijo.

Sin embargo, beber no era algo que entrara en los planes de James aquel día, como descubrió Valentin en cuanto fue conducido a su despacho y vio un tinte de preocupación en sus ojos.

—¿Se encuentra bien Elisabeth? —le preguntó, después de que hubieran intercambiado unas palabras a modo de saludo.

—Sí, sí —le aseguró James, con una amplia sonrisa que parecía esconder algo—. Maravillosa, como siempre. Deberías probarlo.

—¿El qué? —Lo miró extrañado.

—Casarte.

—¿Tú también?! —exclamó, molesto—. Si me has hecho venir para sermonearme sobre mi vida y la obligación que tengo de sentar la cabeza, podrías haberte ahorrado el trabajo.

—¿Qué quieres decir? —James frunció el ceño, sin comprender la exagerada reacción de su amigo a su insinuación sobre contraer matrimonio. Al fin y al cabo, ya tenía suficiente edad para ello, y necesitaba un heredero.

—Que llegas tarde —replicó el duque—, ya se ha encargado de ello el tío abuelo Edmund

esta mañana.

Valentin se dirigió hacia el mueble donde sabía que James guardaba el brandy y extrajo una botella sin pedir permiso, como había hecho ya en tantas ocasiones desde que estrecharon su amistad tres años atrás. Necesitaba un trago, tanto si lo tomaba acompañado por él como si no.

James se levantó y se acercó para servirse una copa también. Parecía que no había elegido la mejor mañana para pedirle un favor a su amigo, pero el asunto que le preocupaba era delicado y no había tiempo que perder. De cualquier forma, decidió suavizar primero la tensión que crepitaba entre ellos a causa de su anterior conversación.

—Cuéntame qué ha pasado. —Conocía bien a Valentin y sabía que necesitaba soltar todo lo que llevaba dentro.

El duque le narró lo sucedido con el marqués esa misma mañana y cómo, a pesar del cariño que sentía por él, no pensaba casarse con una mujer por la que no sintiera un mínimo afecto. No estaba dispuesto a cometer el error de sus padres.

—Entiéndelo, Valentin —le dijo James en un intento por apaciguarlo—. Lord Wroxford solo desea lo mejor para ti. Además, debo decirte que la vida de casado no está nada mal —comentó con una sonrisa—, y, por otra parte, te proporciona todo lo que un hombre puede desear.

—¿Una mujer que te caliente la cama? —lo interrogó con una ceja alzada que manifestaba su incredulidad—. Eso puedo tenerlo sin necesidad de casarme. Tampoco necesito una para que dirija mi casa, Witkinson lo hace a la perfección y me da menos problemas.

James sacudió la cabeza con gesto de frustración.

—No se trata de eso. El matrimonio es mucho más.

—¿Amas a Elisabeth? —lo interrumpió Valentin, tras dar un largo trago a su copa de brandy.

—Por supuesto —le aseguró con firmeza, ofendido por la duda de su amigo.

—Pues ese es el problema —admitió el duque con tono de satisfacción—, que yo no he conocido a ninguna mujer a la que merezca la pena amar, y por eso no me he casado.

James tuvo que reconocer que su amigo tenía algo de razón. Él tampoco había querido casarse por el simple hecho de que debía hacerlo a causa de su título, su edad o su posición social. Siempre había buscado un matrimonio por amor, como el de sus padres. Por lo que sabía, Valentin ni siquiera contaba con ese buen ejemplo. Además, él había encontrado a Elisabeth, la amaba con todo su corazón, moriría por ella si fuera necesario y, desde luego, no concebía una vida sin ella. Pero todo ello era fruto del enorme amor que sentía por su bella esposa; de otra forma, su matrimonio podría haberse convertido en un infierno.

—Has conocido, digamos... en profundidad, a más de una mujer, Valentin. —A él no se le escapó el tono irónico implícito en sus palabras—. No me digas que ninguna de ellas ha despertado, aunque sea mínimamente, tu interés.

El duque iba a lanzar una rotunda negativa, pero la palabra se detuvo en sus labios justo antes de ser pronunciada, porque un recuerdo invadió su mente, obligándolo a enmudecer. Unos labios sensuales y carnosos, en un precioso rostro ovalado y enmarcado por un cabello negro como la

más oscura de las noches, silenciaron su voz. El hecho de recordar unos ojos violáceos que clavaban en él una mirada de sorpresa después de haber recibido aquel primer beso le produjo el mismo cosquilleo que aquel día.

Lady Mary Branson se había colado en su mente sin pedir permiso. Y no era la primera vez.

—¿Y bien? —insistió James ante el enmudecimiento de su amigo.

—Ninguna, te lo aseguro —le confirmó, ignorando las sensaciones que le producía aquel recuerdo.

Estaba seguro de que cualquier sentimiento provocado por aquella hermosa muchacha se había debido, sin lugar a dudas, a su belleza y a ese orgullo con el que lo trató desde el principio, y que, como cualquier otro reto que se le ofreciera, no había podido dejar pasar de largo. Tres años atrás, se había convencido a sí mismo de que lady Mary despertaba en él el interés suficiente como para convertirse en su amante, pero jamás pensaría en hacerla su esposa.

El murmullo de James dispersó sus pensamientos.

—Ya veo.

En realidad, James no veía nada, excepto la renuencia de su amigo a abrirse a cualquier posibilidad que pudiera conducirle al matrimonio y a la felicidad.

—Así que —continuó Valentin, algo decepcionado por la conversación—, este era el motivo de hacerme venir esta mañana. ¿También tienes una lista de damas entre las que encontrarme esposa?

James ignoró su sarcasmo.

—No, por supuesto que no. —Por mucho que deseara que fuese tan feliz como lo era él, jamás le diría con quién debía pasar el resto de su vida—. Lo cierto es que necesito tu ayuda.

Vio cómo sus palabras borraban el rictus de amargura que había ensombrecido el rostro del duque y procedió a explicarle la misiva que le había enviado Mary y la solicitud que esta le hacía de pedir que la acompañase en su viaje a Londres.

Cuando Valentin escuchó el nombre de la dama, estuvo a punto de atragantarse con el brandy.

—¿Y no puede acompañarla alguien desde allí? —inquirió, una vez que se repuso de la sorpresa. Desde su punto de vista, eso sería lo más práctico—. No veo la necesidad de que corras el riesgo haciendo tú ese viaje.

—Lo cierto —añadió James, dejando la copa sobre la mesa de su despacho y pasándose la mano por el cabello—, es que Mary se encuentra en un aprieto. Lo sé, a pesar de que no ha querido darme detalles en su carta. Solo me ha dicho que debe viajar en secreto.

—Bueno, eso suena muy interesante —apuntó Valentin con un deje de envidia—, y si vas a pedirme que cuide de Elisabeth en tu ausencia, está hecho, tranquilo.

El marqués se acercó a la ventana, pensativo. A través de los cristales pudo ver a su esposa paseando por los jardines, disfrutando del sol de mayo que ese día les regalaba. Su preocupación por ella le hizo fruncir el ceño.

—No, Valentin, no te voy a pedir eso. —Su amigo lo miró extrañado—. Lo que deseo pedirte es que vayas tú a Rusia en mi lugar.

Alzó las cejas sorprendido. Recordaba perfectamente el viaje que había realizado hacía ya tres años para acompañar a lady Mary de vuelta a su país natal. Y si su memoria no lo engañaba, había sido... estimulante para él, y, sin duda, sumamente irritante para ella.

—¿Estás seguro?

—Sé que lo que te estoy pidiendo no es fácil —continuó James—. Las relaciones entre Inglaterra y Rusia son, cuando menos, delicadas. Sin embargo, tengo una poderosa razón para no realizar yo mismo ese viaje. Elisabeth está embarazada.

Valentin comprendió todo. Hacía tan solo un año que ella había perdido a su primer hijo en un embarazo complicado que no llegó a buen término, y James casi enloqueció pensando que podía perderla a ella también. No se alejaría de su lado ni un solo día hasta que Elisabeth no diera a luz.

—Lo entiendo, James —le aseguró mientras ponía una mano sobre el hombro de su amigo—. Y puedes contar conmigo. Aunque no puedo garantizarte que lady Mary vuelva de una sola pieza.

James lo miró atónito.

—¿A qué demonios te refieres? No estarás pensando en seducirla, ¿verdad?

—Nada más lejos de mi intención —declaró Valentin con una carcajada. Al fin y al cabo, no mentía. No era un pensamiento, sino una decisión que había tomado hacía tres años y que, en aquel entonces, no pudo cumplir—. Pero has de reconocer que esa fierecilla no me tiene mucho aprecio, así que tal vez tenga que enseñarle algunos modales, y no creo que los acepte por las buenas.

—Seguramente, no. Pero, Valentin, Mary ya ha sufrido bastante, trata de recordarlo —le pidió—. Trátala con el mismo cuidado y cariño como si fuese tu hermana.

—Lo intentaré —le prometió. Aunque la realidad era que, por mucho que se esforzara, no podía pensar en aquella hermosa muchacha como en una hermana, sino más bien como un desafío.

Y si había algo en el mundo que estimulara al duque de Ainsworth, eso era un buen desafío.

Cuando el carruaje de Valentin se alejó de la mansión de los Hallbrook, su humor distaba mucho del que tenía cuando había llegado allí. En un momento había encontrado la solución para evitar los odiosos sermones de su tío abuelo acerca de la importancia de encontrar una esposa, y una excusa para ganar más tiempo. Además, la perspectiva que se le presentaba de acompañar de nuevo a lady Mary Branson en un largo viaje se le antojaba altamente excitante. Sin contar el hecho de que parecía haber un misterio detrás de toda aquella situación. Nada despertaba tanto sus instintos de depredador y aventurero como una hermosa mujer y un misterio.

La eterna sonrisa llena de picardía volvió a sus labios mientras el rostro de aquella mujer invadía, una vez más, su mente.

Capítulo 5

Sveta no pudo evitar proferir un agudo chillido cuando sintió el fuerte azote sobre su trasero desnudo. Se volvió hacia el general, y el frío acero de sus ojos la traspasó, provocándole un estremecimiento.

Seguía enfadado, podía verlo en cada uno de sus endurecidos músculos, a pesar de que ella había tratado de aplacarlo y se había esforzado por darle placer. Se arrepentía de haberle dado la información sobre la joven aristócrata, porque en ese momento, mientras él observaba su cuerpo desnudo, vulnerable y expuesto, comprendió que no solo peligraba su puesto como doncella de palacio, sino también su vida.

El zar Alejandro podía ser implacable en lo referente a su esposa, pues aun cuando era bien conocida su relación con Guillermina Bayer, la amante con la que había tenido un hijo, todo el mundo sabía cuánto amaba a la zarina. Si llegaba a saberse que ella, una simple doncella, la había traicionado... No quiso pensar en ello.

—Te he servido bien, ¿verdad? —Vio que Timashev alzaba una ceja en un gesto cargado de arrogancia y se apresuró a proseguir—: ¿Cuándo harás pública nuestra relación? Estoy cansada de recorrer esos largos pasillos en silencio y con la cabeza agachada —añadió con un mohín—. Me prometiste sedas, joyas y fiestas, y no una miserable habitación en una humilde posada.

Su gesto de desdén al mirar a su alrededor arrancó una sonrisa a Timashev, sobre todo porque eso era lo único que ella iba a conseguir de él. Al fin y al cabo, Sveta solo era un peón más en su tablero de ajedrez; su verdadero objetivo era la dama. Lady Mary Branson. La joven encendía en él sus instintos más primarios, y poseerla se había convertido en una obsesión. La quería a ella y, por supuesto, también la rica herencia que la acompañaba en rublos y tierras.

—¿Crees que me has servido bien? —La duda se reflejó en el azul desvaído de los ojos de Sveta—. La información que me proporcionaste no está completa.

La joven se sentó sobre la cama, sin importarle su desnudez. Tenía un cuerpo bonito, con la lozanía propia de la juventud, pero no era el que él deseaba en su lecho. Además, comenzaba a fastidiarle que Sveta lo presionara.

—Fue todo lo que pude averiguar —se defendió—. La camarera personal de la emperatriz es como una tumba, y tuve que arriesgarme mucho para poder espiar a hurtadillas sus conversaciones.

—Pero no lograste descubrir qué objeto le entregó a la dama y de quién provenía. —Chasqueó la lengua en señal de desaprobación. La única información valiosa que le había entregado había sido la de que la zarina le había pedido a lady Mary llevar un objeto a Inglaterra.

Por eso él le había puesto vigilancia a la dama—. No creo que sea un servicio digno de recompensa, en todo caso, yo diría que mereces unos azotes.

Su cuerpo se endureció como reacción a la mezcla de miedo y lujuria que brilló en los de la muchacha, y supo que eso era lo que ella deseaba. Bien, así él podría descargar la furia que lo embargaba por el desprecio que sufría por parte de lady Mary, y Sveta obtendría lo que buscaba.

La joven se lamió los labios coralinos con aprensión y una expresión anticipada de placer.

—Oh, sí. —Observó, golosa, el cuerpo bien formado de su amante cuando se levantó del lecho. Las cicatrices que surcaban su espalda no restaban ni un ápice de atractivo a aquella piel morena y moldeada por unos músculos de acero. Lo vio coger el látigo que descansaba sobre sus ropas y se estremeció—. Vas a tratarme bien, ¿verdad? —le preguntó de pronto, intimidada por la sonrisa de dientes blancos que lucía en su atezado rostro y que le hizo pensar en uno de esos salvajes lobos siberianos.

—No te preocupes, pequeña, tú y yo vamos a pasárnoslo bien.

Una hora después, mientras bajaba las escaleras hacia el comedor de la posada, se preguntó si no se habría excedido con la muchacha. No pretendía matarla, ya que todavía podía serle útil, pero los gemidos de ella, mezcla de dolor y de placer, lo habían enardecido al pensar que no era Sveta quien yacía bajo su cuerpo, sino lady Mary.

Se cruzó con la mujer del posadero, que no se atrevió a mantenerle la mirada. Con toda probabilidad, había escuchado los gritos de la joven. No le importó, les pagaba lo suficiente como para que ignoraran sus asuntos; además, sabía que le tenían miedo. Y el miedo, como bien había aprendido él a base de las palizas recibidas de su propio padre, significaba poder.

—Atiende a la muchacha —le ordenó a la mujer.

Esta asintió de inmediato y respiró aliviada cuando el general abandonó la posada. Subió los escalones hasta el piso superior y recorrió el pasillo hasta detenerse frente a la puerta del dormitorio que el hombre acababa de abandonar. El corazón le latía con fuerza, golpeando sus costillas y haciendo que le costase respirar. Tenía miedo de abrir. Los gritos desgarradores que había escuchado poco antes, provenientes del interior, le habían puesto la piel de gallina, y había querido taparse los oídos para dejar de oírlos. Alargó una mano temblorosa y giró la manilla con cuidado. No escuchó ningún ruido, salvo el incesante golpeteo de su corazón. Abrió un poco más y entró.

—¡San Andrés bendito! —La mujer se santiguó tres veces con la mano izquierda mientras, con el rostro pálido, contemplaba el cuerpo lleno de verdugones que yacía sobre la cama, reducido a un guiñapo. La muchacha apretaba la mano con fuerza, y entre sus dedos pudo ver el brillo luminoso de un collar de esmeraldas—. ¿Qué has hecho, criatura? —murmuró con tristeza.

No podía comprender la ambición que movía a una joven bonita como aquella. Sacudió la cabeza con pesar. La riqueza era mala consejera, se dijo.

Se acercó despacio hasta el lecho y suspiró aliviada cuando oyó el quedo gemido de la muchacha. Maldijo al general Timashev y, como si acabara de invocar al diablo, volvió a

santiguarse antes de bajar a por paños, agua caliente y ungüentos con que aliviar el dolor de la pobre chica.

El final del mes de mayo se acercaba con rapidez, y el nerviosismo crecía en el interior de Mary. No había recibido ninguna respuesta por parte de James, y no dejaba de preguntarse si le habría llegado la carta y si estaría dispuesto a ayudarla.

Sacudió la cabeza para alejar los pensamientos negativos que la rondaban. ¿La distancia y tener una esposa eran motivos suficientes para acabar con una amistad que venía desde la infancia? No. James respondería, estaba segura. El problema era que, al no haberle podido contar los verdaderos motivos de su viaje, quizá no contestara a tiempo. Así que tendría que estar preparada por si necesitaba abandonar con rapidez San Petersburgo.

—¿Qué te tiene tan pensativa? —le preguntó Yakov, situando su montura junto a la de ella—. Casi no has hablado en todo el camino.

Mary miró hacia el cielo. Los días se alargaban cada vez más; de hecho, pronto comenzaría el periodo de las Noches Blancas, en las que el sol no llegaba a ponerse nunca de forma completa y el cielo seguía iluminado durante toda la noche con una luz parecida a la del atardecer. Casi todos los aristócratas habían comenzado a abandonar ya sus grandes palacios para dirigirse a sus dachas, donde pasarían el verano disfrutando de paseos y de la naturaleza.

Si San Petersburgo se vaciaba, sería mucho más fácil que el general notara su ausencia, sobre todo si, como pensaba, la había puesto bajo vigilancia. Además, le pesaba en la conciencia el hecho de no haber realizado aún el encargo de la emperatriz.

—Se me acaba el tiempo, Yakov.

El hombre percibió la angustia que subyacía bajo sus palabras y apretó los puños con fuerza. No le gustaba verla así.

—Deberías escribirle a tu hermano y decirle lo que pasa con Timashev.

—Sabes que eso no es posible. Ni siquiera sé dónde se encuentra Misha en estos momentos —le respondió, acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros—. He recibido dos cartas de él, una desde Turingia y otra desde Westfalia. ¿Quién sabe de dónde vendrá la próxima?

—Entonces, acude a alguno de los amigos de tu padre. Ellos hablarán en tu favor ante el zar.

Mary sacudió la cabeza.

—No puedo ponerlos en peligro, y menos en estos momentos. La relación entre Rusia e Inglaterra es precaria, no quiero que nadie cuestione sus lealtades por ayudarme.

—Pues, entonces, no sé para qué están los amigos si no es para los momentos difíciles —rezongó Yakov.

—Los cosacos veis las cosas de una forma diferente a nosotros —respondió ella, sonriente, mientras palmeaba su brazo con cariño. Vio cómo las comisuras de sus labios se extendían en una sonrisa orgullosa por debajo de su bigote.

—Por eso somos un pueblo libre —convino, con un asentimiento—. Para nosotros es un

deber ayudar a quien lo solicita, y no nos gusta tener deudas con nadie. Ya conoces nuestro dicho: «Más vale dar y entregar toda la vida...

—... que toda la vida pedir ayuda y favores» —completó ella—. Por eso sigues sirviendo a mi familia, después de todos estos años. ¿No echas de menos a la tuya? ¿Nunca has pensado en volver con ellos?

—Seguramente lo haré el día en que te cases, princesa, después de asegurarme de que tu marido es digno de ti.

—Entonces, siento mucho que tengas que envejecer junto a nuestra querida condesa Pashkov —replicó, con un brillo de diversión en su mirada. Sabía cuánto le molestaban los constantes regaños de su dama de compañía, que lo consideraba un bárbaro.

Yakov gruñó y se estremeció como un animal herido de muerte, y Mary soltó una carcajada.

—Tú te casarás, muchacha, ya te lo dije. —Su tono sonó más a amenaza que a recordatorio—. Eres demasiado pasional.

Mary se sonrojó y adelantó un poco el trote para no tener que mirar a Yakov.

—Eso ya lo veremos. —Detuvo su montura con cierta brusquedad, y el caballo reculó con un relincho de irritación—. Pero ¿qué es lo que...?

Yakov, que también se había detenido para no chocar contra la joven, rodeó a la yegua que montaba ella para situarse a su lado. Alcanzó a ver por qué se había frenado Mary, justo antes de que ella clavase los talones en los ijares del caballo y saliese al galope. Él la siguió, maldiciendo en su interior.

La casa de los Mansbourg tenía ante su puerta un pequeño grupo de soldados que, si su vista no le fallaba, pertenecían a la Tercera Sección.

Timashev había vuelto.

Una vez que Mary llegó al pie de la escalera de la entrada, bajó del caballo dispuesta a expulsar de su hogar a los soldados que ya habían comenzado a entrar en la mansión sin su consentimiento. Uno de ellos se inclinó hacia el general y le dijo al oído que ella se acercaba, dado que este no podía verla, pues permanecía frente a la fachada de la casa impartiendo órdenes a sus hombres.

—¡Cómo se atreve! —le gritó, enardecida por la furia.

Timashev se giró con lentitud, saboreando el momento, y con una sonrisa maliciosa en los labios que no ocultó a los ojos de ella.

—Querida lady Mary —siseó con hipocresía—, está usted más hermosa, si es que eso fuera posible, que la última vez que nos vimos.

Ella no se dejó amedrentar por sus insolentes palabras y subió los peldaños. Sabía que él trataba de ocultar la ira que sentía por el fracaso en la proposición de matrimonio que le había hecho hacía unas semanas. Debía andarse con cuidado, el general tenía mucho poder; pero, aun así, el odio que sentía por él le hizo alzar la barbilla con orgullo, como si no le importara lo más mínimo lo que dijera. Al darse cuenta de que todavía llevaba la fusta en la mano, tuvo que luchar

contra el deseo de azotar el rostro de aquel odioso hombre que la miraba con la codicia de un usurero.

Al llegar a su altura, se situó frente a él. El general contempló las mejillas de la joven, arreboladas por la furia contenida, y se despertó en él un deseo de someterla tal y como había hecho esa misma mañana con Sveta. La miró de arriba abajo, desnudándola con la mirada, y se detuvo en el pequeño puño que apretaba con fuerza la fusta. Por su mente pasaron mil ideas, a cuál más mezquina y denigrante. Sin embargo, se giró sin añadir una sola palabra, dejándola plantada en la entrada, mientras se dirigía al interior de la casa y se consolaba pensando que quedaba muy poco para que pudiese dejarse arrastrar por aquel deseo que en ese momento le estaba vetado.

—Le exijo que ordene a sus hombres salir de mi casa. —Mary lo siguió, animada por el silencio del general—. ¡Ahora mismo!

Timashev se detuvo al instante.

Cuando volvió el rostro hacia Mary, esta comprendió que había ido demasiado lejos. Los ojos del general refulgían de odio, y se percibía la tensión en los músculos de su mandíbula, mientras que sus labios formaban una fina línea. Notó su furia, como un volcán a punto de explotar.

—No está en posición de exigir nada, princesa —masculló entre dientes, después de dar un paso al frente y situarse demasiado cerca de ella—, más bien todo lo contrario. Pronto será usted quien deba satisfacer mis exigencias.

Mary sintió un desagradable escalofrío recorrer su espalda y dio un paso atrás.

En ese momento, la figura de Yakov se recortó en el vano de la puerta y le transmitió algo de seguridad.

—No tiene derecho a...

—Lo tengo —la interrumpió con arrogancia y elevando la voz para ser escuchado—. Soy el general de la Tercera Sección y estoy en medio de una investigación, por lo que le recomiendo que no entorpezca a mis hombres y me deje hacer mi trabajo.

—¿Una investigación? —preguntó ella con cautela.

El general alzó una ceja, intentando leer en los ojos de la dama algún resquicio de culpabilidad.

—Hemos obtenido información acerca de un asunto de... presunta traición. —Sonrió al observar el desconcierto de la muchacha y un ligero destello de temor en su mirada—. No pararé hasta no haber llegado al fondo de la cuestión, se lo aseguro.

El rostro de Mary palideció. ¿Acaso se había enterado el general de la misión que le había encomendado la zarina? ¿Conocería la existencia del pequeño estuche de terciopelo? ¿Sabría que ella había pedido ayuda a Inglaterra y que pensaba viajar hasta allí?

Demasiados interrogantes comenzaron a torturarla.

—No obstante —añadió él, acercándose aún más a ella y susurrando las palabras en su oído

—, usted sabe perfectamente que hay una manera de detener todo esto. Una sencilla respuesta afirmativa a mi proposición y mis soldados abandonarán la casa al instante.

Las palabras del general le provocaron náuseas.

—Le daré mi respuesta cuando regrese mi hermano —le mintió, a fin de ganar tiempo de nuevo—, ya se lo dije.

—¡Removed toda la casa! —gritó con furia, haciendo que su aliento golpeará el rostro de Mary de forma desagradable—. ¡No paréis hasta encontrarlo!

Ella le mantuvo la mirada, a pesar de escuchar los susurros quedos de los criados, que se movían nerviosos, intentando ordenar todo lo que los soldados iban destrozando a su paso. La orden emitida por el general le había revelado que buscaban algo en concreto, y empezaba a creer que, de alguna manera, se había enterado de lo del estuche. Timashev era famoso por tener oídos en todas partes, aunque nunca se imaginó que podían llegar hasta el mismísimo palacio de los zares.

Sin embargo, mientras siguieran buscando allí, estaba tranquila, porque lo había escondido en el pequeño invernadero que había en la parte trasera de la casa. Nadie, excepto ella, visitaba aquel lugar.

Aun así, ver lo que estaban haciendo con su hogar le destrozaba el corazón.

—Una sola palabra —siseó Timashev junto a ella, como una serpiente— y todo terminará.

Mary apretó sus labios con fuerza y contuvo las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos.

Yakov, que se había mantenido a una distancia prudencial, se le acercó.

—Sería mejor que se limitase a realizar su trabajo, general —le advirtió con un matiz acerado en su voz—, en vez de hostigar a lady Mary.

—¿O...? —inquirió Timashev, mirando con desprecio al cosaco.

Yakov dio un paso al frente y su cuerpo se tensó frente al del general. Si bien era cierto que Timashev poseía un cuerpo de músculos bien dibujados, ante la presencia del cosaco se veía como un gato frente a un león.

—O quizá deba enseñarle cómo tratar a una dama.

—¿Me está amenazando? —Un relámpago de odio cruzó sus ojos. No temía enfrentarse a nadie, porque sabía que sus espaldas estaban bien cubiertas, y no tendría reparos en acabar con una rata como aquella, que se creía superior a causa de su raza—. ¿O simplemente intenta hacerse el valiente para llamar la atención de su princesa? Supongo que a un individuo de su posición le resulta muy beneficioso arrastrarse ante la aristocracia, ¿o quizá desea obtenerla como trofeo?

Señaló con la barbilla a Mary, como si esta fuera una mercancía que se pudiera comprar o vender.

El cosaco dio un paso adelante, con las manos convertidas en puños.

—Se lo advierto, si le toca un solo pelo, lo mataré.

—Yakov...

Mary puso una mano sobre el musculoso brazo del que consideraba su mayor protector y consiguió que este desviara la mirada hacia ella un momento. Negó con la cabeza, de manera casi imperceptible. Él gruñó de frustración, aunque comprendió al instante que lo que menos necesitaba en esos momentos era un enfrentamiento en su propia casa, por lo que dio un paso atrás y se tragó el orgullo. Haría cualquier cosa por esa mujer.

—Así me gusta —se regodeó Timashev con arrogancia—, que los perros ocupen el lugar que les corresponde, a los pies de sus amos.

Yakov sintió latir la furia en sus venas, pero no se movió. Él era un hombre libre, pero hacía falta mucho más que un despreciable insulto para que dejara de cumplir los deseos de Mary.

Un soldado se acercó al general para confirmarle que no habían encontrado nada. Timashev los había llevado allí sin saber con exactitud qué debían buscar, ya que Sveta no le había aportado esa información, aunque el verdadero fin de todo aquello había sido solo presionar a la joven.

Furioso por el resultado obtenido, propinó al soldado un fuerte empujón que lo hizo tambalearse hacia atrás. Después, se giró hacia Mary, que no dudó en sostenerle la mirada.

—No crea que me voy a dar por vencido —le aseguró, con un rictus de odio en su rostro—; la vigilaré tan de cerca que me creará parte de su vida. Y muy pronto lo seré.

La última frase fue tan solo un susurro, pero Mary la oyó con claridad y penetró en su corazón como un puñal envenenado.

Solo cuando Timashev y todos sus soldados abandonaron su hogar, su cuerpo se relajó y se juró a sí misma que, con ayuda de James o sin ella, se marcharía a Londres cuanto antes.

Capítulo 6

San Petersburgo. Principios de junio de 1857

Valentin no tuvo que simular el gemido de dolor que escapó de sus labios cuando, tras dar un nuevo paso, otra fuerte punzada le atravesó la agarrotada musculatura de su espalda encorvada.

¿En qué maldito momento se le había ocurrido disfrazarse de viejo mendigo para atravesar las calles de San Petersburgo?

Tan pronto como James le había dicho lo que necesitaba de él, se había puesto en marcha con los preparativos para el viaje. Aún recordaba el gesto de disgusto de su tío abuelo cuando le había hecho saber que se le había encargado una misión que lo mantendría alejado durante un largo tiempo de Londres, con lo que le resultaría imposible cumplir las condiciones de su chantaje. El rostro apergaminado de lord Wroxford había tomado un alarmante color rojizo.

—Yo no te estoy chantajeando —había refunfuñado.

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿cómo le llama usted a esa amenaza de echarme a las garras casamenteras de nuestra querida Victoria si yo mismo no me conseguía una prometida en el mísero espacio de dos meses?

—Tienes treinta años, has tenido tiempo más que suficiente para cortejar a una buena muchacha y casarte —gruñó el anciano—. Pero, por lo que sé, las únicas visitas a tu cama han sido viudas y alguna cortesana.

Valentin entrecerró los ojos, y una oleada de furia lo asaltó.

—¿Me ha estado vigilando?

—Por supuesto, eres mi heredero. Tengo derecho a saber en manos de quién depositaré mi fortuna.

—¡Por mí, puede irse al Infierno y llevarse con usted su maldita fortuna!

Y aquellas habían sido sus últimas palabras antes de abandonar la sala a grandes zancadas y rezumando el veneno de la rabia por cada poro de su piel. Aunque lamentaba haberse comportado así con su tío abuelo, sabía que el hombre tenía el corazón duro como una piedra y sus palabras no lo habrían afectado. Lo más probable era que, cuando regresara a Londres, tuviera ya a una novia dispuesta y preparada junto al altar, lista para emitir sus votos. Si es que él se lo permitía, lo que no tenía intención de hacer, por supuesto.

Un estremecimiento lo atravesó, y no fue a causa del aire que todavía soplaba algo frío en esa época del año. Al fin y al cabo, llevaba varias capas de ropa encima que, por otra parte, olían como el demonio.

El viaje desde Inglaterra había sido largo, pero sin incidentes. Casi al llegar a San

Petersburgo, y sin saber con exactitud cuál era el problema en el que se hallaba envuelta lady Mary, había optado por usar un disfraz. Después de un par de días —el tiempo que había tardado en localizar la mansión en la que ella vivía—, solo deseaba poder caminar con la espalda recta —encorvarse había sido la única solución para no llamar la atención, debido a su altura— y darse un buen baño, de preferencia muy caliente.

Arrastró un poco más los pies por la gran avenida. La ciudad, que había comenzado a construir Pedro I en 1703 como signo de su voluntad de progreso hacia un futuro más occidentalizado y moderno, había sufrido muchos avatares. Elegantes edificios de estilo barroco y neoclásico se alzaban, dispersos por la ciudad, en torno a la desembocadura del río Nevá.

Dado el aspecto bajo el que se ocultaba, no había podido pedir indicaciones para localizar la mansión Mansbourg que, por cierto, había descubierto que se la conocía como Palacio Bragation-Mukhraneli. Por eso le había costado tanto encontrarla y había perdido un tiempo precioso.

Vio que se hallaba cerca de la casa y entró en un pequeño callejón desde el que podía ver la entrada del palacio. Se dejó caer contra la pared, emitiendo un gemido cuando los huesos de su columna crujieron al enderezarse. Prestó atención a los alrededores, y comprendió que había hecho bien al disfrazarse, pues, por lo visto, no era el único que vigilaba aquella casa. Pudo ver un par de hombres apostados en las inmediaciones. Parecían soldados. ¿En qué problema se había metido aquella mujer?, se preguntó. Y, más importante aún, ¿cómo iba a hacer para burlar aquella vigilancia y acercarse a ella?

Esa misma pregunta se estaba haciendo Mary en aquellos momentos. Con discreción, echó un vistazo a través de la ventana, solo para comprobar que los soldados continuaban en sus puestos.

—¡Maldita sea!

—¡Jesús, niña! Esas no son palabras para una dama —la reprendió la condesa, sentada en una butaca mientras realizaba labores de costura—. Si tu querida madre te oyese, se revolvería en su tumba.

Si su madre siguiese viva, ella no se encontraría metida en aquel embrollo, se dijo. El corazón se le encogió por la tristeza. La echaba de menos, y a su padre. Las lágrimas se anudaron en su pecho y un sollozo trepó por su garganta, pero no permitió que saliera fuera. Llevaba dos años, desde la muerte de su madre, apoyándose solo en sí misma. Había salido airosa de muchas situaciones difíciles, y esta no iba a ser la excepción.

—Mi madre no habría dejado que esos hombres vigilaran su casa y a su familia, y mi hermano tampoco.

La condesa Pashkov hundió la aguja en la tela que sujetaba el bastidor y clavó sus ojillos astutos en ella. La conocía demasiado bien.

—Pero tu hermano no se encuentra aquí y tú sí, querida, y no puedes arriesgarte a enfurecer más a ese demonio de Timashev.

Mary se exasperó y comenzó a pasearse por la estancia.

—Y entonces, ¿qué? ¿Me dedico a preparar mi boda y ya está? —Alzó las manos en un gesto de impotencia y frustración, y sacudió la cabeza—. No puedo, Catalina. No voy a someterme a sus exigencias.

—Ay, san Andrés bendito, ¿qué es lo que estás pensando?

Mary se sentó a su lado y la tomó de las manos, apretándoselas con suavidad.

—Sabes tan bien como yo que en Inglaterra estaría a salvo. Tengo que llegar allí como sea.

El rostro de su dama de compañía palideció.

—Es un camino largo y peligroso para una mujer.

—Yakov me acompañará.

—No sé si eso me tranquiliza —refunfuñó la condesa con un mohín de desagrado—. Ese bárbaro solo sabe atraer problemas como moscas a la miel.

—Eso no es cierto y lo sabes, Catalina. Él salvó la vida de mi padre y haría lo que fuera por mí —aseguró con convencimiento. Yakov siempre había sido leal con la familia Mansbourg, pero, tras la muerte del marqués, se había mostrado sumamente protector con ella y no había querido abandonarla aun cuando su madre le había dicho que la deuda estaba saldada y podía volver con su pueblo si lo deseaba—. Me protegerá.

—Niña, él no podrá llevarte hasta Inglaterra. Nunca dejará Rusia, es como pedirle a un salmón que salga del agua para vivir en la tierra.

Mary sonrió ante la metáfora. No estaba segura de que a Yakov le gustase ser comparado con un pez, al fin y al cabo, los cosacos eran un pueblo muy orgulloso.

—Al menos podrá acompañarme hasta la frontera con Prusia. Después...

—¡Ni siquiera lo mientes! —resopló, irritada, la dama. Luego se santiguó tres veces—. ¡Por todos los santos apóstoles!, ¿no te das cuenta del peligro que supone viajar sola? Eres una mujer, y hay muchos hombres que podrían aprovecharse de ti.

—Ser mujer no me convierte en una inepta, Catalina. —Trató de moderar su tono para no gritarle a la condesa, aunque estaba realmente enfadada y no pudo evitar que su voz adquiriese un matiz de dureza—. Soy capaz de manejar un arma tan bien como cualquier hombre, y puedo defenderme. Además, siempre puedo contratar una escolta una vez que llegue a Prusia.

—Estás decidida...

La mujer agachó la cabeza y miró sus manos, que apretaba una contra otra en un gesto de nerviosismo. Mary se arrepintió de haberle hablado de aquel modo. Sabía que Catalina solo se preocupaba por ella. Se arrodilló a sus pies y envolvió sus manos regordetas entre las suyas.

—No puedo permanecer aquí simplemente dejando que otros decidan mi destino y mi futuro, Catalina —repuso con voz suave—. Quiero poder elegir, tengo derecho a ello, tanto como cualquier otra persona. Ser mujer no me hace menos inteligente, ni tampoco me convierte en un objeto de adorno que pueda comprar el mejor postor.

La condesa Pashkov dejó escapar un suspiro y levantó la cabeza, solo para encontrarse con el

fuego de la determinación que ardía en los preciosos ojos violeta de la muchacha a la que había criado casi como si fuera una hija.

—Siempre fuiste terca, como tu madre. —Le acarició la mejilla con cariño—. Espero que sepas lo que haces.

Mary asintió.

—Lo sé. Partiremos esta misma noche y, con suerte, cuando el general se percate de mi ausencia, estaremos ya lo bastante lejos como para que nos dé alcance —le aseguró.

El rostro de la condesa se ensombreció.

—Rezo porque así sea, querida, porque no dudes de que, en cuanto se entere de que te has escapado de sus manos, lanzará a sus perros de caza tras de ti.

Mary se estremeció ante el sombrío presagio, pero se agarró con firmeza a su decisión. Tenía que cumplir el encargo de la emperatriz como fuera. Además, prefería mil veces estar muerta antes que entregarse a Timashev.

—Anda, ayúdame a preparar el equipaje. Sabes que soy un desastre para esas cosas.

Sabía que a Catalina le ayudaría sentirse útil, y a ella le vendría bien su compañía y su cháchara para no dejarse llevar por el frío terror que amenazaba con invadir su interior y paralizar su determinación. «Si al menos James estuviese aquí», pensó. Pero James no estaba, así que tendría que arreglárselas sola.

Preparó un ligero equipaje, con ayuda de la condesa, mientras crecía la opresión en su pecho por no haber obtenido ninguna noticia de Inglaterra. Quizá James no había recibido su misiva, o su trabajo en Londres había supuesto un obstáculo, de alguna manera, imposible de soslayar. Estaba convencida de que, de haberle sido posible, habría acudido a ayudarla.

Descendió la escalera, pensativa. Se detuvo en el último escalón cuando vio a Yakov pasar por el vestíbulo. Venía de la cocina.

—Yakov —lo llamó—. Necesito hablar contigo.

El hombre asintió y la siguió hasta una pequeña sala, cuyos ventanales daban a la parte de atrás del jardín.

—¿Qué necesitas?

Mary se detuvo junto a la cristalera y sonrió. La reconfortaba que él siempre estuviese dispuesto a ayudarla sin importar lo que le pidiera.

—Quiero que me lleves a Inglaterra.

Tras unos segundos de silencio, y ante la falta de respuesta, abandonó la contemplación del jardín y se volvió.

Yakov seguía de pie en medio de la salita, algo que ya se esperaba, puesto que nunca le habían gustado los ambientes refinados y elegantes. Según su parecer, la austeridad forjaba al hombre, y el lujo a los lechuguinos. Un recuerdo acudió a su mente, el de la primera vez que vio a lord Ainsworth en un baile en Londres; estaba apoyado contra una columna de mármol, con todo el aire de un depredador al acecho, mirándola con ese azul infinito que velaba sus ojos y

una sonrisa indolente en sus labios. Desde luego, podía llamarlo cualquier cosa, menos lechuguino.

—¿Estás loca?

Más que las palabras, el gruñido que acompañó a estas fue lo que la trajo de vuelta de sus recuerdos. Yakov, con el ceño fruncido y los poderosos brazos cruzados sobre el pecho, la miraba como si en realidad creyera que estaba en lo cierto.

Se le escapó un bufido —algo poco apropiado para una dama— y lo desafió con la mirada.

—Nunca he estado más cuerda ni más decidida.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

El cosaco achicó sus exóticos ojos almendrados en un gesto de advertencia. El bigote le tembló cuando apretó la mandíbula, y Mary comprendió que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Por qué quieres ir a esa maldita Inglaterra? —gruñó entre dientes.

Era una buena pregunta, se dijo Mary, y sabía que su amigo no se conformaría con menos que la verdad. No le quedó otra más que confiársela.

La verdad no le gustó ni un pelo, pero después de varias amenazas, gruñidos y maldiciones, no tuvo más remedio que claudicar. Tal y como le había dicho Catalina, Yakov se negó a abandonar el territorio ruso, pero le prometió, a regañadientes, que la llevaría hasta la frontera y que conseguiría una escolta para ella.

—Partiremos esta noche, creo que será más fácil burlar a los guardias.

—¡Dios me libre de las mujeres con ideas! —bufó, sacudiendo la cabeza con pesar.

Mary le dedicó su sonrisa más brillante, al tiempo que enlazaba su brazo y tiraba de él. Como buen ruso ortodoxo, Yakov era un hombre profundamente religioso. El hecho de que mencionase el nombre de Dios de aquella forma solo mostraba su alto grado de exasperación.

—Anda, deja de meter a Nuestro Señor en estos asuntos tan mundanos y acompáñame a dar un paseo para ver cuántos guardias vigilan la casa y dónde se encuentran.

—Si las mujeres se metieran en política, ganarían todas las guerras.

—Eso ni lo dudes, querido amigo —respondió, dándole unas palmaditas de consuelo en el brazo.

A pesar de la severidad de su rostro, vio una leve insinuación de sonrisa en sus labios.

—Vamos, antes de que me arrepienta de seguirte el juego.

—Son más de los que imaginaba —susurró Mary al salir con Yakov. Fingió una sonrisa para ocultar su desasosiego—. Hay dos en la esquina de enfrente y al menos otros dos junto a aquel edificio gris.

El cosaco lanzó una mirada a la calle, sin detenerse en ningún punto en concreto, para no llamar la atención de los soldados.

—Hay seis —le aseguró—. Otros dos se ocultan en el callejón, tras el carruaje que se ha detenido a nuestra izquierda.

Mary se sintió abrumada al descubrir que la situación era mucho peor de lo que había supuesto y, por primera vez, dudó de que viajar a Inglaterra fuese una buena idea.

Sin embargo, la incertidumbre que sentía no era más fuerte que su determinación por realizar el encargo de la zarina ni, desde luego, que la lucha por su libertad. No pensaba consentir casarse con Timashev, él era el culpable de todo cuanto le estaba sucediendo, y jamás lo dejaría salirse con la suya. Nunca se rendiría ante ese hombre, ni aunque le fuera la vida en ello.

Con la voluntad renovada para llevar a cabo su misión, emprendió su paseo flanqueada por Yakov. Él le infundía seguridad, y sabía que tenerlo a su lado haría que ese viaje tuviera más posibilidades de salir adelante.

Las concurridas calles de San Petersburgo lucían alegres con el colorido de los vestidos de las damas que, a esa hora de la tarde, se movían de un lado a otro para ser vistas por los caballeros. El aroma que llegaba desde un pequeño puesto de flores inundaba la calle y envolvió a Mary, atrayéndola hacia ese lugar.

—¿Nos siguen? —preguntó a su acompañante. Cogió un par de lirios blancos y se los acercó a la nariz, mientras depositaba unas monedas en la mano de la florista.

—Sí. —Fue la única palabra que brotó de los labios del cosaco, y la seriedad con que fue pronunciada le indicó que aquello no iba a ser fácil—. Vayamos hacia el mercado. Intentaremos despistarlos entre la gente.

Valentin no podía creerse su buena suerte cuando descubrió a lady Mary Branson salir por la puerta del palacio y dirigirse hacia la calle.

Detrás de ella, un hombre de una altura descomunal llamó su atención. El ceño fruncido y aquel espeso bigote que le ocultaba los labios le daban un aspecto amenazador.

«Debe tener graves problemas cuando ha tenido que contratar a ese hombre para custodiarla», pensó, curvando sus labios en una mueca.

Cuando la pareja se puso en marcha, decidió abandonar el callejón y acercarse a ellos lo suficiente como para que Mary pudiera reconocerlo, pero se detuvo antes de avanzar un solo paso al descubrir que más de dos hombres se ponían en marcha tras los pasos de la joven y su acompañante.

Valentin maldijo en su interior y se limitó a encorvarse de nuevo y mantenerse a una distancia prudencial, hasta que las circunstancias fuesen más favorables. Debía asegurarse de que nadie sospechaba de él, porque, aunque su disfraz era más que bueno, no quería poner en peligro la misión que le había encomendado James.

Tras andar más de lo que hubiera deseado en aquella horrible posición que tanto hacía sufrir a su espalda, vio que la dama y su acompañante —que, para su gusto, se situaba demasiado cerca de ella— se detenían en un puesto de flores. Ella compró unos lirios tan blancos y sedosos como su piel, y después se internaron en el mercado. Por fin las circunstancias le brindaban la oportunidad que tanto había esperado.

Las voces de los vendedores, ofreciendo su mercancía, se elevaban entre la gente, y no

faltaban rateros que aprovechaban la ocasión para robar a más de un viandante que, distraído por sus compras, no prestaba demasiada atención a sus posesiones.

Se acercó con cautela a Mary, como lo hacían tantos otros deseosos de ofrecerle objetos tan variopintos como lazos para adornar su sombrero o sedas traídas de China, y gruñó para sí al reparar en dos de los soldados que los habían seguido hasta allí y que se mantenían cerca sin ningún disimulo, como si no les importara ser descubiertos. Aquello no iba a ser tan fácil como había imaginado.

Cuando la joven se detuvo a saludar a dos mujeres, aprovechó para aproximarse al pequeño grupo y, situándose a la espalda de ella, alzó la voz pidiendo una limosna. Estaba convencido de que ella lo reconocería al instante.

—Señora —suspiró con voz lastimera, en un perfecto ruso, repitiendo una y otra vez—, piedad para un necesitado.

Mary escuchó la súplica y se giró ante la insistencia del mendigo, buscando unas monedas en su bolsito. Extendió su mano y esbozó una sonrisa compasiva. Solo alcanzó a ver un fogonazo azul medianoche justo antes de que uno de los soldados que los seguían se acercase a ellos, furioso, y propinase un fuerte empujón al anciano, arrojándolo contra el pavimento.

—¡Aleja tu sucia persona de la dama, pordiosero, si no quieres acabar con tus huesos en la prisión! —espetó el soldado, golpeando al pobre con la punta de su bota.

La indignación que le provocó ese ataque injustificado tardó en hacer su aparición a causa de la visión fugaz de aquellos ojos, cuya mirada la había estremecido. Solo en otra ocasión había visto un par de ojos semejantes, los del duque de Ainsworth.

Sacudió la cabeza para intentar volver a la realidad. El viejo mendigo se encontraba todavía en el suelo, gimiendo a causa del maltrato sufrido. Yakov se había colocado ante él, en actitud protectora, mientras retaba con la mirada a la pareja de soldados que tenía frente a sí. Mary debía evitar, a toda costa, una confrontación.

—Yakov, por favor... —le suplicó. El cosaco apretó los dientes con rabia y, realizando un considerable esfuerzo, cedió a la petición de la muchacha. Mary se volvió hacia los soldados—. Debería darles vergüenza tratar así a un anciano. Me aseguraré de que el general Timashev conozca su comportamiento.

Los hombres no se sobresaltaron ante la mención de su jefe; con toda probabilidad, sabían que el general se habría comportado del mismo modo, algo que a Mary no le extrañó en absoluto. Tiró del brazo de su amigo y lo instó a caminar. No le gustaba tener que alejarse sin ayudar al hombre, que aún permanecía en el suelo, pero no deseaba causarle más problemas al anciano.

Desde su posición, Valentin solo alcanzaba a ver las botas de piel del corpulento acompañante de Mary y el ruedo del vestido de la dama. Su primera reacción instintiva, tras el golpe, había sido ponerse en pie y darle a aquel mequetrefe que lo había empujado una paliza que no olvidaría en la vida. Nadie lo trataba así y salía impune.

Sin embargo, al percibir que un grupo de gente se había arremolinado a su alrededor atraídos por la situación, decidió que lo mejor sería pasar a un segundo plano para no delatarse a sí mismo. Así que apretó los dientes, se tragó el orgullo y se mantuvo en el suelo, asegurándose de que a la dama no le sucediera nada.

Solo cuando vio que ella seguía su camino y la gente se dispersaba, incluidos los soldados, pudo respirar tranquilo. Se puso de pie con dificultad y caminó con una leve cojera que no necesitó disimular, pues le dolía horrores el golpe que el soldado le había propinado en el muslo. Apretó los dientes con rabia.

Su plan no había funcionado. Tendría que buscar otra forma de acercarse a ella.

Capítulo 7

Algunas horas más tarde, la noche había descendido sobre San Petersburgo, y los habitantes de las mansiones y palacios de la ciudad construida por Pedro I comenzarían a prepararse para recibir a los invitados a las fiestas o para asistir a las representaciones en alguno de los Teatros Imperiales.

Por suerte, ese día Mary no había recibido ninguna invitación de los zares para asistir a la ópera o al teatro, y tampoco había aceptado acudir a ninguna fiesta. Tenía otros planes.

—No puedo creerlo —repitió con tono enfadado mientras se cambiaba el vestido de tarde por uno más oscuro—, esos hombres nos han seguido sin ningún tipo de escrúpulos. Ni siquiera se han molestado en disimular. Es horrible, Catalina.

La condesa suspiró, sumida en una tristeza que no podía disimular. No solo le costaba separarse de la joven, sin saber si volvería a verla; además, estaba preocupada por ella. Sabía que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión, así que se limitó a tragarse sus lágrimas y a ayudarla a ultimar los detalles de su inminente viaje. Esperaba, de todo corazón, que el regreso de Mikhaíl pusiera las cosas en orden y su niña pudiera volver a San Petersburgo.

—Entonces, ¿estás decidida?

—Tengo que hacerlo, Catalina. —Sabía cuánto le costaba a la mujer su partida, pero aquel viaje era indispensable, aunque no pudiera decirle la verdadera razón por la que iba a Londres—. Te prometo que, en cuanto se solucione este asunto del general, volveré.

Le apretó con fuerza las manos y la besó en la mejilla.

—Dios lo quiera así, niña, voy a echarte de menos. Tal vez debería acompañarte...

Mary negó con la cabeza.

—No, Catalina, es un viaje muy pesado. Mejor, cuando hayan pasado unos días, aprovecha para visitar a tu familia.

La condesa asintió y se dispuso a abandonar el dormitorio. Sintió un dolor en el pecho cuando le echó una última mirada a Mary, que le dirigió una sonrisa animosa desde el centro de la habitación. Estaba convencida de que algo saldría mal en todo aquello, pero también conocía la terquedad de la joven y que nada la haría cambiar de opinión. Con todo, no dejaría de rezar para que un milagro enmendase el destino de su niña. Solo deseaba que fuese feliz y que encontrase un caballero atento y bueno que la amase tanto como el marqués había amado a la princesa Ana.

Cuando cerró la puerta, Mary se dejó caer sobre la cama. Envuelta en aquellos ropajes oscuros y anodinos, que no restaban ni un ápice a su belleza, una lágrima rodó por su mejilla.

¿Podría volver algún día a San Petersburgo? Aunque pudiese cumplir el encargo de la emperatriz María, aún quedaría el asunto pendiente con Timashev. ¿Cómo reaccionaría cuando supiese que había huido? ¿Se olvidaría de ella y buscaría una nueva joven a la que convertir en su esposa? Incluso aunque así fuera, ella no podría regresar hasta que no hubiese transcurrido un tiempo prudencial. El orgullo del general no conocía límites y no sabía de qué sería capaz por conseguir lo que deseaba.

Una cólera ardiente la inundó. Timashev había desbaratado su vida por completo, obligándola a alejarse de todo lo que le era querido, y eso no se lo perdonaría jamás.

Miró por la ventana y vio la tibia luz que iluminaba el cielo nocturno en esa noche de principios de verano. Aún quedaban un par de horas para que Yakov y ella partieran. Hubiese preferido una oscuridad total para que pudiesen pasar desapercibidos, pero las Noches Blancas se extendían hasta mediados de julio, y ella no disponía de tanto tiempo para resolver sus asuntos. Además, Rusia era su hogar y amaba cada uno de los cielos que la cubrían, a pesar de que ese día no le fueran del todo favorables.

Se tumbó sobre el lecho y cerró los ojos mientras rogaba que el tiempo que faltaba para su partida corriese veloz. Había enviado una nota a la zarina aquella misma tarde para avisarle de su partida. Le había dicho que la próxima se la enviaría para hacerle saber que el asunto estaba concluido. Esperaba poder cumplir con su promesa.

Valentin maldijo la luminosidad que adornaba el cielo y le impedía acercarse a la casa con seguridad. Había permanecido toda la tarde a la espera de una oportunidad para entrar en el palacio, pero le había sido de todo punto imposible.

«Esta maldita mansión tiene más vigilancia que la prisión de Newgate», gruñó por lo bajo, mientras estudiaba, una vez más, las idas y venidas de los soldados. Aunque algunos se mantenían ocultos, había contado un total de seis. ¿Qué demonios había hecho lady Mary para merecer esa vigilancia?, se preguntó. Enfiló por un estrecho callejón, tres casas más allá de la mansión, y rodeó los edificios hasta llegar a la parte de atrás del palacio, en la que había un pequeño jardín inglés, concesión, supuso, a los orígenes británicos del marqués de Mansbourg.

Como la paciencia no era una de sus virtudes, decidió que lo mejor sería enfrentar directamente el problema. Saltaría la verja, atravesaría el jardín y treparía por la enredadera hasta el balcón que, con toda probabilidad, daba al dormitorio de lady Mary. La había visto cruzar por delante del gran ventanal en varias ocasiones, como si se paseara inquieta. Era una suerte para él que hubiese dejado abiertas las puertas de la balconada, quizá porque la noche era cálida.

Se deslizó junto a los edificios como una sombra, ocultándose de los guardias. Había cambiado el disfraz de mendigo por un traje negro que le permitía pasar desapercibido siempre y cuando se mantuviese alejado de los círculos de luz. Esbozó una mueca al pensar en lo mucho que destacaría contra la blanca fachada de la mansión cuando escalase, pero no le quedaba más remedio que intentarlo, a pesar del riesgo.

Aguardó, para encontrar la oportunidad perfecta, pero los dos soldados que custodiaban la

zona no parecían tener intención de moverse de su lugar.

—Vamos, vamos —musitó, apremiándolos. Iba a necesitar un milagro para que aquel plan funcionase.

Su milagro llegó en forma de un corpulento borracho con ganas de pelea. Por lo visto, le gustó tan poco como a él la presencia de los dos soldados, y comenzó a increparlos. Uno de ellos se acercó hasta el hombre para ahuyentarlo, pero, al poco rato, precisó de la ayuda de su compañero. En silencio, Valentin le agradeció los preciados segundos que le había regalado; suficientes para moverse hasta la esquina del jardín y saltar la verja.

«Justo a tiempo», pensó cuando escuchó el eco de los pasos de otro soldado sobre el empedrado, allí por donde él acababa de saltar. Oculto tras un árbol, contuvo la respiración. Se movió un poco, lo suficiente para que la luz del cielo anaranjado que cubría San Petersburgo — el «sol de medianoche», como lo llamaban— no lo delatase. El movimiento produjo que las piedrecillas blancas que formaban el suelo se corrieran. Le pareció imposible que el guardia lo hubiese oído, sobre todo con los gritos del borracho de fondo, hasta que lo vio girarse con brusquedad y acercarse a la verja de hierro.

—¿Quién anda ahí? —gritó, escudriñando las sombras que producían los árboles y los pequeños arbustos.

Valentin se sentía incluso capaz de ponerse a maullar, para tratar de despistar al soldado, cuando escuchó que uno de sus compañeros lo llamaba desde el otro lado de la calle. Elevó los ojos al cielo, agradecido de no haber tenido que hacerlo.

—¡Eh! Ayúdanos a echar a esta inmundicia de aquí.

El guardia echó un último vistazo al jardín y después se acercó de mala gana al borracho, que no hacía más que incordiar y vociferar. Entre los tres, lograron sujetar al corpulento hombre y lo arrastraron hasta un callejón.

Escuchó los sonidos inconfundibles de una pelea y apretó los puños para contener el impulso de ayudar en aquella reyerta injusta, pero, lo supiera o no, el hombre le había dado el tiempo que necesitaba para alcanzar su objetivo, y no podía permitir que se desperdiciara. Mientras se movía con sigilo hacia la enredadera que subía por la fachada trasera, solo rogó para que aquel pobre borracho pudiera ver un nuevo amanecer.

Las gruesas ramas, que se entrelazaban formando una sólida tela de araña, soportaron bien su peso cuando trepó con agilidad hasta alcanzar el balcón. El silencio y el sonido agitado de su propia respiración fue lo único que percibió al entrar en el dormitorio.

Se apoyó contra la pared, para evitar ser visto desde el exterior, y dejó que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra. La tenue oscuridad se disipó poco a poco, conforme ganaba terreno la luminosidad del exterior, permitiéndole percibir el contorno de los diversos enseres que poblaban la habitación: un diván, una cómoda, varias butacas, una mesa en un rincón y la enorme cama con dosel, dominando el centro de la recámara.

La gruesa alfombra absorbió el sonido de sus pisadas cuando avanzó hacia la cama. La luz

que se filtraba del exterior le permitió ver, recortada entre las sombras, la silueta perfecta de la mujer que dormía... ¿con un vestido puesto?

Frunció el ceño, desconcertado. ¿Por qué demonios dormía vestida como si fuera a dar un paseo?, se preguntó. Echó un nuevo vistazo rápido al dormitorio y descubrió, cerca de donde se encontraba, una bolsa de viaje. Hubiese tropezado con ella de haber avanzado unos pasos más.

Su mirada volvió hacia la dama. Su pecho, que ascendía y descendía con suavidad al ritmo de su pausada respiración, atrajo la mirada de Valentin. Sobre la blanca almohada, las hebras de su cabello negro como el ala de un cuervo se extendían como un abanico, invitándolo a deslizar sus dedos para percibir su suave tacto. Su rostro, entre la sombra y la luz, parecía de alabastro, y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no arrebatarse un beso a aquellos labios carnosos y entreabiertos que lo llamaban con insistencia.

Apretó los puños y se obligó a sí mismo a serenarse. Inspiró hondo para tratar de relajar la tensión que se había apoderado de su cuerpo. No podía negar que era hermosa, pero él había disfrutado con muchas mujeres y lady Mary no era muy distinta de ellas, se dijo. Otro bonito rostro. Sin embargo, había algo en ella que le había llamado la atención desde el momento en que la vio en aquel salón de baile, algo poderoso que parecía arrastrarlo hacia ella, pero que se negaba a admitir en su interior.

Apartó a un lado esos pensamientos y se acercó con cautela al lecho. Lo mejor que podía hacer era despertarla y avisarle de que había ido a Rusia para ayudarla, aunque no creía que le hiciera mucha gracia que James hubiera delegado en él esa tarea. Una sonrisa pícaro cruzó su rostro al pensar en lo mucho que le disgustaría su presencia. Un diamante con muchas aristas, le había dicho él la última vez que se vieron. ¡Oh, sí!, eso era la dama, y él estaba dispuesto a pulir todas ellas para volverla suave como la seda antes de tenerla entre sus brazos.

Debía haberse quedado dormida, pensó cuando tomó conciencia de que seguía tumbada en la cama. Las emociones a las que se había visto sometida los últimos días le habían pasado factura, y el cansancio le había sobrevenido de golpe. De cualquier forma, no debía de ser todavía la hora de partir, puesto que Yakov no había llamado a su puerta.

De pronto, todo su cuerpo se tensó y se quedó quieta, con los ojos cerrados. Sentía una presencia en la habitación, una suave respiración, además de la suya. Se recriminó a sí misma por haber guardado en la bolsa de viaje la daga que siempre solía tener a mano. «Aprovecha la ventaja de que te cree dormida y huye», se dijo. Cuando notó que la sombra del intruso la cubría, trató de rodar con rapidez por el lecho, pero el hombre fue demasiado ágil, y, con un movimiento brusco, la tumbó de nuevo. Antes de que ella pudiera emitir un solo grito para pedir auxilio, una mano grande le cubrió la boca.

Mary se removió con violencia, aprisionada bajo un cuerpo que parecía hecho de acero. Mordió la mano de su captor y se alegró cuando escuchó el gruñido de dolor.

—¡Maldita sea, mujer, estate quieta!

Se detuvo por completo, impelida no tanto por la orden recibida cuanto por la sorpresa al

percibir aquel claro acento inglés.

Valentin notó que ella dejaba de debatirse y, con cuidado, aflojó la presa sobre su boca, lo suficiente como para permitirle hablar. Si se le ocurría gritar, tendría que volver a sujetarla, lo que no le parecía tan mala idea después de haber sentido cada curva de ese exuberante cuerpo debajo de él. No deseaba alejarse de aquella calidez femenina ni del sutil aroma a violetas que emanaba de ella, junto con el olor del almidón de las sábanas. Apretó los dientes cuando Mary se movió ligeramente bajo su cuerpo, y su excitación aumentó.

—¿James?

El anhelo y la esperanza que detectó en su voz cayeron sobre él como un jarro de agua fría y, a su pesar, sintió en su pecho una punzada de celos.

—Lo siento, cielo —repuso con cierto cinismo cuando ella lo abrazó—, pero no soy él, aunque no pienso desperdiciar tu afecto, querida.

Mary no tardó en comprender su error. Aquella irritante voz que, por desgracia, tan bien recordaba, la sorprendió y le hizo apartarse de golpe.

—¡Lord Ainsworth!

—Vaya, ¿por qué me parece que mi nombre no ha sonado con el mismo matiz de cariño que el de James?

Por suerte, la oscuridad no permitió que se notase el rubor que subió a sus mejillas a causa de la vergüenza, pensó Mary. Intentó adivinar sus rasgos en la penumbra, pero su cercanía y tenerlo allí, sentado en su cama, la alteró lo suficiente como para olvidar que él era un duque y ella una dama.

—¿Se puede saber qué demonios hace aquí?

—Un «gracias por haber venido a ayudarme» habría bastado.

—¿A eso ha venido? ¿Lo ha enviado él?

Valentin asintió, a pesar de que no estaba seguro de que ella pudiera verlo.

—Elisabeth se encuentra en estado de buena esperanza, y James no ha querido separarse de ella —le explicó—, por eso me pidió que viniera.

—Oh, no lo sabía.

Había en su voz un acento de tristeza y nostalgia que a él no le pasó desapercibido. Alargó el brazo y pasó con suavidad los dedos por su mejilla en una lenta caricia que le arrancó un estremecimiento. Su piel asemejaba al terciopelo y desprendía una calidez que lo atrajo con una fuerza que lo sorprendió.

Fue inevitable. Su mano se deslizó por la dulce columna de su cuello hasta anclarse en la nuca femenina y su cuerpo se inclinó hacia delante para buscar el sabor de sus labios. Sabían a menta y a tibieza, a miel y a dulzura. Los acarició despacio, bebiendo de ellos los quedos gemidos que escapaban de la garganta femenina y que encendían en su pecho un fuego ardiente que amenazaba con consumirlo. Era un amante experimentado y había yacido con muchas mujeres, pero ninguna de ellas había provocado en él esa extraña sensación que hacía que su

corazón latiese más rápido: la sensación de que había encontrado su hogar.

Mary se había quedado rígida cuando sintió la caricia sobre su mejilla, y cuando él la besó quiso protestar; en cambio, se rindió al suave vaivén de los labios del duque que se movían tiernos y cuidadosos sobre los de ella. Notó la fuerza contenida que emanaba de su cuerpo, que no la tocaba de ninguna otra manera, excepto con aquella pecaminosa boca que estaba derritiendo sus defensas y la cálida mano presionando su nuca. La incursión de su lengua, inquisitiva y exploradora, la hizo estremecerse. Anheló poder estrecharse contra él, dejarse caer sobre el lecho para sentir su cuerpo sobre el suyo, pero se aferró a las sábanas con fuerza, ignorando el pulso que latía entre sus piernas.

—Eres tan hermosa —le susurró él al oído, tras depositar besos suaves como alas de mariposa sobre la piel de su cuello—. Te deseo.

Ella se envaró al escuchar sus palabras. «Deseo». Era el mismo sentimiento que movía al general Timashev a poseerla. El hechizo que el duque había entretejido con sus besos se rompió y dio paso a una rabia ciega. Por mucho que la atrajese más el espléndido físico de lord Ainsworth que el del general, no consentiría que ninguno de ellos la usase para desfogar su lujuria.

Con un movimiento decidido, soltó las sábanas y empujó aquel pecho duro. Tomado por sorpresa ante el envite, Valentin perdió el equilibrio y se agarró a los brazos de ella para estabilizarse. Mary, en un intento por escapar de sus manos, se echó hacia atrás, cayendo sobre el lecho y arrastrando al duque consigo.

—Suélteme, mentecato —le espetó con furia, mientras intentaba apartar aquel cuerpo que la aprisionaba. No pudo evitar notar la fuerza y la dureza de sus músculos, ni el hormigueo que la recorrió cuando la pierna de él se introdujo entre sus muslos, rozando su feminidad y enviando un latigazo de placer por todo su cuerpo. Su voz escapó ronca de su garganta, y casi en un jadeo, cuando continuó—: No soy ningún objeto sobre el que los hombres puedan disputarse su posesión.

Sin saber muy bien a qué se debía el cambio de actitud en la dama, Valentin luchaba por no sucumbir al efecto que ella estaba provocando en sus partes nobles con su constante movimiento, al tiempo que se esforzaba por no aplastarla con el peso de su cuerpo.

—Haz el favor de...

No pudo terminar la frase. De repente, notó que alguien tiraba con fuerza de él hasta arrastrarlo fuera de la cama. Se encontró con un brazo rodeando su cuello y privándolo del aire que necesitaba para respirar. Era como si tuviera una banda de acero alrededor de su garganta, pero no estaba dispuesto a dejarse matar con tanta facilidad. Su trabajo para el Gobierno lo había metido en más peleas sucias de las que podía recordar, y de todas ellas había escapado, a veces con heridas, unas más graves que otras, pero siempre vivo. En esta ocasión, no iba a ser diferente. Nadie diría nunca que el duque de Ainsworth había muerto en el lecho de una dama.

Con las únicas fuerzas que le quedaban, echó su brazo hacia atrás, incrustando el codo en el

estómago de su atacante, que emitió un gruñido bajo, como el de un animal herido, y aflojó su presa lo suficiente como para que él tomase una bocanada de aire.

—¡Yakov, suéltalo! —gritó Mary cuando logró reaccionar tras el sorpresivo asalto del cosaco. Se apresuró a encender la lámpara de aceite que descansaba sobre su mesilla—. ¡Es un amigo!

Se retorció las manos, nerviosa, ante la imagen que danzaba frente a sus ojos. Los dos hombres que luchaban eran altos y musculosos, pero el cosaco era más corpulento que el duque y, además, lo había tomado por sorpresa. A pesar de su desventaja, vio cómo lord Ainsworth golpeaba al ruso en las costillas antes de inclinarse con brusquedad hacia delante y arrojarlo por encima de su hombro. Yakov cayó sobre el suelo alfombrado, con un golpe sordo, aunque enseguida rodó y se puso de nuevo en pie, algo que no la sorprendió, dada la habilidad de los cosacos para las acrobacias.

Antes de que su amigo pudiese lanzarse de nuevo sobre el duque, bajó con premura de la cama y se interpuso entre ellos.

—¡He dicho que basta! —ordenó.

—Sujeta a tu gorila o pronto tendrás aquí a todos los soldados que vigilan esta mansión —comentó con despecho Valentin mientras se frotaba el cuello dolorido. Su voz había sonado como un graznido.

Escuchó el gruñido del corpulento hombre, pero no le importó. De hecho, no le importaría volver a pelearse con él, esta vez sin la desventaja de la sorpresa.

—¿Quién es? —preguntó Yakov, sin dejar de mirar al inglés.

—Es... —Se detuvo sin saber muy bien qué decir. ¿Un amigo, como había dicho antes?, ¿un conocido?, ¿el hombre que la había besado? Sacudió la cabeza ante este último pensamiento que se coló en su mente—. No importa. ¿Qué hace aquí? —inquirió, volviéndose hacia él.

—James me pidió que la acompañase hasta Londres y eso haré —respondió en ruso, suponiendo que aquel bruto que ejercía de guardaespaldas no comprendería su idioma—. Pero necesito que me cuente la situación. ¿Por qué hay soldados vigilando su casa?

—¿No íbamos a partir esta noche? —interrumpió Yakov, de mal humor.

—¿A Inglaterra? ¿Sin esperar la ayuda de James? —Valentin alzó una ceja con recelo.

—Has llegado un poco tarde, inglés.

—Un caballero siempre llega justo a tiempo.

En una ocasión, siendo niña, Mary había acompañado a sus padres a una feria que una caravana de zingaros había organizado a las afueras de San Petersburgo. Misha y ella se habían escapado para investigar por su cuenta y acabaron colándose en una tienda de lona en la que habían organizado una pelea de perros. Recordaba a la perfección los gruñidos de los animales y la fiereza con que se atacaban. En ese momento, contemplando a los dos hombres que tenía ante sí, le pareció revivir el espectáculo bajo aquella carpa.

—¡Basta ya, los dos! —Se impuso elevando el tono, furiosa—. Si queréis acompañarme a

Inglaterra, tendréis que aprender a comportaros como personas civilizadas; si no, me marcharé sola. Pero, si venís conmigo, obedeceréis mis órdenes.

—No.

La respuesta, al unísono, casi le arrancó una carcajada a Mary.

—Veo que, al menos, estáis de acuerdo en algo —repuso con sarcasmo.

—Entonces —dijo Valentin—, ¿cuál es el plan?

Capítulo 8

Valentin negó con la cabeza en cuanto Mary terminó de hablar.

—No me parece una buena idea.

—¿Por qué no? —Quiso saber Yakov, aunque, por su tono, más parecía una amenaza que una pregunta.

—En primer lugar, porque salir de noche cuando la casa está rodeada de guardias —contestó él con voz pausada, intentando no comportarse como un macho que marcaba su territorio, aunque la visión de lady Mary, sentada sobre el lecho y con la larga cabellera negra suelta, se lo hacía difícil— es una temeridad y un modo fácil de que nos descubran, sobre todo porque allí afuera no reina la oscuridad.

—Pero usted ha podido entrar en la mansión sin ser visto —objetó ella.

Valentin ignoró el comentario.

—Y, en segundo lugar, porque viajar de noche, a caballo o en carruaje, resulta peligroso. Lo mejor sería partir a la luz del día, cuando uno puede mezclarse con la gente sin ser visto.

Mary lo miró de arriba abajo.

—¿De verdad cree que puede pasar desapercibido?

Él no supo si tomárselo como un cumplido o como un insulto; optó por el primer sentido.

—Tú no me reconociste esta tarde —le aseguró. Ante la mirada atónita de la joven, añadió, impostando la voz—: Señora, piedad para un necesitado.

—¡Usted era el mendigo!

Un calorcillo se extendió en su pecho al ver la admiración que asomó a los preciosos ojos violeta de ella, y sonrió cuando el cosaco cabeceó en señal de aprobación y reconocimiento. Luego recordó el trato humillante que había recibido y su rostro se ensombreció.

—¿Por qué hay soldados vigilando la mansión? —Quiso saber. Vio cómo Mary apretaba los labios y supo que no tenía pensado darle explicaciones—. No puedo ayudarla si no sé de qué va todo esto —añadió. Le molestó ver que ella se volvía hacia el ruso, como si le pidiera permiso para hablar, y no mitigó su enfado el que este mostrara su acuerdo con un asentimiento.

Mary dejó escapar un suspiro. No le gustaba tener que compartir con el arrogante duque la situación en la que la había colocado el general, pero comprendía que el hombre llevaba razón, tenía que saber. Aunque no estaba dispuesta a compartir con él el secreto de la emperatriz. Ese le pertenecía solo a ella.

—Tengo un hermano, Mikhaíl —comenzó—. Acaba de contraer matrimonio y se ha marchado de viaje por Europa. Aprovechando que me encontraba sola, se presentó en la casa el

general Alexander Egorovich Timashev. Es el jefe de la policía secreta del zar —le explicó cuando vio que alzaba una de sus perfectas cejas en un gesto de interrogación. Luego titubeó antes de proseguir—: El hombre... me propuso matrimonio...

—¿Y va a huir del país solo porque no quiere casarse con él? —la interrumpió él, con un tono cargado de incredulidad—. ¿No le bastaba simplemente con decirle que no?

La acusación implícita en sus palabras, como si ella fuese una niña caprichosa o una mujer sin sesera, encendió su mal genio.

—Usted no lo entiende, al fin y al cabo es un libertino que toma lo que quiere y cuando quiere, sin pedir permiso —lo acusó. Vio cómo el recio cuerpo masculino se tensaba y se alegró de haberle asestado ese golpe. Se lo merecía por arrogante, se dijo—. Ese hombre no acepta un «no» por respuesta. Está decidido a tenerme por esposa y no se detendrá ante nada.

Valentin se cruzó de brazos y paseó su mirada, con lentitud exasperante, sobre el cuerpo de ella. Mary no pudo evitar sonrojarse ante aquel descarado escrutinio.

—Bueno, no niego que eres bella, pero hay otras muchas mujeres que también lo son, y seguro que se mostrarán más dispuestas. —Su tono condescendiente prendió la mecha de su carácter. Agarró uno de los cojines que había sobre la cama y se lo lanzó. Gruñó cuando vio que él lo esquivaba con facilidad y sonreía—. Un diamante con aristas demasiado afiladas, milady.

—Es usted un... un... —No encontró la palabra. Había muchas que se le venían a la mente, pero ninguna de ellas adecuada para ser pronunciada por una dama, y no se rebajaría a convertirse en una verdulera por mucho que ese hombre la sacase de quicio—. Además, no le he dado permiso para tutearme.

Yakov, exasperado, elevó los ojos al techo y decidió intervenir.

—Déjalo ya, princesa. Hay cosas más importantes sobre las que discutir esta noche. —«Se toma demasiadas confianzas para ser un simple sirviente», pensó Valentin, bastante molesto por el apelativo con que el cosaco se había dirigido a ella y, más aún, porque ella aceptase su orden sin rechistar. Apretó los dientes, furioso consigo mismo porque aquello lo fastidiase tanto; al fin y al cabo, no tenía ningún motivo para ello. Vio que el hombre lo miraba y esbozaba una sonrisa cargada de satisfacción, que él deseó borrarle de un puñetazo—. Su Alteza Serenísima es la heredera de una enorme mansión y unas tierras muy productivas, así como de un buen montón de rublos, lo que constituye un considerable incentivo para Timashev. Ese hombre posee un gran poder, que utiliza para su conveniencia, y no duda en pasar por encima de cualquiera para conseguir lo que desea. Su ambición no tiene límites, y emparentar con la familia real solo aumentaría ese poder.

Valentin tardó un rato en captar el sentido de aquellas palabras.

—¿Eres una princesa? —Su tono de incredulidad hizo que Mary casi se sintiera como una farsante. Alzó la barbilla con regia dignidad, esa que su madre le había inculcado desde su nacimiento—. Creí que tu padre era marqués.

—Es cierto, pero mi madre era la princesa Ana de Bragation-Mukhraneli, y, en consecuencia,

Mikhaíl y yo heredamos el título.

—Vaya. —Lo cierto era que no se había esperado algo así, pero sintió alivio al saber que el cosaco no había usado con ella un apelativo cariñoso, sino el título que le correspondía como parte de la realeza—. Así que el general apunta alto y ha puesto vigilancia a la jaula para que el ave exótica no se le escape.

Mary frunció los labios con disgusto ante la comparación, pero no comentó nada al respecto. «Al menos, me ha comparado con un ave exótica y no con cualquier otro animal», se consoló.

—Y no tiene reparos en extraer placer de acariciar su plumaje, aunque para ello tenga que atarla para que permanezca quieta —añadió Yakov.

Valentin vio la extrañeza en el rostro de la dama ante el comentario del cosaco, pero él había comprendido su sentido. Una rabia cegadora recorrió su cuerpo como una oleada. El maldito general estaba dispuesto a forzar a la joven y a robarle su virginidad solo por el placer de tenerla. Se preguntó si lo habría intentado ya. Apretó los puños para contener el impulso de golpear algo para sacar la furia que lo había invadido y que hacía que su corazón golpeará salvajemente en el interior de su pecho.

Ella lo había acusado de libertino, pero él jamás había tomado de una mujer algo que no se le hubiera ofrecido, y aborrecía a los hombres que interpretaban a su conveniencia los inocentes coqueteos de las damas y las manipulaban para arrebatárselos lo que no estaban dispuestas a dar.

—Bien, entonces, no perderemos tiempo en partir —comentó cuando se sintió capaz de pronunciar las palabras sin que se notase lo que sentía.

—¿Cómo tiene pensado hacerlo?

La pregunta se la había dirigido el cosaco, pero Valentin miró a Mary al contestar.

—Disfrazados.

Ella le dedicó una mirada tan cargada de incredulidad y de esperanza que hizo que su cuerpo se estremeciera en respuesta. Reconocía el miedo cuando lo veía; y a pesar de que la joven había demostrado poseer carácter y temple, se dio cuenta de que aquel general la asustaba de verdad.

La fiereza del sentimiento de protección que lo asaltó en ese momento lo sorprendió. «Es por James», se justificó. «No quieres fallarle».

—¿De verdad quiere que nos disfrazemos y salgamos por la puerta principal a la vista de todos los guardias?

—«Nos» no, mi querida lady Mary —la contradujo, esbozando una sonrisa taimada—, tú. Él... Yakov —dijo, recordando el nombre por el que ella lo había llamado— seguirá interpretando el mismo papel que hasta este momento. Tú, en cambio, te convertirás en una criada, que saldrá por la mañana para hacer unos recados de su señora.

—Pero...

Valentin alzó una mano para detener sus objeciones y continuó con la exposición de su plan.

—Casi nadie presta atención a los criados, aunque puede que sí a una doncella bonita —añadió, provocando que ella se ruborizara—, pero los soldados se encontrarán demasiado

ocupados vigilando a lady Mary, que se dejará ver, convenientemente.

—Comprendo, alguien tendrá que ocupar mi puesto, ¿no es eso?

—Así es. ¿Tienes alguien entre el servicio con una constitución parecida a la tuya y que te sea leal?

Mary frunció el ceño ante sus palabras, y Valentin, que estaba empezando a conocer sus gestos, se preparó para recibir un nuevo zarpazo de su afilada lengua.

—Todos los miembros del servicio son leales a mi familia —espetó con sequedad, molesta porque hubiese insinuado lo contrario. Sus criados llevaban años sirviendo a su familia, y sabía que se sentían orgullosos de formar parte del personal de esa casa, sobre todo porque su padre jamás los había tratado mal—. Mi doncella, Sonya, puede sustituirme.

—Bien, pues préstale uno de tus vestidos, cuanto más colorido mejor, y dile que, mañana por la mañana, tiene que dejarse ver por los guardias cada cierto tiempo. Debe asegurarse de que la vean —insistió—. Mientras tanto tú, vestida con sus ropas, saldrás por la puerta de servicio, acompañada por Yakov, como si acudieras al mercado o a donde sea que vayan las criadas temprano. Os alejaréis de la mansión y, cuando estéis seguros de que nadie os sigue, tomaréis un carruaje para dirigiros a la aldea de Doni —les explicó. Miró al cosaco para asegurarse de que comprendía las indicaciones—. Allí os reuniréis conmigo. Cambiaremos de coche y proseguiremos nuestro viaje.

Yakov asintió.

—Entonces, será mejor que todos durmamos algo.

Mary hizo caso omiso del comentario, mientras una duda ronroneaba en su mente como una rueda de molino.

—Ha dicho que nos encontraremos en Doni —le dijo a Valentin—. Eso quiere decir que mañana no saldrá con nosotros de aquí. ¿Piensa marcharse ahora?

—¿Acaso me va a echar de menos, *princesa*?

Mary apretó los dientes ante la entonación que el duque le había dado a su título.

—Por supuesto que no, solo me preguntaba cómo pensaba salir de la casa.

—Por el mismo lugar por el que he entrado, cariño.

Él le ofreció una sonrisa y señaló el balcón, cuyos ventanales continuaban abiertos, dejando pasar una brisa fresca.

—Yo estaría encantada de ayudarle... empujándolo. —Acompañó las palabras con un tono dulce, empalagoso y falso.

Valentin sonrió con deleite. El viaje en compañía de lady Mary iba a ser muy entretenido, se dijo.

—No hará falta, ya me las arreglo yo solo —respondió con buen humor. Luego se acercó al lecho y vio que ella lo miraba con desconfianza—. Pero será mejor que apaguemos la lámpara, para no ponérselo demasiado fácil a los guardias.

Mary se quedó quieta, en medio de la repentina oscuridad, y parpadeó para intentar adaptar la

vista. Antes de que pudiera reaccionar, notó la presión de unos cálidos labios sobre los suyos, y el suave susurro de una voz en su oído que la estremeció.

—Buenas noches, princesa.

Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo. Odiaba el atrevimiento del duque tanto como la atraía, y eso le causaba un sentimiento contradictorio que no sabía cómo manejar. Comprendió que el viaje a Inglaterra, así como las horas que restaban de noche, se le iban a hacer demasiado largos.

El amanecer sorprendió a Mary asomada al balcón, imaginando a Valentin que trepaba por el intrincado de ramas que llegaban hasta su ventana, con sus fuertes músculos en tensión bajo las oscuras ropas. Se obligó a apartar de su mente aquella imagen y a concentrarse en escoger las palabras que debía dirigir a la doncella que había hecho llamar. No quería forzarla a tomar una decisión, prefería que la muchacha tuviese la opción de negarse si consideraba la propuesta que iba a hacerle demasiado arriesgada.

Unos golpes la hicieron girarse y, un momento después, el inconfundible rostro pecoso de la joven asomó tras la puerta. Mary sonrió e invitó a Sonya a acercarse. No se había equivocado, la silueta de la doncella era idéntica a la de ella. Puede que el duque tuviera razón y aquel engaño funcionara.

—Sonya, siempre has sido fiel a nuestra familia y tienes toda mi gratitud por ello. —La muchacha sonrió con timidez, agradecida por aquellas palabras—. Quizá sea abusar de tu lealtad, pero debo pedirte un favor personal que no estará exento de riesgo para ti.

Los ojos oscuros de la doncella reflejaron su desconcierto.

—Sabe que estoy a su disposición, milady.

Mary asintió.

—Conoces la situación en la que me encuentro por mi rechazo a desposarme con Timashev —continuó ella—, y la vigilancia a la que está sometida la casa. Te pido que... me ayudes a burlar a los soldados.

Sonya abrió los ojos desorbitadamente, y una exclamación brotó de su garganta antes de que consiguiera taparse la boca con la mano.

—Yo... no sé cómo podría... —De pronto la doncella comprendió lo que la princesa le estaba pidiendo—. ¿Quiere que la ayude a escapar?

Mary le explicó el plan que había ideado Valentin; que, a medida que se lo contaba a la muchacha, le parecía la idea más acertada, aunque eso nunca lo reconocería en voz alta ante el duque.

La doncella no dudó en aceptar, aunque le confió que no sentía miedo por su propia vida, sino porque ella fuese capturada. Sonya sabía que la muerte era lo peor que le podía pasar, ya no le quedaba familia a la que llorar y de la que el general pudiera valerse para vengarse de ella. Sin embargo, lady Mary podía tener un destino mucho peor que la muerte si aquello salía mal. Su hermano podía ser encarcelado y ella podía verse sometida a un infierno de matrimonio en el que

fuese tratada como una esclava.

Cuando su señora le aseguró que había tomado la decisión de salir de Rusia y que no había marcha atrás, Sonya le dio todo su apoyo y se fue en busca de uno de sus vestidos negros, que enseguida le ofreció. La ayudó a colocárselo, junto con la cofia, que ocultaría su cabello, y el blanco delantal. Asintió, satisfecha, cuando vio el resultado final.

—Es tu turno —le dijo Mary.

Un lujoso vestido del color de la sangre descansaba sobre el lecho, y Sonya lo miró con indecisión. No se sentía digna de vestir aquella maravilla que se extendía ante sus ojos. Las piedras preciosas, cosidas sobre la falda, desprenderían destellos a la luz del sol y encandilarían a los soldados, así sería mucho más fácil que no la reconocieran, al menos, de inmediato.

—Es... demasiado —susurró la doncella.

—Por supuesto que no, Sonya. Vamos, te ayudaré a ponértelo —la animó, con un tono cargado de ternura al ver el temblor en las manos de la muchacha.

El suave tacto de la seda rozó la piel de la doncella, haciendo que se le erizase el vello de la nuca. Cuando observó su reflejo en el espejo de la alcoba, dio un paso hacia atrás, mientras el pavor la inundaba por completo. Ella no era lady Mary, ni siquiera se le parecía con aquel suntuoso vestido cubriendo su cuerpo; no tenía su elegancia de movimientos. Los soldados descubrirían el engaño y todo saldría mal por su culpa.

Mary se acercó por detrás y puso las manos sobre sus hombros para infundirle confianza. Después, deshizo el moño que la doncella llevaba y dejó caer sobre su espalda la larga cabellera negra.

—Será más fácil si llevas el pelo suelto —señaló—, así podrás ponerte de espaldas e incluso de perfil, pero procura no colocarte nunca de frente al balcón. Déjate ver de vez en cuando también por las ventanas del salón azul, pero límitate a pasear de un lado a otro, como si estuvieras nerviosa.

Sonya pensó que así era precisamente como se sentía, por lo que no iba a ser necesario fingirlo. El resto, se lo encomendaría a Dios; mientras tanto, ella se limitaría a rezar con cada paso que diese para acercarse a los ventanales.

Mary se ajustó el cabello dentro de la cofia y se acercó a la muchacha. Besó su frente, sintiéndose culpable por haberla puesto en aquel aprieto, y abandonó la habitación justo cuando Yakov llegaba para buscarla.

Bajaron las escaleras en silencio, atravesaron la cocina y alcanzaron la puerta de servicio. Mary se aseguró de que llevaba el dinero, el encargo de la emperatriz y todo lo necesario para el viaje, cogió aire y lo soltó despacio. Había llegado el momento.

Yakov la miró. Admiraba la fuerza de aquella mujer que, de haber nacido hombre, habría sido un gran cosaco.

—No dejaré que te hagan daño —le garantizó, infundiéndole seguridad—. Jamás.

—Lo sé. —Sabía que aquel hombre moriría antes de permitir que Timashev le pusiera una

mano encima.

El corazón comenzó a latirle como un caballo desbocado cuando él abrió la puerta y abandonaron la mansión.

Mary atravesó el camino hasta la entrada de la verja con la cabeza agachada. Sostenía una cesta enorme en uno de sus brazos, como si fuese una más de las criadas que se dirigían al mercado.

Yakov llevaba al hombro un saco de desechos, cargado con las bolsas de viaje. No llevaban demasiado equipaje, solo lo necesario, para no llamar la atención. Echó un rápido vistazo alrededor y maldijo para sí cuando se percató de que atraían la curiosidad de un par de soldados, que los observaron con recelo. Se obligó a ignorarlos. Si los retaba con la mirada comprenderían que escondía algo. Por ello, apretó la mandíbula y continuó su camino, como si estuviera realizando el simple encargo de ir al mercado para ayudar al servicio a realizar su tarea.

Sus músculos se tensaron al ver que uno de los soldados rodeaba la casa con rapidez, mientras el otro no les quitaba el ojo de encima. Cuando el primero regresó, le dijo algo al otro, y ambos se volvieron a colocar en sus puestos, olvidando a Yakov y Mary. Sin duda, el soldado había ido a confirmar que la princesa continuaba en el interior de la mansión. Habrían visto a Sonya, ataviada con el resplandeciente vestido rojo, pasear de un lado a otro del dormitorio, tal como le habían indicado, y confirmaron que la dama seguía dentro.

Aliviado, le susurró a Mary que el engaño parecía haber funcionado, y ambos se encaminaron hacia el mercado. Por lo visto, el irritante duque no era tan estúpido como parecía, se dijo.

A pesar de las palabras de Yakov, Mary continuaba nerviosa. Todo había resultado demasiado fácil, y en su corazón sentía un nudo, como un mal presagio que no le permitía respirar con tranquilidad.

Una vez en el mercado, no les resultó difícil entremezclarse con la gente y alejarse lo suficiente para moverse con libertad.

—¿Estás seguro? —Volvió a preguntar.

—Lo estoy, princesa, nadie nos ha seguido.

—No sé, Yakov, hay algo que...

—Tal vez ese presuntuoso inglés no sea tan idiota como parece.

Aquellas palabras despertaron una sonrisa en los labios de Mary. Decididamente, ese viaje no iba a ser nada fácil, pero quizá resultase más divertido de lo que habría imaginado en un principio.

Abandonaron el mercado por el lado sur de la plaza, y Yakov se hizo con un coche de alquiler, ofreciendo una buena suma de dinero al conductor para que se olvidase de ellos una vez que los hubiese dejado en la aldea de Doni.

Cuando el carruaje emprendió el camino, Mary se reclinó contra el asiento, al amparo de las sombras, ocultando su rostro todo lo posible. El trayecto por las calles de San Petersburgo se le

hizo eterno, tenía la sensación de que todos los ojos se detenían sobre ellos, e incluso le pareció que alguna persona la reconocía. Inspiró hondo y se recriminó a sí misma por dejarse arrastrar por sus temores.

Sin embargo, no podía dejar de culparse por haber puesto en peligro a Yakov, a Sonya y a toda su fiel servidumbre. Se preguntó hasta qué punto era justo para ellos exponerse así. A su mente acudieron las palabras que el cosaco le había dirigido justo antes de abandonar su hogar: «Recuerda que no nos obligas a hacer nada, nosotros lo elegimos. Si algo sale mal, no olvides que nos movió el amor, no el deber».

Un profundo agradecimiento llenó su mente y su corazón mientras abandonaba su tierra natal —sin saber si regresaría— para dirigirse hacia un futuro desconocido.

Capítulo 9

El traqueteo del coche y haber pasado la noche en vela provocaron que se adormeciese durante el trayecto. Reclinada contra el asiento acolchado, dejó que sus pensamientos vagasen y que su corazón recuperara el ritmo normal de sus latidos.

Tenían por delante un viaje de algo más de dos horas, pero ninguno de los dos parecía tener necesidad de hablar, algo que Mary agradeció. Con los ojos cerrados, su mente regresó a la noche anterior. La había sorprendido la aparición de lord Ainsworth, y aunque al principio le dolió que James no hubiese acudido en su ayuda, más tarde aceptó que ella no era —y nunca lo había sido— su prioridad. En esos momentos, sin embargo, se alegraba de que el duque estuviese allí.

Si lo pensaba, era sorprendente que se hubiese disfrazado de mendigo, burlado a los guardias y escalado hasta su balcón para colarse en su dormitorio. Una ligera sonrisa curvó la comisura de sus labios. Seguía viéndolo como un hombre irritante, arrogante y un tanto libertino, pero también inteligente y astuto. Además, la había besado... por segunda vez. Rememoró el beso. Había estado preñado de dulzura y suavidad, y la había hechizado. Sin embargo, aún sentía en su interior el resquemor de la decepción que le había causado con sus palabras. ¿Por qué los hombres parecían creer que, simplemente por el hecho de desear a una mujer, podían tomar de ella lo que quisieran?

El deseo no lo significaba todo, al menos no para ella. Quería también el amor y el respeto mutuo que había visto siempre en sus padres, la confianza que tenían el uno en el otro, esa forma de mirarse que parecía que viesan el cielo en la tierra. Todo eso lo anhelaba, y sí, también los besos y las caricias. Pero había visto a demasiadas mujeres sucumbir ante lo segundo y no obtener nada de lo primero. ¿Tan difícil era encontrar el amor?, se preguntó. Lo que sí tenía claro era que si caía en manos del general Timashev su vida sería un auténtico infierno.

—Mary, despierta.

Se enderezó en el asiento, alarmada tras la sacudida de Yakov y su tono apremiante. Temía que su último pensamiento hubiese convocado a ese demonio, trayéndolo hasta ellos.

—¿Qué sucede?

—Soldados. Agáchate.

Sus pupilas se dilataron por el miedo, haciendo que sus ojos se volviesen más negros que violetas, pero ni siquiera la sonrisa tranquilizadora que le dirigió el cosaco la calmó, sobre todo cuando lo vio extraer una pistola de uno de los bolsillos de ese abrigo viejo y largo que tanto le gustaba llevar.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —susurró al tiempo que se dejaba caer al suelo del carruaje.

—Es solo una precaución. Ahora, guarda silencio.

Mary apretó los labios y se mantuvo callada. A menos que los soldados detuviesen el coche y se asomasen al interior, era imposible que la vieran cuando pasasen a su lado. Rezó para que no se les ocurriera pararlos.

Había sido una tonta. Ella disparaba tan bien como Yakov y, en caso necesario, podría haberle sido de ayuda, pero había dejado su propia arma en el interior de una de sus bolsas de viaje. Quizá...

—¿Tienes otra pistola? Podría... —Se interrumpió cuando los ojos oscuros de su amigo y guardián se posaron sobre ella con una mirada que hubiese fundido las piedras.

En el silencio que siguió, pudo escuchar los cascos de los caballos que se acercaban, a pesar del ruido que hacía el traqueteo de las ruedas del carruaje sobre el camino. Contuvo el aliento cuando atisbó la nube de polvo a través de la ventanilla y cerró los ojos, amparándose en aquella creencia infantil de que si uno no veía tampoco podía ser visto. Aunque sabía que no era cierto, al menos la oscuridad la reconfortó.

Notó que el coche ralentizaba su marcha y se preparó para lo peor. Sin embargo, el ligero bandazo de la cabina le indicó que el cochero lo había hecho para poder apartarse hacia un lado.

—Ya ha pasado el peligro —le indicó Yakov después de algunos minutos. Le tendió una mano y la ayudó a acomodarse de nuevo en el asiento.

—¿Por qué no me has prestado una pistola? Tú me enseñaste a disparar.

—Lo hice para que pudieras defenderte en caso necesario, no para que emprendieras un cruce de fuego con una partida de soldados y te hicieras matar —rezongó, molesto, mientras guardaba de nuevo el arma en su bolsillo.

—No pienso esconderme siempre —repuso, indignada.

Ella no era ninguna cobarde, y si bien el general le infundía terror, porque percibía en él algo diabólico, no pensaba dejarse coger sin luchar.

—Eres tan testaruda como tu padre.

Las palabras, pronunciadas en un murmullo ronco y bajo que no iban destinadas a sus oídos le provocaron una sonrisa. Ser comparada con su padre suponía para ella todo un halago. Se guardó para sí el agradecimiento y prefirió callar para no alterar más el ánimo de su amigo.

—Estamos llegando —le dijo él al cabo de un rato.

Mary sintió cómo se le relajaba el cuerpo. No se había percatado de lo nerviosa que estaba. Echó un vistazo por la ventanilla y vio la inmensa planicie que se extendía desde la margen derecha del camino; a lo lejos pudo ver las montañas, todavía nevadas.

El carruaje fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse a un lado de la carretera.

—¿Dónde se encuentra la aldea? —le preguntó, confundida. A través de la ventanilla seguía viendo campos y sembrados, pero ni un asomo de civilización.

—Un poco más adelante. Coge tus cosas —le ordenó, señalando la cesta que descansaba en

el asiento frente a ellos—. El inglés nos espera en el bosque. Viajaremos con él el resto del trayecto, así el cochero, aunque pueda irse de la lengua si lo interrogan, no podrá saber con exactitud dónde nos hemos detenido en la aldea.

Ella asintió, en silencio. No habría podido pronunciar ninguna palabra sin que le temblase algo la voz. El hecho de volver a ver al duque había provocado un aleteo en el interior de su estómago y le había acelerado el pulso.

Se enfadó consigo misma porque la sola mención del hombre le causase aquella reacción. Tenía que controlarse si no quería sufrir durante todo el largo viaje que tenían por delante. Juntos.

Tomó la cesta y bajó del carruaje. Al otro lado del camino había un bosque que se extendía por la ladera hasta donde asomaban los techos de paja de las primeras casas del pueblo; sin embargo, no había ni rastro del duque. El carruaje maniobró para dar la vuelta en el camino y se alejó en dirección a San Petersburgo, dejándolos en mitad de un paisaje de campos de cultivo sembrados de trigo y cebada, junto con el poco equipaje que llevaban.

Apenas se perdió el rumor de las ruedas a lo lejos, Mary se volvió hacia Yakov con una mirada interrogante.

—¿Y ahora qué se supone que tenemos que hacer?

El cosaco esbozó una sonrisa burlona.

—Caminar.

—¿Qué? Pero yo pensé...

—Princesa, más vale que te vayas haciendo a la idea de que eres solo una criada —comentó, al tiempo que echaba a andar hacia el bosque.

Por suerte, fue él quien cargó con todas las bolsas de viaje. Con un suspiro de resignación, agarró con fuerza el asa de la cesta y lo siguió. Tuvo que reconocer que el camino que atravesaba la arboleda resultaba hermoso. Olía a primavera y el aire era fresco. Enormes abedules, robles y arces los rodeaban, proporcionándoles una suave sombra, rota, de vez en cuando, por los tibios rayos de sol que se filtraban por los huecos de las copas. Debía de ser ya alrededor del mediodía.

—¿Las criadas tienen derecho a comer algo? —le preguntó, al cabo de un rato, con tono irritado.

—Solo si se ganan su manutención.

Mary clavó la mirada en la ancha espalda de Yakov, preguntándose si hablaría en serio. El tono grave que había usado parecía indicar que sí. Aunque, por supuesto, ella no estaba dispuesta a llegar a tanto para interpretar su papel.

—¿Y qué es lo que se supone que debo hacer para ganármelo? ¿Zurcir tus calcetines? —se burló.

—¿Quién va a zurcir calcetines?

La voz profunda sonó tan cerca de ella que la sorprendió y no pudo evitar que se le escapara un pequeño grito y retrocediese, asustada. Tropezó contra una raíz, y habría caído al suelo si lord

Ainsworth no la hubiese atrapado entre sus brazos, atrayéndola contra la dureza de su pecho. La asaltó un aroma muy masculino con notas amaderadas, combinadas con bergamota, que parecía encajar a la perfección en aquel paisaje. Notó el calor que desprendía el cuerpo del duque a través de la fina camisa de tela burda que vestía. Cuando percibió el rítmico latido de su corazón, justo debajo de donde ella había colocado su palma, se dio cuenta de lo cerca que se encontraban y se retiró con premura hacia atrás.

—Es usted —comentó sin pensar. Esbozó una mueca de disgusto ante su estupidez y se defendió con una acusación—: Me ha asustado.

—Lo siento. —En realidad, pensó Mary, no parecía sentirlo en absoluto, a tenor de la media sonrisa que curvaba esos labios carnosos. Recordaba su suavidad y su tibieza y, por un momento, no pudo apartar la vista de su boca.

Las manos masculinas, que aún permanecían en su cintura —algo de lo que ella no se había percatado—, se apretaron un poco más sobre su talle y, al elevar su mirada hacia los ojos del duque, vio que estos se habían oscurecido y que su respiración era algo más superficial.

—¿Y si continuamos el camino? —intervino Yakov, rompiendo el momento.

—Por supuesto —respondió Mary de inmediato, ruborizada.

Fue ella la que tuvo que escapar de los brazos masculinos, mientras se reprendía a sí misma por su actitud. «Actúas como una estúpida con él. El duque se comporta como una araña que va tejiendo su tela de seducción a tu alrededor y tú te estás dejando envolver por ella. Recuerda el destino que le aguarda a la mosca», se reconvino.

Con un suspiro, echó a andar tras el duque. Yakov caminaba detrás de ella. Iba tan distraída que no se fijó en qué momento alcanzaron la linde del bosque, donde aguardaba una carreta enganchada a un animal de tiro, un caballo yakut, de color zaino y pelaje abundante. Un poco más allá, atado a unas ramas bajas, pastaba un precioso alazán con las crines y la cola rubias.

—Es precioso —exclamó al verlo, y notó que Yakov asentía ante sus palabras para mostrar su acuerdo.

—Me alegro de que te guste. Podrás observarlo mejor desde la carreta —le dijo Valentin, sonriente, mientras le tendía una mano para ayudarla a subir al pescante.

La mirada fulminante que le dirigió no pareció hacer mella en él. «Tiene la sensibilidad de una piedra», pensó cuando Yakov puso en marcha la carreta, pero tenía que reconocer que era un gran jinete.

No les llevó más de diez minutos alcanzar la aldea y atravesar sus callecillas hasta detenerse frente a una cabaña de madera, engalanada con flores en las ventanas. Mary se quedó sorprendida cuando la puerta se abrió y apareció una mujer joven con una voluptuosa figura, resaltada por el ajustado corpiño negro que ceñía su cintura y elevaba sus senos, que sobresalían del escote de su blusa blanca de una manera que, a su parecer, resultaba poco elegante. Llevaba el cabello rubio recogido en numerosas trenzas que formaban una corona sobre su cabeza. Sus inmensos ojos azules resaltaban en su tez pálida, y brillaron con algo parecido a la glotonería

cuando se posaron sobre el duque. Los labios femeninos se curvaron en una sonrisa seductora antes de echarle los brazos al cuello.

Los labios de Mary, en cambio, se apretaron en un rictus de profundo desagrado al ver el beso de bienvenida que la mujer dispensaba al duque. «Por Dios, ha estado aquí solo una noche y no ha perdido el tiempo». No supo por qué el pensamiento la llenó de amargura y decepción a partes iguales.

A decir verdad, aquello no debía suponerle ninguna sorpresa, ya que hacía tiempo que James le había hablado del desapego de su amigo hacia la institución del matrimonio, pero, aun así, algo en su interior se removió ante aquella imagen.

—Katia. —Valentin se deshizo con delicadeza de los brazos que rodeaban su cuello, aunque mantuvo la sonrisa para no herir los sentimientos de la mujer—. Tenemos compañía. Te presento a... Mary y a Yakov, las personas de las que te hablé ayer. —Había preferido omitir el título, ya que no consideraba prudente que supiese que la joven era una aristócrata, aunque su elegancia innata hablaba por sí sola.

—Oh, discúlpenme. —Ella se apartó del duque con reticencia y los observó con cierta curiosidad—. No los había visto.

—No me extraña, no puedes apartar los ojos de su cuerpo —masculló Mary entre dientes—, ni las manos.

—¿Cómo dice, querida?

—Nada, decía que es un placer conocerla. —Le dedicó una sonrisa educada que hizo que le dolieran los músculos de las mejillas por el esfuerzo—. ¿Su marido está trabajando en el campo todavía?

No supo por qué había dicho aquellas palabras. Había visto el anillo en el dedo de la mujer y la había molestado su comportamiento frívolo y coqueto, como si no estuviese casada. «¿Y el motivo no es más bien que fuese con lord Ainsworth con quien coqueteaba?», la acució su conciencia. «Estás celosa». Se sintió mal cuando la mujer le dirigió una mirada dolida y entró en la cabaña sin añadir una sola palabra.

—Katia es viuda —le susurró con disgusto al oído Valentin, haciendo que su aliento le rozara la oreja—, y te convendría mostrar algo de agradecimiento hacia ella. Esta mujer se ha ofrecido a ayudarnos sin pedir nada a cambio.

Mary apretó los labios con firmeza y desvió la mirada. Él sacudió la cabeza, exasperado. Era más terca que una mula, se dijo, y si no dejaba de lado el orgullo, iba a pasarlo mal en el viaje. Con una última mirada de advertencia, imitó a su anfitriona y entró en la casa.

Yakov, que cargaba con el equipaje, le dirigió una mirada de reprobación al pasar junto a ella.

—¿Tú también me vas a sermonear? —inquirió, enojada, haciendo que él se detuviera—. Está claro que esa mujer ya se ha cobrado el favor que nos hace.

—Eso no es de tu incumbencia, ni de la mía —le aseguró. Nunca antes la había visto

comportarse de esa manera, como si fuera una arpía, y no le gustó nada—. El inglés es libre de hacer lo que le dé la gana. Siempre y cuando nos beneficie, aunque tenga que ir de cama en cama para conseguirlo, lo que haga no es problema nuestro. —Vio cómo Mary enrojecía, pero le trajo sin cuidado. Alguien tenía que ponerla en su sitio. Además, tenía una ligera idea de lo que la había movido a comportarse de ese modo tan poco propio de ella. Por eso, añadió—: No obstante, no lo olvides y tenlo presente, para que no sea tu lecho uno de los que visite.

Mary jadeó, ofendida. ¿Cómo podía pensar Yakov que sería tan estúpida como para dejarse engatusar por los encantos de un hombre como el duque? Estaba claro que, además de ser insufrible y pedante, era un libertino que solo pensaba en saciar sus deseos con cualquier mujer que se prestara a ello. Y, sin embargo, la verdad era que no había dejado de pensar en él desde que la había besado la noche anterior; y sí, quizá también tenía que reconocer que acababa de actuar movida por el resentimiento de los celos. ¿Cómo podía él haberla besado de aquella forma tan dulce para luego arrojarla en los brazos de otra mujer?

Decididamente, era una estúpida. Pero eso terminaría en ese mismo instante, se dijo. Obligaría a su mente a olvidar el suave roce de los sensuales labios de lord Ainsworth y se centraría en la misión que tenía que llevar a cabo. Era cierto que debía viajar con él, pero ahí terminaba su relación. Yakov tenía razón, debía recordar qué tipo de hombre era el duque y mantenerse alejada de él.

Con esos pensamientos, su corazón pareció encontrar el valor para enfrentarse de nuevo a él y a su mirada profunda, y entró en la casa. El aroma a flores recién cortadas se extendía por todo el lugar. El salón no era grande, pero su decoración era tan sencilla como acogedora. Mary pensó que aunque aquella mujer poseía un gusto horrible para escoger amantes, lo tenía exquisito para embellecer el interior de una sencilla cabaña y hacerla parecer un hogar.

No pudo dejar de observar cómo Katia mantenía su voluptuoso cuerpo pegado al de lord Ainsworth más allá de lo que se consideraba socialmente aceptable. Su mirada se cruzó, por un momento, con la de él. Intensa, oscura. Y tuvo que repetirse a sí misma que no había nada entre ambos, apenas se conocían, y que aquel beso que se habían dado no había significado nada para ninguno de los dos. Cuanto antes lo asumiera, mejor para ella.

Valentin no pudo apartar la mirada de Mary apenas esta entró en el salón. Por un momento, cuando sus ojos se cruzaron, le incomodó lo que percibió en los violáceos de ella, que parecían taladrar sin piedad su rostro, tachándolo de Dios sabía qué, probablemente de libertino y otras cosas peores. Nunca lo había sido, aunque disfrutaba de sus encuentros con las damas, y nunca le había molestado el hecho de que lo considerasen así. Beneficiaba a su trabajo para el Gobierno tener dicha reputación. Sin embargo, en aquellos momentos, le disgustó que ella lo juzgase así.

Katia era joven y hermosa, no tenía un marido al que pudiese agraviar y había estado más que dispuesta a ofrecerle mucho más que un simple beso la noche anterior; sin embargo, él se había negado, con delicadeza, a ocupar su lecho e inundarla con el calor de sus brazos. Porque, cada vez que la mujer lo besaba, acudía a su mente la sensación que le había provocado el suave

beso que había compartido con Mary y, por más que se obligaba a sí mismo a olvidarlo, el sentimiento lo asaltaba una y otra vez. Le pareció injusto para Katia que, mientras estuviese con ella, su deseo se dirigiera hacia otra. Por eso decidió darle una negativa ante su proposición de compartir algo más que inocentes caricias y besos.

A pesar de todo, y puesto que se habían dado placer mutuo en las ocasiones anteriores en las que él había visitado Rusia, Katia se creía con ciertos derechos sobre el hombre. Ya que no era una mujer que se cuidara de las apariencias, más de una vez tuvo que retirar la mano que se deslizaba con insistencia por su espalda, su brazo e incluso su muslo, mientras él les explicaba a Mary y a Yakov el plan que había dispuesto para el viaje, y que incluía un cambio de vestimenta y de identidad.

—Katia, ¿podrías acompañar a Mary al dormitorio y entregarle la ropa? —le pidió a la viuda, al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia a Mary para que se comportara. La vio alzar la barbilla en un gesto de desafío y suspiró, resignado. Esperaba que no se enzarzaran en una disputa—. Yo me ocuparé de Yakov.

—Por supuesto, querido, lo que tú desees.

Mary observó cómo la mujer le guiñaba un ojo al duque antes de abandonar el salón para cumplir su petición, y se crispó por ese trato tan familiar. A pesar de ello, apretó los labios y siguió a la mujer, evitando volver a cruzar su mirada con la de él.

Katia la condujo hasta una pequeña alcoba, sencilla pero acogedora. Sobre el estrecho camastro había preparado un modesto atuendo, consistente en un simple vestido y una blusa, que la mujer insistió en que debía llevar. Frunció los labios con desagrado. Nunca había sido una esnob, pero, despojarse de todo cuanto era le creaba inseguridad.

—Si quiere pasar desapercibida —dijo la mujer con un tono carente de burla—, deberá vestirse como una campesina.

—Pero el duque lleva una camisa que, a pesar de estar confeccionada con una sencilla tela, no es tan...

—Valentin estaría guapo con cualquier cosa. La camisa pertenecía a mi marido, y es tan fea como lo era él. —Ella se sorprendió ante la sincera confesión de Katia—. Sin embargo, era un buen hombre y cuidó de mí hasta que Dios quiso llevárselo, entonces fue lord Hallbrook quien se ocupó de esa tarea.

—¿James? —exclamó con asombro.

No podía creer que su amigo de la infancia, a quien creía conocer tan bien, se hubiera relacionado con aquella mujer.

—¿Lo conoce? —preguntó Katia. Mary se agachó para coger el vestido, evitando así dar una respuesta que no era procedente. Yakov le había advertido sobre la conveniencia de no hablar sobre sus orígenes. Por suerte, la mujer no esperó respuesta y continuó—: Es un hombre extraordinario, tan atento y comprometido. Valentin me trajo una carta suya en la que me pedía que lo ayudase en todo lo que necesitara. No podía negarme, cuando fue él quien, hace años,

acudió en mi auxilio el día en que descubrieron que mi esposo facilitaba información al Gobierno inglés y lo asesinaron sin piedad. Apenas llevábamos casados dos años. Lord Hallbrook me proporcionó esta casa y una renta suficiente para vivir. Ayudarlos es lo menos que podía hacer para devolverle el favor.

Mary se sintió culpable por haber pensado mal de James. No todos los hombres eran como lord Ainsworth, gracias a Dios. Aunque tal vez también lo había juzgado mal a él, se dijo, y en realidad no había nada entre aquella mujer y Valentin, excepto el deseo de atención de ella por un joven inglés, apuesto y rico. Sacudió la cabeza, intentando apartar aquellos pensamientos. «Deja de disculparlo», pensó, «o muy pronto serás solo una presa más en su telaraña».

—Vamos, querida, póngase el vestido, verá cómo con él no la reconoce nadie.

Mary esbozó una sonrisa de compromiso e hizo lo que le pedía. La tela era suave y vistosa, y se ajustaba a la perfección a su talle. Sin embargo, el escote era tan pronunciado como el que lucía la joven que se lo había prestado.

—¡Esto es indecoroso! —protestó cuando se vio en el espejo.

—No, querida, parece una auténtica campesina. —La sonrisa sincera de Katia ahogó una nueva protesta en su garganta.

Ella volvió a mirarse y tuvo que admitir que se veía distinta. Ni elegante ni sofisticada, pero hermosa.

—Gracias —musitó, aceptando su nueva apariencia.

—Solo una cosa más... —Katia rodeó a Mary y deshizo el cuidadoso moño que llevaba, soltando su negra cabellera sobre los hombros—. Mucho mejor así, este tipo de recogidos es para las grandes mansiones.

Contempló una vez más su reflejo en el despostillado espejo de la alcoba mientras permitía que ella le trenzase el cabello. Sus manos eran ágiles y actuaban con seguridad. Cuando terminó, la mujer que apareció ante sus ojos no se parecía a ella, salvo por aquellos ojos violeta que la contemplaban con solemnidad. Le costó asimilar la imagen que observaba en el viejo cristal pulido. Ella era lady Mary Branson, princesa por derecho de nacimiento, pero, en esos momentos, parecía una simple y descarada campesina. Tragó saliva, nerviosa y abrumada. Entonces, se dibujó en su mente el rostro de Timashev, su mirada lujuriosa, la posesividad en su tono de voz al afirmar que sería suya, y la ira fue dominando poco a poco su mente y su valor cobró un nuevo arrojo.

Cerró los puños con fuerza y se dijo a sí misma que si tenía que convertirse en una campesina para conseguir llegar a Londres, lo haría. Alzó la barbilla con orgullo y asintió ante su imagen, antes de salir de la alcoba para presentarse frente a los dos hombres que la aguardaban fuera.

Capítulo 10

Valentin se quedó sin aliento cuando vio a Mary aparecer en la puerta de la pequeña salita. Se veía preciosa con el *sarafán*, un vestido sin mangas, largo y con tirantes. Una prenda femenina tradicional rusa que usaban las mujeres desde el siglo XIV, aunque las damas de la aristocracia habían abandonado su uso hacia el siglo XVIII en favor de la moda proveniente de las cortes europeas, en especial la francesa y la alemana.

El vestido era de color violeta —realzaba sus ojos, un tanto rasgados—, con grandes flores bordadas con hilo púrpura rojizo y con un lazo que marcaba la cintura alta y realzaba sus senos. Debajo del vestido llevaba una blusa blanca, adornada con diminutas flores en color violeta, que dejaba al descubierto la cremosa piel de sus hombros. Katia le había recogido el cabello negro en una gruesa trenza y se lo había cruzado sobre la cabeza a modo de corona.

—He hecho un buen trabajo, ¿no es cierto? —inquirió esta al ver la expresión de asombro que lucían los dos hombres.

Valentin avanzó unos pasos sin apartar la mirada de ella, hipnotizado por aquella imagen mezcla de sencillez y elegancia. Ya no era la sofisticada dama, sino una mujer atractiva y hermosa que había provocado que su cuerpo cobrase vida. Casi estaba encima de ella cuando se percató de lo que estaba haciendo, acudir como una polilla a la luz. Frunció el ceño y comenzó a girar a su alrededor, con las manos en la espalda y una letanía de «humms».

—No está mal —respondió. Katia chasqueó la lengua con disgusto, y Mary se envaró. Tenía la espalda tan rígida como si llevase el corsé demasiado apretado, aunque él supuso que no tenía esa prenda bajo el vestido. ¿O sí? Cerró los ojos y se esforzó por no pensar en ello ni en cuánto le gustaría descubrirlo—. Quizá es demasiado colorido para una piel tan blanca.

Mary giró la cabeza hacia él, dirigiéndole una mirada que lo habría hecho caer fulminado si los pensamientos se materializasen. El movimiento de ella provocó que lo asaltara una ráfaga del perfume femenino que inundó sus pulmones y se infiltró en su sangre como un potente opiáceo.

—¿Qué vas a saber tú sobre cómo visten las mujeres rusas? —replicó, indignada, tuteándolo por primera vez.

Valentin sonrió para sus adentros y se acercó a ella hasta casi pegarse a su espalda. Sabía que no debía hacerlo, pero ella lo tentaba de mil maneras.

—Quizá no sepa nada sobre cómo vestir a una mujer, milady, pero le aseguro que soy un experto en desvestirlas —le susurró.

El cálido aliento masculino se coló en su oído junto con un matiz seductor que le provocó un revuelo en el estómago e hizo que le temblaran las piernas. No se giró a mirarlo, simplemente

llevó el brazo hacia atrás con fuerza y tuvo la satisfacción de escucharlo gruñir cuando su codo lo golpeó.

—Yakov, creo que tú eres el más indicado para darnos tu opinión. ¿Qué piensas?

El cosaco carraspeó, como si se hubiera atragantado con una mosca, y frunció el ceño, disgustado.

—Nadie te tomará por una campesina, eres demasiado bonita —apuntó con seriedad—. Será mejor que te pongas un chal encima y ocultes tu... cuerpo.

—Tonterías —declaró Katia con tono alegre mientras observaba a Mary como si estuviera contemplando su propia obra de arte—, hay muchas jóvenes bonitas en Rusia.

«Pero ninguna ofrece esa mirada orgullosa y llena de fuego», pensó Valentin.

—Tendrá que servir, Yakov —señaló Mary con seguridad. La actitud de los dos hombres la había molestado—. No hay otra cosa.

—Las noches son frías —adujo el cosaco, cruzándose de brazos en un gesto que dejaba claro que no pensaba transigir en ese punto—, necesitas algo para taparte.

—Ven, querida —dijo Katia con fastidio—, te buscaré un chal. Pero no hagas caso de lo que te han dicho, estás preciosa. —Se giró hacia los dos hombres y les dirigió una mirada airada, luego sacudió la cabeza como si no los comprendiera—. He preparado algunos víveres para el viaje. Las bolsas se encuentran sobre la mesa de la cocina.

Las dos mujeres abandonaron el salón, y Valentin las siguió con la mirada. El escote que lucía Mary no le iba a servir de ayuda para concentrarse en el peligroso viaje que iban a emprender, pues solo le provocaba deseos de probar la suave piel de su nuca, descender por la esbelta columna de su cuello, que aquel peinado dejaba al descubierto, y depositar una lluvia de besos ligeros sobre sus hombros desnudos. Su reflexión acerca del generoso escote del vestido de Mary, y sobre sus propios deseos, se vio arrancada de raíz cuando el poderoso torso de Yakov se plantó ante él.

—Borra esa estúpida sonrisa de tu rostro, inglés —lo conminó Yakov—. Lady Mary es terreno vedado para ti. Si se te ocurre ponerle una mano encima...

Valentin tensó la mandíbula y su rostro se endureció, molesto por la insinuación del hombre.

—Jamás toco a una mujer sin su consentimiento.

—Es bueno saberlo. No me gustaría tener que arrancarte la piel a tiras con el látigo —lo amenazó, sin hacer caso de la mirada dura y fría que le dirigían esos ojos azul medianoche—. Lady Mary es demasiado ingenua en cuanto a hombres se refiere, y no consentiré que echas por tierra su honor, con o sin su consentimiento, ¿lo entiendes?

Los ojos de Yakov hubiesen provocado escalofríos en cualquier otro hombre, pero Valentin no se amedrentaba con cualquier amenaza, estaba acostumbrado a escuchar cosas peores de sus adversarios. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse qué relación los unía para que el cosaco gruñese como un perro guardián. ¿Acaso estaba enamorado de la muchacha? ¿Y ella de él? La idea lo golpeó con fuerza, dejándolo sin respiración por un momento.

Se obligó a sonreír, en un intento por aliviar la tensión que se había creado entre ellos.

—Tranquilo, no tengo intención alguna de poner una mano sobre lady Mary. Esa mujer es demasiado terca e indomable para que merezca mi atención. No aguantaría a su lado ni un minuto más de lo necesario.

Algo se removió en el interior de Valentin, como si su corazón no estuviese de acuerdo con las palabras que su boca acababa de pronunciar.

Yakov estudió su rostro con atención, lo que decía y lo que callaba. Sabía que el inglés mentía. Sus ojos habían contemplado a Mary con la mirada de un hombre hambriento que se encuentra de pronto ante un succulento banquete. Otros hombres la habían mirado así antes, incluido Timashev, pero el inglés le caía bien, quizá porque le recordaba a lord Mansbourg, el padre de la muchacha. A pesar de ello, no estaba dispuesto a dejar que la usase como un objeto de diversión y placer.

—Pues entonces, inglés, mantente alejado de ella todo lo que puedas.

Valentin se tragó una maldición, pero asintió. No por el cosaco, sino por Mary, y por James, que no se merecía que lo traicionase. Le había dado su palabra de que no la seduciría, y pensaba cumplirla; sin embargo, que Dios lo ayudase, pensó cuando ella volvió a entrar en el salón, seguida de Katia, porque no tenía ni idea de cómo iba a poder hacerlo.

—¿Habéis cogido ya los víveres? —preguntó esta última. Con los brazos en jarras, les dirigió una mirada airada cuando vio que ambos negaban en respuesta—. ¿Y se puede saber qué es lo que habéis hecho durante este tiempo?

—Hablar sobre moda femenina —gruñó Valentin, al tiempo que Yakov se movía hacia la cocina.

Las cejas de Mary se arquearon con incredulidad y observó al duque con detenimiento. Parecía enfadado. Cuando sus ojos se cruzaron, él apartó la mirada enseguida y se volvió hacia Katia.

—¿Tienes la carreta preparada?

—Sí, le he pedido a Yuri que cargase las mantas, el rifle y todo lo demás que me pediste. — Se acercó a él y le colocó las palmas abiertas sobre el pecho—. ¿Sigues decidido a partir esta tarde o puedo convencerte de alguna manera para que paséis aquí la noche?

En esta ocasión, Valentin no sonrió ante el tono zalamero e insinuante de la viuda. Sintió el peso de la mirada desaprobadora de Mary y estuvo tentado de besar a Katia solo para hacerle saber que no le importaba lo que ella pensase de su comportamiento ni tenía derecho a reprenderlo por su actitud, pero sabía que no habría sido justo para la viuda. Sujetó sus manos, que habían empezado a trepar hacia su cuello, y se las retiró con suavidad pero con firmeza, dejando claras sus intenciones.

—No —respondió a su anterior pregunta—. Partiremos ahora mismo.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—Pero si ni siquiera habéis comido.

—Comeremos en el camino —le dijo—. Lo siento, Katia, pero no debemos entretenernos. Sería peligroso.

La mujer dejó escapar un suspiro resignado y asintió.

—Como quieras.

Valentin se sintió mal por ella. Katia era una buena mujer y, aunque era cierto que lo mejor era partir de inmediato, no tenía por qué pagar con ella su mal humor. Depositó en su frente un beso lleno de afecto.

—Te prometo que me quedaré más tiempo contigo la próxima vez que vuelva —le susurró.

Ella giró la cabeza y contempló por un momento a Mary, antes de volverse de nuevo hacia él.

—No estoy segura de que la próxima vez que nos encontremos vengas solo —reconoció, pesarosa.

No era tan tonta como para no haber notado la tensión que burbujeaba entre Valentin y la joven, ni se le habían escapado las miradas cargadas de deseo que se dirigían ambos cuando creían que el otro no miraba. Quiso decirle algo más, pero la interrumpió la voz profunda y ronca del cosaco.

—Ya está cargada la carreta. Nos espera en la entrada.

—Bien, ya es hora de irnos. Gracias por todo, Katia —se despidió Valentin—. Recuerda, si alguien pregunta por nosotros...

—No les diré nada —terminó la frase por él—. Y si alguno tiene intención de seguiros, te mandaré recado.

Valentin esbozó una sonrisa sincera.

—Eres una mujer maravillosa, Katia. —Depositó un beso ligero sobre sus labios y se alejó hacia la puerta.

Ella lo contempló marcharse con una sensación de vacío en el pecho. Cuando alcanzó al cosaco, este le dedicó una inclinación de cabeza a modo de despedida y siguió al duque. Mary se acercó a la joven.

—Gracias por prestarme tus ropas —le dijo—, y por la comida que nos has preparado. Siento haber sido tan desagradable antes, yo...

—Te gusta Valentin.

—¿Qué? No, por supuesto que no —negó con vehemencia. Demasiado, a juicio de Katia.

—Es un hombre muy apuesto, querida, y un verdadero caballero.

Mary bufó.

—Cualquiera lo diría.

La viuda dejó escapar una carcajada alegre.

—Me gustas —reconoció—. Me caes bien, por eso voy a darte un consejo. Ve a por él. No lo dejes escapar, es un buen hombre. Pero pónselo difícil, que tenga que esforzarse para conquistarte.

—Pero yo no... —Las excusas murieron en sus labios cuando oyó que Yakov la llamaba con

impaciencia. En un impulso repentino, se acercó a la mujer y la besó en la mejilla—. Gracias por todo.

—Ha sido un placer, y si vuelves por aquí, no te olvides de visitarme.

Mary asintió.

—Lo haré.

Apresuró el paso y salió de la penumbra de la casa al exterior soleado. Entornó los ojos ante la brillante luz y se dirigió hacia la carreta. Alguien le tendió una mano para ayudarla a subir. Cuando la aceptó, notó una corriente atravesarle el brazo, y supo que era Valentin quien estaba a su lado. Se alzó con rapidez hasta el pescante y se soltó con brusquedad. El recuerdo de las últimas palabras de Katia la hizo sonrojar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Yakov, sentado a su lado, con las riendas en las manos.

—Perfectamente.

Siguió con la mirada al duque que, con un movimiento lleno de elegancia y fuerza, se alzó sobre el inquieto alazán. Vestía una *rubakha*, la camisa larga, hasta la mitad del muslo, y abotonada en un lateral, típica de los campesinos rusos. De un color azul, semejante al de sus ojos, la llevaba sujeta con un grueso cinturón de cuero. Los pantalones negros eran amplios y se hundaban en unas botas de caña alta. Erguido sobre aquel hermoso animal, asemejaba a un cosaco.

Desvió la vista cuando escuchó el chasquido de reprobación que le dirigió su amigo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —le dijo él—, antes de que te derritas... por el calor —añadió, con una sonrisa burlona, cuando ella lo fulminó con la mirada.

La carreta arrancó con una sacudida, y Mary volvió la cabeza. La cabaña de Katia se recortaba contra un cielo azul. Las flores de las ventanas ofrecían un espectáculo alegre con sus vivos colores. En la puerta, la mujer agitaba su mano en una despedida. Ella le devolvió el gesto, y no dejó de mirar atrás hasta que la figura no fue más que un pequeño punto lejano. Por algún motivo, la entristeció abandonar el lugar.

Timashev miró al hombre como si fuera un gusano al que estuviera a punto de aplastar.

—Es... es solo una sospecha, señor —balbuceó el guardia, aterrado ante la mirada del general—, nos ha parecido una actitud sospechosa, y por eso hemos decidido venir a contárselo.

—¿Después de que hayan transcurrido más de tres horas? —gritó, fuera de sí.

El soldado hizo un intento por disculparse, aunque no le sirvió de nada. Timashev ordenó su detención inmediata hasta que todo el asunto quedara aclarado. La cólera le roía las entrañas desde que había escuchado la noticia.

Los guardias que vigilaban la mansión Mansbourg habían empezado a sospechar de la extraña actitud de la dama, que había estado paseando sin descanso frente al balcón durante toda la mañana. Además, el cosaco que siempre la acompañaba como si fuera su sombra no había regresado desde que saliera con una doncella a primera hora de la mañana, lo que había

acrecentado sus sospechas. Cuando lady Mary no había salido para realizar su habitual paseo matutino, solo pudieron pensar que, o bien se debía a que el cosaco no había regresado y temía salir ella sola, o bien...

No quisieron pensar en esa última posibilidad, pero decidieron avisar al general. Más les valía ser precavidos que esperar a que sucediera algún imprevisto y vieran peligrar sus cabezas. Por lo visto, habían llegado tarde.

Timashev comprendió al instante lo que había sucedido. El perro guardián de lady Mary jamás la habría dejado sola durante una mañana entera. No pudo evitar sentir una pizca de admiración por la osadía de la dama, que se arriesgaba de ese modo a desafiarlo, pero él nunca rechazaba un buen desafío y, además, eso le añadía encanto a la caza. Sin embargo, no le gustaba que se burlaran de él, y quien lo hacía, pagaba por ello.

—¡Ensilad mi caballo, enseguida!

Su asistente abandonó la habitación a grandes zancadas para hacer cumplir su orden. Él se volvió hacia el resto de los guardias que se hallaban presentes; un relámpago de ira atravesó sus ojos grises antes de comenzar a ladrar indicaciones. Cuando se aseguró de que todo el mundo había comprendido lo que debía hacer, partió de inmediato hacia la mansión de los Branson, con la intención de confirmar la suposición que lo carcomía por dentro.

No creía estar equivocándose, pero si lady Mary se hallaba en la casa, no pensaba darle ni un minuto más para aceptar su petición, ya había tenido suficiente paciencia con ella. Pero, si como suponía, no se hallaba allí... por Dios que la encontraría, y entonces haría que desease haber aceptado antes ser su esposa.

Sonya atravesó de nuevo frente al gran ventanal y, como siempre, echó un vistazo de reojo hacia el exterior. Se detuvo de golpe al ver el movimiento que había fuera y su rostro palideció.

—¡Oh, Dios mío! Está aquí, señora. —La doncella no pudo ocultar el temblor en su voz.

Catalina levantó la mirada del bordado en el que se entretenía y la miró un momento, con aire confundido.

—¿Quién está aquí?

—El general Timashev. Nos ha descubierto. —Se apartó de inmediato de la ventana cuando lo vio acercarse a la puerta principal, sin dejar de observar, con el ceño fruncido, hacia el balcón donde se encontraba ella.

La condesa dejó caer el bordado, pálida también ella como un muerto. Luego se repuso, y su lengua adquirió la velocidad que confería el nerviosismo.

—No te preocupes, niña —le dijo, dispuesta a enfrentarse a ese hombre por Mary—, lo entretendremos todo lo que podamos. Venga, rápido, quítate el vestido, tenemos que ocultarlo y hacer como si no supiéramos nada. Y borra ese temor de tus ojos.

—¿Y cuando pregunte por milady?

El miedo se leía en el pecoso rostro de la doncella mientras se quitaba con torpeza el precioso vestido de seda.

—Le diremos que acaba de salir.

—Pero sabrán que mentimos y...

—No pienses más en ello. —Catalina tomó las manos de Sonya para infundirle ánimo a la muchacha—. Yo hablaré con él, tú vuelve a tus quehaceres y olvídate de todo, y, sobre todo, no te dejes ver.

La doncella asintió y obedeció a la condesa sin rechistar, aunque no pudo evitar que las manos le temblaran cuando le entregó el vestido. Catalina fijó sus ojos oscuros en la suave seda y la acarició despacio, recordando a Mary. Haría lo que fuera por ella. Respiró hondo, para recuperar algo de valor, y colocó el vestido en el vestidor, junto a los demás. Se estremeció cuando los golpes en la puerta principal se hicieron ensordecedores.

Con toda la dignidad que poseía, descendió por las escaleras hacia el vestíbulo. Había prohibido a la servidumbre abrir al general hasta que ella misma diese la orden, suspiró profundamente y permitió el acceso al pequeño ejército que Timashev había traído consigo.

—¿Dónde está? —Su furia invadió el vestíbulo de la mansión junto con sus soldados. En sus ojos grises parecían danzar las llamas del mismísimo Averno, y Catalina sintió la tentación de santiguarse—. ¿Dónde se esconde lady Mary, maldita mujer?

—No está aquí. —Levantó la voz con intención de hacerse oír por encima del impacto de las botas de los soldados sobre el suelo de mármol, dispuestos a registrar la casa—. Ha salido.

Timashev la observó en silencio. Una sonrisa torva se dibujó en su semblante oscuro.

—¿Pretendes decirme que la mujer que acabo de ver en el balcón ha tenido tiempo de salir de la casa mientras yo entraba? —preguntó con ironía—. ¿O acaso la dama a quien he visto no era lady Mary?

Catalina tragó saliva y entrelazó los dedos para que el temblor de sus manos no delatara el miedo que le inspiraba ese demonio.

—Ha salido —insistió—. Si gusta esperarla, puedo acompañarlo a la salita.

—¡Buscadla! —gritó de nuevo Timashev, haciendo que los soldados se pusiesen otra vez en marcha—. Si descubro que me ha mentado, condesa, lo pagaré muy caro, se lo aseguro. Esa mujer se convertirá en mi esposa. Por las buenas o por las malas, como ella prefiera.

Capítulo 11

La aldea se sumía poco a poco en una oscuridad rasgada solo por la suave luz procedente del interior de las casas que la componían. El silencio era lo único tangible en aquella imagen que se extendía ante los ojos de Mary y que, de alguna manera, le transmitía tranquilidad.

Tal vez era el aroma de la tierra húmeda, causado por la ligera lluvia que había caído durante el trayecto; quizá, la seguridad que Yakov le transmitía mientras dirigía la vieja carreta, que se mecía con un suave balanceo; o la satisfacción que sentía al ver que había sido capaz de burlar al despreciable general. Fuera por lo que fuese, sentía serenidad por primera vez desde hacía varias semanas. Ni siquiera el irritante duque de Ainsworth la había incordiado una sola vez desde que abandonaron la casa de Katia.

Sus temores sobre aquel viaje habían sido infundados, pensó, al tiempo que se internaban en las calles de la aldea, siguiendo a la cabalgadura de Valentin. Cansada, se permitió recostarse unos instantes sobre el hombro de su amigo.

Yakov sentía su sangre hervir de orgullo ante la visión de ese pequeño pueblo que tanto le olía a hogar. La aldea cosaca le traía recuerdos de un tiempo lejano en el que su mayor preocupación consistía en aprender a luchar con el kinzhal, a usar el látigo y a convertirse en el mejor hijo que unos padres pudieran tener. Los hombres y mujeres que habitaban detrás de los muros de piedra de aquellas casas eran sus hermanos y hermanas, de su misma raza. Sabía que los recibirían bien, porque la hospitalidad y la ayuda a los otros eran unos de los preceptos cosacos.

El duque detuvo su montura frente a la posada situada en la plaza, y la carreta lo hizo al mismo tiempo. A pesar de distar mucho de los alojamientos que Mary acostumbraba, no logró restar ni un ápice a su buen humor. Una cálida luz anaranjada se derramaba desde las ventanas, y la animada música se escuchaba al otro lado de la puerta.

Mary se permitió dibujar una sonrisa en su rostro. Por fin iba a poder descansar. Anhelaba tumbarse sobre un cómodo y mullido colchón y dormir, y antes, quizá, darse un buen baño con agua caliente para quitarse el polvo del camino. Había pasado un par de noches en las que no había podido pegar ojo y sentía el cuerpo cansado; además, le dolían todos los huesos por el constante traqueteo de la carreta y sentía el trasero tan plano y dolorido que le dieron ganas de frotarse dicha parte. Por fortuna, su educación vino en su ayuda y no lo hizo.

—Pasaremos aquí la noche —señaló Valentin, una vez que bajó del caballo y se acercó a la carreta—. Me tomé la molestia de reservar dos habitaciones cuando pasé por aquí al venir de Inglaterra.

Yakov, que también había bajado del carro y le ofrecía en ese momento su mano a Mary para ayudarla a bajar, escrutó el rostro del duque con seriedad.

—Parece que estabas muy seguro del éxito de tu plan, inglés.

La sonrisa no apareció bajo el bigote del cosaco porque eso incluía dar por supuesto que tanto Mary como él aceptarían sin rechistar las órdenes del duque, y él era un hombre que no estaba sujeto a nada ni a nadie. Pero le gustaba su osadía y la confianza en sí mismo que exudaba. No parecía arredrarse ante las dificultades y tenía temple. Un hombre a tomar en cuenta.

—No lo voy a negar —respondió. Dirigió luego una mirada sutil a Mary—. Por lo general, siempre tengo éxito en mis planes.

En cualquier otro momento, ella habría resoplado ante esa afirmación tan arrogante e, incluso, habría hecho algún comentario fuera de tono. Pero esa noche no, era demasiado hermosa para permitir que se la estropearan las necias observaciones de un hombre tan pedante como el duque. Por eso, hizo acopio de toda su paciencia y dirigió la vista hacia la fachada vieja y rudimentaria de la posada, pensando que ignorarlo sería la mejor forma de herir su orgullo.

Al cosaco no le pasó desapercibida la pequeña desilusión que reflejaron los ojos de Valentin por el desaire de la joven, lo que le hizo pensar que, o bien el inglés era demasiado vanidoso, o bien necesitaba obtener la atención de la princesa mucho más de lo que él mismo creía. Y si este era el caso, a él no le desagradaba la idea. Un hombre así sabría despertar en ella la pasión que anidaba en su corazón, y cuidarla y protegerla como merecía. Lo aceptaría, siempre y cuando Mary llegase a amarlo. Aunque primero tendría que esperar para ver si la atracción que crepitaba entre ambos derivaba en algo más o si para el duque suponía tan solo una diversión para el camino.

—No siempre podemos tener lo que deseamos —lo interpeló—. A veces, los mejores planes fallan si no se presta atención a los pequeños detalles. Un hombre tiene que tener claro lo que persigue, tanto con la cabeza como con el corazón.

Valentin entrecerró los ojos y lo observó durante unos segundos, calibrando el significado de sus palabras. Sabía que el cosaco no tenía por costumbre desperdiciarlas. Cabeceó a modo de admisión, pero prefirió cambiar de tema.

—A partir de ahora nos haremos pasar por comerciantes —les comentó, utilizando un tono más serio de lo que había usado hasta ese momento—, es la mejor manera de viajar sin tener que dar demasiadas explicaciones. Seremos un matrimonio que viaja acompañado por una escolta.

Mary tomó del brazo a su amigo y le dirigió una sonrisa.

—No me resultará difícil hacer creer que he contraído matrimonio con un hombre como tú. Soy una mujer con suerte. —Su sonrisa se amplió cuando escuchó el bufido que brotó de la garganta masculina.

—No. —Valentin cortó en seco la perorata femenina. Le había molestado que ella hubiese pensado en el cosaco antes que en él, y que lo aceptase como si fuese lo más natural. Cuando ella

se volvió a mirarlo, con el ceño fruncido, esbozó una sonrisa pícaro y encantadora—. Tú y yo formaremos un matrimonio bien avenido, y Yakov será nuestro acompañante.

—¿Qué?! ¿Estás loco? —inquirió Mary, con el rostro enardecido por la furia—. ¡Jamás seré tu esposa!

Valentin tensó el cuerpo, y su rostro se endureció. Una sombra de ira atravesó sus ojos, que se veían más oscuros bajo el manto nocturno y la luz temblorosa de las antorchas.

—Ni yo te voy a pedir nunca que lo seas —espetó con tono seco, herido por su rotunda afirmación—, pero se trata de que esta farsa sea lo más creíble posible, y no creo que Yakov pudiera hacerlo.

Mary se obligó a desviar su mirada de la del duque. Sus ojos azules brillaban con tal intensidad que la habían atrapado, sin poder evitarlo, dejándola sin aliento por unos instantes. Se volvió con rapidez hacia Yakov en busca de ayuda. Sin embargo, no encontró en su rostro austero lo que andaba buscando, por el contrario, parecía complacido. Inclino levemente la cabeza como señal de que aprobaba la decisión del duque.

—¿No me lo puedo creer! ¿De verdad estás de acuerdo con esta... locura?

¿En qué momento se había visto envuelta en aquella situación?, se preguntó. Hacía tan solo un instante todo era perfecto, y ahora debía compartir habitación con ese... ese hombre irritante, pagado de sí mismo y, para qué negarlo, demasiado atractivo. Volvió de nuevo su mirada hacia el duque, con la intención de negarse de modo rotundo a la estúpida idea de hacerse pasar por su esposa, pero sus ojos se detuvieron en la camisa que, debido a la fina lluvia que había caído durante el viaje, se pegaba con firmeza a su torso, dibujando cada uno de sus músculos. Se hallaba tan cerca de ella que podía percibir el calor que emanaba de su cuerpo, junto con el olor a lluvia, a campo y al aroma amaderado que usaba.

—¿Y bien? —La voz sensual del duque la pilló por sorpresa—. ¿Alguna otra objeción?

Mary se reprendió a sí misma por dejarse llevar por la atracción que aquel hombre despertaba en ella, y balbuceó una imprecación, indigna de su condición aristocrática, que arrancó una sonrisa al duque.

Valentin se sentía satisfecho con la idea de que su plan siguiera adelante, aunque experimentaba también una leve desazón. Las palabras de ella se le habían clavado como agujones envenenados. Las había pronunciado con firmeza y en un tono decidido, como si en verdad le horrorizase la idea de casarse con él. No es que fuese eso lo que él le había propuesto, pero ¡por Dios, él era un duque! Cualquier mujer se sentiría honrada de convertirse en su duquesa.

Asintió, al ver que Mary no tenía nada que añadir, y desvió su mirada hacia el cosaco. Se preguntó por qué aquel hombre había accedido con tanta rapidez a que ella se hiciera pasar por su esposa, sobre todo después de la advertencia que le había hecho cuando abandonaron la casa de Katia.

Yakov le devolvió la mirada. Sus ojos de gato lo escudriñaron como si estuviera leyendo su

interior. En el momento en que conoció al inglés no le resultó de su agrado, pero había demostrado que, a la hora de trazar planes, era un hombre inteligente. Por otro lado, su instinto le aseguraba que el duque sentía algo por Mary —aunque él mismo no se hubiese dado cuenta todavía o no estuviese dispuesto a admitirlo—; lo había visto en sus ojos. Además, su princesa se asemejaba demasiado a las mujeres cosacas, era un espíritu salvaje y libre, y necesitaría a su lado a un hombre como el duque, que supiera manejarla. Sí, le ofrecería una oportunidad, aunque la protección de la muchacha seguiría siendo su prioridad.

Se dirigió a la parte trasera del carro y bajó el escaso equipaje que llevaban, mientras el duque hacía lo propio con las alforjas que cargaba su montura. Mary tomó la bolsa que contenía sus efectos personales y, tras dedicar una mirada desdeñosa a ambos hombres, se alejó hacia la posada.

Yakov ató el caballo del duque a la carreta y subió de nuevo al pescante para conducirla hasta el patio trasero.

—Recuerda lo que hablamos, inglés. —El tono seco y duro hizo que Valentin se detuviera cuando apenas había dado unos pasos para seguir a Mary, aunque no se volvió a mirarlo—. Si la tocas, te mataré.

Valentin apretó la mandíbula con fuerza, ante la amenaza nada sutil del cosaco, y asintió, antes de atravesar la plaza con grandes zancadas para alcanzar a la joven, que se había detenido, indecisa, frente a la puerta de la posada.

Cuando la alcanzó, ella se volvió a contemplarlo. Había creído que encontraría en su mirada un resto de la ira y el desdén que había dirigido hacía unos momentos contra él; sin embargo, en su lugar, halló en sus ojos violetas una vulnerabilidad que lo sorprendió y que provocó en su interior una oleada de ternura y un fuerte deseo de protegerla de todo y de todos.

—¿Estás lista para desempeñar tu papel?

Ella enderezó la columna de tal modo que Valentin temió que pudiera romperse de un momento a otro. A pesar de todo, el tono de su voz sonó firme.

—Lo estoy.

Él asintió y abrió la puerta. Al momento los inundó la claridad de la luz del interior, el sonido de la música y los cánticos, y un fuerte olor a especias y a pescado. Al ver que Mary no se movía, la tomó de la mano y tiró de ella hacia dentro. Percibió la suavidad de su piel y el calor de sus dedos, elegantes y largos, que lo aferraban con fuerza. Lo recorrió un estremecimiento y notó un tirón en el pecho, justo a la altura del corazón.

La música y la cacofonía de voces se detuvieron en cuanto ambos pusieron un pie en el cálido interior de la estancia. Se trataba de un comedor amplio, con mesas de tosca madera repartidas aquí y allá, un mostrador tras el que se alzaban estantes repletos de botellas y, al frente, unas escaleras que conducían al piso superior, a las habitaciones. En un rincón, había lo que parecía una pequeña orquesta, tres hombres con violines, cuyos arcos habían quedado suspendidos sobre las cuerdas, y otro más sujetando una flauta.

El posadero, al que había conocido con anterioridad, se llamaba Iván, un hombre grande, de pronunciada barriga, brazos como ramas de roble y una abundante barba que le llegaba hasta el pecho. Apenas los vio, salió de detrás del mostrador para dirigirse a su encuentro.

—Sé bienvenido de nuevo a nuestra *stanitsa*^[1], *inogorodnie*^[2] —lo saludó—. Veo que, en esta ocasión, vienes bien acompañado.

—Ella es mi esposa, María.

—Bienvenida, señora. Espero que se encuentre a gusto entre nosotros.

Mary perdió la rigidez de inmediato. El ambiente entrañable de la posada le recordó las numerosas veces en que su familia había viajado a la aldea de Yakov. Solían acudir por Navidad, para llevarles regalos, comían con ellos y luego los acompañaban en las fiestas que organizaban en la taberna.

—Estoy segura de que así será —respondió, con una sonrisa sincera que encandiló al propietario de la posada.

A la luz de las velas, su piel había adquirido un tono dorado, su cabello despedía reflejos del color del cobre bruñido y sus ojos brillaban como dos piedras preciosas. Valentin la contempló embelesado, y su cuerpo reaccionó ante aquella maravillosa visión. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, e impulsado por un sentimiento de orgullo y posesividad, tiró de su mano hasta pegarla a su costado y le ciñó la cintura con un brazo.

La puerta se abrió en ese momento y entró Yakov, que frunció el ceño al observar la escena. Iván arrancó, con dificultad, la mirada de la hermosa joven y la clavó en el recién llegado. Su rostro esbozó una amplia sonrisa, reconoció de inmediato a un hermano de sangre.

—Sé bienvenido a tu casa, hermano.

—Que recaigan sobre ti todas las bendiciones —respondió con el saludo tradicional—. Soy su escolta. He dejado la carreta en el patio.

Iván asintió. Luego se volvió para mirar a los concurrentes.

—Que siga la fiesta. —La música y los cánticos se reanudaron—. Supongo que estarán hambrientos. Vengan, les serviré un buen plato de *ujá* y un trozo de pastel *pojodni*. Mi esposa es una gran cocinera, les aseguro que les gustarán sus platos. —Los condujo hasta una mesa vacía, y un muchacho se apresuró a traerles platos y una jarra con agua—. Si la señora desea refrescarse antes de la cena, mi hija, Ivanna, puede acompañarla a su habitación.

Mary le dedicó una sonrisa de alivio. Necesitaba quitarse el polvo del camino y algo de intimidad para ocuparse de sus necesidades.

—Se lo agradecería mucho.

El hombre hizo una seña y, al instante, se acercó una muchacha bonita, de rostro sonrosado, el largo cabello rubio recogido en dos trenzas y unos ojos rasgados, de un azul claro, que ni siquiera parpadeaban mientras contemplaban al duque con arrobo.

—¡Ivanna! —la llamó su padre, con un matiz de reprensión en su voz profunda—, acompaña a la señora a su habitación.

La muchacha asintió, con desgana, y se dirigió hacia las escaleras. Mary la siguió hasta una sencilla habitación que olía a limpio, a cera y a madera pulida. Le agradeció a la joven y cerró la puerta tras ella, dejando escapar un suspiro. Depositó su bolsa de viaje en el suelo y cruzó la estancia, evitando fijarse en la enorme cama que ocupaba casi todo el dormitorio, hasta el biombo tras el que se ocultaban el orinal y el aguamanil.

Tras usar ambos, se sintió mejor. Recuperó la bolsa con sus pertenencias y la colocó sobre una de las sillas apoyadas contra la pared. La abrió, rebuscó en su interior el pequeño estuche de terciopelo de la zarina y lo sacó. No resistió la tentación de echar un vistazo al precioso anillo que yacía en su interior, un mudo recordatorio de que el amor verdadero no siempre estaba al alcance de todos. Se podía querer a alguien con toda el alma y, sin embargo, dejarlo marchar, por deber, por orgullo o por cobardía. Se preguntó si ella sería capaz de vencer todos los obstáculos con tal de no renunciar a su amor verdadero, como habían hecho sus padres.

No alcanzó a responderse a sí misma. La puerta de la habitación se abrió de improviso y ella, sobresaltada, se apresuró a guardar el estuche en el bolsillo de su falda.

Valentin la observó desde el vano de la puerta.

—He subido el equipaje —le dijo, mostrándole las bolsas. No tenía por qué haberlo hecho, pero mientras esperaba a que ella volviera, se había descubierto a sí mismo mirando, en varias ocasiones, hacia las escaleras por las que había desaparecido, y, al final, su impaciencia había ganado—. ¿Te encuentras bien?

Notó su nerviosismo, igual que se había percatado del estuche de terciopelo que tenía en la mano y que se había apresurado a ocultar en un bolsillo. Sabía lo que era, había visto muchos de ellos, e incluso él mismo los había usado para regalar una fruslería a alguna de sus amantes. Por el tamaño, debía de tratarse de un anillo, o de unos zarcillos. Frunció el ceño ante el inesperado malestar que le sobrevino, una sensación de opresión en el pecho.

—Sí, por supuesto —le respondió—. Iba a bajar ahora mismo.

Valentin dejó las bolsas en el suelo y echó un vistazo a la habitación. Era pequeña pero confortable. La cama era lo bastante grande como para que durmieran dos personas en ella. Pasó la mirada del cómodo lecho al suelo, hacia la suave alfombra que lo cubría, y ahogó una maldición. Era preferible que no ocupase su lugar en la cama, junto a ella, o lo más probable sería que ninguno de los dos durmiera. Desde luego, a él se le ocurrían cosas mucho mejores que hacer.

En primer lugar, le desharía el recogido y le dejaría el cabello suelto, como aquella primera noche en que había escalado el balcón y entrado en su dormitorio. Quería volver a verlo extendido sobre la almohada; luego, la desnudaría poco a poco, y besaría cada palmo de la suave piel que dejaría expuesta, desde la blanca frente hasta las puntas de sus pies.

El ligero carraspeo de la garganta femenina lo sacó de sus ensoñaciones. Tenía el cuerpo endurecido y su respiración se había acelerado. Un precioso rubor teñía el rostro de Mary, que tenía los ojos ligeramente abiertos, y se preguntó si acaso él habría fantaseado en voz alta.

—Creo... que es mejor que me vaya, milord —titubeó ella. La intensa mirada con que el duque la había obsequiado la había puesto nerviosa, y su estómago se había agitado de tal manera que había comenzado a faltarle el aire.

Necesitaba alejarse de él, salir de allí. Intentó pasar a su lado, pero el duque la retuvo, sujetándola por un brazo. Allí donde su mano la tocaba, sentía la piel arder.

—Ahora somos marido y mujer —le dijo. Su voz sonaba ronca y envió un escalofrío a todas sus terminaciones nerviosas—. No deberías llamarme «milord».

Ella se envaró, recuperando algo de su aplomo.

—Me niego a llamarte «esposo».

Él sacudió la cabeza.

—Usa mi nombre —le susurró—. Valentin. Dilo.

Su aliento cálido le acarició los labios, y Mary notó un hormigueo en ellos, un anhelo de una caricia más profunda, de unos besos que no había olvidado y que la habían asaltado de noche, en sus sueños. Los sintió resacos y se los humedeció con la punta de la lengua.

El gesto arrancó un gemido de la garganta de Valentin, que enlazó su cintura y la atrajo contra su cuerpo. Encajaban a la perfección: ella, esbelta y delicada; él, duro y fuerte.

—Dilo —le exigió de nuevo.

Mary se perdió en aquellas pupilas dilatadas y en los iris oscurecidos, y bebió, a través de sus labios entreabiertos, la respiración agitada de él.

—Valentin. —Lo pronunció despacio, como si degustara cada letra, sabiendo lo que sucedería a continuación, lo que ella misma anhelaba que pasase.

La boca masculina absorbió el último sonido, que se perdió en el interior de su boca, saboreado por su lengua que arrasaba su cordura con la fuerza de un vendaval. En contraste, sus manos se movían con lentitud, casi con delicadeza, recorriendo los contornos de su cuerpo a través de la tela del vestido.

—Valentin.

Esta vez fue un suspiro tembloroso. Él apoyó la frente sobre la suya durante unos instantes, y luego, como si lo estuviesen arrancando por la fuerza, se separó de ella.

—Baja. Después te sigo.

Mary no dudó en obedecerlo, más bien escapó casi a la carrera, dejándolo solo en medio de la habitación, con el cuerpo ardiendo, la sangre atravesándole en furiosos borbotones por las venas y el corazón que retumbaba en sus oídos con un martilleo constante. Cerró los ojos y trató de controlar la respiración.

—¡Maldita sea! —le espetó al silencio que lo rodeaba. Necesitaba un buen baño de agua fría. Gimió en su interior al pensar en la larga noche que lo esperaba.

Capítulo 12

El cielo grisáceo e intempestivo, que amenazaba tormenta, parecía acompañar su malhumor.

Valentin cabalgaba delante de la carreta, con el ceño fruncido, mientras intentaba que su caballo —y él— encontrasen el camino que conducía hacia el río Daugava. Como no podía concentrarse, esperaba que su montura lo hiciera mejor que él.

Llevaban dos días de viaje casi ininterrumpido por planicies áridas, haciendo escasas paradas para dormir. La noche en la posada cosaca que él había imaginado, en algún momento, que sería larga se había convertido en una pesadilla.

Después de haber logrado apaciguar el extremo grado de excitación en que lo habían dejado el beso y la forma apasionada con la que ella había respondido, y tras conseguir que escuchar su propio nombre no le pusiese la piel de gallina, había bajado de nuevo al salón y se había reunido con Mary y con Yakov. Puso cuidado en no rozar ninguna parte del cuerpo de ella cuando se sentó —o, de lo contrario, estaba seguro de que habría cometido alguna tontería—, y en evitar la mirada del segundo, que sentía perforarle las entrañas como si lo estuviese partiendo en dos con ese sable que portaba.

Cuando logró serenarse para poder actuar con normalidad, casi después de transcurrida una hora en la que había contestado con parquedad a los comentarios que le dirigían, el ambiente alegre lo envolvió y, por fin, se sintió relajado. Quizá también había contribuido a ello la joven Ivanna, que no había dejado de pasar ante su mesa con una bandeja cargada de diminutos vasos de vodka. Los cosacos no acostumbraban emborracharse, era un deshonor para ellos, por eso jamás dejaban ninguna botella de alcohol sobre la mesa, sino que pasaban ofreciéndolo en una bandeja. Cuando alguien parecía haberse sobrepasado con la bebida, la bandeja pasaba de largo, fieles a su dicho: «Bebe, pero no pierdas la razón, el sentido y el cerebro».

Quizá, por ser extranjero, habían hecho una excepción con él, y aunque aguantaba bien el alcohol, al cabo de unos cuantos vasos había perdido un poco la inhibición. Cuando Yakov se había unido al tradicional baile cosaco que los hombres ejecutaban en medio de la sala al ritmo de la alegre música, con sus saltos y acrobacias, él había aplaudido como los demás; pero cuando la mirada del cosaco lo había retado a medirse con él, no había resistido al desafío.

Aunque se mantenía en forma gracias a las largas cabalgatas matutinas y al pugilismo, le costó mantener el equilibrio y cayó al suelo en varias ocasiones, lo que provocó la hilaridad de Mary. La joven tenía una risa preciosa, como el sonido de unos cascabeles, que destacaba en medio de las risotadas masculinas. Era una risa que lo hacía estremecerse y desear cargarse a la

muchacha al hombro y subir las escaleras hasta la habitación para poder deleitarse a solas con ese sonido.

No tuvo la oportunidad. Todavía no se encontraba lo bastante borracho como para no comprender la urgencia del mensaje que trajo Yuri, el joven que ayudaba a Katia con la granja, cuando interrumpió la fiesta de forma intempestiva.

Una ráfaga de viento helado lo sacudió, llevándose los recuerdos consigo.

—¿Crees que todavía nos siguen? —le preguntó al cosaco, situando su montura al lado de la carreta.

Yakov miró hacia atrás y comprobó que Mary seguía dormida en la parte de atrás. Tenía las cejas fruncidas, como si ni aún en sueños pudiese librarse del demonio que la perseguía.

—Timashev no se rendirá, y menos después de haberse visto burlado por la princesa. Siempre la ha deseado, a ella y a su herencia —comentó. Se mantuvo un momento en silencio, como si sopesara lo que iba a decir, y luego continuó—: Mary no lo sabe, pero el general ya había pedido su mano con anterioridad. Su padre, el marqués, lo rechazó. Ella solo tenía quince años.

Valentin manifestó su disgusto.

—Era poco más que una niña.

—Sí, pero ya era muy hermosa, y se movía con una elegancia innata que atraía las miradas de todos los caballeros. Yo, en ese entonces, era un joven muy impetuoso —recordó, con una sonrisa que hizo bailar su poblado bigote—, y tuve varios problemas con algunos de los mencionados caballeros.

—¿La amas?

No supo de dónde había brotado aquella pregunta, y estuvo tentado de retirarla, para que el cosaco no creyese que tenía un interés especial. Sin embargo, no lo hizo. Deseaba conocer la respuesta. Así podría eliminar de su pecho esa extraña sensación que lo oprimía cada vez que los observaba reír juntos y conversar en susurros bajos.

—Sí, la amo. —La respuesta franca le cortó la respiración por unos momentos y lo hizo arrepentirse de haber realizado la pregunta. Había llegado a admirar a aquel hombre fiel, capaz de proteger a Mary hasta la muerte. Sabía que conocía a la familia desde hacía muchos años y que Mary y él habían vivido unidos desde entonces. Le dolió aquella intimidad. Él nunca podría rivalizar con eso y lo sabía—. Como amaba a sus padres —continuó Yakov con voz pausada—, y como amo también a su hermano Mikhaíl. Todos habitan en mi corazón y forman parte de él.

Le dirigió una mirada de soslayo al duque y advirtió cómo se relajaban sus hombros. Una sonrisa asomó bajo su bigote.

—Entonces, ¿se trata de un... sentimiento general? —Quiso asegurarse.

—Si me preguntas si siento por la princesa el tipo de amor que hace que un hombre pierda la cabeza por una mujer, ese que le hace entregarle el alma porque ya no le pertenece; el amor que va mucho más allá del deseo carnal y busca fundirse en la eternidad, formar una familia y amar a

esa mujer por el resto de la vida, mi respuesta es «no». Aunque debo decir que esta jovencita — señaló con el pulgar la parte trasera de la carreta donde Mary seguía durmiendo— me propuso matrimonio hace menos de un mes.

—¿A ti? —Valentin elevó las cejas en señal de incredulidad.

—Aunque te parezca raro, inglés, tengo mis encantos —apuntó el cosaco, molesto.

—Perdona, no era mi intención ofenderte. —Se excusó el duque—. Es solo que... no me pareces su tipo.

—¿Su tipo?

—Bueno, ya sabes. —Se encogió de hombros como si eso lo explicase todo. Al ver que no parecía comprender, añadió—: Pues un hombre apuesto, de finos modales, bien posicionado en la alta sociedad, que no sea un pusilánime ni se deje manejar, un hombre que...

—Que desee casarse y formar una familia —lo cortó Yakov—, un hombre que la proteja y la ame por encima de todo. Eso es lo que ella necesita y quiere, inglés. Alguien como su padre, el marqués.

Valentin enmudeció. Era consciente de que había mencionado los atributos que él mismo poseía y que eran los que buscaba cualquier dama de buena cuna en Inglaterra, mientras que el cosaco había nombrado aquellos de los que él carecía. La idea del matrimonio le infundía pavor. La simple palabra atraía dolorosos recuerdos a su memoria: los del matrimonio de sus padres, más similar a una condena a muerte que a una vida compartida y feliz.

«Un matrimonio sin amor es peor que un puñal clavado en el corazón», solía decirle su madre. Y a él se le había quedado grabado a fuego después de convivir con ellos durante años bajo el mismo techo, escuchando palabras vacías, reproches constantes y miradas cargadas de hastío. La muerte había supuesto una liberación para ambos.

—¡Maldición!

La imprecación de Yakov lo devolvió a la realidad, al mismo tiempo que la brusca sacudida de la carreta al frenar despertó a Mary.

—¿Qué sucede? —preguntó esta. Comprobó, nerviosa, los alrededores, como si temiera ver de un momento a otro al general, hasta que comprendió lo que había llamado la atención de su amigo.

Ante ellos se extendía el río Daugava, cuyo caudal había crecido por culpa de los deshielos. La nieve de las montañas había empezado a derretirse con el sol de la primavera, llenando el cauce, y resultaba casi imposible cruzar con la carreta. Las aguas se movían con fuerza y corrían el riesgo de que estas los engulleran, junto a todas sus posesiones. Valentin maldijo en su interior por no haberlo previsto.

—El río baja con demasiada fuerza —respondió a la pregunta de Mary.

—¿Cómo vamos a cruzarlo?

—Siguiendo la ribera, un poco más abajo, debe estar la balsa. —Sacudió las riendas para que el caballo reemprendiese el trote. Por lo general, se necesitaban dos hombres manejando las

pértigas para que la balsa no se desviase, pero no estaba seguro de que el inglés pudiera hacerlo. Detuvo la carreta al llegar al lugar donde habían atado la barcaza a un pequeño poste. La fuerza del agua la golpeaba y algunos troncos se habían soltado—. Habrá que arreglarla.

Valentin accedió al instante y bajó de la montura. Mary lo miró, dudosa. Le preocupaba que perdieran mucho tiempo en ello. Un tiempo del que no disponían ahora que sabían que Timashev los seguía de cerca. Descendió de la carreta y se acercó a Yakov, que ya se había arremangado la camisa y tiraba con fuerza de la cuerda para traer la balsa hacia la orilla.

—¿No podríamos continuar con la carreta bordeando el río hasta encontrar un lugar adecuado por el que cruzar? —Aún martilleaban en su cabeza las palabras del mensaje de Yuri. «Está aquí. El general busca a lady Mary».

—Perderíamos demasiado tiempo, princesa —argumentó él, mientras trataba de amarrar uno de los troncos sueltos—, y no lo tenemos. Además, no creo que haya un sitio más adecuado para cruzar este río.

Mary sabía que Yakov conocía aquellas tierras mejor que nadie y, además, confiaba en él, así que volvió a la carreta y se entretuvo en sujetar bien las bolsas de viaje para evitar que la fuerza de la corriente las arrojase al río. Cogió varias cuerdas y ató con fuerza las bolsas, cubriéndolas con una manta. Puso especial cuidado con su propio equipaje, donde guardaba con tanto celo el pequeño estuche de terciopelo y la misiva de la zarina. No podía perderlos por nada del mundo. Se ocupó también de los fatigados caballos, dejándolos pastar durante el tiempo que tardaban en reparar la balsa. Aquellos animales eran fuertes, pero tenían que estar preparados para poder cruzar el caudaloso río.

Se volvió a mirar a los dos hombres que trabajaban en silencio, codo con codo. A pesar de que el cielo seguía nublado, amenazando lluvia, y de que el frío era cortante, el sudor recorría la frente y los brazos desnudos de Valentin. Su mirada se detuvo sobre él sin poder evitarlo. Cada músculo de su torso y de su espalda se pegaba a la burda tela que los cubría, y, por un instante, deseó que la camisa no estuviera allí. De inmediato, se reprendió a sí misma y se obligó a pensar que aquel hombre era insufrible y orgulloso, aunque lo cierto era que la atraía con una fuerza tan intensa que no podía controlarla. A su mente regresó el recuerdo del brazo del duque en su cintura, atrayéndola hacia él, y cómo, tras pronunciar su nombre por segunda vez, sus labios se habían fundido como si estuvieran hechos el uno para el otro.

En ese momento, mientras Mary continuaba con la mirada clavada en el magnífico cuerpo del hombre, Valentin alzó la mano para retirar el sudor de su frente y se percató de que lo miraba. Ella se sonrojó, como si él hubiese podido leerle el pensamiento, pero el duque tan solo le regaló una sonrisa sincera, sin un atisbo de la ironía a la que estaba acostumbrada. Sus miradas se mantuvieron fijas el uno en el otro, como si todo hubiese desaparecido a su alrededor, como si no hubiese un peligroso río que cruzar ni un monstruoso hombre los estuviera persiguiendo. De repente, todo fue perfecto, solo estaban él y ella, fundidos el uno en los ojos del otro, con la calidez de su mirada envolviendo sus cuerpos.

El carraspeo de Yakov rompió el momento que parecía haberse creado entre ellos. Mary bajó la mirada, avergonzada, al recordar su advertencia de no dejarse seducir por lord Ainsworth.

Valentin frunció el ceño, disgustado porque el cosaco le hubiera robado aquel maravilloso instante. Por primera vez, había sentido que aquella mujer lo miraba sin prejuicios, dejando a un lado el desdén que sentía por él y, por un momento, le había parecido ver en sus ojos algo parecido al aprecio.

—Creo que ya está lista —declaró Yakov, tensando la última cuerda—. Habrá que darse prisa, pronto empezará a llover.

Ambos eran hombres fuertes; aun así, la corriente no les permitía sujetar con suficiente firmeza la balsa como para cargar la carreta.

—Tendremos que dejarla aquí —señaló Valentin. No le gustaba la idea, pero no podían hacer otra cosa—. Subiremos los animales y el equipaje.

Les costó algo más de tiempo de lo que habían creído, pero, al final, lo consiguieron. Mientras Yakov sujetaba el cabezal de los caballos, que relinchaban nerviosos, Valentin cogió las pértigas del suelo y tendió una mano a Mary para ayudarla a subir.

—Gracias.

—Todo saldrá bien —le aseguró él, guiñándole un ojo, en un intento por tranquilizarla.

Mary rogó al cielo que así fuera. El fuerte viento que se había levantado junto con la fina lluvia que caía del cielo habían hecho tambalear su firmeza.

—Será mejor que te sientes —le indicó Yakov.

Ella asintió, temblorosa, al notar el fuerte vaivén de la balsa, sacudida por los embates del agua. Se colocó de rodillas al lado del equipaje y se aferró con fuerza a las bolsas y a las riendas de los rucios.

Miles de gotas comenzaron a repiquetear sobre la superficie del río a medida que se alejaban de la orilla. Los dos hombres hundieron con ímpetu las pértigas, impulsando la barcaza, con la vista puesta en la ribera opuesta del río.

El viento, transformado de pronto en un gigante furioso a causa de la tormenta, azotaba con más fuerza cada vez, sacudiendo los troncos como si fueran una liviana pluma en medio de un vendaval. Los nudillos de Mary se habían vuelto blancos y le dolían las manos por el frío y el roce con el cuero de las riendas, a las que seguía aferrada. Tenía el vestido y el rostro empapados por la lluvia y el agua que salpicaba la balsa a medida que el trayecto se hacía más complicado.

—¡Inglés! —gritó Yakov, elevando la voz por encima de la ventisca y señalando hacia donde la corriente los arrastraba, a pesar del esfuerzo que hacían por alcanzar la orilla.

Valentin giró la cabeza en la dirección que le indicaba y descubrió una roca que sobresalía entre las furiosas aguas, que no paraban de agitarse con violencia. Empleó toda su fuerza, clavando la pértiga, pero fue inútil el esfuerzo por alejarse. La balsa chocó contra la roca y se desequilibró. Por un momento, creyó que volcarían. Escuchó el grito de Mary y el relincho desesperado del alazán cuando el animal se zambulló en las aguas revueltas.

—No sueltes al otro —le gritó a Mary, mientras intentaba llegar hasta ella. El yakut era un caballo algo más pequeño, pero más fuerte y resistente, acostumbrado a las inclemencias del tiempo, y estaba soportando mejor el trayecto. Escuchó que Yakov lo llamaba, su voz abriéndose paso entre el bramido de las aguas.

—No podemos perder a ese animal —le advirtió. Su mirada se detuvo sobre Mary, hecha un ovillo contra el equipaje—. Cuidala, no dejes que le suceda nada malo.

Sin esperar una respuesta, saltó de la balsa y desapareció entre las turbulentas aguas del Daugava. El grito de horror que brotó de la garganta de Mary quedó ahogado por el impetuoso vendaval y la fuerte lluvia que los arrastraba sin piedad a lo largo del río, impidiéndoles alcanzar la orilla.

—Volverá —le aseguró Valentin, en un intento por consolarla, pero su voz se perdió en medio del fragor del viento y del ominoso crujido de los troncos bajo sus pies. Cubrió con su cuerpo el de Mary en su afán por protegerla.

«No puedo perderla», pensó angustiado. El relincho lejano de un caballo le hizo alzar la cabeza. A través de la cortina de lluvia, vio que Yakov lo había conseguido. Había alcanzado al animal y lo sujetaba por la brida mientras intentaba obligarlo a nadar hacia la orilla. Le hizo un gesto a Mary, para que pudiese ver al cosaco, y en el rostro de ella, bañado por un millar de gotas de agua, se reflejó la esperanza y la determinación. Valentin notó el tirón de orgullo en su pecho, y un sentimiento de calidez se apoderó de él. Aquella mujer, capaz de soportar las embestidas del río y la furia del viento, y en cuyos ojos se leía el coraje y la entereza, lo conmovía y le hacía querer ser mejor persona. Por él. Por ella.

Con esfuerzo, Yakov arrastró al alazán hacia la orilla. Valentin, pendiente de sus movimientos, no fue consciente de lo que estaba a punto de suceder hasta que fue demasiado tarde. La balsa impactó contra una roca, mayor que la anterior, y los troncos crujieron cuando esta se partió en dos. Las gruesas cuerdas que unían los maderos se tensaron.

—¡Mary! —Su nombre se perdió entre la lluvia que azotaba sus rostros—. Deja el equipaje y agárrate al cuello del yakut —le ordenó.

—No. No puedo hacerlo, hay algo que no puedo perder.

Valentin recordó el pequeño estuche de terciopelo que le había visto esconder con tanta premura para que él no lo viera, y supuso que se refería a eso, pero aquel no era momento para sentimentalismos, su vida estaba en juego.

—¡Haz lo que te digo, maldita sea! ¡El yakut te llevará hasta la orilla!

Ella pareció comprender y colocó las bolsas de viaje sobre el lomo del animal. Aferró las bridas con fuerza y se giró hacia él, tendiéndole la mano.

Valentin solo alcanzó a ver en su rostro la sorpresa, primero, y después, un miedo descarnado cuando escucharon el fuerte chasquido. Las cuerdas se rompieron y los troncos se dispersaron bajo sus pies. No alcanzó la mano de Mary, su propio cuerpo salió despedido. Sintió el dolor del impacto al caer sobre la helada superficie del río, y tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la

conciencia. Después, las aguas lo engulleron.

Durante unos segundos que le parecieron una eternidad, Mary se mantuvo bajo el agua, pero enseguida el yakut tiró de ella y emergió a la superficie con él. Buscó frenética entre las aguas la figura del duque, pero no había ni rastro de este.

Casi no se dio cuenta de que había alcanzado la orilla, sino hasta que Yakov apareció a su lado para tirar con fuerza del animal y de ella.

—Vamos, princesa —le dijo entre jadeos por el esfuerzo—, hay que salir de este maldito río.

Ella se agarró a su brazo hasta que sus pies tocaron la tierra firme. Se sentía agotada, le temblaban las piernas y la humedad había penetrado en todos sus huesos. La tormenta había amainado, dejando paso a una lluvia suave. Miró a Yakov, que observaba con gesto concentrado la orilla.

—¿Dónde está el duque? —lo interrogó. Su voz sonó demasiado aguda, demasiado aterrorizada ante la posible respuesta. El corazón le latía desbocado en el pecho y sentía el ardor de las lágrimas en sus ojos.

Yakov había visto el impacto de la balsa contra la roca y cómo salía despedido el inglés, hundiéndose luego en el río. Y también cómo Mary desaparecía durante unos segundos en las frías aguas del Daugava. Nunca antes en su vida había sentido tanto miedo. Había vuelto a meterse en el río para nadar hasta ella, cuando la vio salir, sujeta a las bridas del yakut. Del inglés, en cambio, no había ni rastro.

Sacudió la cabeza. Era imposible que estuviese vivo.

—No lo ha conseguido.

—No puede ser, Yakov —musitó Mary, aturdida—. Él tiene que estar en alguna parte. Es fuerte, habrá nadado hasta la orilla...

—La corriente era demasiado fuerte —le recordó. Puso las manos sobre sus hombros y la obligó a mirarlo—. Princesa, debemos seguir nuestro camino.

—¡No! —Se sacudió de su agarre y lo contempló con fiereza. Se negaba a creer que un hombre como Valentin pudiese acabar su vida así; que toda su vitalidad, la energía que desprendía y esa sonrisa especial que poseía desapareciesen sin más bajo una tumba líquida—. Tenemos que buscarlo, sé que está ahí, en alguna parte. No podemos irnos sin él, Yakov.

Sintió en los labios el sabor salado de sus propias lágrimas, pero no estaba dispuesta a conformarse, a permitir que el río le arrebataste la mitad de su corazón, porque el duque se lo había ido robando con cada beso, con cada sonrisa burlona.

—Mary, no podemos quedarnos aquí.

Ella lo ignoró y se volvió hacia el río, que continuaba moviendo sus aguas con la fuerza de un titán.

—¡Valentin! —llamó con desesperación—. ¡Maldito seas, Valentin Blackwell! ¡Vuelve aquí!

—No hace falta que grites tan fuerte, aún no estoy tan sordo como mi tío abuelo. —La voz burlona que tan bien conocía sonó a sus espaldas.

Se giró con rapidez y clavó los ojos en la figura que la contemplaba con esa sonrisa arrogante que solía molestarla y que, en ese momento, encontró encantadora. Con la ropa hecha jirones, el rostro magullado, una herida que sangraba en el brazo y el pelo revuelto, le pareció más apuesto que nunca. No pensó lo que hacía ni por qué lo hacía, simplemente se lanzó a sus brazos.

—Cuidado —se quejó él, aunque la fuerza con la que la envolvió desmintió su advertencia—. Creo que tanto amor de golpe puede acabar conmigo.

Las palabras la hicieron reaccionar y se separó de él al instante. Valentin la dejó ir, de mala gana, y se reprendió a sí mismo por su torpeza.

—Nos has asustado —lo amonestó ella, sin saber muy bien cómo comportarse. En realidad, hubiera preferido estar de nuevo entre sus brazos y sentir la fuerza con que la estrechaba.

—Lo siento, no era mi intención, princesa —dijo él, inclinándose en una ligera reverencia. Luego tomó su mano y depositó un beso suave sobre sus nudillos—. Sin embargo, debo decir que, por esta muestra de vuestro afecto, ya ha merecido la pena cruzar el río.

Clavó sus ojos en ella con intensidad. Habría querido decirle mucho más sobre lo que estaba naciendo en su corazón, pero ese no era el momento ni el lugar. Mary le sostuvo aquella mirada, cargada de promesas, incapaz de pronunciar una sola palabra. Demasiado feliz para romper el instante.

Yakov, en cambio, no tuvo ningún reparo en hacerlo.

—No he conocido en toda mi vida un hombre con tanta suerte —declaró, poniendo una mano sobre el hombro maltrecho de Valentin—, y menos aún si el hombre era inglés.

Las carcajadas los acompañaron mientras dejaban a su espalda el Daugava y la ligera lluvia que continuaba empapando la tierra.

Capítulo 13

Tres semanas después

En los primeros días del verano la temperatura era todavía baja en las montañas, lo que hacía que la nieve tuviera una apariencia esponjosa, aunque se mantenía húmeda y se hundía en algunos lugares por el peso de la troika.

Se deslizaban a una velocidad constante, con el viento frío cortándoles el rostro. La sombra que proyectaban las montañas sobre el camino tornaba el ambiente sombrío y amenazante.

La fuerza de las aguas del Daugava los había empujado río abajo, alejándolos del lugar en el que se encontraba el camino que debían seguir, por lo que se habían visto obligados a dar un gran rodeo en su viaje hacia territorio polaco. Con solo dos caballos, el trayecto se volvió lento y pesado hasta que alcanzaron la primera aldea de las montañas. Suspiraron de alivio en cuanto entraron en las callejuelas. Por primera vez en varios días, pudieron disfrutar de una comida, un buen baño y una cama como Dios mandaba.

Por fortuna, los rublos que llevaban consigo no se habían perdido en el fondo del río. Envueltos en bolsas, en el fondo de las alforjas del duque, habían quedado protegidos del agua. Pagaron la estancia en la humilde posada, compraron provisiones, ropas y herramientas, y un nuevo transporte.

Yakov sacudió las riendas con fuerza. Los tres caballos, con un brillante pelaje azabache, sacudieron la testuz, dejando escapar un suave relincho. Apretaron el paso y la troika se deslizó a mayor velocidad. Mary se agarró con fuerza al lateral del trineo y apretó los lazos que sujetaban la capucha de su capa para evitar que el aire frío se colase por debajo. Valentin, sentado a su lado, se removió incómodo.

—¿Es necesario ir tan rápido? —murmuró entre dientes.

Mary agachó la cabeza para ocultar una sonrisa. Una troika podía alcanzar con facilidad los cuarenta y cinco o cincuenta kilómetros. Era el transporte más rápido para viajes largos, pero guiarla resultaba complicado. De los tres caballos que tiraban del carruaje, el del centro, el caballo de varas, debía solo trotar, mientras que los de los laterales, los caballos de refuerzo, galopaban. Había que ser un experto conductor para controlar a tres animales que avanzaban con diferente marcha, y Yakov lo era. De pie, frente al asiento delantero, tiraba de las diferentes riendas para mantener a los tres caballos al mismo ritmo.

En una ocasión, ella había intentado guiar una troika. Al final, su hermano, Mikhaíl, le había arrebatado las riendas temiendo que sufrieran un accidente.

—Si vamos rápido, llegaremos antes —le contestó al duque.

—Seguro, al Infierno —gruñó, al tiempo que se aferraba al lateral, como si temiese salir despedido del vehículo—. Me gustaría llegar de una pieza y no dejar todos mis huesos esparcidos en un maldito camino de Rusia.

—Lituania, inglés —lo corrigió Yakov, alzando la voz para hacerse oír—. Estamos en territorio lituano, y rodeados de montañas. Si sabes lo que eso significa, entenderás por qué nos movemos a esta velocidad.

—¿Y qué demonios significa?

—Bandidos.

Valentin miró a Mary y esta asintió, confirmando las palabras del cosaco.

—Hay muchas aldeas perdidas entre las montañas y casi nadie sabe cómo llegar hasta ellas —le explicó—. En esta zona, el control del Gobierno ruso resulta complicado, por eso los bandidos, muchos de ellos ladrones de caballos, se ocultan aquí. Lo mejor sería llegar a la siguiente aldea antes de que anochezca, para evitar que nos asalten.

Un desnivel en el camino que recorrían provocó que la troika se elevara un instante en el aire, antes de caer con un golpe seco que escupió nieve bajo las cuchillas.

—Si nos matamos, les ahorraremos trabajo a los bandidos —musitó, molesto.

No lo asustaba tener que enfrentarse a una banda de salteadores de caminos, en Inglaterra también los había y sabía cómo tratar con ellos. Llevaba una pistola en el fajín que sujetaba la camisa blanca de lino que le llegaba hasta medio muslo, otra en el bolsillo del abrigo largo de piel de oveja, y un cuchillo escondido en la bota. De cualquier forma, la seguridad de Mary era lo primero.

—¿Qué es lo que más te molesta, la velocidad que llevamos o que no puedas conducir tú? —inquirió ella. En su tono había un sutil matiz de burla que Valentin detectó.

Era cierto que se hubiese sentido mejor si hubiera podido controlar él las riendas. Cuando estaba en Londres, si debía usar un carruaje, prefería conducirlo él mismo; solo utilizaba a su cochero cuando concurría a una audiencia con la reina Victoria o acudía a un baile de la alta sociedad acompañado por una dama, lo que ocurría con muy poca frecuencia. El afán casamentero de su tío abuelo lo había llevado a evitar, por todos los medios, que se lo relacionase con alguna dama en particular.

—Supongo que las dos cosas —repuso con sinceridad—. No me gusta la inactividad ni la falta de control.

Mary permaneció unos instantes en silencio antes de decidirse a hablar.

—Creo que me equivoqué al juzgarte. —Esta afirmación sorprendió a Valentin, que se volvió a mirarla, olvidando, por unos instantes, la velocidad a la que se movían y las sacudidas del vehículo—. Pensé... Cuando te conocí, pensé que eras uno de esos aristócratas indolentes a los que sus sirvientes les hacen todo, como si fueran unos niños, mientras ellos se dedican al placer y a la diversión.

Valentin contuvo una mueca. En el fondo, ella no iba muy desencaminada; al menos, esa era

la fachada que quería reflejar, porque resultaba útil para su trabajo como espía del Gobierno de Su Majestad. Sin embargo, no deseaba que Mary tuviese esa imagen de él. Observó la perfección de su perfil, de su nariz rectilínea y de la suave curva de sus labios carnosos. Sus ojos, del color de las violetas, tenían la vista clavada en el camino.

—Y ahora, ¿qué es lo que piensas?

Ella se mordió el labio inferior, como si dudase en contestar a su pregunta, y Valentin notó un incómodo tirón en la ingle. No era una buena idea que sus atributos masculinos cobrasen vida cuando iba en un vehículo que se movía a una velocidad endiablada y que no paraba de sacudirse, se dijo, apretando la mandíbula con fuerza.

—Que eres un mentiroso. —Las cejas masculinas se elevaron en un gesto cargado de arrogancia—. Que escondes, bajo una fachada de frivolidad, un corazón generoso y leal para aquellos a quienes amas, y un gran sentido del honor y del deber. —Pronunció esta última palabra en un tono suave y, en cierto modo, dolido, porque sabía que el deber era lo que lo movía a ayudarla a ella. Y Mary deseaba que hubiera mucho más que eso, quería que lo moviera el amor. Alejó de su mente este pensamiento y continuó con rapidez—: Eres inteligente y astuto, considerado con aquellos menos favorecidos, y no te importa trabajar con tus propias manos cuando se trata de ayudar a otros.

Se quedó en silencio, sin atreverse a mirar el rostro del duque. Si lo hubiera hecho, habría percibido su mirada ardiente sobre ella y sus labios dibujando una sonrisa cargada de ternura.

—¿Solo eso? —le preguntó en un tono suave, mientras se inclinaba hacia ella, convirtiendo sus palabras en un susurro cálido que acarició su oído—. Se te ha olvidado decir también que soy apuesto, viril y encantador, galante con las damas, y un hombre...

Mary se apartó con rigidez y el rostro sonrosado por el rubor, antes de que él pudiera seguir vertiendo en su oído halagos para sí mismo.

—Por supuesto —admitió, con un filo de ironía en la voz—, y vanidoso, arrogante, insufrible...

Valentin puso un dedo sobre su boca para silenciarla. Ella contuvo la respiración cuando el dedo resbaló con suavidad sobre la carne tibia de sus labios, que comenzaron a hormigear. El corazón le latía con fuerza, a un ritmo disonante. Apretó los puños con fuerza para controlar el loco impulso de besarlo que la asaltó en aquel instante. Quería volver a sentir sus fuertes brazos rodeándola, su aroma a madera y el calor que desprendía su cuerpo.

Contempló sus ojos azul medianoche, perdiéndose en sus profundidades, insensible al viento frío y al desdibujado contorno del paisaje que pasaba veloz ante ellos. En aquel reducido mundo que era la troika, solo existían él y su dedo deslizándose en una caricia dulce sobre su mejilla, sobre su boca, su nariz o sus cejas, dibujándola. Que el cielo la perdonase, pero se había enamorado del duque.

—No me has dejado terminar —le reprochó él con dulzura—. Soy galante con las damas, aunque en estos momentos solo me interesa una, y soy un hombre que ama las joyas; de manera

especial, los diamantes. —Esbozó una sonrisa pícaro que hizo que el corazón de Mary se saltara un latido, mientras se preguntaba por el sentido de sus palabras—. Los diamantes rusos, con todas sus aristas...

Se miraron. Todo el tiempo infinito concentrado en un solo instante, largo, profundo. Una mirada que hablaba, que hacía sentir. Y como dos cuerpos celestes arrastrados por una fuerza superior que los hacía gravitar fuera de su órbita, se aproximaron el uno al otro.

Mary sintió el cálido aliento masculino sobre su boca. Después, un movimiento brusco del vehículo la arrojó primero hacia atrás y luego hacia delante. Valentin la envolvió entre sus brazos, apretándola con fuerza contra su cuerpo en un intento por protegerla mientras el carruaje se sacudía con violencia entre los gritos de Yakov y el relincho nervioso de los caballos. La nieve del camino formaba una capa inestable que se había roto con el peso de la troika, haciendo que esta se inclinase hacia un lado y se deslizase hacia el borde del camino y luego por la pendiente lateral, arrastrando consigo a los caballos.

Mary gritó cuando se golpeó la espalda contra el asiento. Por suerte, el golpe fue amortiguado por las pieles que lo cubrían. Se aferró con más fuerza al cuerpo de Valentin, que parecía envolverla como una segunda piel en su afán por protegerla. Lo escuchó gruñir cuando un fuerte bandazo los arrojó contra el costado del vehículo. Los músculos de su brazo se tensaron mientras intentaba hacer de barrera para no verse arrojados desde la abertura lateral sobre el suelo cubierto de nieve.

La fuerte voz de mando de Yakov resonó en el aire, junto con el chasquido de las riendas, hasta que, finalmente, los caballos recuperaron el control y la troika se detuvo con una brusca sacudida en mitad de la pendiente. El silencio, quebrado tan solo por el resoplar de los agitados animales y el apresurado latido de sus corazones, lo llenó todo.

—¿Os encontráis bien? —les preguntó el cosaco. Su voz era serena, pero Mary pudo ver la tensión en el gesto apretado de su mandíbula. Se liberó de los brazos de Valentin y asintió—. ¿Y tú, inglés?

—Sobreviviré —gruñó en respuesta. Le dolía el hombro derecho por habérselo golpeado contra el costado del vehículo, y los músculos del brazo con el que había evitado que se deslizaran fuera de la troika.

—Bien. Hay que llevar a los animales al camino otra vez.

La pendiente no era demasiado pronunciada y solo se habían deslizado unos pocos metros cuesta abajo, pero necesitarían de todas sus fuerzas para empujarla. Se bajaron los tres, y Yakov le indicó a Mary que sujetase el cabezal del caballo de varas y las riendas de los otros dos mientras Valentin y él empujaban el vehículo desde abajo.

No resultó una tarea fácil. Tardaron casi una hora en volver al camino y ponerse en marcha de nuevo. Avanzaron en silencio durante otra hora más, hasta que Yakov abandonó la senda y condujo hacia una arboleda.

—¿Por qué nos hemos detenido? —le preguntó Mary. Una parada le venía muy bien, puesto

que tenía necesidad de aliviarse, pero sabía que su amigo no quería tener que pasar la noche fuera de la aldea, y aún les quedaba un largo trayecto.

—Todos necesitamos comer y un descanso. Además, tengo que revisar las patas de los caballos —le explicó—, por si alguno se ha lastimado con la caída.

Valentin se sintió también agradecido por aquella parada, pues sentía su cuerpo destrozado después del continuo traqueteo y los golpes recibidos. Necesitaba estirar los músculos, y nada mejor que una buena comida y un delicioso paseo por el campo.

Mientras Yakov comprobaba que ninguno de los caballos estuviese herido, Mary sacó de una de las bolsas una manta que extendió a los pies de un árbol, en una estrecha zona en la que apenas había nieve, y se sentó sobre ella. El duque la observó.

Los ojos de la muchacha estaban fijos en la tarea que llevaba a cabo, como si esta fuera un asunto de vital importancia; sus mejillas, sonrosadas por el frío, le daban un aspecto encantador, como si fuera una joven en el día de su presentación en sociedad. Estaba preciosa.

—Solo hay... —Empezó a decir Mary, pero se interrumpió al ver a Valentin mirándola de una manera extraña, intensa—. ¿Qué sucede?

Ella se llevó las manos a la cabeza con la seguridad de que debía presentar un aspecto deplorable tras el accidente. Sus cabellos estarían despeinados y...

—Eres tan hermosa.

Las palabras del duque habían brotado de sus labios como un suspiro, suaves como un dulce beso, y tan sinceras como las pronunciaría un verdadero enamorado. Mary tragó saliva y desvió la mirada hacia Yakov. El cosaco había terminado de inspeccionar a los animales y se dirigía hacia ellos.

—Supongo que muchas mujeres habrán escuchado esas mismas palabras salir de tu boca, pero no esperes que te funcionen conmigo —le recriminó, aunque sin ninguna convicción. Puede que él la deseara, como tantos otros, pero para ella aquello no era suficiente. El duque se había adueñado ya de su corazón, pero aún tenía que conquistar su mente y su alma.

—Muchas, sí —afirmó él, con un tono que a Mary le pareció cargado de tristeza—, tal vez demasiadas.

Las últimas palabras se perdieron por el sonido de las fuertes pisadas de Yakov, y Mary fue incapaz de escucharlas. Le habría gustado saber lo que había dicho.

—¡Estoy hambriento! —anunció el cosaco, con una sonrisa, cuando se reunió con ellos. Sin embargo, esta se borró cuando vio los rostros de Mary y Valentin. Se preguntó qué pasaba entre ellos y de qué demonios habían estado hablando para estar tan serios.

—Solo hay pan, algo de queso *adigueiski* y un poco de carne seca —comentó Mary, extendiendo los víveres sobre la manta y bajando la mirada para evitar cruzarse con los ojos de gato de Yakov, que la examinaban sin disimulo.

—Al menos, el *sbiten*^[3] nos calentará el cuerpo. —Valentin intentó desviar la atención del cosaco para librar a Mary de su mirada inquisitoria, y pareció conseguirlo.

Una vez terminada la frugal comida, Mary se levantó, a fin de alejarse lo suficiente de ambos hombres para poder aliviarse. Sin embargo, no había dado dos pasos aún, cuando se dio cuenta de que Yakov la seguía.

—Necesito algo de intimidad —protestó ella.

—No pienso dejarte sola en medio de este bosque —aseguró el hombre, cruzándose de brazos.

—Y yo no pienso consentir que me acompañes.

La terquedad de Mary provocó una carcajada en Valentin que, tumbado sobre la manta, observaba la escena con curiosidad. Ella se envaró.

—Me alegro de que te diviertas a mi costa —replicó, con un mohín.

—Lo cierto es que me resultas tremendamente divertida —le aseguró él.

La amplia sonrisa con que la obsequió arrancó de ella un gemido de frustración. Se volvió hacia su amigo, implorándole con la mirada que comprendiese.

—Por favor, Yakov.

—Me mantendré a una distancia prudencial —accedió de mala gana, frente a la rotunda oposición de la muchacha—. Pero ante la más mínima sospecha de...

—Te llamaré, lo prometo —lo cortó ella. Se giró de inmediato para internarse en el bosque, antes de que Yakov se arrepintiera.

Valentin los vio alejarse y sacudió la cabeza, mientras una sonrisa bailaba en sus labios. Su diamante, pensó —y no se dio cuenta de que ya pensaba en Mary como suya—, tenía muchas aristas, pero su brillo resultaba cegador incluso en medio de aquel bosque sombrío.

Mary no dejó de mascullar quejas, durante todo el camino, sobre los hombres, en general, y sobre su amigo, en particular. La había acompañado hasta una zona donde había suficiente espesura para que ella pudiera aliviarse, manteniendo el decoro y la intimidad, y después se había apartado unos pasos, aunque no le parecieron suficientes. No obstante, decidió que era mejor no seguir hostigando a Yakov y alejarse un poco más en cuanto le fuese posible.

Unos minutos después, cuando el cosaco había desaparecido ya de su vista, escuchó un sonido extraño que hizo que se detuviera. El viento soplaba en la copa de los árboles y agitaba sus ramas con fuerza, pero el resto del bosque permanecía silencioso, quizá demasiado silencioso. Se preguntó si allí habría lobos o algún otro tipo de animal.

Miró a su alrededor. Una fina capa de nieve se extendía por el suelo, como si alguien hubiese querido ocultarlo con una sábana blanca, y los troncos de los árboles se alzaban orgullosos, inundando todo su campo de visión. No vio a nadie.

—Yakov es demasiado protector —murmuró entre dientes—. Por su culpa, ahora veo peligro donde no lo hay.

Se alivió con rapidez y colocó de nuevo el vestido en su lugar. Intentó arreglarse el cabello, pero sin un cepillo y sin la ayuda de Sonya resultaba una tarea imposible.

Dejó escapar un suspiro de frustración y desistió de intentarlo una vez más. Permitió que la

trenza le cayera suelta por la espalda. Era hora de regresar, Yakov estaría nervioso; y ella, sin la protección de la capa, que había dejado sobre la manta, corría el riesgo de coger un resfriado. Avanzó unos pasos, pero un nuevo ruido seco, como el crujir de una rama, la detuvo nuevamente. Esta vez había sonado demasiado cerca, y estaba segura de que ya no eran imaginaciones suyas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se preguntó si había hecho bien al alejarse tanto de Yakov.

Volvió a escuchar el mismo sonido seco y resolvió llamar al cosaco, sabía que estaría junto a ella en un instante. No obstante, no tuvo tiempo de abrir la boca cuando a su espalda se oyó con claridad un nuevo crujido. Se giró con presteza, su corazón latiendo con rapidez por el miedo. Se reprendió a sí misma por no haber llevado consigo su pequeña pistola o, al menos, un cuchillo.

Las ramas se agitaron. Un pequeño conejo blanco saltó ante sus pies y la miró por unos instantes con sus diminutos ojos, rodeados por círculos negros, mientras su hocico olfateaba el aire con insistencia y sus orejas negras se agitaban, nerviosas, de un lado a otro. Antes de que ella tuviera siquiera tiempo de recuperar el aliento que había estado conteniendo, el animal emprendió la huida. Mary se rio de sí misma por comportarse como una niña asustadiza.

Emprendió el camino de regreso con una sonrisa en los labios. Si Yakov y Valentin llegaban a enterarse de aquel suceso, se burlarían de ella durante el resto del viaje, se dijo.

Ensimismada en sus pensamientos, se sobresaltó cuando una mano cubrió su boca con rudeza, al tiempo que otra rodeaba su cintura, estrechándola con fuerza contra un cuerpo sólido y duro. Por un momento pensó que se trataba del general, que la había encontrado.

—Esto sí que es tener un día de suerte —murmuró una voz desconocida junto a su oído, un sonido gutural que le hizo comprender que se había equivocado en su suposición. No se trataba del general—. He encontrado un precioso animalillo perdido en el bosque.

Sin pensárselo dos veces, se revolvió con fuerza entre los brazos que la apresaban y mordió la mano del hombre. Sorprendido ante aquel doloroso ataque, él retiró la mano de su boca y la soltó.

—¡Yakov!

Su grito resonó en el bosque. Intentó alejarse, pero otros tres le cortaron el paso, mientras sus miradas codiciosas la recorrían como si fuera un dulce prohibido. Se giró de nuevo, con una mezcla de miedo y furia.

—¡Maldita zorra!

El fuerte golpe la arrojó contra el suelo.

—Valentin —musitó. Sintió la frialdad de la nieve sobre su mejilla. Después, todo se sumió en la oscuridad.

Yakov, guiado por una negra desesperación tras escuchar el grito de Mary, corría sin prestar atención a los arbustos espinosos ni a las piedras. Sus largas y fuertes piernas se movían con agilidad entre los matorrales, y la nieve que había por todas partes salpicaba con cada una de sus pisadas. A pesar de su velocidad, no fue lo bastante rápido. Supo que era demasiado tarde

cuando escuchó los cascos de los caballos.

Cuando alcanzó la linde del bosque, solo pudo divisar a cuatro hombres que se dirigían hacia las montañas. Uno de ellos llevaba a Mary atravesada sobre la grupa, como un saco de harina. Una furia ardiente lo inundó por completo, así como un sentimiento de impotencia y de culpa. Le había prometido al marqués, en su lecho de muerte, que la protegería con su vida, y le había fallado.

—¿Dónde está? —La voz jadeante de Valentin lo sobresaltó. Apretó los labios y se giró para enfrentar su mirada. Le sorprendió encontrar el miedo en sus ojos, junto con la confusión y la rabia, y se dio cuenta de que el inglés había perdido ya el corazón. Comprendió que pronto él ya no sería necesario para cuidar de Mary, sería tarea del duque. Aunque antes tenían que rescatarla —. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está? —lo instó con un tono cargado de una fría autoridad que le hizo ver, por primera vez, al aristócrata que había tras la fachada despreocupada del duque.

Yakov le indicó con la cabeza la dirección por la que se alejaban los secuestradores con Mary. No previó la reacción del inglés. Sin mediar palabra e impelido por una furia ciega, se lanzó a correr tras ellos. Soltó un abrupto juramento y salió tras él. No tardó en darle alcance. Se arrojó sobre el muchacho para derribarlo y poder detenerlo.

Valentin luchó por quitarse al cosaco de encima. A pesar de ser más bajo que él, su fuerza era considerable.

—¡Maldita sea, suéltame! —le exigió furioso—. ¿Cómo has podido dejar que se la lleven?

Yakov le asestó un contundente puñetazo, dejando escapar toda la rabia que había contenido hasta ese momento.

—Son bandidos —siseó con exasperación, sujetándolo para que le prestase atención—. Te matarán antes de que puedas llegar hasta ella.

—No pienso quedarme de brazos cruzados mientras esos...

—No lo haremos —aseguró con firmeza. Cuando vio que se mostraba más razonable, aflojó el brazo que mantenía apoyado sobre su pecho. Se levantó con calma y le tendió una mano para ayudarlo a ponerse de pie. Valentin se limpió la sangre que le brotaba del labio partido y clavó una mirada oscura sobre el cosaco—. No lo haremos —repitió Yakov—, pero necesitamos un plan. Uno bueno, inglés. Y, en cuestión de planes, tú eres el experto.

Capítulo 14

Fue un sonido leve, poco más que un susurro, pero lo escuchó.

Valentin se giró con rapidez, con la pistola amartillada en la mano y el cuerpo en tensión, dispuesto para la lucha.

—Has tardado mucho.

Yakov dejó escapar un bufido de desdén.

—No pretenderías que entrase allí por la puerta principal, ¿verdad? He tenido que dar un rodeo. —Se dejó caer contra la roca tras la que se ocultaba el duque y apoyó la cabeza en la áspera piedra—. Es solo un campamento con unas cinco cabañas. Hay unos quince hombres y algunas mujeres. Bandidos, sin duda. He encontrado un corral lleno de caballos de buena raza detrás de la casa principal.

—¿No había nadie vigilando?

El tono escéptico del inglés lo hizo sonreír.

—El corral está protegido por una muralla de rocas escarpadas, es difícil que alguien pueda llegar hasta allí. Los caballos solo pueden salir por delante de las cabañas.

—Difícil, ¿pero tú lo has logrado? —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—He dicho que era difícil, no imposible, inglés.

—Ya veo —repuso, con una sonrisa sardónica curvándole los labios—. Los invencibles cosacos.

—Los incrédulos ingleses —contraatacó él, pero su rostro no mostraba enfado, solo una ligera diversión.

—¿La has visto? —le preguntó tras un breve silencio.

Yakov negó con la cabeza.

—Debe de estar encerrada en la casa principal, la más grande. Lo más probable es que pertenezca al jefe de la banda.

Valentin apretó los puños con fuerza. Hacía más de una hora que se habían llevado a Mary y todavía no habían hecho nada para recuperarla. La inactividad lo ponía nervioso y la incertidumbre lo estaba matando. ¿Y si le habían hecho algo? Era una mujer hermosa y estaba en manos de unos canallas, ¿y si la habían...? Rechazó aquella idea y se obligó a pensar en el modo de rescatarla.

—Bien, ¿crees que podemos lograrlo? —le preguntó.

El cosaco asintió.

—Difícil, pero no imposible. Si seguimos el plan, podemos hacerlo.

—Si funciona —replicó Valentin, no demasiado convencido.

—Ya te lo he dicho, aunque esta gente se dedique a robar, siguen un código estricto en cuanto a las leyes de sus ancestros.

—Bandidos con honor —se burló.

Yakov se encogió de hombros.

—Este pueblo no es como el tuyo, inglés. Según su ley, no pueden robar la mujer de otro hombre. Si este la reclama, el bandido tiene derecho a luchar por ella, y si gana, entonces podrá quedársela como esposa. Si pierde, será devuelta a su hombre.

—Tendré que fiarme de tu palabra. —Esbozó una mueca de disgusto. Confiaba en el cosaco, pero, ciertamente, no iba a fiarse de la palabra de un bandido.

—Así es. Bueno, yo me presentaré ante el jefe y apelaré a esta ley para que me devuelvan a la princesa —le explicó—, mientras tanto, tú entrarás al campamento por la parte de atrás, soltarás a los caballos y liberarás a Mary.

El duque sacudió la cabeza.

—No, yo reclamaré a Mary y tú te encargarás del resto.

—Todavía no es tu mujer, inglés —masculló entre dientes—. Además, solo harás que te maten. ¿Acaso sabes usar el *knut*? Esta —dijo, mostrándole el largo látigo enroscado que llevaba a un costado, con un mango de sesenta centímetros y una correa de cuero de un metro y veinte de longitud— es el arma preferida de los rusos. Con diez golpes te dejarían el cuerpo destrozado, con veinte estarás muerto. Seré yo quien se enfrente con ese bandido.

—Lo haré yo —insistió Valentin. Antes de que el cosaco pudiera interrumpirlo con una nueva negativa, continuó—: Estás de acuerdo conmigo en que la prioridad es Mary, ¿cierto? Tú conoces estas montañas mejor que yo y, si algo saliese mal, podrás sacarla de aquí, sin importar lo que a mí me suceda.

—¿Por qué estarías dispuesto a morir?

La pregunta lo incomodó y desvió la mirada.

—James, el marqués de Hallbrook —aclaró—, me pidió que cuidara de ella.

—Entonces —pronunció Yakov despacio, como si deletrease un mensaje a un niño pequeño—, ¿todo esto no es más que por deber?

Valentin apretó los labios.

—No. —Su tono era bajo, casi como una confesión.

—¿No? Entonces, ¿hay algo más? —Se estaba divirtiendo con el apuro del duque, que parecía como un volcán a punto de explotar—. ¿Qué es lo que te mueve, inglés?

—¡La amo, maldita sea! —gruñó, exasperado—. ¿Es eso lo que querías oír?

Yakov esbozó una sonrisa de satisfacción.

—No sé por qué os cuesta tanto a los ingleses expresar vuestros sentimientos. ¿Creéis que amar a alguien os hace menos hombres, más débiles? —Sacudió la cabeza ante lo que consideraba una estupidez—. Si quieres un consejo, inglés, no tardes en decírselo a ella. La

princesa no es como vuestras damas inglesas, no va a esperar eternamente a que te decidas. Además, tú no eres el único hombre que la pretende.

Valentin recordó el estuche escondido en la bolsa de viaje que él había atado, al igual que sus propias alforjas, a los dos caballos que habían desenganchado de la troika. ¿Le habría regalado aquel anillo algún pretendiente?, se preguntó. ¿Tenía Mary el corazón comprometido? Pensar en ello hizo que se le revolvieran las entrañas y una rabia ciega corriese por sus venas. Mary le pertenecía, era suya desde que le había robado aquel primer beso dos años atrás, cuando la había conocido en el baile de lord Dalwood. Ese viaje para acompañarla a Inglaterra solo había sellado su destino.

Asintió en dirección a Yakov.

—Yo lucharé, y tú sacarás a Mary y soltarás los caballos. Montaréis dos de ellos; yo me subiré al de ella, cuando paséis a mi lado, y llegaremos hasta la troika —reparó el plan—. Nosotros cambiaremos los caballos robados por los nuestros, y tú guiarás la troika.

—Que así sea —le dijo, poniéndose en pie. Valentin lo imitó—. Una cosa más, inglés. No dejes que te maten. La princesa no me lo perdonaría.

Escuchaba el ladrido de los perros y un murmullo de voces indefinidas. Sacudió la cabeza, tratando de alejar el sueño, y un dolor le atravesó la mandíbula hasta el cráneo. Apretó los puños para no gritar.

Abrió los ojos, poco a poco, y observó el lugar en el que se hallaba. Era una habitación amplia, de paredes despostilladas y escasos muebles. En una de las paredes había un hueco que servía de chimenea, con algunos pequeños troncos de madera que crepitaban en el fuego, una mesa tosca ocupaba una de las esquinas, con algunas sillas viejas alrededor. Ella se encontraba sobre un burdo jergón de paja, en el rincón opuesto.

La puerta se abrió en ese momento y entró una mujer. Vestía una camisa blanca, con bordados de flores rojas en las mangas y un escote bastante pronunciado, cubierta por un ajustado corpiño negro, y una falda larga con un estampado de gruesas franjas en tonos verde, amarillo y carmesí. Llevaba el cabello rubio recogido en una trenza larga que le caía sobre el pecho. Era una mujer bella y poco mayor que ella.

—Vaya, por fin te has despertado. Mykolas temía que Herku te hubiese golpeado demasiado fuerte. —Entró y cerró la puerta tras ella.

—¿Dónde estoy?

—En nuestro campamento, en las montañas. Pero no te preocupes, tal vez no te quedes demasiado tiempo con nosotros.

Mary no supo interpretar la sonrisa de la mujer ni el brillo que apareció en sus ojos de un azul tan claro que casi parecía transparente.

—¿A qué te refieres? ¿Qué pensáis hacer conmigo? —Sentía que el corazón le latía a un ritmo doloroso, frenético.

No sabía qué había pasado con Valentin y con Yakov, y no tenía ni idea de cómo iba a poder

escapar de allí. Sin un arma le resultaría imposible. A través de la ventana le llegaban los sonidos, cada vez más nítidos, de un buen número de voces masculinas.

—Tu hombre ha venido a reclamarte. —El corazón de Mary dio un salto en su pecho al oír las palabras—. Mykolas pensaba devolverte, como ordenan nuestras leyes, pero Herku te quiere para él, así que tendrán que luchar por ti. Herku es un bruto, grande y hábil con el cuchillo, pero tu hombre también está bien dotado. Desde luego, tienes buen gusto. Una mirada de esos ojos azules hace que una mujer quiera desnudarse para él.

El gozo de saber que Valentin estaba allí, que había ido a buscarla, hizo que Mary ni siquiera se ruborizase ante el atrevido comentario de la mujer. Después, las palabras de ella penetraron en su mente. El duque iba a luchar contra los bandidos.

—¿Dónde está? —La preocupación y la angustia tiñeron su voz.

—Ven conmigo. Él ha pedido verte antes de comenzar el desafío.

—¿Qué... qué desafío?

Como ella se limitó a darle la espalda, Mary se puso de pie enseguida y la siguió. La mujer abrió la puerta de la habitación y entraron en una estancia mucho más amplia, que hacía las veces de cocina y comedor. A través de la puerta abierta, pudo ver la espalda de los dos hombres que custodiaban la entrada. Cuando estos oyeron sus pasos, se retiraron para cederles el paso.

Se detuvo en el porche de la cabaña. Frente a ella, en la explanada de tierra seca, en medio de un círculo hostil, se encontraba Valentin. Alto, fuerte y arrogante, la viva imagen de un aristócrata. Deseó poder bajar los escalones, atravesar el espacio que había entre ellos y arrojarse en sus brazos, pero sabía que no podía hacerlo.

Él la vio salir, y su mirada se detuvo en ella durante unos breves instantes. Le costó un triunfo apartar sus ojos, pero Yakov le había advertido de que no debía dar demasiadas muestras de interés por Mary, para no dar a entender a los bandidos que la muchacha tenía demasiado valor para él o se creerían con derecho a exigirle más que una simple lucha por determinar a quién pertenecería la propiedad de la joven.

A pesar de que sus miradas solo se cruzaron durante unos segundos, fue suficiente para ver el alivio y la esperanza en los de ella, pero también para darse cuenta del tono morado que lucía su mejilla derecha. Sintió deseos de bramar con furia y de matar con sus propias manos a quien le había hecho eso.

—Me disculpo en nombre de Herku —le dijo Mykolas al ver la expresión de su rostro—, pierde los nervios con demasiada facilidad.

—¡Esa zorra me mordió!

Valentin se volvió hacia el hombre que había hablado y clavó en él una mirada fría de desprecio. Al contrario que Mykolas, el jefe de los bandidos, que era inteligente, con un rostro apuesto, y, a su manera, un hombre refinado, el tal Herku era un tipo de aspecto grosero, sucio, con una cicatriz que le atravesaba la mejilla de parte a parte, y la nariz torcida por algún golpe. Rondaba más o menos su propia edad, y aunque de estatura era un poco más bajo que él, lo

compensaba con una mayor envergadura formada por duro músculo.

—¡Silencio! —lo conminó su jefe, dirigiéndole una mirada furiosa, antes de volverla hacia Valentin—. Bueno, ya la has visto, como habías pedido. Ahora, defiende tu derecho sobre ella. Si ganas, tienes mi palabra de que los dos podréis salir de aquí sin que nadie os lo impida.

Él asintió. De reojo, observó impotente cómo uno de los hombres que custodiaban a Mary se la llevaba casi a rastras, porque ella luchaba con toda su fuerza para impedirsele. Sonrió sin querer, la refinada aristócrata podía transformarse en una auténtica fiera cuando quería.

Trajo su atención de vuelta cuando vio que todos los hombres del campamento lo rodeaban, estrechando el círculo. El bandido que había secuestrado a Mary se colocó frente a él, con una sonrisa de suficiencia y superioridad en su feo rostro.

—Ya te hemos explicado cómo funciona el desafío —volvió a decir Mykolas—. ¿Con qué arma lucharás?

—El cuchillo —repuso de inmediato, aliviado por no tener que usar el látigo.

Cuando escuchó las reglas por las que se regía aquella lucha, ese alivio se desvaneció.

Mary dejó de golpear la puerta de la habitación en la que habían vuelto a encerrarla, ya que nadie le hacía caso, y corrió hacia la ventana. Se subió a un pequeño taburete y, agarrada a los barrotes que protegían el pequeño agujero, echó un vistazo a lo que sucedía en el exterior.

Vio a Valentin en el centro del círculo, junto a un hombre que parecía estar explicándole algo. Empuñaba un cuchillo largo, de hoja ancha y curva. El jefe de los bandidos había dicho que tenía que defender su derecho sobre ella, ¿iba a hacerlo así? ¿Con una lucha? Dio gracias al cielo porque, al menos, no tuviese que usar el látigo; no creía que el duque se manejara bien con esa arma.

Apretó con fuerza los barrotes cuando el hombre se retiró y solo quedaron en el centro el inglés y su oponente. Se dio cuenta, con horror, de lo que implicaba aquella lucha. Ambos sostenían un cuchillo, Valentin, en la mano derecha; y el otro, en la izquierda. Una cuerda de metro y medio de largo se extendía entre los dos, atada a la mano que cada uno tenía libre.

Mary no alcanzó a ver que se hiciese ninguna señal, pero, de repente, los dos hombres comenzaron a girar uno alrededor del otro, midiéndose y calibrándose. El bandido llamado Herku sonrió con desprecio, formando una mueca grotesca cuando la cicatriz que atravesaba su rostro tiró de la comisura de su boca. Ella sintió que un estremecimiento, producto del miedo, la recorría de arriba abajo al ver en aquellos ojos oscuros un deseo de derramar sangre.

Ahogó un grito cuando vio que el hombre daba un fuerte tirón a la cuerda, haciendo trastabillar al duque, que logró recuperar el equilibrio en el último momento para no precipitarse de bruces contra el suelo terroso. Sin embargo, no tuvo tanta suerte en esquivar la afilada hoja del cuchillo que atravesó, de modo superficial, la firme superficie de su antebrazo. Un fino hilo de sangre descendió por su bronceada piel.

Los gritos de los bandidos, casi convertidos en rugidos de animales sedientos de sangre, se elevaron en el aire. Sintió que le perforaban el alma y que sus miedos alzaban el vuelo como

espectros negros. Se mordió el labio inferior al ver que Valentin caía al suelo y desaparecía bajo el corpulento cuerpo de Herku y una gran polvareda.

—Valentin... —Musitó su nombre como si fuese una plegaria, con la mirada clavada sobre el polvo que comenzaba a asentarse.

No podía morir. Él... él era risa pura y alegría; el motivo que hacía latir su corazón; el fuego que encendía sus entrañas con cada mirada, cada roce y cada beso. Era un anhelo secreto, un deseo oculto y apasionado, la esperanza de un mañana juntos; el hombre que llenaba de sentido la palabra «amor».

Lo vio levantarse mientras el bandido lo animaba a ello con una sonrisa aviesa, como si todo aquello no fuese más que un juego macabro.

—Pelear como un caballero no le servirá de mucho. —La voz la sobresaltó. Apoyada contra la fría pared exterior de piedra, junto al ventanuco por el que ella se asomaba, se encontraba la mujer con la que había hablado antes. Su mirada se concentraba sobre los luchadores—. Pero reconozco que debe ser bueno si ha conseguido aguantar más de cinco minutos con Herku. Disfruta matando.

Mary comprendió que el duque había firmado su sentencia de muerte aceptando aquel desafío.

—Confío en él.

No supo si lo decía para ella misma o para la mujer, pero tenía que creer en sus propias palabras.

—¿Crees que te ama tanto como para morir por ti? —Su boca se torció en una mueca amarga—. Cariño, eres muy ingenua. En mi experiencia, los hombres solo saben amarse a sí mismos, y de las mujeres no les interesa más que una cosa, que pueden obtener con facilidad en cualquier parte. Al final, siempre somos nosotras las que nos sacrificamos por ellos. Si de verdad te interesa ese hombre, detén esta lucha antes de que sea demasiado tarde.

Tras estas palabras, se alejó, dejándola sola. Mary miró a Valentin. Tenía el gesto concentrado y se le marcaban los músculos del cuello y de los brazos por la tensión. Estaba cubierto de polvo y de sudor. Angustiada, se preguntó dónde estaba Yakov y por qué no detenía aquel sinsentido.

Como si acabase de nombrar al diablo, escuchó unos suaves golpes en la puerta trasera de la habitación que la sobresaltaron. Seguidamente, una voz tan conocida para ella como esperanzadora la hizo abalanzarse contra esta.

—Princesa...

—¿Yakov? —preguntó en un susurro.

—Apártate de la puerta —le ordenó—, voy a intentar abrirla.

Mary retrocedió un par de pasos. Sus ojos se debatían entre volver a asomarse por el pequeño agujero cubierto de barrotes, a través del cual podía ver la lucha que mantenía Valentin con aquel bandido, y de donde procedían unos gritos salvajes que le helaron la sangre, o centrar su atención

en la madera que crujía y el sonido metálico de algo forzando la cerradura tras la que se hallaba su libertad.

El ruido casi imperceptible del metal al ceder le dio la respuesta.

La puerta se abrió bajo la presión del cosaco, provocando un chirrido que hizo que su corazón latiese con fuerza, y rezó para que aquel sonido no hubiese alertado a los bandidos que vigilaban la entrada de la cabaña. Sin embargo, el griterío continuó elevándose al otro lado del diminuto ventanal enrejado, gruñidos y comentarios burlones, carcajadas rancias que la hacían temer lo peor. Apenas distinguió la figura de su amigo, se arrojó a los brazos del hombre, que la acogió con cariño.

—Estás a salvo, pequeña —le aseguró Yakov, apretando su cuerpo con firmeza—. Ven, debemos huir mientras están ocupados.

—Pero ¿y Valentin? —Se deshizo de su abrazo y lo observó con una mirada de desconcierto—. No pensarás dejarlo aquí, ¿verdad? Lo matarán.

—No sabía que te importara tanto el inglés —la instigó, al igual que había hecho con el duque. Luego se encogió de hombros antes de continuar—: Al fin y al cabo, ha venido para ayudarte y eso es lo que está haciendo. Nadie dijo que le fuera a resultar fácil. Además, es un hombre de recursos, se las arreglará solo.

El corpulento hombre le guiñó un ojo y dibujó una sonrisa bajo su espeso bigote. Mary le dirigió una mirada fulminante, sin saber a ciencia cierta si bromeaba o no.

—No lo dirás en serio, Yakov —lo reprendió, furiosa por sus palabras—. No podemos abandonarlo aquí, él nos ha ayudado mucho, y...

El cosaco sacudió la cabeza ante el rubor que cubrió el rostro de la muchacha.

—... y veo que ya ha conquistado tu corazón. Vamos, cogeremos unos caballos y después iremos a por él —la animó, al tiempo que esbozaba una sonrisa socarrona—. No nos iremos de aquí sin tu príncipe.

Mary frunció el ceño ante sus palabras burlonas, pero no hizo ningún comentario al respecto. Necesitaban darse prisa y salir de allí cuanto antes.

Se deslizaron a través de la puerta trasera y se dirigieron hacia donde guardaban los caballos. No había nadie haciendo guardia. Todo el mundo se encontraba en aquella explanada, donde un par de hombres se debatían el derecho a quedarse con una mujer como si esta fuera una mera posesión, sin derecho a elegir.

El corral donde se concentraban los animales estaba flanqueado por una muralla de rocas escarpadas. Resultaba imposible escapar por allí.

—¿Cómo has pensado salir de aquí? —le preguntó a Yakov. Un grito de dolor hendió el aire, provocándole un estremecimiento.

El cosaco percibió su desasosiego y le acarició la mejilla con ternura.

—Estará bien, no te preocupes. Vamos a coger un par de caballos y a liberar al resto.

Los ojos de Mary brillaron al comprender lo que pretendía su amigo.

—Necesitaré una pistola —señaló, tras escoger su montura, una yegua gris moteada. Tendría que montarla a pelo, pero no le importó. Yakov la había instruido en el antiguo arte ecuestre de la *dzhigitovka*, con el que los cosacos demostraban su habilidad y dominio del caballo mediante acrobacias. No era tan buena como él en eso, pero había llegado a superar a su hermano, Mikhaíl.

Su amigo no dudó en extraer un arma de su fajín y entregársela. Él le había enseñado a disparar y conocía su buena puntería.

—Cuando abra la puerta del corral, cabalga hacia el lugar del combate, el resto de los caballos te seguirán. Yo me aseguraré de ello. —Sujetó con firmeza a uno de los animales que había escogido para sí mismo, un precioso corcel con brillante pelaje negro—. Cuando pases junto al inglés, él montará contigo.

—¿No sería mejor que cogiese otro caballo?

Su amigo sacudió la cabeza.

—Él será tu escudo.

Mary palideció al escucharlo, pero apretó los labios y asintió. Tendría que confiar en su propia habilidad con el caballo para que Valentin no resultase herido.

—¿Y tú?

—Yo te seguiré, princesa —le aseguró, sin dejar lugar a dudas—. Corre como el viento y no mires atrás. Haz que me sienta orgulloso de todo lo que te he enseñado.

Cabeceó, mostrando su firme determinación, y dejó que Yakov la ayudara a subir a su montura. Se aferró a las largas crines de la yegua y esperó a que él abriese la puerta. Era una buena amazona y sabía cuál era su objetivo: sacar al duque de aquel círculo mortal y alejarse de allí lo más rápido posible.

Las dudas la asaltaron. ¿Y si él se encontraba herido? ¿Y si no podía montar con ella? No debía olvidar que lo había visto atado a su contrincante y que sería necesario primero liberarlo. Dejó de pensar y rezó. Rezó como no lo había hecho nunca.

Capítulo 15

Valentin dejó escapar un juramento cuando un nuevo tirón de la cuerda lo hizo trastabillar. Le costó recuperar el equilibrio y se libró, por poco, de que el bandido le atravesase el costado con la afilada hoja del cuchillo. El hombre parecía estar divirtiéndose con él.

Le dolían todos los músculos por el esfuerzo y tenía la piel de la muñeca en carne viva por el continuo roce de la cuerda. Se preguntó si el cosaco habría podido liberar ya a Mary. Él no estaba seguro de cuánto tiempo más podría aguantar aquel absurdo desafío. Si no tuviese una mano atada, no habría tenido problemas para borrar la sonrisa de suficiencia que lucía Herku en su feo rostro. Había participado en varias peleas en las calles de Whitechapel con gente de la peor calaña, y sabía bien cómo defenderse y cómo pelear sucio. Pero aquella cuerda no era más que un estorbo y un peligro para él, ya que el bandido, sin duda, estaba acostumbrado a luchar con ella.

Se movió en círculo, sin apartar la mirada de su oponente, e intentó un nuevo ataque. Apretó con fuerza el mango del cuchillo y lo sostuvo con la hoja hacia afuera mientras evaluaba al hombre. En ese momento percibió algo que antes no había notado, Herku cojeaba ligeramente de la pierna izquierda, por lo que siempre solía girar hacia la derecha. Consciente de ello, se detuvo un instante antes de lanzar una cuchillada que el otro rechazó con una carcajada burlona. Al retirarse de nuevo hacia su posición, el movimiento le permitió invertir el sentido de sus giros.

Sonrió para sus adentros cuando escuchó el gruñido bajo del bandido que renqueaba, desplazándose con lentitud y torpeza hacia el lado izquierdo. Valentin percibió la furia que lo invadió como si fuera una oleada de calor, y supo que, en esa ocasión, no controlaría su acometida. No se equivocó. Lo atacó con rapidez, dirigiendo el cuchillo hacia su estómago. Valentin dio un paso hacia atrás y giró el cuerpo para evitar la hoja, al mismo tiempo que orientaba su propio cuchillo hacia el antebrazo de Herku. Notó cómo se hundía en su carne. A pesar de todo, el bandido no soltó su arma. Gruñó una sonora maldición y se apartó de él, de tal forma que la cuerda entre ambos quedó tensa, mientras se observaban desafiantes.

De pronto, notó el temblor de la tierra bajo sus pies y el sonido como de un trueno lejano. El griterío fue desapareciendo poco a poco.

—¿Qué demonios ocurre? —vociferó Mykolas.

Dos hombres echaron a correr hacia el estrecho callejón que rodeaba la cabaña en la que había visto a Mary. Él aprovechó el momento de confusión para intentar cortar la cuerda.

—Ni lo intentes, hijo de perra.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos amenazantes de Herku. La rabia y el odio

habían esculpido el gesto de su rostro, distorsionándolo en una mueca feroz en la que podía leer con claridad sus intenciones de acabar con su vida.

El retumbar de cascos se escuchó más cerca. Los hombres emergieron del callejón a la carrera y, tras ellos, la manada de caballos. Mary los encabezaba, guiándolos hacia el centro de la aldea. Le pareció magnífica sobre el tordillo, inclinada sobre el cuello del animal, con el rostro iluminado por el sol del atardecer que arrancaba destellos cobrizos a su cabello.

A su alrededor se desató el pandemonio. Mykolas comenzó a impartir órdenes apenas vislumbró a los animales cayendo sobre ellos como una jauría de lobos hambrientos; las pocas mujeres que había en la aldea echaron a correr, quitando de en medio a sus hijos para protegerlos. Algunos hombres intentaron, en vano, frenar a los caballos, que llenaron la plaza, pisoteando todos los obstáculos que encontraban en su camino, azuzados por los gritos de Yakov, que pendía del costado de su caballo azabache casi rozando el suelo.

Valentin vio que Mary se dirigía hacia él y supo que, antes que nada, tenía que soltarse de aquella maldita cuerda si quería tener una oportunidad de saltar al caballo cuando ella pasase junto a él. Sin embargo, antes de que pudiese hacer nada, se percató de que llevaba un arma en la mano y le apuntaba con esta. Comprendió lo que pensaba hacer y no se cuestionó si era una locura o no. Simplemente, pegó el brazo a su cuerpo, provocando que la cuerda se tensase, y confió en ella.

El sonido del disparo se mezcló con los relinchos asustados de los animales y los gritos de los hombres. Otros disparos hendieron el aire.

El corte de la cuerda fue limpio; y Valentin silbó, admirado de su precisión. Luego, sonrió lleno de orgullo. Retiró de su muñeca la cuerda que lo había mantenido unido a Herku, y se preparó para subir a la grupa del tordillo en cuanto Mary pasase a su lado.

—¡Maldito hijo de perra, no te saldrás con la tuya!

El bandido le lanzó una cuchillada que por poco alcanzó su cuello. Valentin se echó hacia atrás, casi demasiado tarde, y escuchó el silbido de la hoja de acero rasgar el aire a escasos centímetros de su garganta. Pero, por fin, tenía las manos libres para luchar como quería. Se volvió con rapidez hacia su adversario y descargó un puño contra su estómago. Herku se dobló hacia delante, con un gruñido.

—Debería matarte por haberte atrevido a golpear a mi mujer —espetó, furioso, mientras le asestaba un duro puñetazo en la mandíbula que hizo recular al otro, tambaleándose.

—Juro que voy a matarte —escupió el bandido con rabia—. Te destriparé y arrojaré tus entrañas a los perros.

Valentin observó, por el rabillo del ojo, que Mary frenaba la carrera del tordillo. Se encontraba a tan solo unos pasos de distancia de él. Sonrió victorioso y dedicó a Herku una reverencia cargada de ironía.

—Quizá en otra ocasión.

No perdió más tiempo. Cuando el caballo se detuvo a su lado, se alzó hasta la grupa de un

salto, situándose detrás de Mary. Fue un error ignorar a su adversario. Aún no había acabado de acomodarse cuando sintió un dolor lacerante en la pierna derecha que le arrancó un gruñido.

—¿No te gusta cabalgar con una mujer? —se burló ella, mientras instaba a la yegua a ponerse al galope. La euforia llenaba sus pulmones y sentía deseos de dejarla escapar en una carcajada feliz.

Valentin estaba seguro de que Mary no tenía ni idea de lo seductora que resultaba con esa expresión de absoluto placer que dibujaba su rostro, dotando de un brillo especial a sus ojos violeta, ni de lo que aquella sencilla pregunta había evocado en él. Una imagen de los dos juntos, desnudos bajo unas suaves sábanas de seda, riéndose entre palabras susurradas, besos dulces y apasionados, y caricias que arrancaban gemidos de placer.

—Puedo llegar a disfrutarlo si esa mujer eres tú.

Su tono ronco y el cálido aliento sobre su oreja y su cuello le provocaron un dulce estremecimiento. Sentía el duro cuerpo masculino pegado al suyo, con sus brazos fuertes envolviendo su cintura. Cada toma de aire de él parecía reverberar en su propio pecho. Estaba segura de que Valentin podía sentir el estruendoso latir de su corazón, que le golpeaba las costillas. Deseó que creyera que se debía al miedo que sentía por el estallido de los disparos a su alrededor y no por el placer que le caldeaba las entrañas, volviéndoselas líquidas.

El duque hubiese gozado mucho más de ese momento si no fuese por el maldito dolor que le abrasaba la pierna. No quería mirar el alcance de la herida que Herku le había procurado al hundir el cuchillo en la parte posterior de su muslo; prefería evitar que Mary se preocupara por él. Notaba la sangre acariciar su piel, mientras se deslizaba como un hilo caliente que se perdía, por detrás de la pantorrilla, en el interior de su bota.

—¿Nos sigue Yakov? —La pregunta de Mary lo arrancó de la neblina de la autocompasión que parecía envolverlo junto con el dolor.

Se obligó a mirar hacia atrás para buscar al cosaco. Le costó localizarlo, ya que cabalgaba inclinado, casi por completo, sobre el costado del animal, rozando su vientre. No tenía ni idea de cómo podía llevarlo a cabo, pero, dada la situación, era lo mejor que podía hacer. Mykolas y unos cuantos hombres más habían logrado atrapar a algunos de los caballos de la manada y cabalgaban tras ellos, disparando sus armas.

—Sí, tranquila, hace falta mucho más que un puñado de bandidos para acabar con ese hombre, créeme. —Apretó los dientes con fuerza, aguantando el tormento que suponía cada movimiento del caballo. Una bala pasó silbando sobre sus cabezas y, de modo instintivo, Valentin se encorvó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo.

Con cada disparo, Mary se sobresaltaba, temiendo el momento en que alguno de ellos impactara sobre él. Su espalda, ancha y musculosa, ofrecía un blanco perfecto. En ese momento, tomó la decisión. Si él la protegía a ella, ella lo protegería también a él.

—Suéltame y agarra las crines —le pidió, al tiempo que sacaba de nuevo la pistola del bolsillo.

—No puedes disparar en esa posición —le señaló él.

—Ya lo sé.

Mary se deslizó sobre el caballo, hasta sobrepasar la cruz, y respiró hondo, tratando de recordar las acrobacias que Yakov le había enseñado. Cerró los ojos y rememoró su niñez. El viento agitó sus cabellos y sintió una libertad que hacía mucho que no experimentaba. Entonces lo hizo, se dejó caer sobre el lado derecho del cuello del animal y, con el mismo impulso, volvió a subir en él en posición contraria a la dirección del camino.

Valentin contempló, atónito, la sonrisa satisfecha que lucía el rostro de Mary, que en ese momento tenía frente a sí tras aquel espectacular movimiento que había provocado que se le detuviese el corazón unos instantes. Sin poder evitarlo, dejó escapar una carcajada.

—Eres una mujer extraordinaria, ¿lo sabías?

Ella se había acercado a él, encajando sus cuerpos de tal manera que podía sentir su calor y percibir algunas notas de su aroma floral mezcladas con el aire fresco y el olor a campo. Se olvidó de que los perseguían, de que descendían al galope por un estrecho y nevado camino de montaña, y del dolor. Se olvidó de todo y la besó con una dulzura que contrastaba con el latido frenético de sus corazones y con todo cuanto los rodeaba.

A Mary le estaba costando recuperar el ritmo de la respiración, sobre todo porque se encontraba en una posición demasiado íntima, con su torso reclinado contra el duro pecho de él, su mejilla rozando la suya, sus brazos abarcando la poderosa musculatura de su espalda mientras disparaba a sus perseguidores por encima del hombro de él, para ofrecerle a Yakov un poco de protección.

El problema era que Valentin no ayudaba a calmar el nerviosismo que agitaba su vientre y que se extendía en oleadas por su cuerpo. Parecían simples toques fortuitos, casuales: su nariz rozando la curvatura de su cuello, la calidez de sus labios presionando con suavidad sobre su cabello, sus fuertes brazos que acariciaban, como al descuido, el costado de sus senos, en exceso sensibles en esos instantes.

Fue un alivio cuando él detuvo el caballo. Descabalgó sin esperar un minuto más y se alejó, temblorosa, de aquel ángel seductor en cuyo rostro asomaba, en esos instantes, una sonrisa pecaminosa que invitaba a todo tipo de placeres. Mary vio la troika y los caballos con sus pertenencias, y dejó escapar un suspiro. Lo cierto era que no se había acordado del anillo y de la carta de la zarina en ningún momento.

Para cuando Yakov logró alcanzarlos, Valentin y Mary ya habían cambiado de monturas. El cosaco saltó al suelo desde la suya y azotó con fuerza las ancas del animal para que se alejara de allí. Tomó las riendas de la troika, siguiendo el plan que habían trazado, satisfecho con el resultado. Sin embargo, sabía que no podía confiar todavía en su buena suerte.

—¡Rápido! —los apremió—. No tenemos demasiado tiempo, esos hombres venían pisándome los talones. No nos van a dejar marchar así como así, son demasiado orgullosos para eso. Nos perseguirán hasta que salgamos de su territorio. No hay tiempo que perder.

Con un chasquido del látigo, la troika se deslizó sobre el camino cubierto de nieve hasta alcanzar un ritmo ligero.

Tal y como había afirmado Yakov, no tardaron en escuchar el furioso galopar de sus perseguidores que avanzaban hacia ellos.

Mary miró hacia atrás con preocupación. El terreno era inestable y, a pesar de la pericia del cosaco, el vehículo se sacudía con violencia, sobre todo al carecer de los caballos laterales, y amenazaba con volcar de un momento a otro. Poco a poco, había ido aumentando la distancia entre ellos.

—Estamos dejando atrás a Yakov —señaló preocupada.

—No podemos reducir la marcha o nos cogerán. —Valentin también se había percatado del problema e intentaba encontrar una solución, pero el dolor de la pierna lo distraía demasiado.

Yakov también había llegado a la misma conclusión. Se había dado cuenta de que estaba poniendo en peligro la huida de Mary y del inglés y, con ello, su vida.

Tiró de las riendas con brusquedad y abandonó el camino, deslizándose por la pendiente de la montaña, esperando obligar a sus perseguidores a seguirlo. Vio que el pequeño grupo se dividía y algunos de los hombres iban tras él, haciéndole sentir que había merecido la pena aquel intento.

Mary tuvo que contenerse para no frenar su montura cuando vio lo que hacía Yakov.

—¡Sigue adelante! —le ordenó Valentin.

—Pero...

—Nos alcanzará más tarde.

Sus palabras no la tranquilizaron. Sentía un cosquilleo bajo la piel que parecía advertirla de que algo malo se avecinaba. Su mirada se desvió de nuevo hacia la troika, que descendía en una carrera frenética por la ladera, y, entonces, sucedió.

El carruaje se ladeó demasiado, resbalando por la pendiente. Se escuchó el relincho desesperado del caballo y el fuerte crujido de las varas y el eje de la troika al partirse la madera. Después, solo pudo ver cómo esta se precipitaba hacia abajo en una caída que parecía no tener final.

Lo sintió. Mary sintió su corazón partirse en dos al ver desaparecer a Yakov en el abismo. No fue consciente del grito desgarrador que rompió en su garganta, hasta que no lo escuchó devuelto por el eco de las montañas.

En un movimiento instintivo, frenó su caballo con la intención de cambiar de dirección y encaminarse hacia el precipicio por donde él había desaparecido, pero Valentin se lo impidió, espoleando al animal para que emprendiese la marcha de nuevo.

—No podemos detenernos —apuntó, sintiendo el peso de la tristeza de Mary en su propio corazón—. Yakov lo ha hecho para darnos ventaja, y lo mejor que podemos hacer por él ahora es aprovecharla.

Mary sabía que tenía razón y, sin embargo, alejarse de allí no la consoló en absoluto. Al contrario, las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos, nublando el camino que se extendía ante

ella, y sus manos dejaron de sujetar las riendas con firmeza para dejar que el caballo corriese con libertad.

El paisaje nevado se deslizaba a gran velocidad a derecha e izquierda mientras seguían avanzando, pero no era consciente de cuanto ocurría a su alrededor; hacía tiempo que había dejado de pensar en sus perseguidores, en el objetivo de aquel viaje, e, incluso, en que el duque galopaba a su lado sin quitarle el ojo de encima.

Todo había dejado de tener sentido. Yakov había muerto por su culpa, y nada podría devolverle a aquel hombre que le había sido fiel y la había acompañado a lo largo de toda su vida, que la había cuidado y protegido siempre, y que la había comprendido casi tan bien como sus padres.

El sol comenzó a ocultarse tras las montañas. Luego de cabalgar a gran velocidad durante un largo rato, Valentin echó una vez más la vista atrás para asegurarse de que los bandidos habían dejado de perseguirlos. Solo cuando estuvo convencido de ello, decidió aminorar la marcha. Acercó su caballo al de Mary y tiró con suavidad tanto de sus riendas como de las del tordillo. Ambos animales dejaron de galopar y se unieron en un suave trote.

Contempló a Mary. El aspecto desmejorado de su rostro lo hizo comprender que era momento de buscar un lugar donde pasar la noche. Los dos necesitaban un poco de descanso para reponerse. Él necesitaba vendar su herida, que no debía ser muy profunda, pues había dejado de sangrar; además, no era seguro para las cabalgaduras viajar de noche. Enfiló su montura en dirección a la arboleda que se extendía a un lado del camino.

—En el bosque hallaremos cobijo para esta noche. Descansaremos y partiremos de nuevo al amanecer. —Ella no pareció reaccionar a sus palabras. El desasosiego se abatió sobre él al ver su mirada vacía, que se perdía en el horizonte—. ¡Mary! —la llamó con preocupación.

Cuando lo miró, sus ojos brillaban más de lo habitual a causa de las lágrimas derramadas. Parecía una niña perdida. Le quitó las riendas y, utilizando toda la fuerza de sus brazos, arrancó a Mary de su montura y la acomodó sobre su propio regazo. Apretó la mandíbula con firmeza cuando un latigazo de dolor le recorrió la pierna herida, pero lo recompensó con creces el sentir el dulce peso de la cabeza femenina sobre su pecho. Mary se aferró a su cintura, y él la envolvió en su calor. La tibieza de su cuerpo, su aroma de mujer, la calidez de sus cabellos cuando los besó... todo le hacía desear mucho más de lo que podía tener en ese momento.

El sol declinaba con rapidez y, al abrigo de los árboles, la oscuridad los rodeaba. Valentin permanecía alerta a los sonidos procedentes del bosque, mientras observaba con atención todo cuanto los rodeaba. Un poco más adelante, el terreno se elevaba en una ligera pendiente. Entre los troncos de los árboles divisó una formación rocosa que se abría en una boca negra.

—Pasaremos la noche allí. —Señaló hacia la cueva, al tiempo que dirigía hacia allí a los animales.

Desmontó primero, y después ayudó a Mary a descender del caballo, preocupado por el mutismo que había adoptado y la inactividad en la que se hallaba sumida desde la pérdida del

cosaco. Ató a los dos caballos a las ramas de un árbol que había cerca de la entrada y les quitó las bridas y el bocado. Cogió las alforjas y buscó en su interior lo necesario para encender un fuego dentro de la cueva. Cuando lo logró, salió para recoger la bolsa de viaje de Mary. Ella seguía allí donde la había dejado, de pie y abrazada a sí misma. La tomó de la mano y la condujo al interior, donde una pequeña hoguera iluminaba las paredes rocosas. La llevó hasta la manta que había extendido en el suelo.

—Ven, Mary, siéntate. Estás helada.

Ella sentía el frío dentro de sí misma, en su pecho. Ningún fuego sería capaz de devolverle la calidez que ya añoraba, la de los abrazos llenos de cariño y seguridad de Yakov, las risas compartidas, la complicidad, incluso su forma de reconvenirla.

Valentin la atrajo hacia su pecho y la abrazó con fuerza, y ella se dejó arrastrar por la inmensa tristeza que le oprimía el alma. Un sollozo brotó de su garganta. Por su mente pasaron los momentos vividos con aquel hombre a quien se preciaba de llamar «amigo», fuerte como un huracán y orgulloso como toda su raza. Recordó sus palabras, sus consejos acertados que provenían de un cariño auténtico, y sus promesas respaldadas por el honor de su pueblo natal.

Cerró los ojos y se apretó más contra el cuerpo de Valentin. Podía escuchar el latido pausado y rítmico de su corazón. Y las lágrimas brotaron en un llanto incontrolado.

—Se ha ido —musitó entre sollozos—. Ha muerto por mi culpa.

—No, Mary. —Estrechó su abrazo, deseando eliminar de su corazón todos los sentimientos dolorosos que la atenazaban—. Ha muerto por amor. Porque el amor es lo único que puede llevarte a elegir la muerte como la mejor alternativa para mantener con vida al ser amado. Yakov te amaba, y jamás se habría perdonado a sí mismo si esos hombres te hubiesen cogido de nuevo y te... —Sacudió la cabeza para no pensar en ello y besó su cabello. Ella estaba viva y no le había sucedido nada—. Tú no viste el sentimiento de fracaso que reflejaron sus ojos cuando aquellos bandidos te secuestraron. No habría podido vivir si te llega a pasar algo. Ni él, ni yo.

Ella alzó la cabeza y sus ojos se detuvieron en la mirada azul de aquel hombre que la contemplaba como si no existiese nadie más en el mundo, como si ella fuera lo más importante de su vida. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Tal vez era solo su deseo de que así fuera, se dijo, de que el duque correspondiese a sus propios sentimientos.

Valentin deslizó un dedo por la tersa piel de su mejilla, recogiendo los últimos restos de aquellas preciosas lágrimas. Lo que veía ante sí, en esos momentos, era el rostro de la mujer que había conseguido que su antigua concepción del matrimonio fuese como papel mojado que se deshacía sin poder evitarlo. Inclino la cabeza y se bebió el suspiro de Mary cuando depositó un beso dulce sobre sus labios. Quizá era posible amar para siempre, pensó, porque había amores para los que no bastaba solo una vida. Lo sabía porque lo sentía en su pecho, con tanta fuerza que casi le dolía.

Horas más tarde, aún permanecía despierto. El muslo le latía con dolorosos espasmos, a pesar de la venda con que había cubierto la herida. Tendidos sobre la manta, en el suelo de la cueva, la

cabeza de Mary descansaba sobre su pecho. Con un dedo, recorrió los contornos de su bello rostro. Su vida jamás volvería a ser la misma tras ese viaje. Lejos del ruidoso Londres, de las noches de placer y los besos robados entre risas y coqueteos, la vida que había llevado hasta entonces se le antojaba vacía si no estaba en ella la mujer que dormía junto a él. Por primera vez en su vida, sin lujos a su alrededor y en medio del silencio de la noche, se sintió auténticamente feliz.

Sin embargo, por su mente pasó de manera fugaz el pequeño estuche de terciopelo que tanto turbaba a Mary cuando lo observaba, y se juró a sí mismo que no importaba a quién perteneciera ese objeto ni qué intenciones guardase su dueño. Ningún hombre le arrebataría el amor de esa mujer cuya belleza lo hacía desearla de forma dolorosa y cuya fuerza lo atraía como un imán.

Lucharía por ella, la conquistaría. Mary le pertenecía a él y solo a él. Para siempre. Con este pensamiento, se sumió en un sueño ligero y poco reparador.

El fuego calentaba la pequeña estancia. En el interior solo se oía el borboteo del agua que había comenzado a hervir en el caldero.

—No sé si saldrá de esta —comentó un muchacho, que permanecía sentado en una silla, observando a la joven que estaba junto al fuego—. Me parece demasiado esfuerzo para nada.

—No digas eso, Andrey, y ayúdame —replicó la muchacha, al tiempo que le entregaba un cuenco vacío a su hermano—. Trae un poco de sopa, anda.

—¿Sopa? —inquirió con incredulidad—. Pero si está medio muerto, ¿cómo va a tomar sopa? Estás loca...

—¡Pues trae el licor de padre! —protestó, molesta por la insinuación del muchacho—. Deja de hablar y haz algo útil. Me estás poniendo nerviosa.

—Sarka, tú te pones nerviosa en cuanto ves a un hombre desconocido.

La joven dirigió una mirada iracunda a su hermano, y este salió de la habitación, sacudiendo la cabeza. Sacó con un palo algunas de las vendas que había hervido y las puso en el aguamanil, cogió la jarra con el agua que había calentado aparte y caminó hasta el lecho en el que yacía el individuo que, una hora antes, habían encontrado herido en la montaña.

Sarka observó el cuerpo destrozado. Su hermano tenía razón, el hombre, aunque joven y fuerte, no presentaba buen aspecto y puede que no pasara de aquella noche. También en lo que había afirmado Andrey sobre los hombres había acertado. Era tímida y no se relacionaba con mucha gente. La culpa de ello la tenía el hecho de que la cabaña de su familia estuviera tan alejada de la aldea. Aunque eso no parecía afectar a su hermano, en ella había acentuado su timidez. Además, también el hecho de perder a su madre, siendo apenas una niña, la había convertido en una mujer introvertida y poco dada a la conversación.

Tomó aire con fuerza y comenzó a retirar la maltratada camisa. El torso desnudo y bronceado del corpulento hombre apareció ante sus ojos, y Sarka se ruborizó sin poder evitarlo. En momentos como ese desearía que su madre estuviese allí para indicarle cómo debía actuar, pero la vida le había enseñado a valerse por sí misma. Por eso, se limitó a hacer lo mismo que hacía

cuando su padre o su hermano iban con alguna herida.

Comenzó a lavar el pecho masculino, intentando no prestar atención a aquellos músculos endurecidos, para retirar la sangre que lo cubría. El hombre se removió inquieto, y Sarka se sobresaltó. Alargó la mano y le acarició el rostro para alejar la sombra de inquietud que desfiguraba los trazos firmes y hermosos de su semblante. Lo escuchó musitar algo y se inclinó sobre él.

—Mary...

Tras esa única palabra, pareció dejar escapar también las escasas fuerzas que le restaban y se quedó inmóvil, sumido en el sueño de la inconsciencia.

Capítulo 16

*P*rimeros días de julio de 1857

Los músculos de Yakov se tensaron y dibujó una mueca en su rostro, pero no emitió ninguna queja de dolor, al contrario, dejó caer el hacha sobre la leña aún con más fuerza que en el golpe anterior.

Sarka lo miró de reojo y frunció el ceño, molesta.

—No deberías hacerlo —le recomendó, aun sabiendo que iba a ser ignorada.

—De alguna manera debo pagar lo que habéis hecho por mí —adujo, secándose con el brazo el sudor de la frente—; soy un hombre de honor al que no le gusta tener deudas.

Contempló absorta su torso desnudo y lleno de cicatrices, enmudecida por la atracción que ese hombre había provocado en ella desde el mismo momento en que despertó de la inconsciencia y la miró con sus ojos de gato.

En aquel instante, él la había confundido con un ángel bajado del cielo y, posteriormente, la había tratado como si de verdad lo fuera.

—Ya te he dicho muchas veces que no nos debes nada —lo regañó con cariño, mientras se acercaba con la cesta de frutas apoyada sobre su cadera—, lo que hicimos fue un acto de humanidad, cualquiera lo habría hecho.

Él la contempló en silencio durante un buen rato, por lo que Sarka pensó que se había enfadado con ella y bajó la mirada al suelo sin saber qué decir. Lo cierto era que no deseaba que se repusiera con tanta rapidez de sus heridas, porque eso significaba que muy pronto se marcharía de allí, y su vida volvería a ser tan monótona y triste como lo había sido durante los últimos años.

Yakov, sin embargo, no pensaba en su marcha. Miraba a la joven como si fuera una preciosa joya hallada en medio de un establo. Sus ojos verdes le recordaban a la hierba fresca que se extendía más allá de su aldea natal, y la palidez de su piel era como la nieve que caía en invierno, cubriéndolo todo. Aquella mujer pedía a gritos, sin saberlo, protección y cariño; y él se sentía atraído por colmar aquella necesidad como no lo había estado nunca en toda su vida.

—No, Sarka. —Al oír su nombre en labios del cosaco, sus mejillas se tiñeron del color de las amapolas—. No todo el mundo habría atendido a un desconocido.

Ella pensó que se estaba refiriendo a su padre, ya que este se había enfadado cuando se enteró de que habían metido a un extraño en la cabaña cuando él se encontraba ausente.

—Mi padre no...

—No hablo de él. —Yakov se acercó, y ella desvió la mirada para evitar fijarse en su pecho

cubierto de sudor—. Hablo de ti. Me trajiste a tu casa, me curaste las heridas y compartiste conmigo tu propia comida. Te debo la vida. Ahora mi libertad es tuya.

—Yo...

—Pronto me marcharé —comentó. Se situó a pocos centímetros de ella y le alzó el rostro con suavidad—, pero no quiero irme solo. Ven conmigo, a mi aldea. Cuidaré de ti toda mi vida, lo juro. Tendremos muchos hijos y te haré feliz.

Sarka lo miró atónita. Aquel hombre fuerte, de rostro moreno y pómulos afilados le ofrecía una vida nueva, la seguridad de un hogar y la felicidad que otorgaban los hijos. A ella, una sencilla mujer que no tenía nada que ofrecerle. Sacudió la cabeza.

—No tienes que pagarme así por lo que hice, no es necesario.

Yakov puso un dedo sobre sus labios para evitar que continuara hablando, haciendo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—No lo considero un pago, sino un honor inmerecido —afirmó—. Ayer hablé con tu padre y le pedí permiso para hablar contigo, a pesar de que me considero indigno. Pero me aseguró que, si tú me aceptabas, él no pondría ninguna objeción. Sé que no te merezco, eres como una flor silvestre de una belleza extraordinaria que nadie ha conseguido mancillar. Pero si tú me dejas, haré de ti la mujer más feliz del mundo.

Sarka iba a responder, cuando el relincho de un caballo llamó su atención.

Ambos giraron la cabeza. Andrey se acercaba a toda prisa. Cuando llegó junto a ellos, saltó del caballo y comenzó a hablar como si las palabras quemasen en su boca.

—¡Lo he visto, Yakov! —Al hermano de Sarka no le había costado trabar amistad con el cosaco y lo trataba como si fuera un antiguo amigo—. Era él, sin duda. Timashev.

Al escuchar aquel nombre, todo el cuerpo de Yakov se tensó, y Sarka recordó el nombre femenino que había brotado de sus labios cuando su mente se movía entre la consciencia y la inconsciencia. Y, aunque el hombre le había asegurado que entre ellos no había ninguna relación, estaba claro que él, de alguna manera, la amaba.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquirió.

Si bien era cierto que les había contado la historia que lo había conducido hasta allí, no había descrito físicamente al general, por lo que Andrey no podía estar seguro de que fuera él.

—Había un grupo de soldados. Un hombre les estaba dando órdenes. Me acerqué y pude escuchar la conversación que mantenían dos de ellos —respondió el muchacho con satisfacción—. Hablaban de ir hacia la frontera con territorio polaco, mencionaron que allí los atraparían. «Por fin te tengo, lady Mary». Eso fue lo que le oí decir.

—¡Vamos! —lo apremió mientras se ponía la camisa que había colgado sobre uno de los troncos—. Tienes que acompañarme a tu aldea.

—¿Para qué? —preguntó Andrey, confundido.

—Vamos a necesitar ayuda. —El muchacho sonrió, complacido de que el cosaco lo hubiese incluido en su plan. Sarka se esforzó por contener la decepción que sentía. De repente, Yakov se

volvió hacia ella y le sonrió bajo su espeso bigote—. Volveré, y espero ansioso tu respuesta a mi regreso.

La joven le devolvió una sonrisa luminosa. Él juró por lo bajo y se acercó hasta ella en dos largas zancadas.

—Te dije que entre lady Mary y yo no había nada, y era verdad, pero la muchacha es muy importante para mí. —Alzó su barbilla para admirar esos increíbles ojos verdes—. Siento un profundo cariño por ella, al igual que por su hermano; los conozco desde niños. Lo que siento por ti es distinto; deseo compartir contigo el resto de mi vida, si así lo deseas tú. Solo espero que comprendas que tengo que ayudarla.

—Lo entiendo —le aseguró, acariciando su mejilla para reforzar sus palabras—. Pero vuelve entero, por favor. No soportaría tener que coserte las heridas de nuevo.

Yakov rio con fuerza y luego la besó.

—Tendrás toda una vida para cuidarme —gritó, mientras se alejaba con Andrey hacia los caballos. Se impulsó a la grupa del animal con un salto ligero y agitó una mano antes de partir al galope.

El Gran Ducado de Varsovia, fundado por Napoleón I, quedó extinto tras la derrota del Primer Imperio francés en 1815, y fue ocupado por tropas del Imperio ruso, de Austria y de Prusia.

Las tensiones entre Gran Bretaña y Austria por un lado, y Rusia y Prusia por otro, motivaron la sugerencia del embajador francés, Talleyrand, de que se creara un estado satélite polaco. Su monarca sería el zar, pero mantendría una cierta autonomía cultural y aduanera, además de poseer una asamblea nobiliaria y un pequeño ejército propios. Sin embargo, el así llamado «Reino de Polonia» colisionó con fuerza contra la autocracia centralista del Imperio ruso, y tras la fallida revuelta de 1830, el zar Nicolás I abolió la Constitución polaca, asumió el título de rey de Polonia e integró plenamente los territorios polacos al resto del Imperio ruso.

La frontera entre el antiguo reino de Polonia con el territorio de la Confederación Germánica no tenía una clara línea de demarcación. A lo largo de los siglos se había movido a causa de los numerosos conflictos en los que el pueblo polaco se había visto involucrado, pero los ríos Óder y Neisse servían, de algún modo, de frontera natural.

Aún les quedaban algunos kilómetros que recorrer para entrar en tierras prusianas. Desde Breslavia a París había un trayecto de cerca de mil quinientos kilómetros, unos diez días de viaje, aproximadamente, si lograban alquilar un buen carruaje.

No habían conseguido ninguno en Kalisz, pero al menos habían podido cambiar de monturas. La pequeña ciudad, situada en la ruta del ámbar que conectaba el mar del Norte y el mar Báltico con Italia, Grecia, el mar Negro y Egipto, había acelerado su desarrollo económico gracias a la proximidad con la frontera de Prusia. La posada en la que Mary y él se habían alojado daba fe de ello, o quizá el cansancio le había hecho creer a Valentin que el lecho resultaba tan cómodo como el de su propio dormitorio en su mansión de Mayfair.

El día posterior a la noche que pasaron en la cueva, casi se había caído del caballo a causa de la elevada fiebre que le había provocado su desatendida herida. Había tenido que escuchar los innumerables reproches de la dama al respecto de su absurda heroicidad por querer sufrir en silencio y la frenética actividad que desarrolló para curarlo y mantenerlo cómodo. Él la había dejado hacer, porque comprendió que necesitaba aquello para no dejarse arrastrar por la pena que le suponía la pérdida del cosaco. Como resultado de ello, habían pasado casi cuatro días en la cueva, a la que habían regresado poco después de haber partido, mientras se reponía de la herida.

No podía negar que, de haberse sentido mejor, habría gozado de los cuidados y mimos de Mary, de los que apenas tenía recuerdo por la neblina de su mente, causada por la fiebre. Lo que sí recordaba con claridad era el resto del viaje hasta llegar a Kalisz, agotados, sucios y hambrientos.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella, al tiempo que colocaba su montura a la par de la suya.

Él la miró. Su cabello negro, que llevaba recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda, brillaba como el azabache bajo los rayos del sol. Tenía las mejillas sonrosadas, y la nube de tristeza que había empañado sus ojos durante los últimos días parecía haberse retirado, dejando paso a la luminosidad del añil. Era hermosa, y ni un solo instante, ni siquiera durante su convalecencia, había dejado de desearla.

—En nada —contestó, acompañando su respuesta con un encogimiento de hombros.

Mary dejó escapar un bufido de descreimiento.

—Me maravilla esa habilidad que tenéis todos los hombres.

El tono burlón que empleó ella le llamó la atención.

—¿A qué te refieres?

—A que siempre usáis esa excusa cuando queréis ocultarnos lo que pasa por vuestras mentes —repuso, visiblemente molesta—. Tal vez pensáis que nuestra *débil* condición nos impedirá comprender lo que os preocupa —agregó, remarcando la palabra con retintín—. Es imposible no pensar en nada.

—Eso lo dices porque las mujeres siempre tenéis la cabeza llena de cosas.

—Supongo que ese conocimiento proviene de tu vasta experiencia en el trato con ellas.

Valentin esbozó una sonrisa sesgada que le otorgó ese aspecto canalla que ella siempre había asociado con su condición de libertino.

—Por supuesto —le respondió con tono jactancioso. Vio cómo Mary apretaba los labios hasta convertirlos en una fina línea de disgusto, y sintió la tentación de besarlos y mordisquearlos hasta suavizar su carnosa boca y arrancarle un gemido.

Sus dedos se enroscaron con fuerza en torno a las riendas, y el caballo corcoveó inquieto. Eso le sirvió de distracción para el peligroso derrotero que habían emprendido sus pensamientos.

—Oh, claro. Discúlpeme, lord Ainsworth, había olvidado por completo su fama de seductor. Aunque no hay en ese cotilleo nada que me interese —replicó con aire de indiferencia, a pesar de

que su conciencia no cejaba de tacharla de mentirosa.

Le interesaba, y mucho. Quería saber si había alguna mujer en su vida, alguien que fuera importante para él, pero no era un tema que pudiese abordar de forma abierta. En parte, porque no era adecuado que una dama indagase sobre la vida privada de un caballero, y en parte, porque le daba miedo conocer la respuesta.

A Valentin no le agradó escuchar su comentario, aunque, por su postura rígida sobre la silla de montar, aseguraría que estaba fingiendo. ¿Así que no le interesaba su persona?, se dijo. «Bien, yo sé cómo atraer tu atención, preciosa».

—Has dicho que es imposible no pensar en algo, pero te aseguro que hay momentos en que los hombres no pensamos absolutamente en nada.

Ella le dirigió una mirada cargada de escepticismo, y él sonrió para sí, concedor de la pregunta que vendría a continuación.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué momentos son esos?

Un estremecimiento recorrió a Mary cuando vio cómo se oscurecían los ojos azul medianoche del duque y su mirada se tornaba más intensa y ardiente. El estómago le dio un vuelco y su corazón comenzó a latir con más fuerza. Contuvo la respiración mientras aguardaba su respuesta.

—Cuando nos emborrachamos con unas buenas cervezas..., y después de un buen revolcón con una mujer. —El jadeo que escapó de los labios de ella le provocó una sonrisa—. El placer exquisito, princesa, es capaz de reducir el cerebro de un hombre a la nada. ¿No les ocurre lo mismo a las damas?

—¡Oh, por Dios! Eres un... —Contuvo su lengua con esfuerzo. Las palabras de él la habían descolocado, provocándole una extraña sensación, como un hormigueo que recorría su cuerpo—. Las damas no somos propensas a dejarnos arrastrar hasta ese extremo por la bebida.

—¿Y qué me dices de lo otro? —Se inclinó hacia ella, de tal manera que pudo oler el fresco aroma floral que desprendía su cuerpo—. ¿Te han hecho alguna vez el amor, princesa? ¿Te han hecho gritar de placer hasta hacerte olvidar tu nombre?

El ronco susurro y el cálido aliento masculino que acariciaba su mejilla le pusieron la piel de gallina. Su cuerpo, preso de una languidez repentina, le temblaba por el esfuerzo de mantenerse sobre la silla. Temió, y deseó al mismo tiempo, que Valentin la besara una vez más, porque estaba segura de que, si lo hacía, se dejaría arrastrar por esos oscuros deseos que invadían sus sueños.

Espoleó con fuerza a su montura para escapar de la tentación. Siempre había detestado la ligereza moral de las aristócratas rusas, y no quería convertirse en una de ellas. Deseaba un amor apasionado y profundo como el de sus padres, y no el placer pasajero de una aventura. Sin embargo, el duque se lo estaba poniendo muy difícil.

Valentin la vio partir al galope, como alma que llevaba el diablo, pero no la siguió. También él necesitaba tiempo para serenarse. Estaba tan excitado que, de buena gana, habría bajado del

caballo para ponerse a caminar. En el estado en el que se encontraba, el continuo golpeteo contra la silla de montar iba a terminar por castrarlo.

Respiró hondo y soltó el aire despacio, una y otra vez. Para alejar de su mente las imágenes que se habían formado de Mary con su glorioso cuerpo expuesto a sus ojos en toda su belleza desnuda, con el largo cabello desparramado sobre las blancas sábanas de su cama y una sonrisa seductora en sus labios sonrientes, se puso a analizar, una vez más, las sensaciones que lo habían asaltado en Kalisz.

Una vez repuesto de su herida y de la fatiga acumulada por la fiebre y el penoso viaje, había intentado comprar un pequeño carruaje con el dinero que portaba en su equipaje. El papel de rico comerciante, como el que él representaba, no pasaba por hacer que su esposa viajase a lomos de un caballo durante largos trayectos. Sin embargo, tanto cuando había intentado comprarlo como cuando quiso adquirir billetes para el coche de postas, tras no encontrar a nadie dispuesto a venderle un carruaje, había tenido la sensación de que todo ello era intencionado. La gente parecía decidida a no dejarlos abandonar la ciudad e, incluso, había tenido la sensación de que alguien los vigilaba.

Al final, no tuvieron más remedio que aceptar que tendrían que seguir con sus monturas durante un poco más del camino, hasta que se hallasen en Prusia. A pesar de todo, su instinto le decía que algo no iba bien, y se alegraría cuando abandonasen, por fin, el territorio ruso.

Vio que Mary había aflojado el paso de su caballo, colocándolo al trote, y espoléó al suyo hasta alcanzarla. Ella no dijo nada cuando se situó a su lado, ni siquiera lo miró. Avanzaron en silencio, mientras las vastas extensiones de los campos de trigo se sucedían a lo largo del polvoriento camino, ofreciendo un fuerte contraste entre sus tonos dorados y el intenso azul de aquel cielo de verano.

—Echarás de menos todo esto.

Mary miró a Valentin con sorpresa. No esperaba que él comprendiese tan bien cómo se sentía en esos momentos. No era la primera vez que abandonaba su país natal, pero, en esa ocasión, la embargaba la sensación de que no volvería a Rusia, al menos durante mucho tiempo.

—Sí. He transcurrido aquí mi vida entera y todos mis recuerdos pertenecen a estas tierras: las tumbas de mis padres; mi hermano y su nueva esposa, Yakov... —Un nudo le apretó la garganta al pensar en su amigo—. ¿Cómo voy a poder dejar atrás todo eso?

La mano cálida de Valentin envolvió la suya sobre las riendas y se la apretó con suavidad por unos instantes. Ella agradeció el gesto.

—Cuando todo esto termine, podrás volver. —Mary asintió, aunque no estaba tan segura de ello, no mientras Timashev siguiese ostentando ese poder. Él pareció leerle el pensamiento—. Ese... general no te dejará en paz, ¿verdad?

—Está obsesionado. Aprovechó que mi hermano se encontraba fuera para proponerme..., no, para exigirme que me casara con él. —Sacudió la cabeza—. Solo le interesa hacerse con la mansión, con el dinero y el título de príncipe, y no cejará hasta conseguirlo, sin importar lo que

tenga que hacer para ello.

—También te desea. —Hizo una pausa antes de añadir—: Eso puedo comprenderlo.

Mary no quiso mirarlo. Clavó la vista en el horizonte; el paisaje había cambiado, llenándose de árboles y campos verdes, el aire olía a limpio y a verano.

—El deseo no es lo mismo que el amor —musitó.

Y no lo decía solo por Timashev. No sabía con exactitud cuáles eran los verdaderos sentimientos de Valentin por ella, si es que acaso los tenía, aunque no podía obviar el ardor que veía en sus ojos cada vez que la miraba. Ella también lo deseaba; tenía un cuerpo magnífico, como el de un dios griego, y sus besos la encendían de tal manera que perdía la noción de todo lo que la rodeaba. Sin embargo, y aunque sentía la tentación de dejarse llevar por ese deseo al menos una vez, también lo amaba. Le gustaba ese aire despreocupado que ocultaba un carácter honorable, su capacidad para reírse de sí mismo, su lealtad, su mente aguda, la confianza en sí mismo y su sonrisa sincera. ¿Cómo iba a entregar su corazón solo a cambio de unas pocas noches de pasión que luego se perderían en el olvido, cuando el aroma de otra mujer sedujese al duque?

Valentin no dejaba de observar a la dama. «No tardes en decírselo a ella». Las palabras de Yakov resonaron en su cabeza y, en ese momento, supo que tenía razón. Él quería certezas para no embarcarse en un matrimonio que podría terminar por convertirse en un infierno, como el de sus padres. Quería apostar sobre seguro porque tenía miedo, pero ¿acaso aquellos que apostaban no lo hacían espoleados por el gusanillo del riesgo? Sin atreverse, era imposible ganar. Y él nunca había desdeñado un buen desafío, más aún si su recompensa poseía unos ojos del color de las violetas que hacían hervir su sangre.

—Mary... —El estruendo de unos cascos de caballo al galope detuvo sus palabras de golpe. Giró la cabeza para observar el camino y alcanzó a distinguir un grupo de hombres con uniformes militares—. ¡Hacia el puente!

Ella también los había visto, y no tardó en azuzar a su montura para que emprendiera el galope. Al fondo del paisaje se distinguían las tranquilas aguas del río Óder y el puente de madera que las atravesaba. Se inclinó sobre el cuello del animal y rogó para que no los alcanzasen antes de cruzarlo. El pánico le atenazaba las entrañas al pensar en lo que ese diablo de Timashev podría hacerle al duque inglés.

Valentin maldijo en su interior al ver que los soldados acortaban distancias. Aunque tenía su pistola, no deseaba hacer uso de ella por temor a que le respondiesen, poniendo así en peligro la vida de Mary. Tenían que alcanzar el puente a como diese lugar.

—¡Valentin!

Él también lo había notado antes de que ella se lo advirtiese.

—¡Maldita sea! —espetó con rabia al ver un grupo de hombres a caballo que se acercaba por las márgenes del río—. Pase lo que pase, no te detengas —le ordenó, al tiempo que sacaba la pistola.

Sin embargo, no llegó a disparar. Los hombres que tenían delante no vestían uniforme, más bien, parecían aldeanos, y habían dejado libre el acceso al puente.

Mary aguzó la vista. Su corazón latió apresurado mientras observaba al hombre que encabezaba el grupo. Reconoció aquella forma de montar —con la arrogancia de quien se ha criado entre caballos— y su porte erguido, mucho antes de poder discernir los rasgos de su rostro.

—¡Yakov!

La alegría que sintió al verlo con vida casi le hizo olvidar que los perseguían, al menos hasta que escuchó una detonación a sus espaldas. Angustiada, miró a Valentin, pero no pareció que lo hubiese alcanzado ninguna bala.

Los hombres de Yakov se adelantaron por los flancos, formando un muro de protección a su alrededor, hasta que llegaron junto al que los lideraba. El pequeño ejército de Timashev se había detenido frente a aquel grupo de audaces cosacos. Mary encomendó al cielo que el general desistiese en sus intenciones de perseguirla y no se aventurase a atacar.

—Parece que te alegras de verme, princesa —le dijo Yakov cuando ella lo abrazó. Controló sin dificultad su montura cuando esta reaccionó a la proximidad del otro animal—. Veo que has sabido cuidar de ella, inglés.

—Es un placer volver a verte, amigo —lo saludó Valentin.

—Creímos... pensé... —El nudo en la garganta le impedía a Mary hablar—. Sabes que nunca te habría abandonado si...

—Lo sé, pequeña, pero hicisteis lo correcto —repuso con suavidad, mientras retiraba una lágrima del rostro de la muchacha—. Dije que te acompañaría hasta la frontera y aquí estoy.

La voz del general Timashev resonó en el aire.

—¡Dadme a la mujer y os dejaremos marchar con vida!

Ni uno solo de los cosacos se movió de su lugar, a pesar de lo mucho que arriesgaban. Por suerte, Yakov había impedido que Andrey se uniese a ellos; Sarka nunca lo hubiese perdonado si le pasaba algo al muchacho.

—Cruza ese puente —le dijo a Mary—, y haz lo que tienes que hacer, princesa. Yo estaré esperándote cuando regreses.

—¿Lo harás?

—Soy cosaco, muchacha. Los cosacos somos hombres de palabra. —Se volvió hacia el duque—. Inglés, cuida de ella. Te pediré cuenta de cada uno de los cabellos de su cabeza.

Valentin asintió y estrechó la mano que el cosaco le tendió.

Yakov los observó cruzar el puente al galope. El sonido de los disparos ahogó sus palabras.

—Adiós, princesa.

Capítulo 17

París. Julio de 1857

La habitación del Hotel Montmorency era sencilla, aunque no carecía de encanto. El estampado de las paredes hacía juego con las dos butacas que había en la estancia, y la mesa de caoba brillaba con los rayos de sol que entraban por la ventana. Todo estaba limpio y en perfecta armonía. Aun así, distaba mucho de ser el Hotel Le Meurice, situado en la Rue de Rivoli; hotel que frecuentaba Valentin cada vez que viajaba a París, y donde no habrían tardado en reconocerlo los aristócratas pertenecientes a su círculo más cercano, que solían buscar el lujo y la comodidad que ofrecía el establecimiento.

No obstante, tanto Mary como él estaban más que satisfechos con poder alojarse en aquel lugar y descansar del largo trayecto que habían recorrido atravesando la Confederación Germánica. Además, por fin podrían darse un buen baño caliente y cambiar las ropas, desgastadas por el viaje, antes de que alguien los tomara por mendigos.

—Es una modista extraordinaria, te encantará —le aseguró Valentin a Mary. Ella lo miró con desconfianza.

—Los hombres no tenéis ni idea de moda —protestó, disgustada por el hecho de no poder elegir por sí misma el lugar donde la vistieran.

Había estado en París con anterioridad y recordaba a la perfección a la modista a la que solía acudir con su madre. En su papel de diplomático, el marqués de Mansbourg había viajado a Inglaterra con cierta frecuencia, deteniéndose siempre en París. En alguna ocasión, Mikhaíl y ella habían acompañado a sus padres, pero como su madre siempre se había negado a poner un pie en Londres, las dos se quedaban a disfrutar de la capital francesa hasta el regreso de los dos hombres de la familia.

A pesar de todo, tuvo que reconocer que París había cambiado bastante desde la última vez que ella había estado allí. Napoleón III se había impuesto a sí mismo la tarea de modernizar la ciudad y, con ayuda del barón Haussmann, prefecto del Sena, había emprendido el enorme desafío de lavar el rostro de aquella dama medieval. La creación de amplios bulevares había destruido calles secundarias y callejones sin salida, y la disposición de espacios verdes había contribuido a dar amplitud a la ciudad. Las construcciones de los nuevos edificios, de piedra tallada, mostraban una uniformidad que embellecía París.

Miró con desconfianza la calle por la que avanzaban y que no reconocía en absoluto. No estaba segura de poder moverse con total libertad por entre esas nuevas avenidas sin correr el riesgo de extraviarse y acabar en alguno de aquellos barrios tan peligrosos en los que habitaban

los más desfavorecidos. Por eso, y aunque no le gustaba en lo más mínimo, no le quedaba más remedio que dejarse guiar por aquel duque bribón.

—A vosotros os basta con vestir una chaqueta y unos pantalones —continuó con su protesta.

—Mi querida dama, no desprecies así la obra de nuestro gran Beau Brummell.

Ella bufó en desacuerdo.

—¿Qué sabréis vosotros sobre los diferentes tipos de tejidos, la combinación de colores, los encajes o...?

—¿... los corsés? —completó él, con una sonrisa burlona—. Otros hombres quizá no, pero puedes estar segura de que yo tengo un gusto exquisito a la hora de vestir a las mujeres —presumió sin ningún pudor.

«Y una facilidad extraordinaria para desvestirlas», pensó ella, apretando los labios en una línea firme, cuando vio las miradas de apreciación que le lanzaron varias damas justo antes de pasar por su lado. Él se apartó con caballerosa elegancia para cederles el paso, y las jóvenes esbozaron una sonrisa que, en cualquier salón londinense, hubiese sido considerada una flagrante invitación a...

No quiso pensar en ello. Al menos, sentía la tranquilidad que le daba haberse librado del general de una vez por todas, y también de que su viaje, por fin, llegaba a término. Solo necesitaban cruzar el canal y estarían en Inglaterra. A pesar del alivio que sentía por ello, una sensación de tristeza la inundó, como si lograr el objetivo por el que había emprendido aquella travesía fuera a la vez satisfactorio y amargo.

Miró a Valentin de reojo y comprendió que, una vez llegaran a Londres, él habría cumplido su misión y ya nada lo retendría a su lado. Volverían a ser el duque de Ainsworth y lady Mary Branson. El corazón se le encogió, como si fuera un caracol que intentara ocultarse en su concha para protegerse. La sensación de pérdida la turbó. ¿Qué le iba a quedar de él cuando se separaran, de todo aquel largo y azaroso viaje? Solo recuerdos que desaparecerían con el tiempo. Pero ella no quería solo recuerdos que alimentasen su memoria, anhelaba poseer también el corazón de aquel hombre, su confianza y su amor.

—¡Ah!, ya hemos llegado. —Él le dirigió una encantadora sonrisa, ajeno a los sentimientos que inundaban su ánimo, lo que le provocó un dolor repentino—. El negocio de madame Fourier, una de las mejores modistas de todo París.

El tono teatral que usó le provocó una sonrisa, desterrando las sombras que la habían acechado hasta ese momento. El duque parecía un niño que acabara de encontrar un tesoro oculto.

Cuando entraron en el establecimiento, una mujer de complexión recia, adornada con una profusión de joyas que brillaban sobre sus muñecas y descansaban sobre sus opulentos pechos, los miró como si fueran dos intrusos. Con un solo vistazo los catalogó y los desestimó. Justo en el momento en que abría la boca para echarlos de su respetable establecimiento, sus ojos se detuvieron en el rostro del hombre y sus cejas se elevaron con asombro, como si acabara de ver

un fantasma. Hizo un gesto con la mano, para despedir a una muchacha que le mostraba en esos momentos una brillante tela de seda roja, y se acercó a ellos con el rostro encendido por la sorpresa y el placer.

—*¡Mon Dieu!* —exclamó madame Fourier con un fuerte acento parisino. Sus ojillos brillaron con deleite por la apostura del hombre y, en gran medida, también con codicia por lo abultado de su bolsillo—. O mis ojos me engañan, o acaba de entrar por la puerta el hombre más apuesto de todo París.

Valentin esbozó una sonrisa destinada única y exclusivamente a seducir, o al menos eso se dijo Mary, en quien sí había causado ese efecto. Por el modo que tuvo la modista de batir las pestañas, supuso que también a la mujer la había afectado del mismo modo.

—¿Solo de París? —inquirió burlón, adelantándose hacia la dama. Con una pose arrogante y de estudiada lentitud, depositó un suave beso en el dorso de su regordeta mano enjoyada.

Ella sonrió ante la ocurrencia del duque; luego, lo miró de arriba abajo mientras negaba con la cabeza.

—He visto muchas cosas, *monsieur*, pero nunca algo tan horrible como el atuendo que luce en este momento. Es un atentado contra su buen gusto, milord.

—Es una larga historia, madame, que algún día le contaré. —Valentin le guiñó un ojo a la mujer, despertando en ella una sonrisa y, después, se giró e invitó a Mary a dar un paso al frente para situarla frente a la modista—. Ahora necesito su ayuda.

La señora observó con detenimiento a Mary y dio una vuelta alrededor de ella, admirando su figura. El silencio de madame Fourier, unido a su escrutinio, empezó a resultarle incómodo. Se sentía como si fuese una pieza de ganado que estuviesen a punto de vender.

—Mmmm... —Por fin la mujer rompió el silencio, mientras asentía—. Podría hacer algo con ella. Tiene porte y es hermosa, de eso no hay ninguna duda. Posee una elegancia innata. —El hecho de que la mujer hablase como si ella no estuviese presente molestó a Mary en grado sumo, y estuvo a punto de protestar—. Sí, podría tener algo listo en un par de horas. ¿Cuántos?

—Con un par bastará —respondió Valentin—. Nada sofisticado.

—Comprendo —repuso la mujer, con un aire de entendimiento que resultó del todo incomprensible para Mary—. *Parfait*.

La modista batió las palmas y, al punto, aparecieron dos muchachas jóvenes.

—¿Madame? —dijeron al unísono.

—Annette, ayúdala a desvestirse, y tú, Marjorie, trae las telas para que las vea Su Excelencia —ordenó con tono enérgico—. Avisad también a Jean Paul. —Miró hacia el duque y este le hizo un gesto de asentimiento—. Decidle que lord Ainsworth necesita sus servicios.

Una de las muchachas, de cabello oscuro y ojos de amatista, que Mary supuso sería Annette, la tomó del brazo para conducirla hacia uno de los reservados que había en la tienda. Ella se soltó, con un firme tirón.

—Puedo caminar sola —declaró en un perfecto francés. Dedicó una mirada altiva a la

modista y a Valentin, y añadió—: Y también puedo desvestirme sola.

Alzó la barbilla y se dirigió con la arrogancia y el porte de una princesa hacia la cortina adamascada, en color dorado, que separaba el vestidor de la estancia.

—Desde luego, hay que reconocer que es hermosa —oyó decir a madame Fourier—, pero milord no debería permitir que su *chère amie* le hable en ese tono.

Valentin escuchó la exclamación y el jadeo que surgieron de detrás de la cortina y sonrió, pero no contradijo a la modista. Comprendía que a Mary pudiese disgustarle que la considerasen su querida, si bien él estaría encantado de que ella lo fuese en realidad, pero debía salvaguardar su reputación, y madame Fourier era, además de una excelente modista, una amante de los cotilleos. Ya se disculparía más tarde con Mary, se dijo; por el momento, disfrutaría de la situación.

La joven Marjorie se presentó con unos rollos de tela y se los mostró, luciendo una sonrisa coqueta. Él observó los tejidos y escogió un satén en color azul, que haría destacar sus ojos color violeta, y otro en un tono burdeos. De un catálogo eligió los complementos, incluidos un corsé que se abrochaba por la parte delantera y un par de medias de seda blancas, que no tuvo problema para imaginarse a sí mismo deslizándolas despacio por las suaves curvas de sus muslos torneados mientras besaba cada centímetro de piel expuesta. Se removió incómodo sobre la dura butaca cuando su cuerpo reaccionó con entusiasmo febril ante las fantasías de su mente. «¡Diablos, son solo unas medias!», gruñó para sí.

Pero sabía que era mucho más que eso. Era el dulce anhelo que sentía por ella y que había ido creciendo con cada paso que los acercaba a Inglaterra; era deseo puro y carnal de hacerla suya de todas las maneras posibles; y era un amor intenso y desesperado que le hacía pasar las noches en vela por no poder estrecharla entre sus brazos. Pagaba el precio de su cobardía, porque aún no había sido capaz de hablarle de sus sentimientos.

Mary estaba furiosa. «¡Pedazo de asno insensible!, ¿cómo te atreves a hacerles creer que yo soy tu..., tu...». Bufó indignada y dirigió una mirada hostil a la muchacha, que acababa de pincharla con un alfiler. Deseaba calentarle las orejas a ese duque mezquino, pero no estaba segura de que madame Fourier no hablase el inglés, así que usó su lengua materna, el ruso.

—Eres un arrogante y un insolente, milord.

—Vaya, ¿esa es tu manera de agradecer que te procure vestidos nuevos? —replicó, divertido, utilizando el mismo idioma.

—Poseo suficientes riquezas para vestirme a mí misma, señor mío, no necesito de vuestra caridad.

—Considéralo entonces un regalo —apostilló. Tomó la copa de brandy que una de las muchachas había dejado en una bandeja sobre la mesita y dio un trago, deleitándose en el sabor añejo del licor al bajar por su garganta.

—Ninguna dama que se precie de serlo permitiría que un caballero le hiciese un regalo semejante, a menos que fuese un miembro de su familia o...

—O su amante —suplió él.

—O su esposo —lo corrigió Mary, con un matiz de irritación en el tono—. Y tú no eres ninguna de esas dos cosas.

Valentin clavó su intensa mirada azul sobre el cortinaje tras el que se refugiaba ella, y alzó su copa a modo de brindis. «Pero pienso serlo, señora. Tu esposo y tu amante».

—Bueno, pues ahí tienes la razón por la que no le he dicho a nuestra querida amiga aquí presente quién eres en realidad, ¿o prefieres que sepa que no nos acompaña ninguna carabina?

—¡Por supuesto que no! Eso sería... ¿Qué hace? —Su voz sonó aguda y con un deje de histeria.

A él le sorprendió escucharla de nuevo hablar en francés, hasta que comprendió por qué lo había hecho cuando vio que la cortina se abría de golpe, dejando expuesta a Mary ante sus ojos. Había olvidado que madame Fourier solía pedirle su opinión cuando vestía a sus amantes, y a ellas, por supuesto, no les importaba mostrarle sus encantos.

Se le secó la boca cuando la vio cubierta con un precioso corsé que realzaba la plenitud de sus senos de piel blanca y cremosa, y las medias de seda que enfundaban hasta medio muslo sus piernas largas y torneadas, sujetas con unas ligas negras. Sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho y todo su cuerpo reaccionaba ante aquella visión. Se esforzó por mantener la calma y se dio cuenta de que apretaba con demasiada fuerza el pie de la copa. La dejó sobre la bandeja, sin apartar los ojos de Mary. Para su desgracia, madame Fourier cubrió aquel espléndido cuerpo con un tejido de satén azul que contrastaba con el color rosado que había adquirido su piel y con aquellos ojos violeta que lo miraban furiosos.

—¿Qué le parece, Su Excelencia?

Valentin carraspeó para aclararse la garganta. «Una diosa», pensó.

—Bien. —Su voz sonó demasiado ronca y probó de nuevo—. Bien.

Incapaz de decir nada más, hizo un gesto con la mano que la mujer supo interpretar. Corrió la cortina, privándolo de las magníficas vistas. Tomó de nuevo su copa, la llenó y la apuró de un solo golpe.

—Dile a madame —oyó la voz enfurecida de Mary que le llegaba desde el vestidor— que si vuelve a hacer eso le arrancaré los ojos.

El duque ahogó una carcajada y dirigió su mirada hacia la modista, que sacudió la cabeza en un gesto de exasperación. De haber sido inglesa, en lugar de parisina, habría organizado un verdadero escándalo, llevada por la indignación.

—Tu francés es perfecto, querida, y su oído muy bueno, así que no creo que madame necesite que se lo repita —se burló.

El vestidor permaneció en silencio, y él esperó a que ella cayese en la cuenta del significado de sus palabras. No tardó demasiado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Quieres decir...? ¿Por qué no me has dicho que estaba hablando en su idioma?

Esta vez no pudo contenerse y soltó una carcajada ante el apuro de Mary. Si la hubiese tenido delante, la habría besado. Ella era espontánea y natural, sin el artificio de tantas damas inglesas ni su tiesa compostura. Sería la duquesa perfecta para él.

Unas horas más tarde, habían bajado por el bulevar de Saint Germain y paseaban a orillas del Sena. A lo largo de su recorrido, se habían detenido a observar los visibles cambios que estaba dejando el proyecto urbanístico de Haussmann. Edificios demolidos, construcción de apartamentos, ampliación de calles... París estaba cambiando.

Mary caminaba del brazo de Valentin. Después de lo sucedido en el negocio de madame Fourier, le costaba mirarlo a los ojos sin sonrojarse. A pesar de todo, el resultado del trabajo de la modista era espléndido. Lucía un precioso vestido de satén azul con encaje en azul más oscuro bordeando el amplio escote y las mangas abullonadas, y el lazo de seda azul noche marcaba su estrecha cintura. Había olvidado lo bien que se sentía al volver a ser una misma.

También el duque había cambiado su atuendo por uno más apropiado: unos pantalones oscuros, una camisa blanca de lino y una chaqueta de color azul que parecía haber sido tejida a propósito para hacer juego con su propio vestido, y que se ceñía a su ancha espalda sin necesidad de relleno de ningún tipo. Llevaba sombrero de copa, lo que lo hacía verse sorprendentemente alto.

Mary se daba cuenta de que despertaban la mirada curiosa y, en algunos casos, admirada de cuantos pasaban junto a ellos.

—Estás encantadora —la galanteó él, mientras se dirigían hacia la isla de San Luis, donde se encontraba ubicado su hotel.

Mary fijó su mirada en la otra margen del río, donde se alzaba, espléndida, la catedral de Notre Dame. El sol de la tarde arrancaba reflejos dorados al agua e iluminaba el antiguo edificio gótico, que parecía elevar sus torres hacia el cielo en una muda plegaria. Los viandantes con los que se cruzaban parecían ajenos a aquel espectáculo fascinante.

Se rehusó a mirar al duque, seguía molesta con él. Si bien comprendía la necesidad de mantener en secreto quién era ella, pensaba que Valentin podría haberle explicado con anterioridad el papel que pretendía que ella asumiese ante madame Fourier, en vez de permitirle exponerse al ridículo con su comportamiento.

—¿Todavía sigues enfadada? —Quiso saber él.

Mary dejó escapar un suspiro. Se encontraban en una ciudad hermosa, habían descansado y al día siguiente partirían para Londres, no valía la pena permanecer en un mutismo sin sentido.

—Deberías haberme advertido de lo que pretendías —lo acusó.

—No tenía ningún plan, Mary, en realidad, solo dejé que madame Fourier se hiciese una idea equivocada. Si tú no hubieses actuado como una dama...

—Pero es que soy una dama —protestó ella, molesta por sus palabras, que parecían culparla de una situación que solo había provocado él—. Supongo que han desfilado por allí tantas de tus amantes que la pobre mujer ya no es capaz de distinguir a una dama de las que no lo son.

No quería reconocerlo, pero le dolía saber que Valentin había estado con otras mujeres. De hecho, no sabía si en esos momentos mantenía alguna amante en Londres.

—Creo que exageras, Mary. —La miró con una enorme sonrisa en los labios, disfrutando de lo que parecía un ataque de celos, aunque debía reconocer que no le gustaba demasiado que ella lo considerase un mujeriego—. No han sido tantas, además, puedo asegurarte que ha sido por una buena causa.

«La causa de Inglaterra», se dijo. Había servido como espía al Gobierno inglés y, para ello, había tenido que representar su papel de calavera al que solo le interesaban las mujeres, la bebida y el juego, tanto en Francia como en Inglaterra. Nunca le había importado demasiado su reputación, ya que no contaba con familia a la que pudiera perjudicar, excepto a su tío abuelo; pero al marqués de Wroxford le daba vida hacer lo imposible por meter a su nieto en vereda.

—Ahórrate las excusas, no me van a convencer tus palabras ni tu encantadora sonrisa.

Valentin vio su oportunidad para cambiar de tema.

—¿Así que piensas que mi sonrisa es encantadora? —Clavó su intensa mirada azul sobre ella y se inclinó para susurrarle al oído—: ¿Y qué más piensas de mí?

Mary se estremeció al sentir el cálido aliento sobre su mejilla.

—¿¡Lady Mary Branson!?! —La voz femenina la sobresaltó. Alzó la mirada para encontrarse con la esposa de uno de los cónsules de Francia, que había sido gran amiga de su madre—. ¿Eres tú, querida? No sabía que te encontrabas en París.

La abrazó con cariño, como si ella todavía fuese esa niña a la que había conocido durante sus viajes.

—Me alegro de verla, lady Penworth —la saludó, esbozando una cálida sonrisa—. Lo cierto es que me encuentro solo de paso.

La mujer, una dama elegante, de modales suaves, asintió.

—Sentí mucho lo de tus padres, querida. —Apretó su mano para darle consuelo. Mary sabía que era sincera. De pronto, la mujer pareció reparar en Valentin—. Veo que estás muy bien acompañada. Lord Ainsworth, es un placer tenerlo de nuevo entre nosotros.

Valentin besó con galantería la mano enguantada que le ofreció la mujer. Conocía bien a la dama: encantadora, de aspecto bonachón y famosa por sus cotilleos. Vio el brillo de la especulación en sus ojos y supo de inmediato lo que pasaba por su mente, así que decidió cortar de raíz cualquier malentendido, antes de que lo hiciera correr por toda la ciudad como si fuera pólvora.

—El placer es mío, lady Penworth. Me alegro de verla de nuevo, está usted tan hermosa como siempre. —La sonrisa del duque cautivó a la mujer, que se sonrojó—. No sabía que conociese usted a lady Mary, entonces, estoy seguro de que se alegrará de conocer la gran noticia.

—¿Noticia? —repitió ella, embriagada por la idea de tener alguna novedad que compartir a la hora del té—. ¿Qué noticia?

Mary se preguntó exactamente lo mismo. El cosquilleo que sintió en el estómago le indicó que la respuesta no le iba a agradar en absoluto. Y no se equivocó.

—La del compromiso entre lady Mary Branson y yo. Ella será mi futura duquesa.

Capítulo 18

Mary abrió los ojos casi tanto como lo hizo lady Penworth. Por suerte, esta se encontraba tan entusiasmada con la noticia que no fue consciente de la sorpresa que reflejaba el rostro de Mary.

—¡Oh, pero eso es maravilloso! —exclamó la dama, con tanto entusiasmo que ella no tuvo más remedio que forzar una sonrisa, aunque lo que deseaba en esos momentos era estrangular al duque—. Lord Ainsworth, me ha sorprendido usted. Realmente, no creí que fuese de los que se casaba. —Valentin esbozó una sonrisa burlona. La mujer pareció darse cuenta de lo poco apropiado de su comentario y se sonrojó—. ¡Cielos!, quiero decir...

—Milady, el amor puede cambiar totalmente a un hombre y hacerlo capaz de renunciar a cualquier cosa con tal de pasar su vida junto a la mujer amada.

Mary fue la receptora de una mirada intensa de aquellos ojos azules que la hizo sentirse incómoda, puesto que las palabras del duque no eran sino una flagrante mentira. Un dolor punzante le atravesó el pecho, pero tuvo que esforzarse para no perder la compostura. Habría renunciado a su título y a todas sus riquezas con tal de que aquellas palabras fuesen verdad; le bastaría solo con su amor, si el corazón de Valentin pudiese dárselo, algo de lo que no estaba muy segura. Él era un hombre carnal y muy pasional, y aunque también podía ser capaz de una gran ternura, no creía que el matrimonio entrase en sus planes.

Lady Penworth no perdió tiempo en despedirse de ellos a toda prisa, después de darles las merecidas felicitaciones y de invitarlos a cenar en la zona de Montmartre, una comuna independiente que Haussmann pretendía convertir en un distrito de París y que poseía un ambiente bohemio que haría las delicias de Mary.

—Ahora que estás prometida, nadie tomará en cuenta si decides visitar un lugar algo más... exótico, acompañada de tu prometido.

Mary hizo un último esfuerzo por mantener la sonrisa en su rostro, cuyos músculos acusaban ya la rigidez del gesto, y despidió a la dama, que se alejó con su doncella. Con toda probabilidad, su única preocupación en esos momentos sería contar todo cuanto antes a sus amistades.

Cuando la perdió de vista, se volvió de inmediato hacia Valentin.

—¿Qué es lo que has hecho? —le preguntó, sin creerse aún lo que acababa de suceder.

Valentin se encogió de hombros, aunque estaba lejos de sentir indiferencia ante la actitud rígida de la que ella había hecho gala tras sus palabras. Había visto el relámpago de dolor que había cruzado sus ojos, y deseó abrazarla en aquel instante y decirle que todo era verdad, que él estaría dispuesto a renunciar a todo si ella permanecía a su lado para siempre. Pero aquel no era

el momento, así que se limitó a responder a su pregunta.

—Lo que había que hacer. Cerrar una boca y salvaguardar tu honor.

Mary comprendió que él tenía razón. Su reputación hubiese quedado en entredicho de haberse sabido que se hallaba a solas con el duque en París; sin embargo, no estaba dispuesta a arrastrar esa farsa hasta Londres y desgarrar su corazón en el proceso. Porque intentar la conquista del amor de Valentin era como tratar de capturar un copo de nieve: apenas lo rozabas se desvanecía.

Asintió de mala gana, mientras tomaba el brazo que él le ofrecía y continuaban su paseo.

—Está bien, pero terminaremos con este falso compromiso esta misma noche, le daremos a lady Penworth cualquier excusa para la ruptura y le explicaremos que, por ese motivo, partiremos mañana rumbo a Inglaterra.

—¿Tanto te disgusta estar comprometida conmigo?

El tono arrogante de él le hizo darse cuenta de que su actitud le había dolido, quizá, al herir su orgullo masculino con un rechazo, aunque este fuese tan fingido como el compromiso. No quiso creer, ni por un momento, que se tratase de algo distinto, que hubiese una posibilidad de que el duque sintiese algo por ella.

A pesar de todo, tampoco quería que él estuviese enfadado, y lo estaba, Dios sabía por qué motivo, pero podía notar la tensión que emanaba de su cuerpo y la dureza rígida de los músculos de su brazo bajo su mano. Así que optó por contestar con una media verdad.

—Mis padres se amaban mucho. Se enamoraron nada más conocerse, y todo su matrimonio estuvo basado en un gran amor. —Lo miró de reojo y comprobó que él la estaba escuchando—. A Mikhaíl y a mí nos enseñaron que lo único que de verdad valía la pena en la vida era el amor, un amor verdadero. Mi padre solía decirme: «Nacemos incompletos, y la tarea de nuestra vida consiste en encontrar a esa persona que nos completa, que nos lleva a convertirnos en mejores personas, a tener alegría y esperanza, y a sobrellevar las penas. Esa persona que te hace creer que juntos merece la pena emprender cualquier camino». Eso mismo es lo que mi hermano y yo buscamos también en nuestra vida. No puedo conformarme con menos, ni tampoco jugar con algo tan importante para mí, aceptando un compromiso falso.

«¡Maldita sea! ¡Pues hagámoslo realidad!», quiso gritarle él. Pero no pudo. El miedo, los recuerdos del pasado, lo asaltaron.

—El matrimonio de mis padres fue un infierno. —No supo por qué lo había dicho, pero, en ese instante, comprendió que quería... necesitaba seguir hablando, contarle lo que nunca le había revelado a nadie—. Creo que se amaban cuando se casaron, o eso decían, pero un buen día, el amor se acabó entre ellos y empezaron a comportarse como si fueran unos extraños. Apenas se dirigían la palabra y, con el tiempo, ni siquiera soportaban estar en la misma habitación que el otro. El amor no los completó, los destruyó. Y a mí me arrastraron en esa destrucción.

Mary sintió en su corazón la amargura que destilaban sus palabras y deseó abrazarlo con fuerza para consolarlo, porque percibía que, bajo esa fachada de indolencia y banalidad que

mostraba al mundo, había una herida profunda que todavía rezumaba dolor. Quizá nunca se curaría. No era tan tonta como para creer que el amor que sentía por él podía hacerle olvidar todo. Las heridas profundas se curaban desde dentro.

—Valentin. — Apretó su brazo con suavidad en un gesto de conforto, pero él no pareció darse cuenta. Se habían detenido junto al Sena, y él tenía la mirada perdida en las tranquilas aguas del río.

—Crecí solo, al cuidado de los criados, que sentían lástima por mí. Cuando cumplí los seis años, mis padres se deshicieron de mí por completo, enviándome a un colegio como interno. Mis compañeros me envidiaban por el título y las riquezas que un día heredaría, pero en aquel entonces, yo hubiera entregado gustoso todo eso a cambio, tan solo, de un abrazo. —La miró. Tenía la mandíbula tensa y los labios apretados en una línea dura, todo su rostro era una máscara de amargura—. No conozco ese amor del que hablas, ni siquiera estoy seguro de que exista.

Mary sintió más fuerte el nudo que le apretaba la garganta, casi impidiéndole respirar, y las lágrimas que le escocían en los ojos. No pensó en lo que hacía ni en el lugar en el que se hallaban, simplemente, se dejó llevar por el corazón. Dio unos pasos hacia él y lo abrazó, envolvió con sus brazos su cintura y pegó la mejilla al duro torso masculino que se estremecía con la respiración agitada. Cerró los ojos. Sintió la rigidez que lo asaltó, casi como si fuera una fría estatua de mármol, y lo estrechó contra ella con más fuerza, para hacerle saber que no iba a soltarlo. Entonces, sucedió. Él alzó los brazos, poco a poco, casi con temor, y la envolvió en ellos. Primero con suavidad, luego con tal fuerza que temió que la ahogase, pero no le importó. Él la necesitaba, y ella estaba dispuesta a bajar hasta el infierno que habitaba en su interior para rescatar su corazón herido.

Valentin no podía respirar. Sentía un dolor agudo en el pecho y tenía la sensación de que su corazón iba a descarrilar de un momento a otro por la velocidad con la que latía, golpeando sus costillas como si desease quebrarlas. Nunca se había mostrado tan vulnerable ante nadie, y cuando Mary lo abrazó, su cuerpo se tensó, expresando el rechazo por una compasión que no deseaba. Entonces, ella lo había abrazado con más fuerza, y el calor de su cuerpo había penetrado, a través de las capas de ropa, hasta su propia alma. Las lágrimas que se habían secado en sus ojos de niño brotaron de nuevo en los del adulto que era. Y lloró, lloró con el rostro oculto en el cabello de ella, que olía a tibieza, a dulzura y a maternidad.

No supo cuánto tiempo permanecieron así, ignorando el mundo que los rodeaba, pero ninguno de los dos dijo nada cuando se separaron, y él se lo agradeció en su interior. Si antes creía amarla, en ese momento estaba seguro de que no podría vivir sin ella. Si existía la mínima posibilidad de que ese amor del que Mary había hablado se diese entre ellos dos, él lo conquistaría y se arrodillaría ante ella para suplicarle que caminasen juntos, hasta alcanzar la eternidad.

Mary se cambió el vestido que llevaba en su paseo por el otro que le había entregado la modista, de seda color burdeos con brocado de rosas negras y encaje del mismo color en el

amplio cuello, que dejaba los hombros al descubierto, y las mangas.

Se sentía inquieta, y sabía que la razón no era la cena con los Penworth en Montmartre, sino lo que había pasado con Valentin pocas horas antes. No sabía bien cómo debía comportarse en esos momentos. Había actuado como una descocada, abrazando a un hombre en público, aunque no se arrepentía en absoluto. Había percibido las cálidas lágrimas que había derramado sobre su cabello mientras la estrechaba entre sus brazos, y su corazón había llorado con él y por él.

Sin embargo, el camino de regreso al hotel lo habían recorrido en silencio, y no sabía cómo debía tratarlo cuando él acudiese a buscarla para asistir a la cena.

Los suaves golpes sobre la puerta principal de su habitación la sobresaltaron. Mientras acudía a abrirla, agradeció que Valentin no hubiese usado la que conectaba ambos dormitorios, ya que enfrentarse a él en la intimidad del cuarto le hubiese resultado más difícil. Cuanto más conocía a ese hombre, más lo amaba... y más duro le resultaría luego renunciar a él.

—¿Estás lista? —le preguntó él, tras haber paseado su mirada, llena de una calidez inusitada, sobre todo su cuerpo, lo que exacerbó su nerviosismo y la inquietud que la embriagaba.

—Por supuesto. —Tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz sonase con naturalidad. Él también se había cambiado el traje por un elegante chaqué negro, camisa blanca y corbata del mismo color; llevaba el sombrero de copa y un elegante bastón que no le había visto antes. Se veía tan apuesto como un ángel y tan tentador como un demonio, y su corazón parecía dispuesto a recorrer el Paraíso o el Infierno a su lado—. Podemos irnos cuando quieras.

—Me he tomado la libertad de llamar un coche de alquiler. Nos espera abajo. Hay un trayecto de poco más de media hora hasta Montmartre. ¿Has estado alguna vez allí?

Mary sintió un alivio inmediato al ver que él se comportaba como siempre, quizá un poco más galante que de costumbre, y pudo relajarse cuando se acomodó en el acolchado asiento del carruaje.

—La verdad es que no. Supongo que mis padres no consideraron prudente que una joven como yo visitase ese tipo de lugares. —Le sonrió.

—Bueno, en Londres no tenemos un lugar exactamente igual, pero los jardines de Vauxhall son lo más parecido que puedes encontrar en cuanto a entretenimiento. Cuando estemos allí te llevaré a verlos —le aseguró. Mary asintió, sin querer decirle que una vez que llegasen a Londres él habría concluido su misión de acompañarla y no necesitaría preocuparse más por ella.

—Estaré encantada.

Permanecieron en silencio hasta que el carruaje comenzó a subir la colina de Montmartre, cuando las primeras estrellas hacían su aparición en el cielo nocturno de París.

Mary observaba de reojo a Valentin; aquel silencio en un individuo acostumbrado siempre a bromear y sonreír no le gustaba. Sabía que era orgulloso, y el hecho de haberse mostrado tan vulnerable ante ella con seguridad no le habría agradado; pero ella quería de regreso al hombre que la había conquistado, no a aquel duque de trato afable, educado y distante, casi como si fuese un extraño.

—¿Sabías que el nombre de Montmartre proviene de los romanos que conquistaron este lugar? Lo llamaron «Monte de Marte», aunque más tarde, su significado acabó por convertirse en «monte de los mártires» —le explicó él, sin dejar de mirar por la ventanilla hacia las luces que brillaban a lo lejos como luciérnagas en la noche—, cuando sobre la colina fue decapitado el que fuera primer obispo de París, San Dionisio.

—No, no lo sabía.

—Si fuese de día, bajo la luz del sol verías las llanuras verdes cortadas por precipicios, las cabras que retozan y pastan en los acantos que cuelgan de las rocas, las vides y los molinos. Un paisaje muy pintoresco. Te agradaría.

Volvieron a quedarse en silencio. Por suerte para Mary, el carruaje se detuvo y no necesitó responder. Esperaba que la velada no transcurriese toda en el mismo tono que habían mantenido hasta el momento.

No hubo nada que temer; en cuanto se reunieron con lord y lady Penworth, la dama los envolvió con su incesante cháchara mientras les relataba los cambios que se habían operado en el lugar con todos los pintores y gente bohemia que se había instalado allí. Cenaron en un pequeño restaurante, acompañados por un vino delicioso, y luego pasaron por las callejuelas y subieron hasta la iglesia del Sagrado Corazón, desde donde se podían ver las discretas luces que alumbraban París.

Valentin se alegró cuando estuvieron de vuelta en el hotel de la isla de San Luis. No había podido disfrutar por completo de la velada, a pesar de la amena compañía, porque al poco tiempo de llegar a Montmartre lo había asaltado una sensación de inquietud. Su instinto le decía que alguien los vigilaba de cerca, pero por más que había ojeado los alrededores con discreción, no había notado nada raro.

Sin embargo, sabía que no carecía de enemigos en París —a muchos les había incomodado su trabajo para el Gobierno inglés—, y por eso se mantuvo muy cerca de Mary, comportándose como un auténtico enamorado, a pesar de la creciente tensión que notaba en ella. Él, en cambio, había disfrutado cada minuto de su compañía, del aroma floral que la envolvía y de las deliciosas curvas de su cuerpo. ¡Dios, cómo la deseaba! Aquel paseo había sido tanto un deleite como una tortura, y ambas sensaciones lo habían mantenido con el cuerpo en tensión. Sobre todo, la posibilidad de que una bala furtiva la lastimase lo había enervado.

La planta en la que se encontraban sus habitaciones en el hotel se hallaba vacía a aquellas horas de la noche. Habían subido las escaleras en silencio.

Mary se volvió hacia él cuando se detuvo frente a la puerta de su dormitorio.

—Buenas noches, Valentin.

—Mañana partimos temprano —le dijo, intentando prolongar el momento antes de separarse de ella—. Debemos alcanzar Calais antes del anochecer, tenemos por delante un trayecto en carruaje de unas dieciséis horas. Al día siguiente embarcaremos en el Queen, que nos llevará a Dover, y estaremos en Inglaterra en poco más de noventa minutos. —La observó con atención—.

No pareces alegrarte mucho de terminar por fin el viaje.

Mary intentó sonreír. Tendría que alegrarse de poder cumplir con el encargo de la zarina y de haber escapado de los planes del general Timashev; sin embargo, sentía un enorme vacío dentro. Sacudió la cabeza.

—Sí, es solo que me encuentro cansada —se excusó—. Creo que será mejor que me retire. Buenas noches.

Valentin apenas fue capaz de despedirse antes de que ella cerrase la puerta frente a él.

—Buenas noches, Mary.

Entró en su propio dormitorio y se detuvo en el centro de la estancia, con la mirada clavada en la puerta que comunicaba con la habitación de ella. Se le acababa el tiempo y aún no le había dicho nada sobre sus sentimientos.

Él no podía ofrecerle ese amor eterno que ella deseaba; si pudiera extenderle un pagaré con esa garantía, lo haría sin dudar, pero no tenía la certeza de que su corazón no fuese a cambiar con el tiempo, como lo había hecho el de sus padres. Sin embargo, sí que podía darle su amor en el presente, ese que suspiraba por ella, que anhelaba poseerla, cuidarla y protegerla, hacerla feliz. Si Mary se lo permitía, intentaría amarla cada día, se dedicaría a ello en cuerpo y alma.

Depositó el sombrero y el bastón sobre la mesilla de mármol y se despojó de la chaqueta, el chaleco y el blanco pañuelo de lino. Decidido, se dirigió hacia la puerta, llamó y entró en la estancia contigua sin esperar respuesta. Lo que vio lo dejó sin aliento.

Mary se encontraba en el centro de la lujosa habitación, decorada en tonos dorados, que refulgía al resplandor de las velas. Llevaba el cabello negro suelto, cayéndole sobre la espalda en ondas hasta la cintura. Se había quitado la falda y el miriñaque, que daba forma circular a esta, quedándose tan solo con unos pantalones de lino hasta los tobillos, adornados con encaje, que mostraban la esbeltez de sus piernas. Aún vestía el corpiño del vestido, aunque había desabrochado parte de los botones delanteros, dejando expuesta la cremosa piel de la parte superior de sus senos.

Ella lo miraba con sus ojos violetas agrandados. Parecía contener la respiración, tal y como hacía él mismo. El aire se volvió denso en torno a ellos.

—Valentin...

El susurro sonó como un jadeo que lo arrancó de la fascinante contemplación de su imagen. Avanzó despacio hacia ella, sin dejar de mirarla a los ojos para poder captar todas sus reacciones. No quería asustarla, y de ningún modo la forzaría para obtener lo que deseaba. Quería que ella se entregase a él de la misma manera que él se entregaría a ella.

El corazón de Mary latía con tanta fuerza que le atronaban los oídos. A pesar de llevar desabrochados los botones del corpiño, sentía que le faltaba el aire mientras veía a Valentin caminar hacia ella con la mirada cargada de seductoras promesas. Se movía con la elegancia y la cautela de un depredador que está a punto de devorar a su presa, y, ¡que Dios la ayudara, ella quería ser devorada!

El viaje con él estaba a punto de llegar a su fin. Londres los separaría. Pero, antes de que eso sucediera, y aunque luego se odiase a sí misma por dejarse llevar por aquello que siempre había aborrecido —la ligereza moral de las damas rusas—, deseaba con desesperación experimentar lo que sentiría en sus brazos, con su cuerpo firme sobre el suyo, piel con piel. Anhelaba que él le hiciera el amor como si de verdad la amase, al menos por una vez.

El anhelo debió de reflejarse en sus ojos, porque, cuando entre sus cuerpos solo existía la escasa distancia de la ropa que los separaba y el calor que desprendían, él bajó despacio la cabeza, dándole tiempo de arrepentirse, y la besó. Sus labios se deslizaron, primero, con suavidad sobre su boca, probando su sabor, incitando una respuesta; después, más exigentes y apasionados, arrancando un gemido de su garganta y un gruñido de satisfacción de la de él.

—Te deseo.

Su voz ronca se derramó en su interior como miel caliente, arrebatándole el último resquicio de cordura que le quedaba para negarse, antes de deslizarse por la resbaladiza pendiente del deseo que él provocaba en ella. Inclino la cabeza para permitirle un mayor acceso a la piel de su cuello, que Valentin recorría en ese momento con sus labios.

Sus manos se movían sobre su cuerpo y, abrumada por su propio deseo, no se percató de lo que hacían hasta que no sintió el frescor del aire acariciarle la espalda desnuda. Se abrazó a la cintura masculina, como había hecho aquella tarde, solo que, en esta ocasión, era diferente. Él no buscaba consuelo ni ella deseaba ofrecerlo. Entre los dos solo había pasión, un hambre profunda que parecía arañarles el alma.

Valentin la levantó en sus brazos y la condujo hasta el amplio lecho que dominaba la estancia. La depositó sobre el suave colchón como si fuese una carga preciosa y se quitó las botas, la camisa y los pantalones antes de tumbarse junto a ella. Comenzó a desvestirla con caricias suaves y tranquilizadoras.

—Eres preciosa, cariño —le dijo cuando Mary quedó expuesta ante él en toda su perfección y belleza. Nunca podría cansarse de mirarla. Deslizó un dedo sobre su piel satinada, dibujando cada valle y cada monte de su cuerpo—. Como un diamante pulido, con muchas facetas. Y todas ellas me encantan.

Mary alzó la mano y la puso sobre su mejilla. Notó la barba incipiente bajo su caricia.

—Enséñame, Valentin.

Él giró la cabeza y posó los labios sobre su palma en un beso cálido y seductor.

—¿El qué, princesa?

Ella sonrió. No había sonado como un título, sino como el trato cariñoso de un amante.

—Enséñame cómo se aman un hombre y una mujer —le pidió.

Vio cómo sus ojos azules se oscurecían y cómo su cuerpo se tensaba por el deseo. Deslizó la mano por su cuello y la bajó hasta su torso desnudo en una caricia lenta. La detuvo sobre su corazón, que latía con fuerza bajo la piel masculina. «Yo tengo amor suficiente por los dos», pensó, justo antes de que la boca de Valentin asaltase la suya con una pasión arrolladora que

tenía ecos de desesperación.

Él se convirtió en un buen maestro, tierno y delicado en ocasiones; sensual y exigente en otras. Le mostró cómo estaba hecho su cuerpo, dando vida a partes que ni siquiera sabía que pudieran ser tan sensibles. Y cuando sintió como si una multitud de olas la golpeasen con fuerza, enviándola al fondo de un abismo, él la sujetó con firmeza.

Valentin se estremecía cada vez que sus pequeñas manos se deslizaban sobre su piel, palpando los músculos de su espalda y de sus brazos. Estaba haciendo un esfuerzo tremendo por contenerse y no dar satisfacción a sus necesidades y a su deseo primitivo de marcarla como suya. Quería que Mary disfrutara, que no olvidara nunca esa primera noche, el momento en que se habían convertido en amantes. Quería que llegaran juntos a la cumbre del placer. Ella gimió; fue un sonido que lo estremeció y que casi le hizo perder el control precario que mantenía sobre sí mismo. Supo que había llegado el momento de decir las palabras.

—Mary, mírame, por favor —le pidió. Vio que a ella le costaba enfocarlo y sonrió, satisfecho. Sus ojos, envueltos en la neblina de la pasión, parecían más azules que violetas—. Mary, yo te... —Las palabras se negaron a salir, se le atascaron en la garganta, mezcladas con los recuerdos del matrimonio de sus padres, produciéndole un sabor amargo—. Te necesito.

Se hundió en ella y Mary gritó cuando llegó al clímax. Él se dejó llevar también y la abrazó con fuerza hasta que los dos se calmaron y sus respiraciones volvieron a la normalidad. Retiró su peso de ella y se tumbó bocarriba en la cama, arrastrándola consigo.

No quería soltarla, no quería que ella desapareciera de su vida, porque, aunque Mary no lo supiera, aunque él no hubiera sido capaz de decírselo, el corazón que latía bajo el lugar donde descansaba en ese momento su cabeza le pertenecía.

Para siempre. Para toda la eternidad.

Capítulo 19

Calais, Francia. Agosto de 1857

Calais había sido fundado como un pueblo pesquero poco antes del siglo x. Su posición estratégica había sido codiciada tanto por Inglaterra como por España, que, a lo largo de los siglos, se habían disputado con Francia su posesión.

La ciudad que antaño había sido conocida como «la joya más reluciente de la Corona inglesa» gracias al comercio de estaño y plomo, productos textiles y lana, poseía un puerto bullicioso en el que se mezclaba el aroma a salitre y a pescado.

La multitud que atestaba las dársenas obligó a Valentin a sujetar la cintura de Mary y atraerla junto a sí para protegerla. Era la primera vez que volvía a tocarla tras la última noche en París, y un dolor insoportable le oprimió el pecho. La deseaba más que antes, si cabía, pero la distancia entre ellos parecía haberse ensanchado más aún. Tras las gloriosas horas que pasaron juntos, explorándose mutuamente y amándose casi sin palabras, el frío amanecer los había embarcado en un silencio sordo y ciego a cuanto habían vivido de maravilloso.

Mary había subido al carruaje que lady Penworth se había empeñado en prestarles para el trayecto entre París y Calais, incluidos cochero, lacayos y doncella de compañía; él no había tenido más remedio que hacer el viaje a caballo, si bien no se fiaba de sí mismo si hubiese tenido que pasar horas encerrado con ella en la cabina del coche.

Fue un error. Debería haberse opuesto a la dama, que insistía en que, a pesar de su compromiso —ninguno de los dos había dado el paso de manifestar su ruptura—, no era decoroso que Mary viajase sin una doncella. Con cada milla de distancia que devoraban, acercándolos a Inglaterra, más crecía la distancia entre ellos, casi como si fueran dos extraños, como si la noche de amor que habían compartido nunca hubiese existido.

Valentin logró llegar hasta la pequeña oficina donde se vendían los pasajes y adquirió dos en el Queen, que partía una hora después rumbo a Dover.

—Ven, vamos a ver si podemos subir ya al barco.

Deseaba librar a Mary de toda aquella multitud, que empujaba y gritaba para abrirse paso mientras atravesaba el puerto, pero también porque de nuevo tenía la sensación de que los vigilaban, y se sentía impotente para protegerla entre aquel mar de personas en el que sería incapaz de prevenir un ataque si este se produjese.

Por suerte, habló con el capitán y este no tuvo ningún inconveniente en dejarlos subir a bordo y esperar en la cubierta hasta que zarparan. No tardaron mucho tiempo en ver cómo empequeñecía ante sus ojos el puerto de Calais.

El Queen ofreció a Valentin la ocasión que tanto había estado esperando. Desde que habían dejado París, deseaba hablar con Mary, y había esperado lo que le parecía una eternidad para ello. Sin embargo, en el momento en que subieron al barco, ella aprovechó para alejarse de su lado y entremezclarse con los escasos pasajeros que había en cubierta. La decepción y la preocupación se sumaron al cúmulo de sentimientos encontrados que se amontonaban ya en el corazón de Valentin.

Se había jactado de ser siempre un hombre decidido, de ideas claras e ideales firmes. En esos momentos, se sentía perdido. La convicción de que el matrimonio era un mero acuerdo que no traía más que consecuencias negativas y sufrimiento a ambas partes se tambaleaba por primera vez en su vida. Y eso, añadido a la grieta en la seguridad que había sentido siempre de mantener su corazón intacto, a pesar del intento de muchas mujeres por penetrar en él, lo dejaba derrotado como un gallo vencido en una pelea.

Necesitaba hablar con Mary, necesitaba su proximidad y su mirada, sentía un vacío a su alrededor si ella no estaba allí. Y eso lo asustaba mucho más de lo que era capaz de admitir.

Con ese miedo atenazando su interior, no dejaba de vigilarla, en busca de la ocasión propicia para acercarse sin parecer demasiado desesperado. Pero ella, ajena al volcán que amenazaba con explotar en su interior, paseaba por cubierta mientras el sol acariciaba su precioso rostro. Los rayos arrancaban destellos de su cabello peinado a la perfección y recogido en un moño que dejaba al descubierto la parte posterior de su cuello. La observó, intentando descifrar lo que escondía su corazón. Se preguntaba qué pensaba ella en esos momentos y si se arrepentía de lo sucedido en París. En ese instante, como si le hubiera leído el pensamiento, desvió la mirada y clavó en él sus ojos violeta, llenos de... ¿dolor?

Fue un instante, tan solo un par de segundos, pero suficiente para despejar cualquier duda. Comprendió que Mary se odiaba a sí misma por haberse dejado llevar por su deseo aquella noche, puede que incluso lo culpaba a él por seducirla. Sin lugar a dudas, eso era lo que había hecho que entre ellos se impusieran un silencio y una frialdad que lo ahogaba como haría una serpiente enroscada alrededor de su cuello. ¿Había utilizado a Mary para satisfacer su propia necesidad?

Desvió la mirada, advirtiendo cómo la culpabilidad le aguijoneaba el pecho. Aquel era un estado nuevo para él. Jamás se había sentido culpable por nada en toda su vida desde que superó la crisis matrimonial de sus padres. Pero, en ese momento, algo en su interior le decía que nunca debió cruzar la puerta esa noche. Tendría que haberse concentrado en aclarar sus sentimientos y no en dejarse arrastrar por sus deseos. Apretó los puños con fuerza. Se había comportado como el libertino que ella creía que era, y la posibilidad de haberle hecho daño a Mary con su indecisión lo torturaba como un cruel verdugo.

Dio unos pasos vacilantes hasta la barandilla del navío y dirigió la vista hacia las aguas del canal, que se movían turbulentas con el paso del barco. Así había sido su vida hasta ese momento, igual que esas aguas inquietas que no podían frenar su movimiento. Una vida llena de

viajes, fiestas, bailes, intrigas y aventura; pero sobre todo una vida llena de mujeres con sonrisas falsas que le hacían olvidar la necesidad de encontrar el amor, y cuyo mayor interés residía en vaciar su cartera. Jamás había conocido el afecto, porque había dado por supuesto que eso era tan solo una fantasía irreal que algunos se inventaban con el fin de respaldar la decisión de contraer matrimonio.

Pero en ese momento, su mente confundida le jugaba malas pasadas y ya no sabía qué pensar. ¿Amaba lo suficiente a Mary para pasar una vida a su lado? ¿Cómo podía estar seguro de que aquello era auténtico amor y no simple deseo?

Se giró de nuevo, buscándola con la mirada. Se encontraba también junto a la borda del barco, pero no estaba sola. Había un caballero a su lado. El hombre lucía una sonrisa perfecta y unos modales muy cuidados. Algo en su interior se rompió y dejó salir una furia que le hizo cruzar la cubierta en apenas unas zancadas.

—Creo que no nos conocemos, señor —saludó con frialdad al hombre, que lo miró con desagrado—, y, la verdad, no tengo intención alguna de hacerlo. Buenos días.

Agarró del brazo a Mary y la alejó de allí, sin darle tiempo a protestar.

—¿Cómo has podido hacer eso? —se quejó, indignada, cuando se encontraron lejos de oídos ajenos. No había querido hacer un escándalo cuando Valentin actuó de forma tan primitiva, pero, en ese instante, se sacudió con fuerza de su agarre—. No tienes ningún derecho a tratarme así. Jamás en toda mi vida he pasado tanta vergüenza. Eres un... un...

—Un hombre que se preocupa por ti.

Los ojos del duque, tan azules como el cielo que los cubría, se clavaron en ella, haciéndola temblar durante un instante. ¿Cómo podía amarlo tanto?, se preguntó. ¿Cómo podía haber entregado con tanta ligereza su corazón a un hombre que no parecía saber qué hacer con él? Tan pronto lo trataba con ternura y delicadeza como lo pisoteaba, rompiéndolo en mil pedazos.

—No. Eres un hombre que está a punto de finalizar la tarea que le encomendó su amigo y al que estoy a punto de perder de vista —puntualizó con seriedad.

Si él hubiese visto un atisbo de dolor en aquella afirmación, no habría dudado ni un minuto en rodearla con sus brazos. Pero no había pesar en sus palabras, solo reproche y una pizca de orgullo. Su actitud le escoció. Recurrió a la máscara de arrogancia aristocrática que generaciones de duques de Ainsworth habían utilizado antes que él, para manifestar una indiferencia que estaba lejos de sentir.

—Así es —afirmó. Su dolor se transformó en rabia—. Por fin me perderás de vista y no volverás a tener que soportar mi compañía, aunque la otra noche pareciste disfrutar bastante de ella.

Mary dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe. Levantó la barbilla y se giró para darle la espalda. No deseaba que él fuera consciente del dolor que aquellas palabras le habían producido, ni de cómo sus ojos brillaban con la humedad de las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas. Apretó los puños y se obligó a sí misma a calmarse. Yakov le había

advertido que no se dejase seducir por aquel hombre, y ella había traicionado la confianza que su amigo le tenía, había dado la espalda a sus propias convicciones y se había convertido en aquello que más odiaba de las mujeres rusas: una dama inmoral. Y todo por una noche de pasión, por tener un recuerdo que alimentase su corazón en las noches solitarias, por saber lo que se sentía al ser amada por él.

—Lo siento —lo escuchó decir a su espalda—. Mi comentario ha estado fuera de lugar, te pido disculpas.

Mary cabeceó en un gesto de aceptación. Lo peor era que, a pesar de todo, amaba a aquel hombre, y su corazón se encogía de dolor al saber que él no le correspondía. Ella no había sido más que un mero adorno que sumar a la larga lista de amantes que tenía en su haber.

Había tenido tiempo para pensar durante el trayecto entre París y Calais. Él nunca le había dicho que la amaba, sus palabras exactas la noche que compartieron en París habían sido: «te necesito». Como quien necesitaba un vaso de agua para calmar su sed y después lo desechaba cuando ya se había saciado.

Se negaba a ser pañuelo de un solo uso. Deseaba ser amada por sí misma, formar una familia y tener a su lado a un hombre que se entregase a ella en cuerpo y alma. Pero ese hombre no era el duque. Él nunca había hablado de amor.

Suspiró, derrotada. No podía culparlo a él por haberse dejado llevar por ilusiones y sueños románticos, sino a su mismo corazón. Valentin solo había tomado lo que ella le había querido ofrecer. Aun así, seguía doliendo pensar que Inglaterra estaba cada vez más cerca y que arrancaría de su lado al hombre del que estaba perdidamente enamorada.

—Mary... —La dulzura en la voz del duque se le clavó como una daga. «¿Por qué vuelves a hacerlo? ¿Por qué no te comportas como el duque arrogante e insufrible que siempre creí que eras?», se preguntó, desesperada. Porque resultaba mucho más difícil enfrentarse al hombre que ella había descubierto tras la fachada del aristócrata: tierno, dulce y honorable—. Mary, ¿hay algo que deba saber?

Ella no se dio la vuelta. No podía mirarlo a los ojos sin echarse a llorar. Supuso que intentaba averiguar la causa de su comportamiento con él.

—No entiendo a qué te refieres —mintió. No podía decirle la verdad, que se despreciaba a sí misma por haber arriesgado su corazón por conseguir un pedacito de cielo aquella noche en París.

Valentin no soportaba verla así. Prefería mil veces su ira a aquella actitud de derrota, como si le hubiesen arrancado ese espíritu vivaz que habitaba en ella. Se aproximó hasta que pudo aspirar el aroma dulce que desprendía, mezclado con la brisa marina. No podía exigir que ella le dijese lo que sentía mientras él permanecía callado. Tenía que decírselo para volver a verla sonreír. Las palabras estaban ahí, en su pecho, en su garganta. Solo dos sencillas palabras: «te amo».

—Mary, yo te... —Sintió que le faltaba el aire mientras el miedo le oprimía la garganta. Se maldijo a sí mismo por no poder hacerlo y continuó con otra duda que le roía el corazón desde

hacía un tiempo—. Te... he visto ocultar un pequeño estuche de terciopelo. —Era un idiota y un cobarde, se dijo, pero al comprobar que los hombros de ella se tensaban ante sus palabras, el dolor lo traspasó—. He estado dándole vueltas y he llegado a la conclusión de que tiene un alto valor sentimental para ti. ¿Estoy en lo cierto?

Ella guardó silencio, y Valentin lo tomó como un «sí».

—Comprendo. —Un nudo se formó en su pecho cuando entendió que la batalla por el corazón de Mary estaba perdida antes incluso de comenzar—. Entonces, te pido disculpas por... por todo. No deseo molestarte más.

Se giró para alejarse. Necesitaba poner distancia entre ellos.

—Pertenece a un hombre, sí —dijo ella de repente, haciendo que se detuviese en seco. Apretó los puños con fuerza. Si eso era el amor, si de verdad dolía tanto, no lo quería. Mary continuó—: A un hombre que ni siquiera conozco, pero al que debo encontrar y entregárselo. No puedo decirte más.

Cuando había visto cómo le daba la espalda, Mary supo que no podía permitir que se fuese así; no podía dejarle creer que había otro hombre en su vida. Se había entregado a él por amor y no quería que ese sentimiento se empañase.

El rostro de Valentin se iluminó con la esperanza tras aquellas palabras. Estas no solo suponían que ella se encontraba libre, sino que le brindaba una oportunidad para continuar a su lado un poco más, una vez que llegasen a Inglaterra.

—Puedo ayudarte con eso. Tengo los contactos necesarios para...

—No —lo cortó ella, enfrentando su mirada con decisión—, no seguiremos juntos.

—¿Debo recordarte que me necesitas? —bromeó él, sin querer aceptar su negativa.

«Fuiste tú quien afirmó necesitarme a mí», pensó Mary con tristeza. Contempló sus ojos azul medianoche y supo que, si no se mantenía firme, se rendiría de nuevo, porque un solo minuto a su lado compensaría todo el vacío de una vida. Pero el dolor se volvería insoportable con el paso del tiempo, cuando lo viese con otras mujeres.

—Una vez en Inglaterra, contaré con la ayuda de James —insistió—, y ya no te necesitaré.

—¿James? —Dejó escapar un bufido descreído—. No tiene tiempo de andar buscando a quién sabe quién; se debe a su esposa, ahora tiene una familia de la que preocuparse.

A Mary le dolió escuchar sus palabras. No tanto por la alusión a la esposa de James, pues en ese momento se dio cuenta de que sus sentimientos hacia el que fuera su primer amor se habían diluido en aquel más profundo que sentía por el duque. Lo que en verdad le había dolido era que hablase sin ningún reparo del matrimonio, pero que él mismo fuese incapaz de llevarlo a su vida. Entendía su miedo, después de lo que le había contado sobre sus padres, pero ¿acaso él no era diferente a ellos? ¿Por qué tendría que cometer sus mismos errores? Sin embargo, ni siquiera quería intentarlo.

—Buscaré otra persona si hace falta —le aseguró.

—¡Por el amor de Dios, no seas tan terca! ¿Prefieres a cualquier extraño antes que a mí? —

La ira se reflejó en sus ojos azul medianoche como un relámpago en una noche tormentosa.

—Por supuesto —mintió con toda la calma que fue capaz de aparentar, porque lo cierto era que temblaba en su interior. Su corazón parecía resquebrajarse, dando paso a un abismo de dolor sin fondo—. Ya te he dicho que tu deber para conmigo ha terminado. Quedas libre de tu obligación, y yo quedo libre de...

—... de mí —completó Valentin, furioso.

—Sí.

La mirada fría que él le dirigió la golpeó con una fuerza inesperada. Ya no quedaba en él nada del hombre que la había acompañado en el camino; ante ella se erguía, arrogante e imponente, el duque de Ainsworth. No añadió ninguna palabra más ni intentó convencerla. Le dedicó una leve inclinación de cabeza y después se alejó de su lado, haciéndola sentir casi tan sola como cuando su madre murió, con esa misma sensación de pérdida y de vacío. Sabía que había hecho lo mejor, se recordó a sí misma. Aquel hombre no la amaba, y debía cortar su relación cuanto antes, pero se preguntaba por qué el camino correcto tenía que doler tanto.

Valentin no volvió la mirada atrás mientras se dirigía, a grandes zancadas, hacia el otro extremo del barco. Se aferró a la barandilla y apretó con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. «Mary». Esa sola palabra, pronunciada en su mente, tenía acentos de súplica. Pero él jamás le había rogado a ninguna mujer, y no lo haría tampoco en ese momento.

Cerró los ojos por unos instantes. Londres era una ciudad grande. Se juró a sí mismo que, una vez pusiera un pie en ella, se alejaría todo lo que pudiera de aquella mujer que había puesto su vida patas arriba, esa mujer que ocupaba sus sueños y que había penetrado hasta lo más profundo de su corazón.

El puerto de Dover era un incesante burbujeo de pasajeros, marineros, barcos y mercancías que llenaban cada rincón de las dársenas. En los últimos años, la población de la ciudad se había incrementado, así como el trasiego de viajeros que deseaban ir al continente.

Valentin se acercó a Mary antes de que colocasen la pasarela, pero no le ofreció el brazo para ayudarla a descender, dejando que uno de los marineros se ocupase de esa tarea. El hombre le había dedicado una mirada extrañada cuando le dio la indicación para que se ocupara de la joven, pero no le importó, aun sabiendo que se estaba comportando como un niño enrabiado. Mientras la tuviera cerca, se sentía incapaz de pensar con claridad.

Sabía que su actitud se debía al orgullo herido y que, en el fondo, la culpa de todo la tenía él y su cobardía para pronunciar unas simples palabras. Unas palabras que podrían atarlo de por vida a una mujer. Frunció el ceño al darse cuenta de que esa idea no lo amedrentaba, no si la mujer era lady Mary Branson; lo que en verdad lo aterrorizaba era despertarse un día solamente para descubrir que su amor se había acabado y terminar viviendo como dos extraños, sin nada en común.

—Milord.

Se sobresaltó ante la llamada del sirviente y se maldijo a sí mismo por haber estado tan

concentrado en sus pensamientos. Había descuidado su vigilancia, aunque tenía que reconocer que le habría resultado difícil distinguir en medio de aquel mar de gente si alguien los seguía. De cualquier modo, no experimentaba en aquel momento la misma sensación que lo había asaltado en el puerto de Calais.

—Gracias, Benson —le dijo al lacayo cuando tomó su equipaje. Había tenido la precaución de enviar desde París un cable telegráfico para que su cochero, y algunos lacayos que sirvieran de protección, se personasen en el puerto de Dover a su llegada. Viajarían directamente a Londres ese mismo día—. Ayude a lady Mary a subir al carruaje, yo alquilaré una montura.

—Como guste, milord.

Mary no dijo nada y aceptó la mano que le ofreció el hombre para subir al coche. Este no tardó en partir con un ligero balanceo, en medio de las voces y gritos que llenaban el ruidoso ambiente del puerto. No quiso asomarse por la ventanilla para contemplar el paisaje. Poco después de su partida, acomodada en el confortable asiento acolchado del carruaje ducal, se quedó dormida, acunada por la pena que le impedía dormir desde hacía dos noches.

El trayecto de casi diez horas, con múltiples paradas en diversas posadas para refrescar los caballos y tomar algo de alimento, se le hizo interminable. Ya había anochecido cuando el carruaje entró en Londres y se detuvo frente a la casa del marqués de Hallbrook.

La portezuela se abrió y se dispuso a bajar del coche. Se detuvo cuando vio que no se trataba del lacayo; la mano tendida hacia ella, de elegantes y largos dedos masculinos, era la de Valentin. La tomó y permitió que la ayudase a bajar.

—Milady, he cumplido mi promesa de traerla sana y salva a Inglaterra. Espero que resuelva con éxito sus asuntos.

El trato frío y formal le encogió el corazón. No quería despedirse de esa manera después de todo lo que había pasado entre ellos durante aquel viaje. Vio que uno de los lacayos llevaba su equipaje hasta la puerta de la mansión y supo que Valentin no la acompañaría. Solo tenía ese momento para hablar con él.

—Muchas gracias por todo. Yo...

Él alzó una mano a modo de escudo defensivo. Su postura era rígida y tenía los músculos tensos bajo la elegante chaqueta.

—No hace falta que recurra a las normas de cortesía para despedirse, milady; al fin y al cabo, los dos sabemos ya lo que piensa de mí. —La sonrisa de desprecio hacia sí mismo que esbozó le dolió a Mary mucho más que su frialdad, y quiso gritarle que estaba equivocado, que no tenía ni idea de lo que ella pensaba de él—. Le doy mi palabra de que no tendrá que verme más, puede estar tranquila.

Sin darle ocasión de replicar, se dio la vuelta para dirigirse hacia su caballo, que uno de los lacayos sostenía de las riendas. Sin embargo, antes de que hubiera dado siquiera tres pasos, se volvió de nuevo. Ella seguía allí, mirándolo con lo que a él le pareció una tristeza infinita en esos ojos exóticos que lo perseguían en sus sueños. Soltó un juramento y se acercó a ella, la envolvió

en sus brazos y la besó en los labios.

Mary sintió la pasión y la rabia de la boca masculina sobre la suya, pero también el deseo, mezclado con el dolor de la despedida, y algo más que no supo identificar.

Se separó de ella y le acarició la mejilla con suavidad, hasta que su brazo cayó laxo junto a su costado. Cerró el puño, queriendo retener en su palma la sensación cálida de su piel, un exiguo recuerdo para los días venideros.

—Adiós, Mary.

Se dio la vuelta y se alejó. Esta vez, para siempre.

Mary no pudo moverse. La figura del duque se volvió borrosa cuando las lágrimas inundaron sus ojos. Escuchó el chirrido de las ruedas del carruaje al ponerse en marcha y permaneció allí hasta que el silencio de la noche londinense envolvió la calle de nuevo y hasta su mismo corazón.

—Adiós, Valentin —musitó, con la voz desgarrada por el dolor.

Capítulo 20

James entró en el club y aspiró profundamente el olor a cuero y a tabaco que inundaba el ambiente.

Hacía mucho tiempo que no se pasaba por allí y lo había echado de menos. El embarazo de Elisabeth estaba siendo complicado, y el miedo a perderla a ella y al bebé había hecho que no quisiera separarse de su lado ni un solo instante. Sin embargo, en esa ocasión, no había tenido más remedio que hacerlo, dadas las circunstancias.

Avanzó entre las butacas y sillones, saludando a los conocidos, hasta que dio con la persona que buscaba. Valentin se encontraba en un solitario rincón, acompañado por una botella de brandy. Tenía mal aspecto y un gesto hosco en el rostro que no invitaba a la charla insustancial.

James dejó escapar un suspiro y se acercó a él. Hacía tres días que Mary había llegado a Hallbrook House, sola, y Valentin no había pasado por la mansión ni una sola vez.

—¿Puedo? —le preguntó, señalando una de las butacas vacías que rodeaban la mesa taraceada.

Él alzó la mirada, un tanto turbia, y se encogió de hombros.

—Estás en tu derecho, pero te advierto que no soy buena compañía.

—No es compañía lo que vengo buscando —le dijo James. Hizo un gesto a uno de los sirvientes que, al momento, se acercó a ellos con una copa limpia. Tomó la botella de brandy y le sirvió, antes de retirarse.

—Deberías pedir tu propia botella —señaló Valentin, con el ceño fruncido—. Esta es mía y la necesito toda.

—Ya veo.

—¿Qué es lo que ves? —replicó a la defensiva.

—Que estás borracho.

—No tanto como quisiera.

—La pregunta —continuó, sin hacer caso de su respuesta anterior— es por qué, ¿cuál es la causa de que te encuentres en este estado?

—Las mujeres —respondió con prontitud—. ¿No son ellas siempre la causa de que un hombre se dé a la bebida?

James se reclinó contra el respaldo de la butaca y lo miró con atención. Nunca antes había visto a Valentin así y, por supuesto, jamás lo había escuchado quejarse de las mujeres. Así que aquello confirmaba su suposición, que entre él y Mary había ocurrido algo durante el viaje. Ella tampoco era la misma de siempre, parecía haber perdido parte de su fuerza vital, y aunque

alegaba que se debía al cansancio y al agobio debido a la situación en la que se encontraba a causa del general Timashev, James sabía que no era del todo cierto. En sus ojos había una tristeza y una melancolía que no habían estado nunca antes allí, excepto cuando fallecieron sus padres.

A pesar de la amistad que los unía, le había resultado imposible averiguar nada al respecto. Cada vez que intentaba sacar la conversación, Mary se refugiaba en el mutismo. Le había pedido a Elisabeth que tratase de hablar con ella, dado que las mujeres parecían siempre entenderse mejor entre ellas, pero su esposa había estado esos días indispuesta y no le había sido posible. Esa mañana había amanecido mejor, y él había aprovechado para salir en busca de Valentin.

—¿Alguna mujer en especial? —le preguntó, al tiempo que tomaba un sorbo del líquido ambarino. Esperó en vano una respuesta. Lo intentó de otro modo—. Hace tres días que te espero. No has pasado por mi casa para contarme sobre el viaje.

Percibió cómo se tensaba, aunque no levantó la mirada de su copa.

—Te hice el favor que me pediste; no sabía que tenía que hacerte también un maldito informe —gruñó, enfadado.

—No es un informe lo que pido —repuso James con calma, sin apartar la mirada de su amigo para no perderse ninguna de sus reacciones—. Solo intento saber por qué Mary está mal.

Valentin alzó la cabeza de golpe. El movimiento fue tan brusco que le provocó un ligero mareo y se aferró a la mesa con fuerza.

—¿Mary se encuentra mal? ¿Qué le sucede? —El corazón le bombeaba con rapidez, de tal modo que sentía cada uno de sus dolorosos latidos contra las costillas.

—Esperaba que tú me lo dijeras.

Él entrecerró los ojos y miró al marqués con sospecha.

—¿Y por qué iba a saberlo yo? —espetó en un tono preñado de desconfianza, como si supiera que sus palabras encerraban una trampa.

James dejó escapar un sonoro suspiro. Esperaba que sus habilidades como diplomático sirvieran de algo en este caso.

—¿Quizá porque habéis estado juntos durante casi cuatro meses? Ella me ha contado, de forma breve, lo del general Timashev y lo de Yakov —añadió antes de que el duque respondiese de forma abrupta a su pregunta retórica—, pero no me parece motivo suficiente para su comportamiento.

Durante unos segundos, Valentin no dijo nada, y James casi se dio por vencido con él.

—¿Qué le pasa?

La pregunta fue hecha en un susurro tan bajo que estuvo a punto de pasarla por alto.

—Ha perdido la vitalidad y la energía que la caracterizaban, es como si arrastrara una tristeza profunda. —Una parte de Valentin, una muy pequeña, se alegró de no ser el único que estaba sufriendo—. Apenas habla y no quiere salir de la mansión.

—¿No está buscándolo? —le preguntó, sorprendido.

James frunció el ceño.

—¿Buscando a quién?

Observó con atención el rostro de su amigo y vio la sinceridad en su pregunta. Así que Mary no le había hablado del anillo, reflexionó, y lo invadió una sensación de satisfacción al pensar que aquel secreto solo lo había compartido con él.

—Entonces, ¿dices que no sale de la casa? —cambió de tema.

—Bueno, no quiere acudir a eventos sociales. Pone como excusa que no le parece bien asistir a fiestas, dado que Elisabeth no puede ir con ella —le explicó—, pero yo le he insistido en que Sophia puede acompañarla, y Mary se ha negado. Las únicas salidas que hace son a Dios sabe dónde, acompañada por una de las doncellas.

—¿Dejas que salga sola y no tienes ni idea de a dónde va?

—Cálmate, Valentin. —El duque había elevado tanto la voz que algunos de los caballeros presentes se habían vuelto hacia ellos con una mirada de reprobación—. Mary tiene derecho a hacer su vida, y no voy a impedirle dar un paseo si eso es lo que quiere hacer.

—Pero puede ser peligroso.

Desde que había sabido que salía sola, todo su instinto de protección se había activado. Una sensación de desasosiego lo invadió.

—¿Peligroso? No veo por qué, pero, si tanto te preocupa, ¿por qué no le haces de acompañante? Ya sabes que yo no puedo...

—Ella no quiere que la acompañe —masculló.

—¿Perdona? —inquirió James, sorprendido. Luego frunció el ceño y le dirigió una mirada severa—. No le habrás hecho algo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —exclamó, mostrándose ofendido—. ¿Por quién me tomas?

«Seguramente por lo que soy, un canalla que le ha robado la virginidad, porque es demasiado cobarde para decirle que la ama y que desea convertirla en su esposa», pensó. Sin embargo, no podía dejarla sola en su búsqueda. Si le sucedía algo, ¡Dios, no quería ni pensarlo! La ayudaría una vez más, quisiera ella o no, y luego desaparecería de su vida.

—Lo siento —se excusó James—. No pretendía...

—Está bien, no te preocupes. Y en cuanto a Mary, yo me ocuparé de ella. —Vio que James lo observaba con atención, como si quisiera descubrir sus motivos ocultos—. Te prometo que estaré sobrio cuando lo haga.

—Eso espero, amigo. Eso espero.

Valentin contempló el líquido ambarino que se movía en el interior de su copa cada vez que agitaba con suavidad su mano. Eso le trajo a la memoria las aguas turbulentas, sacudidas por el paso del Queen, la escena con Mary y su incapacidad para declararle su amor.

—James, ¿amas a tu esposa? —preguntó de golpe, haciendo que el marqués lo mirara perplejo.

—Definitivamente, has bebido demasiado, amigo —corroboró él, percibiendo con el ceño

fruncido la botella de brandy medio vacía—. Si no recuerdo mal, ya me hiciste esta misma pregunta justo antes de que partieses para este viaje del que has regresado... cambiado.

Valentin sacudió la cabeza.

—Quiero decir —intentó explicarse— que si la amas igual que antes de contraer matrimonio con ella, a pesar del tiempo que ha transcurrido.

James ni siquiera dudó al responder.

—No, claro que no. —Las palabras cayeron sobre él como una losa mientras confirmaban su mayor temor, y alzó la mirada sorprendido, solo para ver que su amigo esbozaba una suave sonrisa antes de continuar—: La amo mucho más, si eso es posible.

Valentin lo observó con atención. El rostro del marqués reflejaba una sinceridad auténtica.

—Pero...

—No espero que lo entiendas, porque ni siquiera yo mismo lo comprendo. Pero sé que es así, porque lo siento aquí. —Dejó que su mano reposara sobre su pecho, a la altura del corazón—. En lo más profundo. Me casé con Elisabeth porque la amaba, pero ese amor ha crecido con el tiempo, con cada acontecimiento que hemos vivido juntos, con cada dificultad que hemos superado, incluso con cada discusión que hemos tenido. El matrimonio puede ser algo increíble, pero el amor no es eterno por sí mismo, tienes que alimentarlo.

—¿Alimentarlo como si fuera una fiera salvaje? —bromeó él, que comenzaba a sentirse incómodo con la conversación.

—Algo así. —James sonrió ante la comparación y cabeceó, mostrando su acuerdo—. A veces el amor puede volverse un tirano. De cualquier forma, lo cierto es que no puedes pretender plantar una semilla y que esta crezca y se desarrolle sin que nadie la riegue y la cuide. Lo mismo sucede con el amor. —Clavó su mirada sobre el duque, como si sopesase la manera de continuar aquella conversación—. ¿Te has enamorado de Mary? —le preguntó sin tapujos.

Valentin guardó silencio unos instantes. Le daba miedo reconocerlo en voz alta, a pesar de que en su interior lo tuviera tan claro. Sentía que, una vez lo dijera, no podría dar marcha atrás, y... y tendría que hacer algo.

—¡Demonios, no lo sé! Yo... —Se pasó los dedos entre el espeso cabello negro, en un movimiento nervioso—. Ella es diferente a cualquier otra mujer que haya conocido. Es valiente y decidida, generosa y leal, y posee un corazón apasionado. Su sonrisa es especial, porque te hace sentir el mejor hombre del mundo, aunque no lo seas. Yo solo sé que la necesito.

James alzó su copa en un brindis.

—Amigo, mi diagnóstico es que estás perdidamente enamorado de Mary.

—¿Cómo puedo saber que ese amor no se acabará con el tiempo? —El pasado lo perseguía sin darle tregua.

—No puedes —le aseguró—, nadie puede saberlo. Tú y yo hemos aprendido que la vida comporta riesgos, y que en cada uno de ellos hay que luchar para salir victorioso. Entregar tu amor a alguien también es arriesgado y, además, no puedes hacerlo una vez y esperar ser

correspondido para siempre. No, ganarte su amor es algo por lo que deberás seguir luchando durante el resto de tu vida. Lo que debes preguntarte es si estás dispuesto a emprender esa lucha y si crees que ella merece la pena que lo hagas.

Valentin no necesitaba pensarlo. Sabía de sobra cuál era la respuesta.

James abandonó la comodidad de su butaca y se puso de pie. Conocía el pasado de su amigo y comprendía el laberinto que estaba recorriendo su corazón en esos momentos. Lo veía perdido, buscando una salida a sus sentimientos, y esperaba haberle servido de ayuda. Solo le restaba dejarlo a solas con sus pensamientos y esperar que tomase una decisión acertada.

—Te he visto —lo acusó Valentin, cuando vio que se llevaba consigo la botella de brandy.

—Creo que ya no la necesitas —opinó James—. Si aceptas un consejo de amigo, dile a Mary lo que sientes. Todo. Incluidos tus miedos.

El duque no abrió la boca. Se limitó a dar el último trago a su copa. Después, se levantó y dio una palmada sobre el hombro del marqués, agradeciendo sus palabras.

—Necesito un poco de aire fresco.

Abandonaron juntos el club.

Mary observó a Elisabeth con cierta envidia. Tenía a su lado a un hombre generoso y noble que la amaba, iba a ser madre muy pronto y parecía muy feliz. Poseía todo aquello que una mujer de su posición social podía desear.

—¿Podrías acercarme ese almohadón, por favor? —le solicitó Elisabeth, arrancándola de sus pensamientos—. Tengo la espalda destrozada de guardar cama durante tanto tiempo.

—Por supuesto. —Se levantó y tomó uno de los cojines que había sobre uno de los divanes del dormitorio. Luego la ayudó a colocárselo detrás de la espalda.

Su redondeado vientre levantaba las sábanas de seda, otorgándole un aspecto extraño. Tenía el rostro pálido y bajo sus ojos se dibujaban unas manchas oscuras. A pesar de ello, a Mary le pareció que seguía tan hermosa como la última vez que la había visto, y su semblante continuaba transmitiendo una serenidad envidiable.

—¿Así está bien? ¿Estás cómoda? —Ahuecó el cojín lo mejor que pudo y, cuando la vio asentir, volvió a sentarse en la butaca, al lado de la cama.

—No me gusta verte así —musitó Elisabeth, lo que hizo que Mary se tensara—. Siempre me has parecido una mujer vivaz y alegre. Tu rostro iluminaba cualquier estancia cuando entrabas en ella. Recuerdo la primera vez que te vi, tan joven y tan hermosa que imaginé que James estaría enamorado de ti. No lo culpé; al contrario, pensé que yo nunca podría ser rival tuya.

Mary se sonrojó y bajó la mirada hacia sus manos, que mantenía apretadas en su regazo. Por aquel entonces ella solo era una niña encaprichada del encantador marqués de Hallbrook.

—Podrías tenerlo todo, Mary —continuó Elisabeth—, un hombre a tu lado que te amase, una mansión que dirigir y una hilera de pequeños a los que amar. Pero te miro y solo veo una flor marchita que languidece con el paso de los días. James y yo estamos preocupados por ti. ¿Qué te sucede?

Ella sonrió con tristeza. No podía contarle a Elisabeth lo que sucedía en su corazón sin hablarle de sus verdaderos sentimientos, ni tampoco podía mentirle, porque no se lo merecía.

—No es nada.

—Tiene que ver con vuestro viaje, ¿verdad? —inquirió Elisabeth—. ¿Hizo algo Valentin que fuese..., digamos, inadecuado?

Mary se sonrojó y desvió la mirada.

—No, no se trata de eso.

En realidad, ella era tan culpable como él de lo que había sucedido en París; del resto solo podía echarle la culpa a su propio corazón, que se había rendido sin reservas ante el duque de Ainsworth. Antes de que pudiera evitarlo, acudieron a su mente recuerdos de los besos compartidos, y se preguntó cómo había podido sobrevivir sin él toda su vida; se llenó de la mirada pícara de sus ojos azules, de esa sonrisa cargada de ironía y de la calidez de sus fuertes brazos, y supo con certeza que una vida sin él era una vida vacía.

—¿Tanto lo amas? —Mary se sobresaltó ante la pregunta de Elisabeth y se preguntó si habría dicho algo en voz alta.

—¿Por qué dices...?

—Lo veo en tus ojos, Mary —le aseguró—. Incluso desde esta cama soy capaz de distinguir a una mujer enamorada.

No podía negarlo. Amaba a ese hombre de todas las maneras posibles, y quería pasar el resto de la vida a su lado. Sintió un alivio enorme al poder confiarse por fin a alguien.

—Sí —le confirmó, con los ojos brillantes por las lágrimas que amenazaban con derramarse—. Es terco, arrogante e insufrible, pero lo amo. No busqué que sucediera...

—Valentin puede ser encantador cuando se lo propone —repuso Elisabeth. Su tono se tiñó con un matiz sarcástico al recordar lo mal que se lo había hecho pasar al principio, cuando trabajaba como doncella en la mansión de lord Dalwood. Sin embargo, sabía que tenía que ser justa con él—. Es un hombre generoso, y bueno y leal con aquellos a quienes ama.

—Ese es el problema, que él no me ama.

—Dudo mucho que eso sea cierto, o, quizá, es que es más idiota de lo que yo creía —le espetó, al tiempo que se movía sobre el lecho para acomodar su abultado vientre. La risa que brotó de la garganta de Mary hizo que se sintiera bien, y le devolvió la sonrisa—. ¿Te lo ha dicho él?

—No —admitió—, pero tampoco ha dicho lo contrario.

—Ay, Mary, los hombres no suelen pronunciar la palabra «amor», parece que les quemara los labios. —Elisabeth sonrió con dulzura, como si guardase un secreto íntimo—. Ellos son más de demostrarlo a través de sus actos; nosotras solo debemos hacer una buena lectura de esos actos, y darles un suave empujoncito.

—No pienso obligar a un hombre a quererme o a pedirme matrimonio —protestó, alzando la barbilla con orgullo.

—Por supuesto que no, querida. Solo debes recordarle que eres lo más importante para él y que, sin ti, jamás será feliz. Haz que te ame, Mary.

Elisabeth le guiñó un ojo, y ella le devolvió una sonrisa; aun así, no le pareció tan sencillo. Quizá eso le hubiera funcionado con James, que era un hombre honorable, pero Valentin... Él ocultaba todos sus sentimientos bajo una capa de arrogancia de la que no se quería desprender. Y ella sentía que, cuanto más tiraba para despojarlo de esa capa, con más fuerza la aferraba él. ¿Cómo iba a llegar entonces hasta su corazón?

—No creo que sea tan fácil —musitó.

—Nadie ha dicho que el amor sea fácil, que no haya soledad ni dolor, pero vale la pena luchar porque sea auténtico. —La miró con atención, mientras, con gesto ausente, acariciaba su voluminoso vientre—. Si algo aprendí durante los años pasados como doncella es que si una quiere la felicidad tiene que labrársela por sí misma. Nunca des nada por perdido hasta que de verdad resulte imposible conseguirlo, y, cuando parezca imposible, inténtalo todavía una vez más. Si de verdad amas a Valentin, lucha por él.

Mary la contempló por un largo tiempo, antes de asentir. Había juzgado a Elisabeth con demasiada dureza, a través del prisma de unos celos absurdos, pero había resultado ser acero puro revestido de ternura y un gran amor. Tomó una profunda bocanada de aire.

—Lo haré.

Sonaron unos discretos golpes sobre la puerta. Cuando la marquesa dio paso, una doncella entró en la habitación.

—Discúlpeme, milady. El marqués acaba de llegar, acompañado por el duque de Ainsworth. —El corazón de Mary se saltó un latido y comenzó una carrera alocada—. Me preguntan si milady se encuentra en disposición de recibir visitas.

—Por supuesto —aceptó Elisabeth—, di a mi esposo que bajaremos en unos minutos. Lady Mary me ayudará, no hará falta que te quedes, Lucy.

—Como guste, milady. —Efectuó una reverencia y abandonó la estancia.

—No lo he visto desde que llegamos a Londres —comentó Mary, nerviosa—. No sé si estoy preparada.

—Tonterías. —Elisabeth retiró la sábana que la cubría y alargó la mano, solicitando la ayuda de Mary para levantarse, mientras le dirigía una sonrisa de complicidad—. Creo que ha llegado el momento de poner remedio a eso, querida. Muéstrale a Valentin lo que se está perdiendo. Debe aprender a dar un paso adelante si de verdad quiere algo. Además, si se mantiene frío y distante todo el tiempo, corre el riesgo de acabar convertido en un gruñón como su tío abuelo.

Las dos compartieron una carcajada ante el recuerdo de la fama que tenía el anciano y la irritación que mostraba Valentin cada vez que le decían que se parecía a él.

Capítulo 21

—¿Vas a seguirme a cada paso que dé? —le preguntó Mary, irritada.

Valentin esbozó una sonrisa socarrona.

—Ya te lo dije ayer, durante mi visita a Hallbrook House: pienso convertirme en tu sombra mientras te encuentres en Londres. —Y si de él dependía, ella no abandonaría la ciudad, a menos que fuese como su esposa y duquesa—. Te guste o no, te ayudaré a buscar a ese hombre, del que, por cierto, todavía no me has dicho su nombre.

—Es un dato confidencial, no veo por qué debería decírtelo. —Apretó los dientes, mostrando su disgusto.

—¿Quizá porque llevas varios días buscando a ciegas? —le replicó.

Mary dejó escapar un gruñido muy poco femenino, y Valentin soltó una carcajada, por lo que recibió una mirada fulminante de aquellos ojos violáceos. ¡Qué bien se sentía, por Dios! Volver a estar a su lado, haber recuperado la relación que tenían antes de lo de París —aunque tuviese que hacer esfuerzos ingentes por no cogerla y besarla hasta que se derritiera entre sus brazos—, verla de nuevo sonreír. Todo era un precioso regalo que no pensaba desaprovechar.

Aunque la temporada social se desarrollaba con más esplendor durante los meses de marzo y abril, así como en julio y principios de agosto, algunos aristócratas celebraban pequeñas fiestas y reuniones durante los meses previos a la Navidad. Quería asistir a algunos de estos bailes junto con ella y llevarla, como le había prometido, a los jardines de Vauxhall. Si bien habían perdido parte de su elegancia y prestigio desde que sus propietarios sufrieran la bancarrota en 1840 y volvieran a reabrir en 1841, después de haberlos presentado a subasta, aún conservaban cierto encanto, y estaba convencido de que a Mary le fascinarían.

—Bueno, es cierto que no he tenido mucho éxito en mis pesquisas hasta el momento —aceptó ella, con la espalda tan recta que él se preguntó cómo no la escuchaba crujir—, pero espero lograrlo pronto.

Lo cierto era que no tenía ni idea de por dónde seguir buscando. Creía que resultaría fácil, puesto que lo único que necesitaba era preguntar por el conde de Bellesford. Desde luego, lo que menos esperaba era acudir a Bellesford House solo para descubrir que el conde había fallecido unos meses antes en un inesperado accidente de carruaje. En ese momento, no sabía qué debía hacer.

Miró de reojo a Valentin. Estaba arrebatador con aquella chaqueta azul, que resaltaba sus ojos, los elegantes pantalones color gris y el sombrero de copa. Lo había echado de menos los pocos días en los que no se habían visto. Se estremeció cuando él cubrió la mano que mantenía

apoyada sobre su brazo, en un gesto cariñoso e íntimo.

Caminaban por Mayfair, donde se encontraba la mansión del conde de Bellesford, lugar al que ella había decidido regresar esa mañana para averiguar algo más de información, aunque dudaba de que se la dieran, puesto que ella no podía explicar a sus familiares el motivo de su interés. Dejó escapar un suspiro. Supuso que le vendría bien su ayuda.

—Es cierto que salí de Rusia para escapar de un matrimonio obligado con el general Timashev, pero también tuve otra razón. —Valentin la miró, sorprendido. No esperaba que ella confiara en él, y su corazón se caldeó por aquel inesperado regalo. Vio que ella se mordía el labio inferior, dudando, y el gesto le provocó un tirón en la ingle mientras el deseo por ella lo atravesaba de arriba abajo—. Nuestra zarina, la emperatriz María Aleksándrovna, me pidió un favor: entregar el anillo y una carta al... conde de Bellesford. Pero he sabido que el conde falleció, y ahora no sé qué debo hacer.

—¿Y estás segura de que es ese lord Bellesford el que buscabas?

—Puede que no haya vivido en Inglaterra, pero hasta yo sé que solo hay un conde de Bellesford —repuso, molesta.

Valentin sonrió ante el arrebato de genio.

—No me refiero a eso. Por lo que me has contado, deduzco que la zarina mantenía una... cierta amistad con el conde. La cuestión es que el actual lord Bellesford era un joven de veinticinco años —le explicó—, un tanto alocado y un pésimo conductor de carruajes. Dudo que haya conocido alguna vez a tu emperatriz.

Mary se volvió hacia él con un gesto de sorpresa en el rostro.

—Entonces...

—El anterior conde de Bellesford se convirtió en marqués hace varios años, y fue Edward quien heredó el título de conde.

—Necesito encontrar al marqués, Valentin, ¿sabes dónde vive?

Él apretó su mano para tranquilizarla.

—Su padre era amigo del mío. Ven, quizá pueda recibirnos ahora. ¿Tienes el anillo?

Ella asintió. Siempre lo llevaba consigo por temor a que alguien pudiera descubrirlo.

La mansión del marqués de Blackmoor era una preciosa vivienda de estilo palladiano, con un pórtico columnado y rodeada por un hermoso jardín. El mayordomo que los recibió reconoció enseguida el apellido que mostraba la tarjeta que Valentin le entregó, y, al poco de marcharse, regresó para acompañarlos hasta una salita.

—Lord Ainsworth —lo saludó el hombre que los aguardaba dentro—, es un placer recibir su visita, aunque inesperada.

El duque estrechó la mano que le tendía.

—El placer es mío, lord Blackmoor. Muchas gracias por recibirnos. Permítame presentarle a lady Mary Branson.

El caballero esbozó una sonrisa, al tiempo que tomaba su mano y depositaba un beso sobre

sus nudillos. Mary no pudo por menos de advertir lo atractivo que era. Tenía el cabello dorado, como el trigo maduro, nariz recta, pómulos altos y unos preciosos ojos azules. Debía rondar los cuarenta y tantos años.

—Supongo que pelear por obtener la mano de una mujer tan hermosa como usted debe de ser una causa perdida para un hombre como yo. —Mary sonrió ante su galantería—. ¿Me equivoco, lord Ainsworth, o no tengo ninguna oportunidad?

—Me temo que no la tiene, milord —respondió él con seriedad.

—Ah, entonces ya ha comprometido su corazón —concluyó el marqués con una sonrisa concedora.

La conversación estaba poniendo nerviosa a Mary. La respuesta de Valentin había hecho que su corazón se acelerara, pero le daba miedo seguir escuchando, así que decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Milord, yo acabo de llegar a Inglaterra desde mi tierra natal, apenas he tenido tiempo de conocer a otros caballeros.

Paul la miró con curiosidad. Luego los invitó a tomar asiento.

—Permítanme ofrecerles una taza de té. —Como si lo hubiera convocado, entró un lacayo portando una bandeja que depositó sobre una mesilla—. Así que, ¿no es usted inglesa? —le preguntó cuando Mary hubo servido el té.

—No, milord. Nací y crecí en San Petersburgo.

Lord Blackmoor detuvo la taza a medio camino y la miró con fijeza. En aquellos ojos azules, Mary pudo ver, durante unos instantes, una tristeza profunda, como una nostalgia dolorosa.

—Qué... interesante —comentó cuando se recompuso, con la mirada fija en el interior de su taza humeante.

—Lord Blackmoor. —Él levantó la cabeza al escuchar la dulzura del tono femenino—. He venido de parte de la emperatriz de Rusia para entregarle esto.

Sacó el pequeño estuche de terciopelo y la carta y se los tendió. Él los miró durante unos instantes y su mano tembló cuando depositó la taza sobre el platillo. Luego tomó los dos con un gesto que mostraba tal reverencia, como si fueran objetos preciosos, que Mary percibió la emoción profunda que embargaba al marqués.

Se volvió hacia Valentin, y él comprendió lo que ella quería.

—Creo, lord Blackmoor, que preferirá quedarse a solas en estos momentos —comentó mientras se ponía en pie—. Pasaremos a saludarlo en otra ocasión.

Él no pareció escucharlos. Tenía los ojos fijos sobre la carta, en aquella elegante caligrafía que le provocaba un dolor agri dulce. Al escuchar sus pasos alejándose, Paul levantó la mirada.

—Gracias, lady Mary. —Su voz sonó temblorosa y emocionada—. No sabe cuánto significa esto para mí. —Paseó su mirada de uno a otro—. Ustedes son jóvenes, tienen toda una vida por delante. No dejen que nada ni nadie se interponga en el camino de su amor, porque todo pasa, incluidos los grandes imperios, pero solo el amor permanece. Y es muy duro que dos personas

que se aman profundamente deban estar separadas. —Sonrió con amargura—. Nadie merece vivir con semejante dolor.

Al salir, Valentin respiró hondo el aire viciado de Londres. Las palabras del marqués habían supuesto un golpe certero para su corazón. Miró a Mary, que caminaba a su lado con la cabeza baja. Sabía que también le habían impresionado las palabras de lord Blackmoor, lo había notado en su mirada.

—Mary... —Cuando ella se volvió y sus miradas se encontraron, fue como si el tiempo se detuviera. Todo a su alrededor se diluyó en una neblina; solo tenía ojos para aquella mujer que le había robado el alma y, en ese momento, supo con certeza que sin alma sería nada más que una cáscara vacía. Sin embargo, entendía que aquel no era el momento ni el lugar para decírselo—. Mary, ven conmigo esta noche a ver los jardines de Vauxhall.

Habría debido decirle que no, pero tenía presente en su mente la imagen del rostro del marqués, la infinita tristeza que velaba sus ojos, la misma que había visto en los de la Emperatriz de Todas las Rusias.

—Sí, te acompañaré. —Mientras ella pudiera robarle momentos felices al destino, los aprovecharía todos.

La noche era más cálida de lo que cabía esperar para esa época del año, y los jardines estaban abarrotados de cientos de personas que paseaban, se deleitaban con la música, o esperaban para admirar el espectáculo de fuegos artificiales que se exhibiría esa noche en el recinto de Vauxhall.

Mary observaba todo a su alrededor, fascinada: los paseos, los parterres y las glorietas, los reservados en la arcada que circundaba la plaza y el templete. El trayecto hasta los jardines, a través del río, había sido una experiencia maravillosa, con la barca deslizándose sobre las negras aguas del Támesis bajo la suave luz de los farolillos. Nunca habría imaginado que le daría la sensación de entrar a un lugar mágico.

Cientos de lámparas iluminaban el paseo principal, al fondo del cual se hallaba un pabellón con decoración china, rodeado de estatuas y arcos a ambos lados. El rumor de una cascada llegaba hasta los oídos de Mary de manera sutil, mientras el aroma de miles de flores inundaba el aire, mezclándolo con suaves notas musicales arrancadas de la cercana orquesta. Pintorescos malabaristas recorrían los paseos, llamando la atención de los viandantes y arrancando de ellos una sonrisa al pasar.

En cualquier rincón de los jardines se podían ver pequeños grupos de jóvenes caballeros que bien podían estar confabulando o urdiendo un arriesgado plan, como buscando una amante adecuada entre las muchas bellezas que recorrían aquellos paseos.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron los disfraces tan variopintos que lucían muchos de los que se encontraban en los jardines: plumas exóticas adornando un elaborado tocado, vestidos recubiertos de pedrería o preciosas máscaras ocultando bellos rostros.

Valentin, sin embargo, no tenía ojos para nadie que no fuera ella, la hermosa mujer que caminaba a su lado. Ni el sonido de la orquesta ni las damas que le lanzaban miradas seductoras

atraían su atención. No dejaba de pensar en que podría convertirse en el hombre más dichoso de la Tierra si ella aceptase su amor, porque estaba decidido a no dejar pasar aquella noche sin declararle lo que sentía por ella.

—¡Es maravilloso! —exclamó Mary, tan sorprendida como una niña a la que acabaran de entregar un obsequio—. Nunca había visto nada igual.

—Sabía que te gustaría —presumió Valentin—; es un lugar insólito para una mujer extraordinaria.

Ella lo miró con suspicacia.

—Valentin Blackwell, ¿cuántas de esas mujeres extraordinarias has traído a estos jardines? —Se mordió los labios en cuanto hizo la pregunta. No quería conocer esa información ni arrojar nuevas sombras sobre la relación que acababan de recuperar—. No hace falta que me respondas.

Él ignoró sus últimas palabras. Había cosas que era necesario aclarar antes si quería tener éxito en sus planes.

—No han sido tantas. —Mary hizo un mohín. No sabía si creerlo o no, pero, en ese momento, era demasiado feliz a su lado como para empañarlo con lo sucedido en el pasado—. Aunque ninguna como tú.

Las palabras pronunciadas por Valentin no mostraban ni rastro de su habitual ironía, lo que provocó que ella volviera la mirada hacia él. Cuando lo hizo, descubrió en el tono azul de sus ojos, más oscuros y brillantes bajo la tenue luz que los iluminaba, una sinceridad que la hizo estremecer. Sus mejillas se tiñeron de rojo, y ella agradeció la escasa iluminación que los rodeaba para poder esconder su rubor.

—Es muy galante por tu parte —repuso, en un intento por aligerar el ambiente de intimidad que se había formado entre ellos en medio de aquel mundo de luces y sombras, irreal—. Estoy segura de que...

—No. Escúchame, Mary —la interrumpió, decidido—. Es verdad que se me ha visto siempre en compañía de muchas mujeres y que me he creado fama de mujeriego y libertino, pero es solo eso, una creación. Verás, llevo años trabajando para el primer ministro, lord Palmerston.

—¿Como una especie de secretario? —inquirió, un tanto confusa.

Él sacudió la cabeza y bajó el tono de voz.

—Como espía de Su Majestad. —Mary abrió los ojos, sorprendida. Aunque no sabía por qué se sentía así. De haberlo pensado un poco, ella misma podría haber llegado a esa conclusión, dadas las habilidades que poseía—. Todas esas mujeres eran solo una excusa, una forma de encubrir mis actividades, pero ni una sola de ellas ha tenido importancia para mí. Solo tú, Mary. —El duque tomó las manos de ella entre las suyas—. Yo...

Se le formó un nudo en la garganta, con el miedo de nuevo al acecho. Respiró hondo para mantenerlo a raya, mientras percibía el temblor en las manos femeninas. Se miró en sus ojos, oscuros y misteriosos bajo la noche de Vauxhall, y se preguntó qué pensaría ella de sus sentimientos. Aspiró su aroma cálido, femenino, y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Él, el

famoso duque de Ainsworth, uno de los solteros más cotizados de Londres, el amante más reclamado por las damas, el hombre que había conquistado a más de la mitad de las mujeres de la aristocracia con su encantadora sonrisa mientras la otra mitad caía rendida ante la picardía de su mirada, temblaba en ese momento como un niño ante la mujer que amaba.

—¿Sí? —lo animó Mary, dando un paso hacia él y elevando su mentón hasta hacer que sus labios se situaran a una peligrosa distancia de los de él. Ya había huido suficientes veces del destino, era el momento de enfrentarse a este y tomarlo en sus propias manos si de verdad quería ser feliz. Porque aunque Valentin no le hubiese dicho nada hasta el momento, en sus ojos podía leer todo lo que parecía ocultar en su corazón. Al fin, la coraza con que se protegía comenzaba a resquebrajarse.

—Yo... —repitió, en un intento por soltar de una vez el aluvión de sentimientos que aquella mujer le provocaba. Deslizó sus dedos en una caricia lenta sobre su mejilla—. Desde que te vi por primera vez, supe que serías un peligro para mí. Eres la mujer más fascinante que he conocido, y nunca en todo este tiempo he podido dejar de pensar en ti.

Un estallido cubrió sus palabras, al tiempo que se apagaban las luces de los farolillos y el cielo nocturno se llenaba con las chispas de colores de los fuegos artificiales, reclamando la atención de ambos. Las exclamaciones de asombro y fascinación de los presentes se sucedieron con cada explosión que iluminaba el firmamento.

Valentin bajó su mirada hacia el rostro de Mary, elevado hacia el cielo, y contempló admirado su bello perfil y las expresiones de deleite que surcaban su semblante. La atrajo hacia su pecho y se rio, feliz, ante el jadeo escandalizado que escapó de los labios femeninos. Acarició la tibia carne con el pulgar, deleitándose con su suavidad. Bajó la cabeza despacio y atrapó su boca en un beso largo y lento, profundo y cargado de una pasión que amenazaba con hacerlos arder a ambos.

Se separaron cuando las luces de los farolillos volvieron a iluminar los jardines. Valentin le sonrió, y a ella le pareció la sonrisa más bonita del mundo. Un coro de carcajadas escandalosas llegó hasta sus oídos, y ella desvió sus ojos de la intensa mirada de él para fijarla en el alegre grupo.

—Mary —la llamó, con ternura, para atraer su atención de nuevo. Pensó que les convendría alejarse hacia uno de los senderos más retirados de los jardines que seguir en medio de aquella algarabía, para poder terminar su confesión.

Sin embargo, cuando ella lo miró, descubrió que algo no iba bien. Sus ojos revelaban una expresión que ya le había visto demasiadas veces a lo largo del viaje que habían realizado juntos: miedo.

—¿Qué sucede, Mary? ¿Te encuentras bien? —Su sexto sentido se activó y un escalofrío le recorrió la nuca. Se maldijo a sí mismo por haber descuidado su vigilancia.

Desvió la vista, siguiendo la dirección de su mirada, y escudriñó entre la multitud de asistentes. Había grupos de jóvenes que reían, algunos caballeros pasados de copas y unas

cuantas mujeres de dudosa reputación que le dirigieron miradas de admiración y alguna que otra invitación nada sutil. Él las ignoró. No vio nada que le llamase la atención de manera especial.

—Me ha parecido ver a... —Sacudió la cabeza. Era imposible que Timashev se encontrase en Londres y, mucho menos, en aquellos jardines. No podía faltar a sus deberes como jefe de la Tercera Sección, y Rusia quedaba muy lejos. Debía tratarse de una mala jugada de su imaginación—. Lo siento, no es nada.

—¿A quién has creído ver? —El tono serio de su pregunta hizo que Mary se sintiera incómoda. No quería que él creyese que estaba obsesionada.

—A nadie, supongo que me he equivocado —admitió, mientras sacudía la cabeza en un intento por despejar la imagen del desagradable rostro que se había formado en su interior—. Aquí está algo oscuro y he debido confundirme.

Le sonrió, para obligarlo a olvidar el tema, y funcionó, porque vio que él clavaba la mirada en sus labios. En un movimiento inconsciente, ella se los lamió, recordando el beso que acababa de darle y sus palabras, que tenían el sabor de una confesión. Anhelaba escuchar el resto.

Valentin notó el tirón del deseo que le produjo el gesto de ella y gimió en su interior.

—Pues había pensado llevarte a un lugar mucho más oscuro y tentador —la provocó con el tono enronquecido—. Claro que si tienes miedo de mí...

—¿Miedo de ti? ¡Ja! —exclamó, desafiándolo con la mirada—. ¿Debo recordarte que fui yo quien te salvó de morir a manos de un bandido?

—Vaya, y yo que creía que había sido el que te había salvado a ti de un secuestro.

—Te recuerdo que era yo quien sostenía el arma cuando íbamos ambos sobre el mismo caballo —declaró con orgullo—, así que fui yo la que te salvé a ti.

Valentin se acercó tanto que ella pudo notar el roce de su cálido aliento en el oído.

—Retengo muy bien en la memoria ese momento en el que cabalgamos juntos. Es una imagen que guardo celosamente, princesa.

—¡Oh, Señor! Eres incorregible —lo acusó, notando cómo la cubría el rubor a causa de sus insinuaciones. La imagen de ellos dos juntos en París la hizo estremecerse.

—Lo sé.

—E insufrible —añadió, girando la cabeza hacia otro lado para no enfrentar su mirada.

—También lo sé. —Rio él.

—Y tremendamente irritante —sentenció Mary.

—Y tú, la mujer más encantadora y cabezota que he conocido en mi vida —aseveró él—. Y te aseguro que he conocido a muchas.

Le guiñó un ojo, y Mary disimuló una sonrisa.

—¿Eres incapaz de hacer un cumplido sin añadir una palabra exasperante?

—Creo que no, aunque quiero intentarlo. —Le ofreció la mano y ella la tomó. Sus dedos fuertes y cálidos se cerraron en torno a los suyos—. Por ti. Porque quiero convertirme en un hombre mejor para ti; porque quiero que te sientas orgullosa de permanecer a mi lado toda una

vida, segundo a segundo. El tiempo sin ti se me hace extraño, largo y vacío.

Ella se estremeció, y su corazón empezó a latir tan rápido que temió que se le saliera del pecho. Los ojos de Valentin brillaban como zafiros a la luz de los farolillos, y el amor que vio en ellos despejó todas sus dudas e inseguridades.

—Valentin...

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando un numeroso grupo de jóvenes, demasiado alegres y cubiertos con antifaces, los rodeó, envolviéndolos con sus risas y sus desafinados cantos al son de la música que sonaba por los jardines. El duque gruñó cuando se vio alejado de Mary por las manos de las damas, mientras ella pasaba de mano en mano, bailando con los caballeros. Una sensación repentina le tensó el cuerpo, la impresión de que algo estaba mal en medio de aquel bullicio. Se liberó con un movimiento brusco, que arrancó una exclamación ahogada por parte de una de las damas, y trató de abrirse paso hacia donde se encontraba la muchacha. Parecía luchar contra una corriente humana, y el temor comenzó a abrirse paso por sus entrañas.

Mary estuvo a punto de protestar cuando se vio alejada de Valentin y conducida por diferentes brazos masculinos en un baile sin sentido. Giró la cabeza, tratando de buscarlo por encima de aquella muralla humana que, de pronto, los había separado, pero le resultó imposible. Se dio cuenta de que se habían internado un poco más en la oscuridad que proporcionaba la arboleda y comenzó a sentirse nerviosa.

—Por favor, suélteme —le pidió al joven que la tenía sujeta en esos momentos. El muchacho, de cabello rubio, soltó una carcajada ebria, pero la dejó marchar.

Mary suspiró aliviada, aunque de inmediato se vio rodeada por otros brazos masculinos. Apenas la rozaron, su cuerpo reaccionó tensándose. Había más fuerza en aquellos brazos, más posesividad, y un claro propósito. Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies cuando reconoció la voz que le susurró al oído:

—No deberías jugar conmigo, princesa —señaló Timashev con una sonrisa—, porque no puedes ganar. Soy un experto cazador.

Por unos instantes, se sintió aturdida y confusa. ¿Cómo podía estar allí el general? Y, sin embargo, estaba segura de que era él, a pesar de la máscara negra que cubría la mitad de su rostro. Había hablado en ruso, y sus palabras todavía resonaban en sus oídos, impregnadas de veneno y rabia. Quiso gritar para advertir a Valentin, pero fue demasiado tarde. Había perdido unos valiosos segundos, que se transformaron en una enorme distancia entre la seguridad de los brazos del hombre que amaba y la amenazante figura de su captor. Su mano, grande y despiadada, le cubrió la boca con fuerza y la arrastró sin miramientos hacia el interior de la arboleda.

Mary se debatió con fuerza, dispuesta a no ponérselo demasiado fácil. Solo necesitaba una oportunidad, una, por pequeña que fuera, para escapar. «El tiempo sin ti se me hace extraño, largo y vacío». Las dulces palabras de Valentin resonaron en su mente, y solo atinó a pensar en

lo mucho que él iba a sufrir, antes de sumergirse en la oscuridad de la inconsciencia.

Valentin se movía entre el grupo sacudido por una urgencia desesperada. Cuando llegó al borde de la arboleda, supo que algo le había sucedido a Mary. Se giró hacia uno de los jóvenes caballeros y lo sacudió con fuerza de los hombros.

—¿Dónde está? —escupió con rabia—. ¿Qué habéis hecho con ella?

El muchacho soltó una risita de borracho feliz, y el duque contuvo las ganas de golpearlo para arrancarle la información. Lo soltó con brusquedad, y el joven se tambaleó.

—Se fueron por ahí —le dijo una de las muchachas disfrazada de pastora, que no parecía haber bebido tanto. Señaló el oscuro sendero que se introducía en la arboleda—. Su marido dijo que había venido para llevarla a casa.

—Seguramente no le gustó que su esposa le colgase el título de cornudo —se mofó el joven al que había sacudido antes, provocando la hilaridad del resto del grupo.

—A mí tampoco me importaría ponerle los cuernos a mi marido si es con un espécimen como este —añadió una voz femenina, comiéndose con los ojos al duque.

Pero Valentin apenas la escuchó. Se había internado en la arboleda y miraba hacia uno y otro lado, mientras corría con desesperación y gritaba el nombre de Mary. Hacía tan solo unos segundos la había tenido entre sus brazos, y, unos instantes después, se la habían arrebatado sin siquiera haberle dicho que la amaba.

El pánico cayó sobre él como un paño mortuario, y un frío helado lo invadió al darse cuenta de que podía perderla para siempre. Se obligó a sí mismo a serenarse para poder pensar con claridad. «Su marido». Habían dicho que se trataba de su marido, que quería llevarla a casa. No podía ser otro que el general Timashev. Una furia ciega ocupó el lugar del miedo. Si aquel bastardo se atrevía a hacerle algo a Mary, lo mataría con sus propias manos.

Alcanzó el límite de la arboleda, atravesado por un sendero que conducía a una de las puertas de acceso a los jardines. Apretó el paso y avistó el pequeño embarcadero que usaban los visitantes para llegar a los jardines por el río. Entonces, los vio.

Un par de hombres sujetaban los remos de una pequeña embarcación que se mecía sobre las aguas del Támesis, mientras otro de ellos llevaba a Mary en brazos, inconsciente. La oleada de rabia que lo asaltó sacudió todo su cuerpo, y quiso aullar como un animal herido. El hombre depositó su carga sobre la barca y dio la orden de partir. Valentin lo reconoció, a pesar de la distancia y la oscuridad. Timashev.

En ese instante, juró que acabaría con aquel hombre aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Capítulo 22

Camilla apretó los labios con fuerza y se esforzó por contener su lengua. De haber sabido que en la cena se encontraría con el vizconde Draymoor no hubiese aceptado la invitación de Elisabeth a cenar en Hallbrook House.

Comprendió que se estaba comportando como una niña, a pesar de que ya había cumplido los veintiún años. El vizconde era hermano de Elisabeth, marquesa de Hallbrook y una de sus mejores amigas, por lo que era lógico que se encontrase también allí esa noche. El hecho de que ella se sintiese todavía avergonzada por haber abofeteado al hombre años atrás, cuando había creído que no era más que un caballero ocioso que buscaba aprovecharse de Elisabeth —que en aquel entonces trabajaba como doncella en casa de su tío—, no justificaba su comportamiento frío y distante para con él.

No es que el joven fuese desagradable. Al contrario, poseía un rostro atractivo, demasiado para su propio bien, y unos modales exquisitos. El problema era que a ella la ponía nerviosa. Todo su interior parecía alborotarse cada vez que lo tenía cerca, como en aquel momento, y sacaba a relucir lo peor de su carácter.

—Entonces —continuó Charles, ignorando la incomodidad que traslucía la joven—, ¿lord Manning ha pasado a engrosar las filas de sus pretendientes, señorita Lambert?

—Eso no es de su incumbencia, milord.

Charles chasqueó la lengua con desaprobación.

—Como no se decida pronto por uno de esos gallos de pelea, se le va a alborotar el corral —comentó, al tiempo que esbozaba una sonrisa impenitente.

El marqués de Hallbrook se atragantó con la risa, y su esposa lo fulminó con la mirada.

—Charles, compórtate —amonestó a su hermano.

Con su cabello rubio y sus ojos del color de la miel, que daban un aspecto dulce y cálido a su rostro varonil, podía parecer un ángel, pero en esos momentos, Elisabeth pensaba más bien que era un demonio dedicado a torturar a su mejor amiga. Sabía bien cuál era el problema entre esos dos. Las chispas habían saltado entre ellos desde el primer momento en que se habían conocido.

—¡Ah, no!, se me olvidaba que usted ha decidido que el matrimonio no entra en la ecuación de su vida —añadió el vizconde, sin tomar en cuenta la advertencia de su hermana.

—Si tanto le interesa el matrimonio, milord, ¿por qué no prueba usted a casarse?

El tono de falsa dulzura de ella casi le arrancó una carcajada. En sus ojos verdes, algo rasgados —herencia de su madre rusa—, brillaba el fuego de la pasión que habitaba en ella y que proclamaba a gritos su cabello cobrizo. Lástima que la mirada que le dirigía a él en esos

momentos fuese solo de ira. Aunque había decidido, desde hacía tiempo, despertar en ella otro tipo de ardor más placentero.

Esbozó una media sonrisa y se concentró en su precioso y pecoso rostro para no perderse su reacción cuando anunció su respuesta.

—De hecho, lo he pensado, y me encuentro en busca de una esposa. Quizá le interese el puesto.

Camilla se sonrojó, algo que le provocaba un hondo fastidio, puesto que su rostro solía competir con el rojo de su cabello y terminaba por asemejarse a una brillante manzana. Contó mentalmente hasta diez para no soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Gracias al cielo, no tuvo la oportunidad de responder. El mayordomo de los Hallbrook, Thomas, entró en el comedor con paso apresurado.

—Excelencia, tiene una...

El duque de Ainsworth irrumpió en la estancia como una de las siete furias de la mitología, solo que con un rostro mucho más varonil... y descompuesto. Sus bellas facciones se veían distorsionadas por una ira profunda, pero en sus ojos del color de la medianoche anidaba el dolor. Camilla había visto eso mismo muchas veces en sus gentes del East End, máscaras de odio que ocultaban tristeza y dolor infinito en sus miradas.

—¡Valentin! —El marqués se puso en pie—. ¿Qué ha sucedido?

—Se la ha llevado, ese malnacido se ha llevado a Mary —escupió con rabia.

—¡Oh, Dios mío!

James colocó las manos sobre los hombros de su esposa y se los acarició con suavidad en un gesto tranquilizador. Luego, se acercó al decantador y sirvió una copa de brandy.

—Cuéntanos qué ha sucedido —le pidió, al tiempo que se la ofrecía.

Valentin les contó los detalles en medio de un profundo silencio cargado de angustia. Se maldecía a sí mismo por haber bajado la guardia. Su instinto le había advertido tanto en París como en Calais de que alguien los vigilaba, pero, al llegar a Londres, su situación con Mary le había hecho olvidar la realidad y confiarse.

—Pagué a uno de los barqueros para que los siguiera, pero dice que se bajaron en el Puente de Londres, y él no quiso dejar su barca para seguirlos a pie. —Se pasó las manos por el cabello negro, en un gesto desesperado—. No sé dónde se la haya podido llevar.

—Seguramente, pretenderá partir hacia Dover para tomar uno de los barcos a Calais —reflexionó James—. Sin embargo, necesitará ayuda. Dudo que sepa cómo moverse por Inglaterra.

Camilla había permanecido en un silencio reflexivo mientras escuchaba lo sucedido.

—El mejor lugar para encontrar ayuda es el East End —comentó de pronto—. Allí nadie hace preguntas y todo el mundo está dispuesto a colaborar por unas pocas monedas. Si descendieron en el Puente de Londres, entonces se habrán dirigido hacia Whitechapel.

—Sí, es muy probable —admitió, James—. No te preocupes, Valentin. Mandaremos gente a

ese lugar y también haremos que vigilen todos los caminos que salen de Londres.

—Yo iré a Whitechapel, si se encuentran allí, me enteraré. —Camilla se puso de pie de inmediato, decidida a cumplir con lo dicho. Estaba convencida de que el general habría encontrado refugio allí. Ella encontraría a Mary.

—No puedes ir sola a ese lugar. —La voz de James la detuvo—. Es muy peligroso.

Aún recordaba la ocasión en que se había adentrado en aquellas sucias calles mientras seguía a la muchacha y a la que, en esos momentos, era su esposa. Había temido por ellas a cada paso del camino, aunque, al final, había sido él quien había salido peor parado cuando lo atacaron unos rufianes.

—Por favor, James, sabes que... —El ceño fruncido de él hizo que se detuviera.

—Yo iré con ella.

El corazón de Camilla se aceleró cuando escuchó la voz del vizconde, y gimió en su interior. Hubiera preferido la compañía de lord Manning —aunque ella misma hubiese tenido que defenderlo en caso de que los asaltasen— a verse acompañada por el insolente vizconde. Sin embargo, de nada le sirvió protestar, y no tuvo más remedio que tragarse las invectivas que subieron a su garganta cuando él se colocó a su lado con una sonrisa petulante.

El marqués de Hallbrook no tardó en movilizar a todos los sirvientes y hombres de confianza para peinar los caminos principales y secundarios que partían de Londres, en especial, el que se dirigía hacia Dover.

A cada hora que pasaba, Valentin se desesperaba más y más, pensando en cómo se encontraría Mary, y sintiéndose impotente por su incapacidad para rescatarla. Acababa de regresar a Hallbrook House, sin ningún resultado en su búsqueda.

—No lo soporto, James. Si le ocurre algo...

—No lo pienses. —Le ofreció una copa—. La encontraremos.

Él mismo estaba preocupado por Elisabeth. En su estado de avanzada gestación, la ansiedad no era buena, sobre todo cuando ya habían perdido antes un hijo.

—Milord. —Thomas entró en la sala—. Ha llegado un chiquillo con un mensaje.

—Hazlo pasar, vamos.

Un niño desarrapado, de edad indefinida y con el rostro tiznado de carbón entró en la sala, dándole vueltas a su gorra, mientras miraba a todos lados con los ojos muy abiertos y asombrados.

—Vamos, habla —lo animó el mayordomo.

El chico asintió y soltó de carrerilla el mensaje que la señorita le había hecho repetir hasta hartarse, a pesar de sus protestas.

Mary sentía los brazos acalambrados por mantenerlos en la misma posición durante tanto tiempo, y el roce de la cuerda que ataba sus manos le estaba causando heridas. Se mordió los labios, para ahogar un gemido, y volvió a centrar su mirada en el general.

Timashev se paseaba nervioso por la estrecha y sucia habitación de la posada. No le gustaba

luchar en un terreno desconocido, y Londres, sin duda, lo era; y mucho menos le gustaba tener que depender de aquellos desgraciados a los que les había prometido oro por su ayuda. En esos momentos se le acababa la paciencia. Si los hubiese tenido delante, los habría matado sin dudar, después de arrancarles la información que necesitaba para abandonar de una vez aquella maldita ciudad.

—Tiene que dejarme marchar.

La voz de la joven hizo que se volviese hacia ella. Tras despertar de la inconsciencia, le había quitado la mordaza porque sabía que no gritaría, bien porque nadie la escucharía, dado el ruido ensordecedor que había en el comedor de la posada, donde los hombre reían, gritaban y maldecían; bien porque él la encañonaba con una pistola. No tenía intención de matarla, sino de disfrutar de ella, pero si era necesario, no dudaría en usar su arma, y la princesa lo sabía.

—¿Dejarte marchar? —inquirió, mirándola con posesividad, como si fuera un trofeo recién adquirido—. Fui demasiado indulgente contigo en el pasado. Solicité tu mano, y tú me respondiste burlándote de mí, huyendo como si de la peste se tratara. Eres mía, no lo olvides, serás mi esposa; tus propiedades, tu título y tú misma me perteneceréis.

—¡No puede retenerme contra mi voluntad! —protestó ella—. No estamos en Rusia, aquí no tiene ninguna autoridad, y lo que está haciendo es un delito.

Timashev se acercó despacio. Su rostro dibujaba una sonrisa que le pareció una mueca siniestra y le causó un escalofrío. Sus ojos grises brillaban con una luz extraña, mezcla de odio, locura y deseo, que la alarmó.

—¿Es un delito reclamar a mi esposa?

—Yo no soy su esposa, y nunca lo seré.

—Mi querida princesa, puedo hacer contigo lo que quiera —espetó él con desagrado, mientras deslizaba los dedos sobre su mejilla hasta llegar a su cuello. La aferró por la nuca con un movimiento brusco y doloroso, elevándole la barbilla con el pulgar—. Me perteneces. Y, ahora que lo pienso, he esperado demasiado tiempo para probar la calidad de la mercancía.

El odio la invadió por completo y la proximidad de aquel hombre le produjo una profunda repugnancia que no trató de disimular. Intentó alejarse, pero la mano masculina la retuvo con tal fuerza que tuvo que apretar los dientes ante el súbito dolor. Sin embargo, cuando el general deslizó su mano con lascivia hacia el escote de su vestido y la introdujo hasta rozar la piel sensible de sus senos, todo su cuerpo se tensó por la rabia y el asco. Se revolvió, de forma violenta, y la furia le hizo escupir al desagradable rostro que tenía frente a ella.

La bofetada que recibió fue tan brutal que su cabeza golpeó contra la pared y le zumbaron los oídos.

—¿Así que quieres jugar, pequeña zorra? —Timashev se limpió la saliva de la mejilla, su semblante convertido en una máscara de rabia—. Pues yo te enseñaré un par de juegos que no olvidarás en toda tu vida.

Mary cerró los ojos cuando vio que alzaba el puño. La ira incontenible que movía al general

la mataría, sin duda. Pensó en Valentin, y su corazón se arrepintió de no haberle dicho que lo amaba. Las lágrimas acudieron tras sus párpados cerrados.

Unos golpes apresurados sobre la puerta detuvieron al general. Con pasos furiosos se dirigió hacia esta y la abrió tan solo un poco. Mary escuchó el murmullo de una voz masculina. No perdió tiempo en tratar de comprender lo que hablaban. Movi6 las manos para intentar aflojar la cuerda y se mordió el labio cuando una punzada de dolor le atravesó los brazos dormidos. El pómulo le latía, añadiendo más sufrimiento a su cuerpo, y no pudo evitar que las lágrimas se derramaran cálidas por sus mejillas.

—Tendremos que dejar nuestro juego para más tarde, querida —anunció Timashev, una vez que hubo cerrado la puerta de la alcoba—. Nos marchamos a Rusia.

Abrió los ojos, sorprendida y asustada al mismo tiempo. Aquella pesadilla no podía estar sucediendo de verdad. Habían tardado demasiado en llegar a Londres, habían sorteado peligros y, sobre todo, había conocido de verdad al hombre que amaba y del que estaba profundamente enamorada. No podía perderlo todo por el orgullo herido y la avaricia de un ser odioso.

Tenía que creer que sus amigos no la dejarían en manos de aquel hombre repugnante, porque incluso aunque Valentin no la amara tanto como para ofrecerle matrimonio, al menos sí la apreciaba lo suficiente como para no consentir aquella atrocidad. Y también estaba James, él tampoco la abandonaría ante la adversidad. Seguramente la estaban buscando, se consol6.

Enfrentó la mirada del general y alzó la barbilla con orgullo.

—No lo lograré. Mis amigos vendrán a buscarme.

—¿Como ese maldito cosaco que te seguía como un perro a todas partes? —Mary ahogó una exclamación ante la mención de Yakov. «No, no, por favor, que no lo haya perdido también a él», suplicó. El general se frotó el hombro de forma inconsciente, y sus ojos se volvieron fríos como el hielo—. Me dejó un buen recuerdo, pero pienso ajustar cuentas con él en cuanto volvamos a vernos.

El alivio que sintió al saber que Yakov vivía casi la dejó sin fuerzas. Lo miró con un odio que no había sentido jamás por nadie.

—Puede que lleguemos a Rusia, y puede que me obligue a desposarme con usted, pero, si lo hace, le aconsejo que duerma con los ojos abiertos, porque no dude de que a la primera oportunidad que tenga, lo mataré.

—Vaya, vaya, la fierecilla continúa siendo salvaje. —Timashev soltó una carcajada burlona. La agarró con fuerza del brazo y la atrajo hacia sí—. No sabes cómo me gusta que me mires así, porque cuanto más odio destile tu mirada, más disfrutaré yo despojándote de él.

Se apoderó de sus labios con un beso duro que castigó su boca. El dolor en su mejilla se hizo más intenso y ahogó un grito. Cuando la soltó, ni siquiera pudo reaccionar antes de que él la amordazara de nuevo, cubriese su cuerpo y su cabeza con una capa y la arrastrase consigo fuera de la habitación. En el pasillo aguardaba un par de hombres, de aspecto desaliñado, que los condujeron a la parte posterior de la posada, donde había unas escaleras.

Recibió el aire viciado de la calle como una bendición. La intrincada red de callejuelas oscuras y malolientes de aquella zona de la ciudad daba la sensación de estar desierta. Desde las tabernas y tugurios cercanos se escuchaban gritos y carcajadas, y el canto desafinado de algún borracho. Entre las sombras se movían figuras, y bajo la luz tenue de alguna farola, alcanzó a ver a algunas de las pobres mujeres que entregaban sus favores a cambio de unas míseras monedas.

Timashev siguió a los dos hombres, que se movían con agilidad a través de las callejuelas de Whitechapel, dando por bueno el dinero que había pagado por salir de Londres esa misma noche. Pronto abandonaría aquella ciudad infernal, volvería a su tierra natal y tendría en sus manos a esa mujer que tanto había deseado poseer. La sola idea de poder hacer con ella todo lo que había imaginado, y saber cuánto se iba a resistir, le hizo sentir un latigazo de placer.

James tuvo que emplear toda su fuerza para detener a Valentin cuando vio salir al general, que arrastraba consigo a Mary, y a los dos indeseables que lo acompañaban.

—Aún no —le advirtió—. Estamos demasiado cerca de la posada, y el jaleo puede atraer a mucha gente. Ten paciencia.

El duque apretó la mandíbula con fuerza. «Paciencia», se dijo. No soportaba ver las manos de aquel animal sobre el cuerpo de Mary. Ella era suya, su duquesa.

—Creo que se dirigen al río —susurró Camilla.

James frunció el ceño, molesto. Cuando el niño los había conducido hasta la muchacha, él le había pedido que volviese a la casa, con Elisabeth, pero la joven se había negado con terquedad. No le gustaba que estuviera allí, pero confiaba en que Charles cuidaría de que no le sucediera nada. Hizo una seña a los hombres que lo acompañaban y siguieron al general desde una distancia prudente.

No tardaron en avistar las luces difusas del pequeño embarcadero. Desde allí partían las barcas que recorrían el río hasta el estuario del Támesis. Una vez en el puerto, no les sería difícil abordar un barco que los llevase hasta Dover, pensó Valentin. No podía permitir que subiesen a Mary a una de esas barcas.

Echó a correr hacia el muelle, sin prestar oídos a los juramentos de James que, de inmediato, corrió tras él, seguido por sus hombres.

El ruido de los pasos sobre los adoquines alertó a Timashev, que se giró de inmediato, con la pistola amartillada.

—Será mejor que la sueltes —ordenó Valentin, deteniéndose a cierta distancia. Su voz sonó fría y dura, pero a Mary le pareció el sonido más maravilloso del mundo. Su corazón se llenó de esperanza y de amor por aquel hombre atractivo y arrogante, pero también de temor por él. El general no dudaría en dispararle.

—Vaya, pero si es el perro inglés —se burló Timashev al reconocer a Valentin—. ¿Vienes a pelear por un hueso? —Con un movimiento brusco, acercó a Mary a su cuerpo y rodeó su cintura con un brazo.

El duque apretó el puño sobre la culata de su arma. No se atrevía a disparar por miedo a herir

a Mary.

—Suéltala —le dijo, esta vez en ruso—, y te dejaremos marchar.

—Nadie le da órdenes al general Timashev, inglés —espetó con desdén—. Esta mujer es mía, siempre ha sido mía.

—Os superamos en número. No vale la pena que tus hombres mueran por una causa que está condenada al fracaso.

—¿Qué me importan estos hombres? Por mí, pueden pudrirse en el Infierno ellos y todos los ingleses. —Escupió en el suelo con rabia—. Pero la princesa viene conmigo, inglés, porque si no es mía, te juro que no será de nadie.

Mary soltó un gemido cuando el general la apretó con más fuerza contra su cuerpo. Su brazo era una banda de acero alrededor de su cintura, impidiéndole casi respirar.

Valentin dio un paso al frente, angustiado ante el quejido de dolor de Mary, pero se detuvo cuando vio que Timashev apoyaba su arma contra la sien de ella. El corazón se le detuvo en el pecho. No sabía qué estaban haciendo James ni sus hombres, pero rogó que se le ocurriese un modo rápido de actuar en esa situación, porque a él se le escapaba de las manos. No era objetivo, no con Mary en peligro.

—¿Así que no eras solo el perro guardián? ¡Quién lo iba a imaginar! —se burló el general al percatarse del gesto del duque. Soltó una carcajada carente de humor—. El perro inglés se ha enamorado de la zorra rusa.

Las palabras fueron como un latigazo para los oídos de Valentin, que entrecerró los ojos y apretó los labios hasta formar una fina línea de odio.

—Juro que te mataré —musitó entre dientes.

—¿La quieres? —lo espoleó con sarcasmo—. Pues ven a por ella, si te atreves, para que pueda meterte una bala en tu maldito corazón extranjero.

Valentin dio un paso, y Mary comenzó a negar con la cabeza, pero se detuvo al sentir la frialdad del cañón de la pistola sobre la delicada piel de su sien. Sabía que el general dispararía primero sobre el duque. No soportaría ver morir a Valentin ante sus ojos. Si solo dispusiese de una oportunidad, pensó.

Su ruego pareció ser escuchado. En aquel instante, los dos hombres que acompañaban a Timashev, decidiendo que no merecía la pena perder la vida por unas cuantas monedas, echaron a correr, introduciéndose en la niebla que subía procedente del río.

—Seguidlos —ordenó James a sus hombres, que se lanzaron de inmediato a su persecución.

—¡Volved aquí, ratas cobardes!

El general desvió su arma hacia el duque, y Mary comprendió que ahí tenía la oportunidad que buscaba. Tal y como le había enseñado Yakov, cargó el peso de su cuerpo sobre un pie y luego se echó hacia el lado contrario, descargándolo con fuerza contra Timashev. El movimiento lo cogió desprevenido y trastabilló hacia atrás. Mary sintió el tirón de su brazo en la cintura y se vio arrastrada hacia una inevitable caída. Escuchó los gritos de Valentin, aunque no entendió lo

que decía, y después el sonido de una detonación cercana que la aturdió. Notó un ramalazo de dolor en la cabeza, un latigazo ardiente, y el calor de un líquido pegajoso que se deslizaba por su rostro. Luego, la oscuridad se cernió sobre ella mientras la arrastraba en su infinita caída.

El corazón de Valentin se detuvo en ese instante. Oyó un lamento, como una especie de aullido animal, y ni siquiera supo que había brotado de su garganta. Se abalanzó hacia Mary, que yacía en el suelo, sin importarle los disparos de las armas que se sucedían, ni la posterior huida de Timashev, callejón abajo, perseguido por Charles y James.

—¡Mary! —Se arrodilló a su lado y la estrechó en sus brazos. La examinó a fondo y, aunque pálida, el alivio lo inundó cuando vio que solo tenía un rasguño en la frente. La bala le había pasado rozando, pero la herida era escandalosa por la abundancia de sangre que brotaba de ella. La apretó con su pañuelo—. Mary, despierta. Estás a salvo, pequeña, estás a salvo. Eres demasiado terca para morirme, amor mío, y si lo haces, te juro que te perseguiré también en ese viaje hasta traerte de vuelta, ¿me oyes? Te juro que lo haré, porque te amo más que a nada y ya no sé vivir sin ti. He sido un cobarde y...

—Repítelo. —La suave voz femenina disolvió su angustia, y los labios le temblaron con alivio cuando sonrió al mirarse en sus ojos.

—Que he sido un cobarde.

Ella negó con la cabeza y acarició su mejilla. Notó el dulce peso de su boca sobre su palma.

—Eso no, lo anterior.

—Que te amo más que a mi vida, Mary, que eres todo lo que necesito para ser feliz. —La acunó contra su pecho—. No puedo prometerarte amarte por toda la eternidad, pero te juro que intentaré amarte día tras día durante el resto de mi vida.

—Con eso me basta, lord Ainsworth —susurró con voz débil—. Te amo, Valentin.

Timashev vio la figura en sombras que le cerraba el paso y se detuvo, a pesar de que escuchaba los pasos de los que lo seguían. Soltó un juramento.

—Has perdido, general.

La frase, pronunciada en su idioma natal, lo llenó de un odio visceral. Elevó el arma, dispuesto a salvar su vida. Sin embargo, ya había escuchado el zumbido que cortó el aire, anunciando su muerte, cuando efectuó su disparo. Actuó demasiado tarde, y la bala se perdió en la oscuridad de la noche cuando el cuchillo se clavó justo en su corazón.

—¡Tú! —exclamó con rabia, antes de caer desplomado sobre el suelo.

La temblorosa luz de un farol iluminó la figura de Yakov cuando emergió de entre las sombras.

Capítulo 23

El cuerpo del general se derrumbó inerte sobre el frío suelo adoquinado cuando una fina lluvia londinense comenzaba a caer. Aquella era una muerte que, con seguridad, nadie lamentaría, porque el hombre había terminado tal y como había vivido: como un sucio cobarde.

James se detuvo sin aliento cuando llegó al lugar donde yacía Timashev. Observó su rostro sin vida y luego la figura que se erguía, orgullosa, frente a este.

—¡Yakov! —Se adelantó a saludarlo, estrechando su mano con fuerza—. ¿Qué demonios haces aquí? Creí que juraste que nunca ibas a salir de Rusia.

El cosaco sonrió bajo su espeso bigote.

—Y lo habría hecho, si mi *mladshaya sestra* no se hubiera metido en tantos problemas. —Su semblante mudó a un gesto serio—. ¿Cómo está?

James lo miró en silencio. Había visto caer a Mary tras los primeros disparos, pero no sabía a ciencia cierta lo que había ocurrido. No se atrevía a pensar que pudiera haber muerto.

—Se encuentra bien, solo un poco aturdida —repuso una voz firme detrás de ellos—. Camilla y ella se dirigen en un carruaje hacia tu casa. Me alegro de verte, Yakov.

Valentin dirigió una mirada desapasionada al cadáver y luego la volvió a centrar en el cosaco.

—Y yo a ti, inglés. —Estrechó la mano que el duque le tendió.

—¿Qué vamos a hacer con él? —le preguntó a James.

Este se acarició el mentón, pensativo.

—No podemos informar a las autoridades. Eso podría suponer un incidente diplomático, y las aguas no están calmadas todavía entre Inglaterra y Rusia.

—Este perro merece ser pasto de las alimañas —escupió Yakov con rabia. Se inclinó sobre el cuerpo y extrajo su cuchillo del pecho del general—. Nadie lo echará de menos en Rusia.

—Echadlo al río —intervino Charles. Los otros tres hombres lo miraron, y él se encogió de hombros con displicencia—. Nadie lo buscará, y cuando aparezca, dudo que alguien pueda reconocerlo.

Lo cargaron entre los cuatro y lo arrojaron a las turbias aguas del Támesis, que se plegaron como un sudario sobre el cadáver del general.

El trayecto de regreso en carruaje hacia Hallbrook House se le antojó un infierno a Valentin. Necesitaba comprobar de nuevo que Mary se encontraba bien.

Cuando llegaron a la mansión, el doctor la abandonaba.

—Buenas noches, milord. Caballeros.

—Buenas noches, doctor Wilkins —lo saludó James—. ¿Cómo se encuentra la paciente?
El anciano médico sacudió la cabeza, aunque su boca sonreía.

—Una mujer cabezota donde las haya, milord, pero se encuentra bien. No he necesitado coser la herida de la cabeza, aunque será mejor que no haga demasiados esfuerzos al menos durante un par de días —explicó—. Las abrasiones de las muñecas tardarán un poco más en curarse. Le he puesto un ungüento y se las he vendado. Una joven valiente; sí, señor.

Valentin sonrió con orgullo y, mientras el marqués despedía al doctor, subió de prisa las escaleras de la entrada y atravesó el vestíbulo a grandes zancadas, siguiendo el sonido de las risas femeninas hasta llegar al salón. Se detuvo en el umbral y clavó la mirada en Mary, que escuchaba a Elisabeth, sentada a su lado, con una sonrisa.

—Lord Ainsworth.

La exclamación de Camilla atrajo sobre él la mirada de las otras dos mujeres. Él no apartó la suya de Mary, y el brillo de felicidad que encontró en sus ojos violeta hizo que deseara tomarla en sus brazos y besarla hasta que el mundo dejara de girar.

—Señoras —se apresuró a saludar al ver la sonrisa burlona de la marquesa.

Entró en el salón, pero se detuvo antes de llegar al sofá. No estaba seguro de poder contenerse si la tenía cerca. Se oyó un revuelo y percibió el momento en que entraron los otros tres hombres. El rostro de Mary se iluminó al ver al cosaco, y de no haber sido porque ella le había confesado que lo amaba, se hubiera sentido celoso cuando advirtió que se levantaba para abrazarlo.

—Te ha cambiado el semblante, amigo —le dijo James, al cabo de un rato, al tiempo que le ofrecía una copa.

Valentin alzó una ceja interrogante.

—¿En qué sentido?

—Tienes cara de hombre enamorado —se burló el marqués.

—Lo estoy.

La confesión fue tan sencilla y tan sincera que descolocó a James. Luego esbozó una amplia sonrisa y apretó con fuerza el hombro de su amigo.

—Me alegro por ti y por ella. Creo que seréis felices juntos.

Valentin asintió.

—Lo juro por mi vida.

Había transcurrido una semana desde los acontecimientos de Vauxhall, y aunque había acudido a diario a interesarse por la salud de Mary, que se encontraba descansando, según las indicaciones del doctor, en esa ocasión no estaba allí por ella. Miró al hombre que tenía frente a sí, sentado en el cómodo sillón de cuero del despacho del marqués, y lo estudió con atención.

Mikhaíl, el hermano de Mary, se parecía bastante a ella. Tenía el mismo cabello negro y los ojos azules, algo rasgados, aunque de un matiz más claro. La frente alta y despejada y la nariz afilada, sobre una boca ancha y una mandíbula firme y decidida. Lo estudiaba con el mismo

interés con que lo hacía él. Había llegado a Inglaterra dos días después que el cosaco, y al visitar a James, se había encontrado con la sorpresa de ver allí a su hermana. No le gustó enterarse de los acontecimientos que habían precedido la llegada de Mary a Londres.

—Bien, ¿así que tienes la intención de desposar a mi hermana? —Valentin se tensó ante el tono usado por el hombre. Mikhaíl vio el gesto a la defensiva del duque y dejó escapar un suspiro—. No me malinterpretes. Mientras sea un matrimonio por amor, no dudaré en dar mi consentimiento, porque eso es lo que Mary siempre ha deseado. Por lo que he podido ver, creo que así es entre vosotros. Solo me preguntaba si en verdad estás seguro de lo que vas a hacer, ella es terca y mandona.

Valentin se relajó y sonrió, al tiempo que asentía.

—Yo también puedo serlo. Sabré manejarla.

El marqués de Mansbourg soltó una carcajada y se levantó del sillón, tendiéndole una mano al duque.

—Pues, entonces, bienvenido a la familia. Si quieres un consejo, no le digas a Mary que has hablado conmigo antes de pedirle matrimonio a ella. Siempre ha pensado que tiene derecho a decidir sobre su vida, y yo la he apoyado en eso. Mucha suerte.

La iba a necesitar, pensó Valentin tras informarse del lugar en el que podía encontrar a Mary. Se hallaba en el invernadero.

Entró en el espacio inundado por plantas y flores, y lo asaltó una diversidad de aromas que, junto con el calor que había absorbido el lugar, le provocó un ligero mareo. Se aflojó el nudo de la corbata y caminó entre los variados helechos y arbustos, rodeado por un silencio que lo puso nervioso.

El sol se filtraba por las grandes cristalerías del techo, otorgando al recinto el aspecto de un bosque mágico, y allí, justo al final del camino, se hallaba su ninfa. Valentin sonrió cuando la vio dormida sobre uno de los cómodos sofás que había repartidos por aquel jardín en miniatura. Los rayos de sol arrancaban destellos caoba a su cabello negro y alargaba sobre sus delicados pómulos la sombra de sus pestañas. Vio la cicatriz sobre su frente, y algo se encogió en su pecho al darse cuenta de que podría haberla perdido.

Se acercó, silencioso, y se colocó tras el lugar donde descansaba su cabeza, con una ramita en la mano. Con suave delicadeza, la deslizó sobre sus mejillas, y sonrió cuando ella la espantó con la mano al sentir el cosquilleo. Luego delineó sus labios, esos que lo habían obsesionado desde la primera vez que los había besado, y decidió sustituir la ramita con su propia boca para saborearlos de nuevo.

Arrodillándose junto a ella, se inclinó hasta rozarlos con un leve toque. Los sintió temblar bajo los suyos y aquello lo enardeció. Deslizó los labios hacia su mejilla, depositando ligeros besos, luego a sus párpados y a su frente, donde besó la cicatriz con reverencia y ternura. Cuando descendió por el puente de su nariz, se encontró con dos preciosos ojos de un azul violáceo que lo miraban somnolientos.

—Hola —la saludó, con una sonrisa.

—Valentin.

El tono ronco y adormilado de la voz femenina mandó un espiral de placer a su vientre. Bajó la cabeza y devoró su boca en un beso ardiente y apasionado, absorbiendo sus labios como si deseara absorber su alma. Sus manos vagaron por las dulces curvas de la que pronto sería su esposa. Su esposa. ¡Dios mío, la deseaba tanto que se había olvidado de lo esencial! Se apartó un poco y tomó un profundo respiro. Sujetó sus manos y besó sus dedos, antes de tirar de ella para que se sentara.

Mary nunca había tenido un despertar tan dulce, y estaría encantada de que fuese así todos los días. Miró a Valentin y esbozó una cálida sonrisa, pero el gesto serio y concentrado con el que él la miraba desde su posición, arrodillado frente a ella, hizo que se despejara de golpe.

—Eres preciosa —susurró Valentin, con la voz cargada de amor—. Desde que te conocí, te colaste en mi corazón, no como una brisa suave, sino como un repentino huracán que barrió con todas mis creencias y con los principios a los que me he agarrado durante toda mi vida: que el amor no podía ser eterno. Te amo como nunca creí que podría amar a nadie, y si tuviera que comprar una eternidad a tu lado con mi propia sangre, lo haría sin dudarlo —le aseguró. Mary sintió que su corazón rebotaba de ternura por ese hombre arrogante que se arrodillaba humilde a sus pies y le hablaba de amor—. Esto es lo que tengo hoy para ofrecerte, si lo aceptas, seré tuyo para siempre. Lo que nos depare el mañana, tendremos que afrontarlo juntos, pero, si tú me amas, sé que lo lograré. Mary, ¿me harías el honor de convertirme en mi esposa, en mi duquesa, durante toda mi vida y lo que nos reste de eternidad?

Ella notó cómo se le humedecían los ojos y esbozó una sonrisa temblorosa. Apresó aquel rostro de contornos duros entre sus palmas y lo miró a los ojos, solazándose en el cielo intenso que habitaba en ellos.

—Sí, Valentin.

Él se levantó y tiró de ella hasta levantarla y tenerla entre sus brazos. Entonces la besó con un anhelo exultante que nacía no solo del deseo por ella, sino también de su corazón enamorado que le había entregado sin reservas y sin temores. Devoró su boca, su cuello, aspirando su perfume floral, y bajó hasta las suaves curvas de sus senos.

Un repentino carraspeo a sus espaldas le arrancó un gruñido y abrazó con más fuerza a Mary, que escondió el rostro en su pecho. Notó que su cuerpo temblaba contra el suyo mientras intentaba ahogar una carcajada, y sus labios se curvaron en una sonrisa. Depositó un suave beso sobre su cabello.

—Más tarde, señora, terminaremos lo que hemos comenzado —musitó junto a su oído.

Se volvió hacia Charles y lo fulminó con una mirada. El vizconde le devolvió una sonrisa burlona.

—Siento interrumpir tan... romántica escena, pero mi sobrino, o sobrina, está a punto de venir al mundo —anunció.

—¿Tan pronto? —preguntó Mary, alarmada, como si esperara la noticia para más tarde.

Ambos hombres la miraron interrogantes, pero ella se soltó de los brazos de Valentin, dispuesta a acompañar a Elisabeth en un momento tan complicado.

—¿Sabías algo de esto? —le susurró el duque cuando recorrían los jardines en dirección a la casa.

—Esta mañana hablé con ella —le confirmó—, y me comentó que no se encontraba muy bien, pero me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Yo pensé que tardaría más tiempo en ponerse de parto, siendo su primer hijo era de esperar que se retrasara. Pero ya veo que me he equivocado.

Cuando accedieron a la entrada de la mansión, un silencio casi palpable los envolvió. No se oían gritos ni ajeteo de los criados; todo parecía haberse quedado suspendido en el aire, como una imagen congelada en el tiempo que alguien temiera romper.

Subieron de inmediato al piso superior. James paseaba de un lado a otro ante la puerta de la alcoba de la marquesa, como un tigre enjaulado, pero Mary no tuvo reparo en abrirla. Entró sin pedir permiso siquiera y sin detenerse a pensar lo inadecuado de que una dama soltera fuese testigo de un alumbramiento.

Valentin, en cambio, se quedó junto a su amigo y apoyó una mano sobre su hombro para tranquilizarlo. Charles se unió a ellos con la preocupación por su hermana estrechando su corazón.

—Todo saldrá bien —le aseguró Valentin al marqués.

—Eso espero, amigo, eso espero. —La voz de James traslucía la desesperación implícita en sus palabras—. Llevan demasiado tiempo ahí dentro. Si algo le pasara a Elisabeth, yo...

Un llanto débil, apenas audible, atravesó la puerta, interrumpiendo a James y haciendo que los tres hombres tensaran sus cuerpos y se giraran hacia el sonido. Posaron sus ojos sobre el picaporte, pero este seguía inmóvil, y ninguno se atrevió a girarlo. Charles dio un paso al frente, miró a Valentin, y este al futuro padre.

—Quizá deberías entrar —le aconsejó a James.

—Hay demasiado silencio —señaló el marqués con la mirada ausente.

—A lo mejor deberíamos ir a servirnos una copa —apuntó Charles, nervioso, por lo que recibió una mirada divertida del duque.

—Elisabeth es fuerte —insistió Valentin—. Ella...

De pronto la puerta se abrió de golpe, como si un vendaval la hubiera azotado.

—¡Es un niño! —La sonrisa de Mary iluminaba todo su rostro.

El corazón de James comenzó a latir con rapidez y entró en la alcoba detrás de Mary, sintiendo que las piernas le temblaban. Cuando sus ojos se posaron sobre su esposa, que descansaba sobre el lecho entre grandes almohadones, descubrió una tez pálida y sudorosa, con unas marcadas ojeras que contrastaban profundamente con la sonrisa que se dibujaba en sus labios. En sus brazos, una diminuta criatura dormía con placidez, ajena al bullicio que había a su

alrededor.

—Nuestro hijo, James —musitó a su esposo cuando este se acercó al lecho—. El futuro marqués de Hallbrook. Ten, cógelo en tus brazos.

James se inclinó y depositó un beso lleno de ternura en la frente de su esposa. Después, tomó en sus brazos al pequeño y lo meció con dulzura.

—¿Todo bien, doctor Wilkins? —preguntó el padre, sin dejar de observar a su pequeño—. Es tan... diminuto.

El doctor asintió.

—Un parto difícil, pero una mujer fuerte —le aseguró—. Mi enhorabuena, lord Hallbrook, tiene usted un hijo sano y vigoroso.

James le sonrió a Elisabeth, y un fiero orgullo lo invadió por dentro.

—¿Qué se siente? —le preguntó Valentin, situándose a su lado, mientras contemplaba con curiosidad a la criatura.

—¡Soy padre! No hay palabras, querido amigo, que puedan transmitir la felicidad de este instante —le aseguró, con los ojos brillantes por la emoción.

—Supongo que, cuando amas de verdad, llega un momento en que no puede caber más amor —musitó el duque con la mirada puesta en Mary, que se encontraba acomodando la cama de Elisabeth.

—Te equivocas, Valentin. —James besó la cabecita de su hijo y levantó la mirada hacia su amigo—. Por muy increíble que te parezca, siempre cabe más amor en nosotros. Este pequeño simboliza todo el afecto que he sentido a lo largo de estos años por mi esposa y, a su vez, por sí mismo despierta en mi interior una fuente inagotable de amor. No sé qué decir, siento ganas de reír y llorar a la vez.

Valentin observó su rostro, el brillo en los ojos grises de aquel hombre con el que había compartido momentos muy duros en el pasado, y al que jamás había visto dudar. Sonrió, y comprendió que aún le quedaba mucho por aprender del amor auténtico, de ese que nunca pasa y del que tanto había renegado porque era un desconocido para él.

Desvió la mirada hacia Mary, que sonreía junto a Elisabeth, y vio que sus ojos destilaban felicidad. Esa mujer desbordaba vida y, por un regalo del cielo, dentro de poco tiempo compartiría esa vida con él. Al observarla, supo que a pesar de los momentos difíciles que con seguridad les iban a sobrevenir, deseaba compartir con ella cada minuto de su existencia; porque había descubierto que el amor era algo por lo que merecía la pena luchar, un tesoro que había que cuidar y que le había sido otorgado sin merecerlo.

Lord Edmund Danbridge frunció el ceño una vez más cuando le anunciaron que su nieto, el duque de Ainsworth, deseaba verlo.

—Milord —lo saludó Valentin, con una sonrisa, apenas entró en la sala.

—Borra esa estúpida sonrisa de tu rostro, muchacho —escupió el anciano entre dientes—. Me has defraudado, y espero que hayas disfrutado tu viaje, porque es el último que has realizado

como un hombre soltero.

Valentin puso los ojos en blanco. Su tío abuelo jamás cambiaría.

—Abuelo, quería...

—No me importa lo que tú quieras o dejes de querer —lo interrumpió con brusquedad el marqués de Wroxford—, a partir de ahora harás lo que yo te diga, y no se hable más. Huir ha sido el mayor de tus errores. Y el último. Ya te advertí que si no te ocupabas tú de este asunto, yo mismo lo tomaría en mis manos.

—Pero es que quiero...

—¡Basta ya, deja de interrumpirme, muchacho insolente! —Dio una palmada sobre el reposabrazos con una fuerza que no se correspondía con su delicada constitución—. Te he buscado una esposa y te casarás con ella. No hay más que decir.

Valentin dejó escapar un suspiro cansado y sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho, abuelo, pero, sea quien sea la dama, no me casaré con ella. —Vio que el anciano se disponía a refunfuñar de nuevo y alzó la mano para detenerlo. Por algún extraño milagro, en esta ocasión, lo obedeció—. He buscado mi propia esposa, tal y como te dije que haría, y la he traído para presentártela. ¿Mary?

Su abuelo entrecerró los ojos y miró hacia la puerta. No se había percatado de que había quedado abierta. La joven que entró lo sorprendió por su belleza.

—¿Quién es esta mujer? ¿Te la has traído de Rusia? —le preguntó a su nieto con suspicacia—. ¡No puedes casarte con una muchacha rusa!

—Una princesa rusa, si no le importa, lord Wroxford —lo interrumpió ella con orgullo y un perfecto inglés. Sus ojos violeta refulgían con un brillo pícaro.

—Mmmm, como sea. —Los ojos azules del hombre la miraron de arriba abajo con apreciación, aunque mantuvo el gesto adusto—. Tiene las caderas muy estrechas. Demasiado. No podrá tener descendencia.

—Usted es un anciano y no por ello debo dudar de que su mente esté lúcida —contraatacó Mary con serena compostura.

Valentin bajó la cabeza para ocultar una sonrisa mientras contemplaba, divertido, la batalla dialéctica que mantenían su tío abuelo y su prometida.

—Demasiado hermosa —continuó el hombre—, y demasiado descarada.

—Solo cuando me provocan, milord —insistió ella tenaz.

El marqués guardó silencio por un instante y luego prorrumpió en una carcajada que sonó oxidada.

—Me gusta —admitió el anciano—, me recuerda a mi difunta esposa. Tiene carácter y no se deja amedrentar. Será una duquesa extraordinaria y puede que hasta sepa hacer de ti un gran duque.

Valentin rio con fuerza, y Mary le sonrió al anciano.

—No lo dude, lord Wroxford, no lo dude.

Apenas unos minutos después, Valentin pudo observar cómo Mary se había sentado junto al marqués, el hombre con peor genio que había conocido nunca, y sostenía su mano apergaminada con total confianza mientras los dos se reían. Aquella mujer era capaz de derretir el alma del mismísimo diablo con su sonrisa; si el diablo tuviera alma, claro.

Se acercó al gran ventanal y observó tras los cristales los rayos de sol que bañaban el jardín. Sentía en su interior una paz que lo inundaba por completo mientras pensaba en lo mucho que su vida había cambiado. Mary era la única causante, y la adoraba por ello.

Se volvió hacia ella, y sus miradas se cruzaron durante unos instantes. En sus ojos leyó silenciosas palabras de amor que lo conmovieron. En ese momento, tuvo muy claro que no pensaba desperdiciar ni un solo segundo más de su existencia en cosas banales que no le habían aportado nada a lo largo de su vida. Porque Mary lo era todo para él, y estaba dispuesto a dar hasta su último aliento por hacerla feliz día tras día, incluso mucho más allá de los límites de la eternidad.

Epílogo

Londres. Abril de 1858

El interior de la iglesia albergaba el aroma de cientos de rosas blancas. Los invitados aguardaban, sentados en sus bancos, la llegada de la novia. Los cuchicheos llenaban el ambiente y ponían más inquieto al novio, que no despegaba los ojos de las grandes puertas abiertas al fondo de la nave.

—Estás poniendo nervioso al sacerdote.

Valentin frunció el ceño y se volvió hacia el pastor, que pareció encogerse bajo su intensa mirada, luego miró a James y, finalmente, de nuevo hacia la puerta.

El sonido de las ruedas de un carruaje hizo que tanto el marqués de Hallbrook como el pastor soltasen un suspiro de alivio. Los murmullos crecieron en intensidad, y todos los presentes se volvieron hacia la puerta. Una figura se recortó contra la luz del exterior y levantó un coro de exclamaciones entre quienes se encontraban más cerca de ella.

Mikhaíl le ofreció el brazo, y Mary lo aceptó, nerviosa, antes de echar a andar por el pasillo central hacia el altar. Al fondo, divisó la alta figura de Valentin y fijó su mirada en él. Parecía un príncipe, vestido con una chaqueta azul, del mismo color de sus ojos, de corte sencillo y elegante, con botonadura de oro; unos pantalones color marfil y zapatos negros con una hebilla de pequeños zafiros incrustados. Sobre el blanco lazo de la corbata lucía un alfiler con un zafiro que lanzaba destellos azules. Pero nada brillaba más que sus ojos. Le sonrió desde la distancia, y él le devolvió la sonrisa, y supo que todo estaba bien.

Valentin siguió cada uno de los pasos femeninos conforme avanzaba, a un ritmo que se le antojó eterno, pero que le permitió disfrutar de la preciosa imagen de su futura esposa. «Mi diamante ruso», pensó. Porque así era como se veía ella en esos momentos, con aquel impresionante vestido blanco de seda cuyo corpiño destellaba con el brillo de cientos de diminutos diamantes. La falda se alargaba por detrás en una larga cola bordeada también de diamantes. Sobre la cabeza lucía una tiara que había pertenecido a su madre, la princesa Anna.

Cuando llegaron frente al altar, Valentin descendió los escalones y tomó su mano, que Mikhaíl le ofreció. Mary se volvió hacia su hermano y le dio un beso en la mejilla antes de que se retirara al primer banco, junto a su esposa y al resto de su familia y amigos: Elisabeth y su hermano Charles; Camilla y su tío, lord Dalwood; el tío abuelo de Valentin, e incluso la condesa Pashkov, que había llegado de Rusia dos meses atrás. El único que faltaba, y al que echaba de menos, era Yakov, que se había negado a volver a abandonar su tierra otra vez, pero que los había invitado a su casa para que conocieran a su esposa y a su hijo recién nacido.

—Estás preciosa —le dijo Valentin, tomando su mano y besándosela.

—Tú también.

La respuesta de ella le arrancó una sonrisa. Sentía la felicidad que burbujeaba en su interior y, por unos instantes, lo asaltó el pánico al pensar que todo aquello podía terminar en algún momento, de golpe.

Mary leyó la inquietud en su rostro y se detuvo en mitad de la escalera. Lo miró con seriedad.

—Te amo, Valentin Blackwell, con todo mi ser. Nada, jamás, me hará dejar de amarte.

Él le apretó la mano con suavidad y dejó escapar el aire que había estado reteniendo de forma inconsciente. Sonrió de nuevo y subieron juntos el resto de los escalones hasta situarse frente al pastor, que dio comienzo a la ceremonia.

Mary casi no fue consciente de lo que sucedía a su alrededor, solo del hombre que tenía a su lado, de su voz ronca y profunda cuando pronunció sus votos.

—Yo, Valentin Blackwell, duque de Ainsworth, te entrego mi cuerpo y mi alma, Mary Branson, y juro protegerte y cuidar de ti, respetarte, amarte y venerarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida y durante toda la eternidad.

El pastor frunció el ceño ante este último añadido del duque, pero no dijo nada. Mary esbozó una sonrisa llena de amor, y una lágrima descendió por su mejilla. Sabía lo que esas palabras significaban para Valentin. Que hubiera prometido amarla por toda la eternidad era el regalo más hermoso que podía hacerle.

Una lluvia de pétalos cayó sobre ellos cuando salieron de la iglesia entre los vítores y las risas alegres de los presentes. Un carruaje descubierto, tirado por seis caballos blancos, los aguardaba en la entrada. Atravesaron a la carrera el espacio que los separaba, dejando tras ellos una estela de risas felices. Cayeron sobre el acolchado asiento del interior entre carcajadas, y el coche arrancó con una suave sacudida.

Atravesaron las calles de Londres hasta la mansión del duque de Ainsworth en Mayfair. Cuando el carruaje se detuvo en la puerta, Valentin descendió primero, tomó a su esposa en sus brazos, a pesar de las risueñas protestas de esta, y entró con ella en la casa.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, milady —le dijo, al tiempo que la depositaba en el suelo. Mary se ruborizó al ver la fila de sirvientes que aguardaba para conocer a la nueva señora y que habían sido testigos de su entrada en brazos de su esposo. Valentin se volvió hacia ellos—. Les presento a lady Ainsworth, la nueva duquesa y vuestra señora. Espero que la tratéis con el respeto debido y que la sirváis con la misma dedicación y afecto con que lo habéis hecho conmigo.

El mayordomo y el ama de llaves se adelantaron hasta ellos.

—Mi más sincera enhorabuena, milord, milady. Bienvenida, Excelencia. Me llamo Atkins, y ocupo el cargo de mayordomo, y ella es la señora Perkins, el ama de llaves. Puede contar con nosotros y con todo el personal para lo que necesite.

—Señor Atkins, señora Perkins, es un placer conocerlos, y les agradezco mucho a todos su

recibimiento. —Mary sonrió complacida y algo más tranquila.

—Señor Atkins, ¿está todo preparado?

—Sí, milord. Las mesas para el banquete han sido dispuestas en el jardín, y las puertas del salón de baile están abiertas —le informó—. Si lo desea, la señora Perkins puede mostrarle a la duquesa sus aposentos, por si desea cambiarse de vestido antes de que lleguen los invitados.

—No se preocupe. Yo mismo me ocuparé de ello. Muchas gracias a todos, pueden retirarse.

Los sirvientes se despidieron con una reverencia antes de volver a sus quehaceres, y Valentin tomó a su esposa de la mano y tiró de ella hacia las escaleras principales. Mary apenas tuvo tiempo de apreciar la barandilla de mármol pulido ni los altos techos artesonados, con molduras de escayola, ni las hermosas esculturas que adornaban el vestíbulo. Con la cola del vestido recogida sobre el brazo, se apresuró a seguir el ritmo ligero de su esposo hacia el piso superior. La hizo entrar en una de las habitaciones y cerró la puerta tras ellos, envolviéndola en sus brazos sin perder ni un solo segundo.

—No habrá «dormitorio de la duquesa», milady —le dijo, mientras sus dedos ágiles se afanaban por desabrochar la hilera de diminutos botones forrados en seda que cerraban el vestido —, solo habrá un dormitorio, el nuestro, de los dos. No quiero que haya distancias entre nosotros.

Mary supo que pensaba en sus padres y en cómo habían ido alejándose poco a poco hasta convertirse en extraños el uno para el otro. Acarició su mejilla con ternura.

—No la habrá, porque no es posible vivir sin corazón, y el mío está irrevocablemente unido al tuyo, mi esposo, mi amor.

Valentin tragó saliva, emocionado, y dejó que su frente se apoyara sobre la de ella mientras buscaba serenarse. Cerró los ojos y aspiró su perfume y la calidez femenina.

—Mi diamante ruso —musitó al cabo de unos segundos—, mi más preciada joya.

—Bésame, Valentin —le pidió ella.

El duque sonrió con diversión y ternura.

—Mi apasionada esposa.

Sus labios se fundieron en un beso cargado de promesas y de sueños, de dulzura y de pasión. Se desvistieron el uno al otro con lentitud, saboreando cada momento, recordando aquella noche en París. Se entregaron sin reservas, en cuerpo y alma. Él lamió cada rincón de su cuerpo, alentándola a abrirse para él, y Mary le respondió con una pasión ardiente y enloquecedora. La pólvora y el fuego. La unión de sus cuerpos fue una explosión que pareció fragmentarlos en mil pedazos de placer.

—Te amo, mi duquesa —le dijo, mirándola a los ojos.

Mary sonrió. No necesitaba sus palabras para saber lo que sentía, podía verlo en el azul medianoche de sus pupilas. Un firmamento de amor en el que brillaban las estrellas solo para ella.

—Te amo, mi arrogante inglés.

—¿Crees que bajarán en algún momento? —le preguntó Charles a su hermana.

—Deberían, es su banquete de bodas —repuso Elisabeth, con el ceño fruncido, ya que no estaba tan segura de que los duques recordaran siquiera que tenían invitados en su casa.

—¿Quieres que vaya a buscarlos? —se ofreció James.

Ella miró a su alrededor. La gente se hallaba bastante entretenida entre las conversaciones y las copas de champán y canapés que los sirvientes ofrecían constantemente en unas elegantes bandejas de plata. Negó con la cabeza.

—Esperemos un poco más. Si no han aparecido dentro de quince minutos, irás a buscarlos.

—Disculpadme un momento —les dijo Charles, antes de dejarlos solos.

Se acercó a uno de los sirvientes que portaba una bandeja y tomó dos copas de champán. Luego, se dirigió hacia la parte de atrás del jardín, hacia donde había visto que se había marchado Camilla. La encontró al final de uno de los senderos, sentada en uno de los bancos ocultos en el interior de una rosaleda.

—¿Huyendo de la charla insustancial, señorita Lambert? —le preguntó, al tiempo que le entregaba una de las copas. Había visto su gesto desesperado mientras intentaba librarse de lord Etherington, un aburrido caballero cuyo único tema de conversación eran los caballos.

Camilla se sonrojó al descubrir al vizconde. Había buscado un lugar aislado en el que poder descansar un rato y, aunque sabía que no era propio de una dama, se había descalzado. Rogó para que Charles no se percatara de ese detalle y aceptó la copa, mientras trataba de recuperar su calzado de la forma más disimulada posible.

—Gracias.

—¿La aburre el tema de los caballos?

—Nunca he sido una gran amazona —contestó con sinceridad. Maldijo en su interior cuando uno de sus escaarpines, que casi había logrado atrapar, se escurrió de sus dedos. Esbozó una sonrisa tensa—. Prefiero con mucho caminar.

Charles tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no soltar una carcajada en ese momento, al ver los esfuerzos que la dama hacía por recuperar su calzado.

—¿Con zapatos o sin ellos? —inquirió.

Vio cómo la joven se sonrojaba y, en un gesto galante, se arrodilló frente a ella y recuperó los escaarpines de debajo de su falda. Tomó uno de sus delicados pies, depositó un beso cálido sobre el empeine y le puso el zapato. Luego repitió el mismo gesto con el otro. Alzó la cabeza y se encontró con la mirada sorprendida de la dama. Sus ojos verdes se abrían enormes sobre el pecoso rostro que tanto lo había atraído desde la primera vez que lo vio.

Siguiendo un impulso, se enderezó hasta rozar con sus labios las pecas del puente de su nariz, depositando besos suaves y dulces. Luego, sacó la lengua y acarició con ella la sensible piel, como si quisiera barrer aquellas pequeñas manchas.

Camilla se inclinó hacia atrás para alejarse de él, sorprendida y algo conmovida por lo que él había hecho y por las sensaciones que le había provocado. Sentía la tensión arremolinarse

en su bajo vientre y la excitación del deseo correr por sus venas. Nunca antes lo había experimentado, pero sabía de qué se trataba, porque sus niñas, como llamaba a las prostitutas del East End a las que ayudaba, no tenían reparos a la hora de contarle todas las cosas que tenían que ver con su oficio.

—¿Por qué ha hecho eso? —le preguntó. Su tono sonó entre ronco y escandalizado.

Charles esbozó una sonrisa pícaro.

—Quería saber si sabían a chocolate.

—¡Oh! Es usted un...

Una salva de aplausos y vivas llegó hasta ellos desde la parte delantera del jardín, y Camilla se alegró de tener la excusa perfecta para huir de allí; porque sabía, sin duda alguna, que estaba huyendo del apuesto vizconde y de lo que le hacía sentir.

Charles la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Se levantó y, tras apurar de un trago su copa de champán, la siguió despacio, dándose tiempo para que la excitación de su cuerpo no fuese tan evidente cuando apareciese ante los invitados.

Volvió a sonreír cuando recordó la reacción de ella ante lo que había sucedido en la rosaleda. Esa mujer le hacía hervir la sangre, y estaba decidido a convertirla en su esposa.

—Prepárese, señorita Lambert, para ser seducida a conciencia.

A pesar de la confianza de sus palabras, sabía que no resultaría tan fácil hacerlo. Soltó una carcajada. Estaba deseando comenzar con el primer asalto.

FIN

Agradecimientos

Queridas lectoras, muchas de vosotras nos pedisteis la historia de Valentin y Mary al terminar de leer *El perfecto mayordomo*; ahora que habéis llegado hasta aquí, esperamos que la hayáis disfrutado tanto al leerla como nosotras al escribirla. Porque nuestro agradecimiento va en primer lugar a estos dos personajes, que se nos han hecho muy queridos. Ellos nos han ido conduciendo a lo largo de su historia, indicándonos en cada momento lo que debíamos contar sobre ellos y lo que debíamos callar, porque también los personajes de los libros guardan sus secretos.

Gracias a quienes nos habéis leído, por acompañarnos en esta aventura, por llegar hasta el final de este viaje a lo largo de Europa siguiendo a Valentin y a Mary; gracias por darles la oportunidad de presentarse ante vosotros y contaros su historia de amor. Si os ha gustado, estaremos encantadas de leer vuestros comentarios y opiniones.

Un agradecimiento especial a mi hermana, que ha trabajado duro para que la novela pudiese ver la luz, pues sé que tiempo no es precisamente lo que te sobra y, aun así, te buscabas los pocos ratos libres que te dejaban el trabajo y la familia para escribir tu parte y que la historia pudiese salir adelante.

Y, por supuesto, nuestro agradecimiento de corazón a todo el equipo de Selecta y, en especial, a Lola. Sin vosotros no se podrían cumplir nuestros sueños, ni podríamos revivir, una y otra vez, esa emoción que nos da cuando nos llegan las galeradas y vemos que la historia toma forma, cuando llegan las maravillosas portadas y vamos viendo el libro hecho realidad. Gracias por todo el esfuerzo que ponéis para que todo salga perfecto.

Notas de autora

1) María Aleksándrovna, Emperatriz consorte de Alejandro II de Rusia (1823-1880): tal y como se refleja en la historia, la vida de María no fue sencilla, aunque estas autoras se han tomado la licencia de suponerle un amor verdadero, aunque imposible, quizás para alegrar un poco sus días. En realidad, su vida quedó reducida a la corte y al amor que profesó a sus hijos.

María de Hesse-Darmstadt, Princesa del Gran Ducado de Hesse, era la más joven de los siete hijos de la Princesa Guillermina de Baden. Cuando en 1838 el zarévich Alejandro Nikoláievich viajó por Europa para encontrar una esposa, se enamoró de la princesa María, de 14 años de edad. Se casaron el 16 de abril de 1841, a pesar de que él estaba bien informado de la «irregularidad» en el nacimiento de su prometida, puesto que se creía que era bastarda. La emperatriz Alexandra Fiodorovna, madre del zar, se opuso, pero el zarévich se mantuvo firme en su decisión. La princesa recibió el nombre de María Aleksándrovna al ser bautizada en la iglesia ortodoxa antes de su matrimonio.

Sus frecuentes embarazos —la pareja tuvo ocho hijos— y su delicada salud la mantuvieron alejada de muchas de las celebraciones de la corte, las cuales suponían una fuente de tentaciones para su esposo. Aunque su relación con Alejandro siempre fue respetuosa y buena, María conocía la infidelidad de su marido. El zar tuvo cuatro hijos con su amante favorita, la princesa Catalina Dolgorúkov.

En 1855, Alejandro se convirtió en emperador, y ella, en emperatriz consorte, lo cual la forzó a realizar más funciones de Estado, a pesar de su enfermedad.

En el prólogo de la historia aparece uno de los hermanos de María, Alejandro, quien dice estar enamorado de la condesa Julia, una de las damas de compañía de María. Pues, por si sentís curiosidad, al final sí que se casó con ella, en 1851, en un matrimonio morganático (unión entre dos personas de rango social desigual). Por este motivo, Alejandro perdió sus derechos dinásticos y sus títulos nobiliarios.

2) La Tercera Sección de la Cancillería de Su Majestad Imperial era un departamento de la policía secreta establecido en la Rusia Imperial. La organización era relativamente pequeña. Cuando fue fundada en julio de 1826 por el emperador Nicolás I, incluía solo dieciséis investigadores. Su número aumentó a cuarenta en 1855.

El zar pretendía que la Tercera Sección actuara como el «guardián moral y político» de Rusia. Nicolás veía a los oficiales de la Tercera Sección, los gendarmes, como embajadores nacionales que escuchaban, aunque subrepticamente, las discusiones políticas de los rusos comunes. Como embajadores y guardianes morales, la Gendarmería tenía, aparentemente, la

tarea de guiar a los rusos por el camino político que el zar deseaba; sin embargo, se convirtió gradualmente en una fuerza contrarrevolucionaria.

Cualquiera bajo el dominio del zar podía ser vigilado, ya que la Tercera Sección respondía solo ante este. En un momento, a principios de la década de 1850, los agentes de la Tercera Sección incluso fueron designados para monitorear cada movimiento del Gran Duque Konstantin Nikolaievich, jefe de la Armada de Rusia y segundo hijo de Nicolás. Sin embargo, dado que los agentes de la Tercera Sección generalmente vigilaban solo a los nobles o burócratas poderosos o a los sospechosos de actos de traición, los informes de la Sección, que tenían la intención de mantener al zar informado con precisión, le dieron a este una visión incompleta del estado de ánimo general de su pueblo.

La Tercera Sección se disolvió en 1880, reemplazada por el Departamento de Policía y la Okhrana.

El general Alexander Egorovich Timashev fue jefe de la Tercera Sección desde 1856 a 1861, y, por supuesto, las autoras nos tomamos la licencia de usarlo como el «malo» de la historia.

3) Pueblo cosaco: el nombre «cosaco» deriva de la lengua eslava Kasak «nómada», «hombre libre». En su origen, eran grupos de formaciones sociales y militares, que se establecieron de forma permanente en las estepas y brindaban servicios militares a los gobernantes. El grupo más numeroso era el de los cosacos rusos de la región del Don, Kubán, Térek y Ural, y el de los ucranianos.

A partir del siglo xvii, los cosacos del Don manifestaron su apoyo explícito e incondicional a la Dinastía Romanov para alzarse con el poder en el Imperio ruso.

El pueblo cosaco era, básicamente, un pueblo autónomo formado por hombres libres. Los tres ideales que regían la sociedad cosaca eran: libertad, tradición y disciplina. Los niños se apuntaban desde jóvenes a las academias militares, y el sentimiento militar dentro de sus costumbres era muy fuerte. Al fundar una *stanitsa* (poblado cosaco), primero edificaban una iglesia y una escuela (mixta: para hombres y mujeres), y solo después el resto de las construcciones: hospitales, casas particulares, graneros, estructuras agrarias y administrativas. El nivel de educación era muy alto para aquella época, incluso en nuestros tiempos. En 1850, en Rusia el porcentaje de analfabetismo llegaba al 85 %, mientras que en las comunidades cosacas este índice no llegaba al 5 %. El costo de la educación siempre lo asumía la comunidad cosaca local, preocupada por su futuro y por la creación de su propia clase intelectual cosaca.

La capacidad de respuesta de los cosacos ante una amenaza bélica era extraordinaria para la época. A modo de ejemplo, para una movilización masiva de un ejército regular de la época se necesitaban al menos 2-3 meses, entrenamiento básico y traslado incluidos. Sin embargo, la estructura organizacional cosaca en caso de un conflicto permitía triplicar la cantidad de combatientes movilizados de todas las tropas cosacas altamente capacitadas, sin necesidad alguna de preparación previa, y desplegarlos en una a dos semanas.

Los cosacos del Don —pueblo al que pertenece nuestro protagonista secundario, Yakov—,

en tiempos del Imperio ruso, se distinguían por vestir un pantalón azul con una franja roja, una distinción que en los tiempos antiguos significaba «libres de impuestos». Tenían un enorme repertorio de canciones y bailes, la mayor parte de los cuales eran gestas guerreras. Su artesanía en armas blancas era legendaria. Destacaba la elaboración del *kinzhal* (puñal o daga caucasiana), el *shashka* (sable tradicional cosaco que se traduce como «cuchillo largo») y la *nagaika* (látigo o fusta, también considerado como un arma en las artes marciales tradicionales cosacas). En la tradición cosaca ocupaba también un lugar preeminente la hípica, con el dominio muy particular y famoso de la «*dzhigitovka*», un elaborado antiguo arte ecuestre en el cual demostraban su habilidad con acrobacias y dominio del caballo, dignos de admiración.

4) Cable telegráfico: cuando Valentin y Mary se encuentran en París, este envía un cable a Inglaterra para que su cochero viaje en carruaje a Dover para recogerlos cuando el barco atracara en el puerto. Quizás parezca raro que utilizase este medio (estamos más acostumbradas a verlo en las novelas del Oeste); sin embargo, el primer cable telegráfico submarino conectó Francia e Inglaterra en 1850 a través del estrecho de Dover. El cable estaba fabricado en cobre, y, a pesar de que se rompió al poco tiempo, debido a que a un pescador se le engancharon sus redes y terminó partiéndolo, ambos países volvieron a estar conectados al año siguiente. Werner von Siemens inventó un recubrimiento para los cables, lo que propició que la comunicación fuese mejor y los cables más resistentes. Tras este éxito, otros cables submarinos fueron tendidos en Inglaterra, Irlanda o el Mediterráneo, de modo que en 1858 había más de 30 líneas sumergidas, siendo la más larga la del mar Negro, de 574 kilómetros.

5) Paso de Calais a Dover: a lo largo de los siglos, la forma de cruzar de las islas británicas a la costa francesa y al resto de la Europa continental era por barco. Al inicio, los navíos que realizaban el viaje eran veleros del tipo cúter. La mayoría de ellos transportaban correo y paquetes a través del canal, por lo que la carga humana tenía que compartir estos estrechos barcos con el resto de la carga que se enviaba a Francia y Europa.

En el siglo XIX, los británicos que cruzaban el canal utilizaban el transporte para negocios relacionados con su trabajo, o comercio con socios europeos. Sin embargo, a finales de siglo comenzaron a cruzarlo por el simple placer de viajar y conocer Europa, lo que marcó el nacimiento de los ferris.

Los barcos veleros, aunque eficaces, eran poco eficientes en términos de velocidad y, además, no eran demasiado fiables, lo que podía derivar en un problema grave, especialmente en condiciones meteorológicas adversas. La introducción del barco a vapor fue una revolución de la noche a la mañana. Los barcos propulsados por vapor que cruzaban el canal eran más rápidos, más resistentes, más potentes y mucho más fiables que sus antiguos primos propulsados por el viento.

La primera nave que entró en servicio como medio oficial para cruzar el canal fue el vapor de paletas, de fabricación británica, «Rob Roy». El barco hizo su viaje inaugural el 10 de junio de 1821. Sin embargo, fue vendido a la Administración Postal francesa poco después de su primer

cruce. La compañía le cambió el nombre por el de «Enrique IV» y lo renovó para que sirviera de transporte regular de personas. El primer viaje con pasajeros tuvo lugar doce meses después, y el barco pudo cruzar el canal en unas tres horas.

En la segunda mitad del siglo XIX, los transbordadores que cruzaban el canal se hicieron más grandes, más rápidos y más potentes. Hacia finales de siglo, los operadores de líneas de ferri equiparon los nuevos barcos con todas las comodidades que los viajeros necesitaban para hacer que el trayecto de dos horas fuera bastante placentero. Los ferris más grandes y rápidos de la época fueron los barcos Queen y Empress, construidos en 1854, que lograron hacer el viaje en aproximadamente noventa minutos.

Si te ha gustado
Un diamante ruso
te recomendamos comenzar a leer
A ru corazón llegaré
de Mimi Romanz



Capítulo 1

*M*edios de marzo, 1967
San Isidro, Buenos Aires

Federico subió las escaleras a la carrera y dio un portazo cuando estuvo en su cuarto, la rabia bullía en su interior y lo consumía de tal forma que no sabía de lo que podría ser capaz. Nunca, en sus veintitrés años de vida, creyó que su mellizo podría hacerle una jugada como lo había hecho.

Se dejó caer de espalda en el colchón e inhaló hondo para intentar encontrar un poco de calma. Inútil, cada palabra dicha por su hermano golpeaba en su mente como gotas de lluvia pegando contra un vidrio. Se pasó las manos por el cabello castaño, demasiado largo para gusto de muchos, y soltó el aire, más rabioso aún. No podía creer que Esteban fuera tan egoísta, que pensara solo en él y en su propio beneficio.

Se puso de pie y caminó con pasos enérgicos por la amplia habitación. En mala hora también sus padres habían decidido tomarse otra vez un tiempo e irse a Mar del Plata. Federico necesitaba de los consejos de ambos en ese momento, porque no estaba seguro de poder lidiar solo con lo que se le venía encima.

Una luz se encendió en su mente y no lo pensó dos veces, buscó una valija, abrió el ropero y empezó a meter dentro algunas mudas de ropa. En ese mismo instante viajaría a la ciudad costera para poner no solo a ellos al tanto de la locura de Esteban, sino también a sus abuelos. Al fin y al cabo, la casa era un legado que ellos habían levantado con sacrificio y amor, y por el que él lucharía con todas sus fuerzas. Abandonó el cuarto y, justo antes de dejar el hogar, se topó con que Esteban entraba.

—Vaya, vaya, veo que no te fue tan difícil tomar una decisión después de todo —se burló su hermano señalando la maleta—. Embalo el resto y te lo envío... ¿a dónde?

—Nada de lo que hay en esta casa se irá a ninguna parte.

—Oh, mejor aún, tendrá más valor con los muebles. Buena idea, hermano —lo acicateó.

—No pienso seguirte el juego, Esteban. Me voy a Mar del Plata, vuelvo en unos días. Supongo que te las arreglarás muy bien sin mí en la tabacalera. —Lo esquivó para salir, pero él se lo impidió.

—Por supuesto, yo puedo solo. Y vos... vos andá en busca de mami y papi para que te apoyen. —Rio—. Pero ¿sabés qué? No vas a lograr nada, ¿o por qué te pensás que viajan tanto a la ciudad costera? Al igual que los abuelos, van a terminar viviendo allí.

—Tal vez, pero la casa sigue siendo de ellos, y ellos deben decidir.

—¿Estás seguro? —La sonrisa socarrona de Esteban le alteró más los nervios.

Federico tomó aire para calmarse, no quería extralimitarse y decirle a su mellizo palabras de las que después podría arrepentirse.

—No quiero discutir otra vez, Esteban.

—Entonces recapacitá. ¿Cómo creés que se mantiene *el legado* del que tanto te jactás? ¿Con tu sueldito en la universidad? No —escupió—. Con los ingresos de la tabacalera, y vos, con tu negativa a vender, vas a lograr que nos hundamos. ¿Es eso lo que querés? ¿Sos capaz de vernos perder todo?

—Pará un poco —lo detuvo—. Estás haciendo demasiada leña del árbol que todavía no cayó.

—¡Pero qué poeta! —se carcajeó Esteban—. Seguí con las artes, Federico, ese es tu camino después de todo, y dejame a mí manejar los negocios, ¿querés?

—No se puede hablar con vos —se quejó, y pasó por su lado con la intención de dejarlo solo.

—La vida avanza, Federico, y vos te vas a quedar en el pasado con tu cabezonería.

Federico apretó el pomo de la puerta, respiró hondo y salió, mas no pudo evitar dar un fuerte golpe al cerrar. Esteban estaba empecinado con la ampliación y lo entendía, él tenía su propio proyecto, aunque dudaba de cuándo podría cumplir su objetivo, pero vender la casa no era una alternativa viable, no cuando sentía que la historia que tenía detrás era más importante. ¿Cómo era posible que su mellizo fuera tan desalmado? Suspiró, esperaba que la familia pudiera hacerlo entrar en razón.

Tiró la valija en el asiento del acompañante del Valiant y se sentó detrás del volante. Tenía un viaje largo hasta la ciudad de Mar del Plata, pero no le importaba, manejar lo relajaba y eso era lo que necesitaba tras la nueva discusión con su hermano. Puso en marcha el auto y dejó el hogar con la esperanza de regresar con una solución al problema.

—¿Federico? —La emoción en la voz de su madre al verlo estacionar frente a la casa lo llenó de la energía que necesitaba para recuperarse tras el trayecto en la ruta. Había hecho tan solo un par de paradas, las necesarias para abastecer el vehículo y un poco su estómago, pues le urgía poner las cartas sobre la mesa y hablar del tema del que tanto sus padres como sus abuelos, suponía, debían estar al tanto. Aunque la idea de que Esteban, en su afán por manejar la empresa por cuenta propia, quizás no lo hubiera hecho, rondaba por su cabeza.

—Mamá. —La rodeó con los brazos y se llenó de su perfume, ese que no sabía que había extrañado tanto.

—¿Pero por qué no nos avisaste que vendrías, Fede? Te habría esperado con el budín de limón que tanto te gusta.

—Fue... inesperado —respondió, cansado.

Isabel supo, sin que él agregara nada más, que algo había sucedido, y estaba segura de que no se equivocaba al pensar en su otro hijo.

—Esteban —lo nombró—, me imagino que él es la razón de que estés acá.

Federico asintió.

—No me extraña —dijo la mujer, que enlazó el brazo con el de él y lo impulsó a andar hacia el interior de la casa—. Te preparo unos mates mientras me contás qué es lo que les anda pasando.

—¿Dónde están todos? —indagó al entrar y no encontrarse con su abuelo y su padre jugando a las cartas o con su abuela inmersa en algún libro.

—Oh, tu padre fue a comprar cigarrillos y lo más probable es que se haya entretenido charlando sobre el mejor tabaco y su proceso de elaboración. Ya lo conocés, pese a que trata de

desligarse, no puede con su genio. Y los abuelos, bueno, salieron a caminar por la playa, es su rutina diaria desde que se instalaron aquí, como en los viejos tiempos.

Federico se sentó a la mesa de la amplia cocina y disfrutó de la vista que le ofrecía el gran ventanal. Cerró los ojos y agudizó los oídos, si se concentraba, podía oír el murmullo de las olas y la brisa sobre la arena.

—¿Una poesía, un cuadro?, ¿qué es lo que imagina tu mente de artista, cariño? —La caricia en su mejilla le calentó el corazón.

—Tranquilidad —respondió.

Isabel se ubicó a su lado y le alcanzó el mate al mismo tiempo que unos bizcochitos de grasa.

—¿Qué te preocupa, Fede? Rara vez buscás calma, hijo.

Federico sorbió el mate y se llevó una galletita a la boca. La verdad era que no le agradaba demasiado contar el desacuerdo que había entre él y Esteban, aunque bien era cierto que nunca habían tenido una conexión muy estrecha pese a ser mellizos. Sabía que era normal que los hermanos se pelearan, habían tenido muchas discusiones de niños, pero algo le decía que la última iba a significar un quiebre entre ambos. Y le dolía, porque él valoraba a la familia ante todo, y parecía ser que, para su mellizo, eso no era importante.

—¿Fede?

Salvado por la campana. Federico se puso de pie y se abrazó a su padre, que le dedicó una mirada cómplice a Isabel.

—¿Por qué no nos avisaste que venías, hijo? Habría ido temprano al puerto para recibirte con tus mariscos preferidos —le dijo—. Nos tendremos que conformar con los que quedaron de ayer —agregó, y Federico no pudo evitar reír.

Luca se sentó junto a Isabel y aceptó un mate, costumbre que había adquirido desde hacía un tiempo. La llegada de Federico no era una casualidad. Si bien había comenzado a darles más lugar a sus hijos en la tabacalera, no perdía detalles de lo que allí ocurría y sabía de la iniciativa de Esteban por querer ampliarla. Sin embargo, para ello, necesitaban de un capital con el que no contaban y que podrían obtener por dos vías, una más fácil que la otra. Luca conocía demasiado a sus hijos como para saber que había una tormenta en puerta.

Intentó distender el ambiente con banalidades, pero ante la falta de entusiasmo por parte de Federico, no tuvo más remedio que incitarlo a hablar.

—Soltalo —lo apremió—. Contanos qué te trajo hasta acá.

—Esteban quiere vender la casa —dijo Federico por fin. Las palabras le quemaban la boca, no obstante, no sintió alivio tras decirlas, mucho menos al ver cierta tristeza en los ojos de su madre.

—Ya veo. —Luca se acomodó en el asiento y dejó caer el mentón sobre las manos al tiempo que apoyaba los codos en el borde de la mesa—. ¿Y vos?

—¿Yo? —Federico no estaba seguro del porqué de la pregunta. ¿Qué tanto sabían de los planes de su hermano?, se cuestionó. Si bien era cierto que tanto él como Esteban tenían derecho

sobre la casa, la decisión, si no se equivocaba, dependía de ellos o, en su defecto, de los abuelos —. Yo no, y espero que ustedes tampoco —sentenció con la esperanza de que lo secundaran.

—No es algo a tomar a la ligera, pero...

—Pero ¿qué? —Federico miró a sus padres, sorprendido. ¿Qué significaba ese «pero»? ¿Acaso estaban a favor de Esteban?

—Fede... —La mano de su madre sobre la de él le dio a entender que cabía la posibilidad de que así fuera.

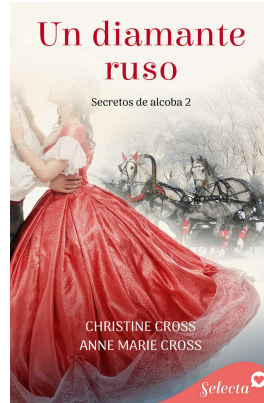
—No lo puedo creer. —Se puso de pie y agitó los brazos—. Es la casa de los abuelos, la de ustedes, la mía. En cada rincón hay parte de nuestra historia, ¿cómo es posible que...? —No pudo terminar la frase, el nudo que tenía en la garganta le impidió seguir hablando, por lo que giró hacia el ventanal y, tras abrirlo, salió corriendo, sin importarle que su madre lo llamara ni que sus abuelos, al verlo, lo hicieran también. Necesitaba alejarse, estar solo, porque no podía comprender que su familia le diera la espalda ante la locura que era vender lo que para él era un legado.

Ella era la mujer que había elegido como esposa y nada lo detendría para conseguirla.

Un carácter indomable que él está dispuesto a conquistar.

Un duque arrogante al que ella no soporta.

**Cuando el deseo se transforma en pasión,
¿puede el amor superar el obstáculo de los prejuicios?**



Valentin Blackwell, duque de Ainsworth, tiene que casarse. Presionado por su tío-abuelo, quien lo amenaza con que sea la misma reina Victoria quien le elija una novia, decide tomar el asunto en sus manos. Sin embargo, un imprevisto viaje al corazón de Rusia lo llevará a encontrar a la candidata perfecta.

Lady Mary Branson ha regresado a Rusia con el corazón roto, ya que su amor de juventud se ha casado. Su vida se volverá aún más complicada cuando un ambicioso general decide que la quiere como esposa. Para escapar de este destino, lo que menos esperaba era encontrar ayuda en el arrogante y atractivo lord inglés que había conocido en Londres.

La pasión surgirá entre ellos, pero ¿serán capaces de controlar sus caracteres explosivos?

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón.

Twitter: <https://twitter.com/martaljnb>

Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/martalujanescritora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/martalujanescritora/>

Anne Marie Cross es el pseudónimo de Ana María Luján, amante de la literatura victoriana y las novelas fantásticas. En los últimos años, su pasión por crear historias le ha empujado a participar en varios concursos de relatos, resultando ganadora en algunos de ellos. Ahora, el deseo de dar alas a su imaginación le ha llevado a lanzarse a la creación de novelas, comenzando por esta trilogía de la mano de su hermana. Actualmente, compagina la docencia con el maravilloso arte de escribir.

Instagram: <https://www.instagram.com/anarelatos/>



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2021

© 2021, Christine Cross y Anne Marie Cross

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si

necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-91-1

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

NOTAS

Capítulo 11

[1] Gran poblado cosaco rural que reúne a más de una aldea, habitado, por lo general, por cosacos de origen.

[2] Extranjero.

Capítulo 13

[3] Bebida dulce a base de miel y especias. Mezcla jengibre, canela, clavo, menta y algunos cítricos.

Índice

Un diamante ruso

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Agradecimientos

Notas de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Christine Cross y Anne Marie Cross

Créditos

Notas